SERIE DESDE CERO 3

IDENTIDAD PRESTADA

Esta vez no piensa huir
puede



MARIAL PARDOS

IDENTIDAD PRESTADA

Desde cero 3

MariaL Pardos

Derechos de autor © 2026 MariaL Pardos

Identidad Prestada: Desde cero 3
©MariaL Pardos 2026 Todos los derechos reservados.
ASIN: B0BX6NRK34
Sello: Independently published
Foto portada: Masashi Wakui (Pixabay)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Los nombres, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en esta historia son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Para Carmen Lopezosa Martínez, porque se lo prometí a su hija y porque quiero. Las madres se merecen todos mis respetos. Y siempre para mis hijos Aisha y Pepe, que para eso soy su madre y estoy muy orgullosa de ellos.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Primera parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Segunda parte
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Tercera parte
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Cuarta parte
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Quinta parte
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras novelas de la autora

PRIMERA PARTE

Cosas de padres

La regla básica cuando vas a matar es no dudar.

Si dudas, estás cuestionando las razones que te han llevado a tomar esa drástica decisión.

Y vigilar, ese asunto tan tedioso, daba mucho margen para pensar, y para poner a prueba los nervios del más templado de los hombres. Como le había dicho a su amigo el día anterior, era como meterse en la 405, la autopista más congestionada del país: una mierda, pero una mierda necesaria si había que cruzar Los Ángeles de norte a sur.

Por suerte, la vigilancia estaba llegando a su fin y las dudas no habían conseguido socavar su determinación. No solo se encontraba cansado, necesitaba terminar el trabajo para poder pasar página e iniciar un nuevo capítulo, sin tener un nubarrón amenazante oscureciendo el futuro.

Echó un último vistazo a la habitación del hotel, más por costumbre que para cerciorarse de que no se había dejado nada atrás. Había llegado con lo puesto, usaba guantes y ni se había molestado en estirarse encima de la cama para descansar la espalda. Para cualquiera que entrase después de su marcha, sería como si nadie se hubiese alojado allí.

Tuvo que esperar unos segundos para tomar uno de los tres ascensores principales. El de servicio se encontraba en el otro extremo del pasillo, pero no era en esa planta donde tenía que asegurarse de que las puertas estaban desbloqueadas, sino dos pisos más arriba, en el ático, donde se encontraban las siete *suites* de las que disponía el hotel.

Pudo comprobar que los sistemas electrónicos del hotel seguían fallando. El ascensor subió solo una planta y tuvo que insistir con el botón para que ascendiera una más.

Ya en el ático, recorrió el largo pasillo hasta el ascensor de servicio, forzó la apertura de las puertas y observó que su amigo había hecho su parte del trabajo. La cabina del ascensor permanecía por encima de él, en la terraza, donde se encontraba el helipuerto. Y no se movería de allí. Igual que las cámaras de ciertos pisos, había sido bloqueada a distancia.

Ahora convenía apresurarse.

El ascensor de servicio era usado por los limpiadores y por los camareros de los servicios de habitaciones, y podían enviar a alguien a reparar la supuesta avería.

Tras encender la picana eléctrica y asegurar el silenciador del arma corta, llamó a la puerta del hombre que buscaba, y que tenía en su poder algo que también le interesaba, aunque obtenerlo o no, no cambiaría el resultado final previsto para él.

Puede que el inquilino de esa habitación se considerase muy listo, pero no tenía ni idea de hasta dónde era capaz de llegar un padre enfadado.

CAPÍTULO 1

Cass

Pensé que estaba soñando cuando desperté en un hospital, y no por primera vez en mi vida.

La anterior me dejó traumatizada. Soñaba muchas noches que volvían a dispararme y me despertaba con las manos protegiéndome el abdomen, sudando, y con un grito atravesado en la garganta. Igual que cuando soñaba con Red.

Cuando aquella bala me alcanzó, sentí un golpe seco, más sorprendente que doloroso. Sin embargo, segundos después, el dolor se volvió tan agónico que apenas conseguía respirar entre jadeos cortos. Resultó tan sorpresivo que también Mack Brooks se quedó paralizado, como si el tiempo se hubiera detenido a nuestro alrededor.

La casa que íbamos a visitar era el domicilio de la familia de un conocido terrorista al que seguíamos la pista desde hacía meses. Según los vecinos, ella era una buena madre y solo salía a trabajar, a llevar a sus hijos al colegio y a comprar.

Nuestro cometido consistía en ignorar las apreciaciones de los vecinos y conocidos, porque las apariencias eran engañosas, y pasar, cada cierto tiempo, a realizar un registro completo en la vivienda. Las leyes antiterroristas nos autorizaban a hacerlo sin avisar.

Sabíamos que nuestro sospechoso nunca había estado en el domicilio familiar y que su mujer trabajaba para mantener a los hijos del matrimonio, limpiando casas de siete a cinco. Hasta el momento, nada hacía pensar que era algo más que una madre intentando sacar a su familia adelante.

Ese día, Brooks había tenido bronca con su mujer y seguían discutiendo por teléfono cuando me adelanté para darle intimidad y terminar con un trámite rutinario. No quería escuchar dramas familiares ajenos.

Al considerar que no se trataba de una visita de riesgo, dejé el chaleco en el maletero del coche, así que el disparo atravesó la madera de la puerta y me alcanzó de lleno, haciéndome volar desde el porche a la acera. En ese momento, me dolía más el golpe de la espalda, pero duró poco, porque enseguida noté que me abrían las entrañas con unas pinzas al rojo vivo.

Creo que intenté gritar, pero solo salió un gruñido de mis labios. Sentía la sangre corriendo entre mis dedos cuando me encogí en postura fetal y me llevé las manos al abdomen.

Brooks soltó el móvil, que cayó al suelo con un crujido cristalino y se lanzó hacia mí, apartándome las manos. Entre las oleadas de dolor, lo vi palidecer.

Se giró hacia su teléfono y enseguida buscó en mi chaqueta para coger el mío. Gritó algo varias veces y luego dejó caer mi móvil también. En su mejilla había quedado el rastro rojo de mi sangre que había manchado sus manos.

—Tranquila, respira con calma. Ya viene la ambulancia.

Intenté decir algo, pero no pude.

Las manos de Brooks presionando contra la herida me causaban una auténtica agonía.

—Lo siento, sé que te duele mucho, pero tengo que presionar para que no te desangres, ¿vale?

Ni siquiera miró hacia la casa. Si la mujer del terrorista hubiera salido en ese momento, hubiésemos tenido más problemas. Quería decírselo, pero me era imposible.

Nunca supe lo que puso en su informe, solo sé que durante el tiempo que estuve en el hospital, Mack Brooks estuvo sometido a mucha presión por una investigación interna. Aun así, pasaba horas a mi lado, sentado en un sillón junto a la cama, sin decir nada.

Solo en una ocasión me medio desperté y lo vi discutiendo fuera de la habitación con Mónica. Una enfermera se acercó para

llamarles la atención, y el tono de la discusión descendió lo suficiente como para no escuchar lo que decían.

No había que tener un título en psicología para saber que estaban discutiendo por mi causa. Mónica no comprendía que él se sintiera culpable por lo ocurrido, y yo tampoco porque la culpa había sido solo mía, por adelantarme sin tomar las debidas precauciones. No obstante, comprendía la reacción de su esposa: él pasaba demasiado tiempo en el hospital, cualquiera ajeno a nuestro trabajo podía malinterpretarlo.

Fueron unos días muy tensos que, por fin, pasaron.

Joakim apenas se movía de mi lado tampoco, y me amasaba la mano como si quisiera insuflarme vida. Me agobiaba su presencia y su constante parloteo, como si estuviese en coma y quisiera sacarme a fuerza de hablar conmigo.

Luego supe que estuve muerta durante dos minutos en la ambulancia y tres días en estado crítico cuando consiguieron volverme a la vida. Había perdido mucha sangre y temían que hubiera sufrido daños cerebrales.

Cuando me desperté definitivamente, Brooks solo aparecía un rato todos los días para ver que mejoraba y se marchaba, sin apenas levantar la mirada del suelo.

Joakim seguía hablando para llenar el silencio y yo solo quería que me dejara sola. Sentí un gran alivio cuando el médico dijo que estaba recuperándome y en unos días podría volver a casa, porque él regresó a su librería.

Sin embargo, esos ratos de soledad eran temibles. Mi mente se empeñaba en volver al momento en que me hirieron, repasando a cámara lenta cada detalle. Notaba mi recuperación física, pero seguía traumatizada, según el psicólogo. Un tipo listo, donde los hubiera. Seguro que fue de los primeros de su promoción. ¡Claro que estaba traumatizada, imbécil, me habían disparado y casi matado!

De todas formas, creí haberlo superado. No por las sesiones tediosas con el terapeuta, que se contentaba con escuchar lo que quería oír, sino porque me había convencido de que era agua pasada. Me equivocaba. Como en muchas otras cosas, el

subconsciente tenía efecto *boomerang*: se empeñaba en volver una y otra vez a lo que te atormentaba, por muy lejos que creyeras haberlo lanzado.

Zuma Habido, la mujer que me disparó a través de la puerta, nunca fue detenida porque desapareció dejando atrás a sus hijos, que fueron a parar al cuidado del sistema, pero sí encontraron el arma con sus huellas. Al no considerarla una amenaza, su seguimiento era asunto rutinario. A su esposo, en cambio, lo hallaron muerto en una zanja cerca de San Diego meses más tarde.

La investigación llevada a cabo, no condujo a nada. La célula se había evaporado.

Así que, cuando me desperté en el hospital por segunda vez, creía estar de nuevo en ese sueño que me asaltaba de vez en cuando, pero no era el abdomen lo que me dolía sino la cabeza y los ojos. Cuando intenté abrirlos, la luz apuñaló mis retinas. Me llevé las manos a la cara y algo tiró de mi brazo, produciéndome un dolor agudo, de desgarro. Alguien me sujetó la mano con firmeza.

—¡Eh! ¡Calma! ¡Se va a hacer daño! —dijo una voz femenina y, por su tono, acostumbrada a dar órdenes.

—¡Mis ojos! —grité—. ¡No puedo ver!

—Calma, ya bajo la luz, pero tiene que tranquilizarse.

En mis pesadillas, despertaba sola en el hospital. ¿Acaso era un sueño distinto? ¿O no era un sueño? Tenía que serlo. Ya no hacía trabajo de campo, no podían haberme herido. Aquello era parte del pasado.

—Voy a bajar las luces, pero no debe moverse, ¿de acuerdo? ¿Me entiende, señorita Martin?

Tenía la boca seca y empezaba a sentir nauseas.

¿No era un sueño?

—Yo le sujeto las manos, enfermera, baje las luces.

Sí que era un sueño, de lo contrario Brooks no hubiese estado allí porque ya no pintaba nada en mi vida.

Noté unas manos fuertes que sujetaban las mías. Reconocí su tacto, su fuerza y la suavidad con la que me había acariciado y hecho vibrar.

—Ya está, Cass, cálmate, estás bien —susurró aquella voz que me había susurrado otras cosas al oído tiempo atrás. Cosas que me hicieron derretirme por dentro.

Era su aliento, era su voz, era su tacto.

Volví a intentar abrir los ojos. Una rendija solo. La luz no era tan intensa como antes, pero mis retinas parecían haber sufrido quemaduras porque cualquier resplandor dolía.

—¿Mack?

Él cogió mi mano izquierda y se la llevó a la cara, cuya mejilla era un poco rasposa, como si no se hubiera afeitado en días.

—El tacto y el oído te funcionan mejor que la vista.

—Tiene que adaptarse, los daños… —intervino la mujer.

—¡Gracias enfermera! —la cortó él con brusquedad.

—¿Qué pasa? —Mis ojos se estaban acostumbrando a la suave penumbra y podía ver la figura de Brooks inclinada sobre mí, todavía sujetándome la mano contra su rostro.

—Descansa, Cass —me dijo—. Duerme un poco más.

—Ya me recuperé del disparo, Mack. ¿Qué pasa?

—Duerme. Estaré aquí cuando te despiertes.

Cerré los ojos. Se trataba de un sueño distinto a todos los que había tenido antes. Sentía flojedad en los músculos, como si me hubiera pasado un fin de semana tirada en el sofá viendo la tele, pero no recordaba haber hecho eso. De hecho, mi confusión aumentaba a medida que iba saliendo del letargo.

A pesar de la laxitud de mis músculos, mi cerebro estaba en plena efervescencia. Moví los dedos sobre la mejilla de Brooks. Seguía notando su tacto y su calor. Eran sensaciones tan reconfortantes que parecían reales. Abrí los ojos otra vez.

Solo había una explicación: no era un sueño.

Me incorporé de golpe y todo dio vueltas a mi alrededor. Me incliné hacia el otro lado de la cama, donde no estaba él, y vomité un líquido transparente, de consistencia viscosa.

Las arcadas continuaron, aunque mi estómago estaba vacío por completo.

Algo iba mal, lo sabía, pero no sabía por qué.

La enfermera se acercó con una palangana, pero ya no tenía nada más que vomitar.

No era un sueño. Algo me había pasado.

Me dejé caer sobre la almohada sin fuerzas. El corazón acelerado, la respiración entrecortada.

Algo iba mal.

Algo iba muy mal si Brooks estaba allí.

Algo iba perdidamente mal si aquello no era un sueño, porque ya no era la mujer que tenía que velar solo por mí.

CAPÍTULO 2

Cass

No me consideraba una mujer mejor ni peor que cualquier otra. Intenté dañar lo menos posible a las personas que me rodeaban y, aun poniendo especial cuidado, resultaba complicado no herir los sentimientos de los demás.

Cuando volví a San Francisco, después de estar tres meses y medio fuera, Joakim y yo aún no habíamos iniciado una relación, solo nos estábamos tanteando. Sin embargo, su interés superaba el mío, ya que se molestó en llamarme varias veces en mi ausencia y soportó mi silencio sin un reproche. Me recibió con un beso en la mejilla y se comportó como si nos hubiésemos separado el día anterior.

Lo cierto es que llevaba dos semanas en la ciudad cuando le llamé, sin saber qué giro tomaría esa cita.

Había vuelto cambiada. Me habían ocurrido muchas cosas que tenía que procesar. Para empezar, Vic McPherson, jefe de la división de equipos especiales de Nueva York, la ciudad a la que me enviaron para seguir un caso de blanqueo de dinero, descubrió mi verdadera identidad. Por otra parte, el propio McPherson me recomendó para una misión conjunta con una unidad secreta del ejército, que se desarrolló en la Riviera francesa. En la misma, participaría un antiguo integrante de la unidad, que actualmente encabezaba el equipo de investigación antiterrorista de la oficina del FBI en San francisco, Mack Brooks. Pero si no eran suficientes novedades, también me enteré de que mi padre continuaba vivo. Es más, pude comprobarlo por mí misma.

Además de todo eso, McPherson, que había comprendido mi inquietud por hacer trabajo de campo y dejar la división de delitos económicos del FBI, tuvo una charla a mis espaldas con Brooks. Como resultado de ella, me habían trasladado a la división de investigaciones especiales, al departamento de antiterrorismo, que me iba grande. Muy grande en realidad, porque ¿qué sabía yo de terrorismo? Por no hablar de que estaba previsto que él fuera mi compañero y mentor.

Debería estar dando saltos de alegría, porque quería patearme la calle e investigar fuera de las oficinas y lejos de un ordenador, pero había algo que… Bueno, para qué reprimirme a estas alturas: resulta que fui tan estúpida como para enamorarme de Brooks durante la misión en Marsella, y me temía que aquello, lejos de ser la oportunidad única que esperaba, se convirtiera en un auténtico caos.

Así que volví a San Francisco después de tres meses, con un puñado de novedades que necesitaba digerir.

Joakim me cogió de la mano y caminamos hasta un restaurante de comida argentina.

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste —me dijo, mientras esperábamos nuestros platos.

Le sonreí, dándole pie para continuar.

—¿Recuerdas las estanterías que encargué? —preguntó, de forma retórica. Lo cierto es que no recordaba esa conversación—. Ya están colocadas y, además, llenas. Porque la otra novedad es el contrato que firmé el mes pasado con una de las grandes editoriales de mayor tirada.

—¡Me alegro! —exclamé—. Será un buen empujón.

—Eso espero. El contrato no es exclusivo, pero solo otras dos librerías de la ciudad disponen de sus títulos.

Me contó algo más sobre las ventajas de los muebles y de los contratos. Decir que había desconectado hacía rato, me avergonzaba, pero es que Joakim no destacaba por ser un gran conversador. Al menos, conmigo.

En lugar de escuchar, le observé: era una persona que llamaba la atención, de cabello claro y ojos verdes, semejantes a los míos. Y,

si a eso íbamos, poseía una constitución y unos rasgos andróginos, que me sobrepasaban en atractivo, por mucho. Además, parecía siempre alerta, como si todo lo que hubiese a su alrededor resultara interesante. Se jactaba de no haber pisado un gimnasio en su vida y se mantenía en forma corriendo, de ahí sus músculos alargados y su estilizada apariencia.

Antes de que pudiera ponerme a hacer comparaciones mentales fuera de lugar, me percaté de que me preguntaba:

—¿Y tú? ¿Cómo te fue en Nueva York?

—Se complicó un poco, pero terminó bien.

—Creí que dijiste que te ibas por una semana…

¿Detecté cierto tono de reproche? Quizá lo que quería era una excusa para abandonar nuestra incipiente relación. Pero justo ahora me convenía continuarla, por varias razones: la primera de las cuales era que había empezado en el nuevo departamento el día anterior y Mack Brooks me había recibido con una de sus sonrisas, que conseguía calentarme las entrañas, igual que en la Riviera francesa.

—Se complicó —repetí—. Pero eso es lo habitual. Además, me han destinado a un nuevo departamento, para el que tenía que prepararme.

No podía hablar de la misión con la unidad, aunque tampoco hubiese querido, de ser libre para hacerlo.

Terminamos de cenar hablando de naderías, porque nuestra relación no se cimentaba en el romanticismo o la simple atracción física. Debía basarse en una necesidad compartida, tal como habíamos quedado en la conversación mantenida al poco de conocernos, en un alarde de sinceridad. Cada uno expuso sus intenciones con claridad.

Joakim era una persona considerada, amable, traumatizada y resignada, en cierta forma. Supongo que, con el tiempo, llegó a quererme, a su manera, igual que yo lo quería a la mía. Era el hombre más tranquilo que conocía, a la par que más complicado, pero como cada uno llevábamos nuestro pasado a las espaldas, ya me cuidaría de juzgarle.

—¿Quieres que vayamos a mi apartamento?

Accedí, porque quería sexo sin complicaciones.

—Luego tenía intención de salir —dijo.

Me encogí de hombros como respuesta. Nuestra relación en ningún momento estuvo basada en la pasión ni en los sentimientos, sino en la necesidad de aceptarnos como éramos. Y la dinámica podía funcionar. El tiempo lo diría.

CAPÍTULO 3

Cass

El tiempo tenía sus propias reglas y parecía dispuesto a hacer las cosas a su manera, sin tener en cuenta mis deseos.

Cuando por fin me trasladaron al departamento de antiterrorismo me pasaba gran parte del día en una mesa, investigando asuntos financieros. ¿Que esta vez tenían otro fin que el lucro propio? Sí, pero estaba haciendo lo mismo que en mi anterior departamento.

—Lo sé, agente Martin —dijo Petrie, mi actual jefe—. Pero tiene que conocer todos los aspectos a tener en cuenta y la financiación terrorista es uno de ellos. Esta semana, además, se educará en los conceptos básicos de la radicalización, en el conocimiento de las agencias con las que intercambiamos información y en localización de células a través de sujetos sospechosos de pertenecer a alguna organización.

—Pensaba que aprendería sobre la marcha…

—Y lo hará, pero sin esos conceptos básicos, no puedo ponerla en la calle. Hacemos mucha investigación desde la oficina, aunque créame que, después de un tiempo, agradecerá poder quedarse a trabajar un día entero aquí.

Era mi jefe, tenía que confiar en su experiencia, pero dudaba mucho de su última afirmación.

—Eh, compañera, ¿qué haces aquí? ¿Descansando?

No puedo decir que me sorprendiera, porque no pasaba desapercibido. Cada vez que Mack atravesaba la puerta, saludaba aquí y allá, y todo el mundo le contestaba con una sonrisa. Me recordó a nuestra estancia en la base del ejército, antes de salir

hacia Marsella, y la acogida que le habían dado algunos miembros del centro de control de operaciones, que trabajaron con él y le recordaban. Brooks no pasaba desapercibido.

—Tengo deberes —le contesté.

—Creí que habías tardado tanto en aparecer porque tenías deberes en la otra división. ¿Aquí también?

Me encogí de hombros.

—Debo tener cara de empollona…

—¡Brooks! —Petrie le hizo una seña desde su oficina—. Pasa por aquí.

—Recoge, nos vamos a tomar un café y te pongo al día de lo que llevo —me susurró él, con un guiño de ojo.

—Petrie me ha dicho…

—Déjalo de mi cuenta.

Se alejó hacia la oficina del jefe y le seguí con la vista. Me había olvidado de lo bien que le sentaba el traje, porque ya no lo había vuelto a ver con uno desde que fuimos al casino de Marsella. Me pegué un pellizco de monja en el brazo para obligarme a apartar la mirada y los recuerdos, aunque estos resultaban más difíciles de someter.

Además del revolcón que nos habíamos dedicado en un coche al final de la velada, habían ocurrido otras muchas cosas que no tenían desperdicio y que me hacían sonreír cuando las recordaba. Habíamos estado en un casino y luego, por fijación mía, nos colamos en un almacén de munición, del que tuvimos que salir a tiros, huyendo encima de un camión en marcha. Yo llevaba un vestido verde aquella noche, pero verde, verde. Los que nos disparaban tenían una puntería de mierda porque yo era una diana perfecta contra el fondo blanco del camión.

Brooks salió de la oficina del jefe de división riendo. Elevó las cejas en mi dirección y yo cogí mi bolso y corrí hacia el ascensor, con el temor a que Petrie me diera el alto en cualquier momento. Quería saber en qué estaba metido el que iba a ser mi compañero y quería probarme, porque tenía la sensación de que trabajar juntos sería un reto para ambos.

—¿Con qué quieres el café? —me preguntó.

—Con información, si puede ser.

Se sentó delante de mí en la cafetería.

—Petrie tiene razón: tendrás que ponerte al día con algunos asuntos, pero hay que airearse de vez en cuando.

—Haré horas extra.

Llegaron los cafés y le dimos las gracias al camarero, un muchacho con acné, que apenas tenía edad para haber terminado el instituto.

—¿Roberta está de vacaciones? —le preguntó Brooks.

—Estoy sustituyendo a mi madre porque la han operado hoy de cálculos biliares —contestó el chico.

—¿Ha ido bien? ¿En qué hospital está?

Cuando el muchacho nos dejó solos, elevé una ceja.

—Ten siempre contentos a los camareros —dijo—. Nunca sabes cuando vas a necesitar emborracharte a crédito.

—Esto es una cafetería…

—¿Y si un día me dejo la cartera en casa y me hace falta un café para despegar?

Me reí y él me imitó.

¡Cuánto había añorado esa sonrisa suya!

Mi teléfono empezó a zumbar encima de la mesa. Lo giré para ver de quién era la llamada y la rechacé. En ese momento, me apetecía tanto hablar con Joakim como visitar al dentista.

—Imagino que te veías enfrascada en investigaciones de magnitud cuando te dijeron que venías al departamento, ¿no?

—Esperaba… algo más, la verdad. Ya sé que no iba a estar preparada para desactivar bombas la primera semana, pero…

—Ni lo estarás en seis meses —contestó—. Con eso iremos poco a poco, pero tienes que hacerte a la idea de que esa no es nuestra labor. Nosotros buscamos terroristas y los encontramos antes de que pongan una bomba. Si fallamos y ocurre lo peor, se encarga Seguridad Nacional.

—A ver, cuéntame con detalle…

—¿Sabes llegar a Bayview Hunters Point? —Me pasó las llaves de un coche sobre la mesa.

—Es zona de prostitución, ¿qué buscamos allí?

—Te lo cuento por el camino —dijo, terminando su café.

*****

—Es muy raro encontrar una bomba lista para detonar —continuó—. Si llega el momento, nos hacemos a un lado, despejamos la zona y llamamos a los artificieros. Ya sabes, esos tipos enfundados en trajes que pesan media tonelada, que disponen de aparatos especiales para valorar la amenaza y que se juegan la vida para reducirlas a un montón de chatarra.

—Me dijiste que eres artificiero.

—Lo soy. Y, si no hay más remedio, intentaría detener la amenaza. Pero solo en caso de extrema urgencia. Igual que harás tú. Los héroes no suelen vivir lo suficiente para ver su nombre en los periódicos.

Asentí, sin apartar los ojos del tráfico. No pretendía ser una heroína y la idea de acabar diseminada en un radio de cien metros tampoco me seducía.

—En general, los artefactos explosivos suelen ser básicos, para que cualquier idiota con la capacidad justa para caminar sin enredarse con sus propios pies, pueda amargarte el día.

Se me escapó media sonrisa, sin poder evitarlo, a pesar de que el tema del que me hablaba era grave. Brooks tenía la habilidad de quitarle hierro a todo con su humor.

—Descerebrados listos para usar y tirar hay a patadas. Los extremistas lo saben muy bien, así como saben rellenar el hueco de sus cerebros con idealismo de andar por casa. Aunque no se puede perder a ninguno de vista, nuestro objetivo es ir a por los que se encuentran en la cima de esa montaña. A los demás ya los iremos recogiendo por el camino de ascenso.

—Según parece, ese camino de ascenso pasa por Bayview Hunters Point —adiviné.

—¿Ves? Ya lo vas pillando —exclamó—. Detente un momento ahí. Vuelvo enseguida.

Entró en una floristería pequeña, con ramos de flores, plantas y carteles de vivos colores en el escaparate. Tenía un soporte de hierro

forjado sobre la puerta con varias macetas llenas de plantas colgantes, algunas cargadas de flores de vivos colores, contrastando con el aburrido ladrillo rojo de las casas que flanqueaban la tienda.

Me pregunté si estaría comprando flores para su esposa, pero antes de que el pensamiento terminara de esbozarse en mi cabeza, corté los derroteros por lo sano. Llevaba diez años casi sin ceder a estúpidos impulsos y por una vez que me dejé llevar, lo hice con la persona equivocada. Me había propuesto dejar Marsella atrás, igual que mi anterior vida, y tenía voluntad para superar el reto.

Mack Brooks volvió sin flores, se sentó en el asiento del copiloto y me sonrió.

—Vamos, hay un cabrón que no nos espera.

—¿Puedo saber quién es?

—Se llama Buendía y es traficante de carne humana. Tiene un ejército de coyotes a uno y otro lado de la frontera e intercambia personas como si fueran cromos.

—¿Queremos preguntarle por uno de los coyotes?

—El coyote ya está en manos del ICE[1]. Por él sabemos que alguna vez Buendía sale de su zona de confort y mete o saca del país algo más que mujeres, la base de su negocio. Se mueve entre Los Ángeles y San Francisco, y se aloja en los barrios donde cree que cuenta con la protección de los proxenetas a los que vende su mercancía.

—Un encanto. Me gustará conocerle.

—No, no te gustará —afirmó—. Pero necesitamos que nos diga dónde dejó a cierto personaje al que su coyote trajo a la ciudad. Se trata de un conocido terrorista bastante peculiar.

—¿Peculiar?

—Tiene esposa e hijos pequeños asilados aquí, a los que vigilamos, por supuesto. Él se dedica a reclutar, y sospechamos que ha organizado una célula en la ciudad.

—No es una medida inteligente si tiene aquí a su familia.

—Es cauto, pero no sabe cubrir su rastro. Supimos de él porque abastece a ciertas organizaciones domésticas de materiales sensibles, robados o comprados fuera.

—Tiene extraños compañeros de cama… —dije.

En cuanto la frase salió de mi boca, me arrepentí. Si hacía alguna broma poniéndonos de ejemplo, me moriría.

—La mayoría de los supremacistas tampoco son un dechado de inteligencia, pero disponen de armas.

Por suerte, Brooks parecía haber tomado idéntica decisión a la mía: lo que ocurrió en Marsella, se quedó en Marsella.

*****

Hunters Point era un barrio que duplicaba las estadísticas violentas medias de la ciudad, debido a los altos índices de pobreza, desempleo y otras desventajas sociales. Afroamericanos y latinos residían en una zona donde se mezclaban las viviendas unifamiliares con otras de protección social y complejos de viviendas asequibles. Por si fuera poco, Hunters Point sufría graves problemas medioambientales por proximidad industrial, que mermaba la calidad del aire y el suelo.

El GPS nos llevó a una casa unifamiliar pintada de azul.

—¿Damos una vuelta? —le pregunté.

La calle estaba desierta y me daba mal pálpito.

—No. Lo que vamos a hacer es darnos mucha prisa. Aparca en la puerta.

Brooks se apeó y abrió el maletero, del que sacó un cortavientos azul oscuro, con grandes letras amarillas que proclamaban su pertenencia al FBI, para que no quedara duda. Se lo puso y me alargó otro.

—Toma, no quiero que nos tiroteen por equivocación. Ve por la parte trasera, querrá salir corriendo. Apúntale a la cabeza y tráelo al coche. Nos lo llevaremos a un lugar tranquilo.

Así me gustaban los planes: claros y concisos. Aunque podía haberme puesto al tanto de camino para prepararme.

Me miró, interrogante, esperando alguna protesta. No la hubo. ¿Quería salir de la oficina? Pues ya había salido.

—¿Si se resiste puedo pegarle un tiro en la pierna?

—Por encima de la rodilla, que no quiero tener que cargarlo hasta el coche.

Rodeé la casa con una sonrisa tonta en los labios. Llevaba mal camino, pero es que me gustaba trabajar con él.

Como Brooks había supuesto, cuando llamó a la puerta principal, anunciando su condición de agente del FBI, un latino de metro noventa, salió corriendo por la puerta del patio trasero en calzoncillos. Iba desarmado, excepto por una desmesurada erección, nada simulada y muy peligrosa.

—Buendía, supongo —le dije—. Levanta las manos y camina hacia la entrada, si puedes…

Brooks nos hacía señas para apresurarnos. Buendía, que no debía estar teniendo el buen día que proclamaba su apellido, caminaba con una lentitud desesperante.

—Me duelen los huevos, guapa —dijo, cuando le empujé.

—Tengo una idea para que dejen de dolerte, pero vas a sangrar mucho. Si no tienes reparos, yo tampoco.

No era que me hubiese envalentonado de repente, al contrario. Había percibido movimiento en la calle que minutos antes se encontraba vacía.

Mack Brooks mantenía la puerta trasera abierta y cuando Buendía entró le esposó el tobillo al tirador. Le miré, esperando que le esposara las manos, pero él se puso detrás del volante y me hizo señas para que subiera.

Cuando estuvimos a varias calles, redujo la velocidad y, sin girarse, le dijo a Buendía:

—Ahora mismo tienes dos opciones: hablamos y te largas a tu casa a follarte a la tía que te ha puesto así, o abro la puerta y te arrastro por el asfalto. Cuando te quede la mitad de la cara, querrás hablar conmigo.

Le lancé una ojeada a mi compañero. ¿Sería capaz de cumplir su amenaza?

—Por si tienes dudas de mis intenciones —continuó—, sería tu palabra contra la mía y la de mi compañera.

Elevé una ceja y Brooks negó imperceptiblemente con la cabeza para que no interviniese.

*****

—Entonces, ¿hablamos?

Brooks se había detenido en un parque de Brisbane y se giró para mirar a Buendía.

Hablaron y yo escuché. Luego, soltamos al delincuente en ropa interior y nos marchamos.

—¿Petrie tiene que saber esto? —le pregunté.

—Ya se lo contaré cuando sea necesario. A todos los efectos, hemos estado tomando un café y enviando flores a la camarera a la que acaban de operar. Hay que cuidar las relaciones.

Así que por eso nos habíamos detenido en la floristería. No me extrañaba que la gente lo apreciara.

—¿Eres creativa redactando informes? —continuó, esbozando una sonrisa pícara.

—Al nivel de los hermanos Grimm.

—Perfecto, pues invéntate un chivatazo telefónico al que te he propuesto acompañarme. Hemos tenido una charla pacífica con Buendía, y de vuelta a la oficina. Petrie no se lo creerá, pero quedará conforme si no hay una denuncia.

—¿Esto es siempre así? —pregunté, esperanzada.

—¡Que va! La mayor parte del tiempo es trabajo de investigación. Un absoluto muermo.

A pesar de sus palabras, no creía que pasara la mayor parte de su tiempo en la oficina. No era ese tipo de hombre.

CAPÍTULO 4

Mack

Cass me había quitado el aliento desde que la conocí y, desde que estuvimos juntos en Europa, no había podido dejar de pensar en ella. Trabajar a su lado era una prueba diaria de resistencia, que unas veces llevaba peor que otras.

No solo era una mujer preciosa físicamente. Cass era, además, inteligente, divertida e intuitiva. Respondía a mis ocurrencias con otras de su cosecha, porque, al contrario que Mónica, enseguida captó mi sentido del humor.

Quería comportarme como siempre, pero mi parte competitiva deseaba impresionarla, conquistarla de nuevo, a pesar de que sabía que era un error.

Los primeros meses trabajando juntos me sorprendió su capacidad de aprendizaje. Además de lo que yo le enseñaba sobre antiterrorismo, ella buscaba información por su cuenta, de forma que llegó a darme charlas sobre psicología de captación y a hacer perfiles muy acertados en varios casos en los que íbamos cortos de pistas.

Lo que peor se le daba era manejar explosivos, y eso que no llegamos a manipular artefactos cargados. Siempre terminaba con una película de sudor en la frente y resoplando.

La primera vez la vi tan seria que grité: «¡BUM!». Esa noche volví a casa con un ojo morado.

—¡Eres un idiota! —me espetó, enfadada, después de recomponerse—. Te has merecido el puñetazo.

Luego me retiró la mano con la que me cubría el ojo y lo observó con preocupación. Se encontraba demasiado cerca y esa

vez fui yo el que me puse a sudar. Como si hubiésemos hecho un pacto, manteníamos las distancias en todo momento y si alguna vez nos habíamos rozado, ambos nos apartábamos de inmediato. Esa vez, sin embargo, siguió sujetándome la mano, palpando con la otra el lugar en el que me había golpeado.

—Me he pasado, lo siento. Ve a que te miren eso, antes de que se te ponga como una pelota de béisbol —dijo—. Pero que conste que te lo has ganado.

No tuve más remedio que reírme, pero aprendí la lección y nunca más volví a repetir la broma. Sin embargo, por mucho que manipulásemos mecanismos de bombas desactivados, ella no terminaba de sentirse cómoda.

—Al menos, tienes buenos pulmones —le dije, quitándole hierro al asunto.

Cuando no entendía mis derroteros, alzaba una ceja, esperando aclaración.

—Para gritar a todo el mundo que despeje la zona, mientras marcas de memoria el número de los artificieros.

—Ya los tengo en marcación rápida.

Lo dicho, me encantaba que me siguiera el juego sin escandalizarse ni hacer una montaña del hecho de que la manipulación de explosivos nunca sería su fuerte.

En nuestras oficinas, como en cualquier otra institución donde trabajaba mucha gente, las habladurías estaban a la orden del día y su llegada dio lugar a unas cuantas. A veces, me avergonzaban los burdos intentos de acercamiento de algunos compañeros, pero ella me había prohibido intervenir. Además de saber defenderse sola, mi injerencia solo hubiera servido para empeorar las cosas.

Por norma, los rumores desaparecían cuando había novedades a la vista, pero no antes de que alguno de los rechazados por Cass dejara caer que a la nueva no le interesaba nadie, porque ya tenía quién le calentara la cama. Y el muy capullo se refería a mí. Le hubiese roto la cara de buena gana, pero no porque tuviera razón, sino porque no la tenía.

Cass y yo trabajábamos bien juntos y no quería que lo empañase ninguna habladuría, porque ella merecía todos mis

respetos, además de que quería conservar su amistad, ya que otra cosa no podíamos tener.

Hasta conocer a Mónica, nunca me había planteado una relación duradera. Y dudé durante un tiempo porque su familia era católica y se tomaban en serio los preceptos de su iglesia sobre la convivencia en pecado. Traducido quería decir que si no había boda, no podíamos vivir juntos.

Al final, nos casamos.

Ella tenía su trabajo en una galería de arte y yo en el FBI. No se quejaba de mis extraños horarios ni de lo que me absorbía algún caso, al que le dedicaba todo mi tiempo. Días enteros, a veces, en los que ni pasaba por casa.

Me dejaba querer y ella parecía conformarse con lo que le daba, que luego comprendí que no era mucho. Observando el panorama en retrospectiva, fui un egoísta: quería que todo continuase como al principio sin poner de mi parte.

Y, cuando Mónica empezó a hablar de niños, dejaba de escuchar. A mi modo de ver, un hijo en común hubiese sido una atadura más permanente que un papel firmado en el juzgado y otro en la iglesia a la que acudía la familia de mi esposa.

Así que fui el artífice de que las cosas entre nosotros se torcieran y, cuando Lavick me llamó para socorrer a la unidad, de la que formé parte tres años antes, me faltó tiempo para aceptar la propuesta y pedir a mi jefe un mes de excedencia. Tendría tiempo para pensar, porque en la última discusión con Mónica la palabra divorcio quedó flotando en el aire. Sabía que se resistiría, y no solo por creencias, sino porque a mi esposa, a la que ya conocía algo mejor, no le gustaba perder.

Aunque no imaginé hasta qué punto llegaría para salirse con la suya.

Mientras estaba con la unidad en Francia, se dedicó a hacer circular que estaba embarazada y cuando volví a San Francisco, me dijo que había tenido un aborto. Era su forma de comunicarme que no habría divorcio, o me convertiría en el cabrón que la había abandonado después de la tragedia.

Puede que en otro momento me lo hubiese tomado peor, pero tenía la cabeza en otro sitio. Concretamente en Cass, a la que había conocido en la misión, y que se había metido en mis pensamientos como esa cancioncilla machacona que no te deja en paz y terminas canturreando, quieras o no.

Sin saberlo y sin conocerla, había firmado un pacto con el diablo porque, a petición de Lavick y de Vic McPherson, de la oficina del FBI en Nueva York, la había recomendado para mi departamento, ajeno a que despertaría en mí unos sentimientos tan intensos como los que me traje de la Riviera francesa.

No obstante, sin hablarlo siquiera, supimos mantenernos cada uno en nuestro sitio. Como solía decirse: lo que ocurre en Las Vegas, se queda en Las Vegas, así que solo éramos compañeros de trabajo, que no hablaban de temas personales.

Y funcionó durante unos meses, hasta que Mónica apareció por la oficina, no sé si por casualidad o por que le había llegado uno de aquellos rumores del malintencionado de turno.

Tuve que presentarlas, pero bajo la capa de amabilidad de mi esposa, pude atisbar su contrariedad. Ya no le hablaba de trabajo, así que no le mencioné que tenía nueva compañera. No obstante, ella seguía teniendo curiosidad, así que la invitó a cenar. Cass aceptó y preguntó si podía llevar a su pareja.

Yo ni siquiera sabía que Cass tuviese pareja, porque solo hablábamos de trabajo. Mónica cambió a una actitud más afable al enterarse y quizá, al observar que el contrariado era yo.

El domingo siguiente, según lo acordado, Cass y su pareja, Joakim, acudieron puntuales a la cita, con una botella de vino para acompañar la cena, y un ramo de rosas para Mónica, que se mostró encantada por el detalle.

—Sandra me ha hablado mucho de ti —me dijo su pareja, tendiéndome la mano.

Por un momento me quedé descolocado. ¿Sandra? Nadie la llamaba así. De todas formas, supe que Joakim mentía al decir que Cass le había hablado de mí. Tenía el mismo conocimiento de mí que Mónica de mi compañera. Supuse que, igual que nosotros no

hablábamos de asuntos privados mientras trabajábamos, tampoco hablábamos de trabajo en casa.

Joakim me evaluaba con la mirada, fingiendo interés, pero no engañaba a nadie. La animadversión fue mutua e instantánea y no solo por el hecho de que estuviésemos enamorados de la misma mujer.

La conversación intrascendente y la cena ligera, regada por el vino que habían traído, no bastó para rebajar la tensión que se palpaba en el ambiente, de la que solo Mónica parecía ajena. Intentaba sonsacar a Cass detalles de su vida, aparentando una charla inocente. Y mi compañera, que tenía tablas en lo de eludir las conversaciones en torno a ella, tiraba balones fuera del campo una y otra vez.

Recordaba que en Marsella le pedí que me contase algo de ella, y me hizo un resumen tan somero que cualquiera diría que lo tenía aprendido de memoria.

—Leí en algún sitio que nadie quiere saber más de ti de lo que puedes contar en una subida en ascensor de dos pisos —me dijo entonces.

No era mi caso. Yo quería saber más de ella, pero ya me cuidaría de preguntar, porque Cass tenía derecho a hablar de su vida o no. Mi curiosidad era mi problema.

Joakim me vigilaba de soslayo y metía baza en la conversación cuando Mónica le dejaba.

Para mi consternación, Mónica estaba segura de que la velada había sido un éxito y poco menos que forzó a Cass a devolvernos la invitación. Mi compañera no cedió a la presión, pero sí su pareja.

—¡Será divertido! —exclamó Joakim.

—De acuerdo, pero será en tu casa —dijo Cass, obligándole a rebajar su entusiasmo.

Yo me alegré de saber que no vivían juntos.

Y ahí comenzó lo que era casi una cita mensual obligada para vernos en una u otra casa.

Cass estaba casi tan entusiasmada como yo, según me pareció, porque socializar no estaba en el contrato firmado con la agencia, ni en el que teníamos como compañeros.

Dejábamos que Mónica y Joakim llevaran el peso de la conversación hasta que terminábamos, Cass y yo, hablando de trabajo entre nosotros, mientras nuestras respectivas parejas lo hacían de cosas cotidianas.

A veces, me preguntaba qué hacían juntos Cass y Joakim. Él parecía más un esclavo solícito, pendiente de complacerla en todo momento, que un amante. Pero puede que fuera la envida lo que me hacía ver esas cosas, porque yo nunca podría volver a saborear su boca, ni a oler su cabello, ni a hacerla vibrar de placer. Y eso me desvelaba por las noches.

Mientras trabajábamos, aprendí a manejar las ganas de abrazarla cada mañana, cuando llegaba a trabajar oliendo a la ducha reciente y a algo por debajo del aroma del gel, que me fundía las entrañas y me estimulaba más que cualquier café que me hubiese tomado antes.

El día que estuvo a punto de morir por mi culpa me perseguiría el resto de mi vida.

La noche anterior, Mónica y yo habíamos vuelto a discutir. Ella estaba empeñada en seguir un tratamiento de fertilidad que a mí me parecía absurdo. Tendría que haberse hecho, en todo caso, una inseminación *in vitro* porque desde que volví de Francia, no habíamos vuelto a tener intimidad. Su chantaje emocional me afectó mucho.

Jamás había cuestionado sus caprichos, para eso ganaba dinero, aunque no me consultara algunas decisiones, como mi parecer sobre el sofá de una afamada firma italiana de muebles, que ocupaba un lugar predominante en el salón del apartamento. A mi modo de ver, era horroroso e incómodo, pero si se me ocurría comentarlo me respondía que yo no tenía gusto.

Esa guerra, como muchas otras, la tenía perdida. No obstante, la campaña que llevaba a cabo ahora no era para comprar un mueble. Y ahí me había plantado.

Me constaba que ella creía que el esfuerzo merecía la pena, que me conformaría cuando hubiese un niño en casa. Y yo me preguntaba si de verdad era posible conocer a otra persona, más allá de las propias proyecciones y las suposiciones infundadas que

uno mismo creaba a su alrededor. Porque yo cada día conocía menos a Mónica. O la conocía más, algo que, en este caso, resultaba peor de asimilar.

De puertas para afuera, podíamos parecer una pareja normal, pero yo seguía durmiendo en la habitación desocupada, esperando que transcurriera el tiempo para no parecer un desalmado cuando anunciase nuestro divorcio.

Ella consideraba que su insistencia terminaría doblegando mi voluntad, así que estuvo toda la mañana llamándome, hasta que contesté, harto de sentir el zumbido en el bolsillo. Estaba al teléfono cuando Cass llamó a aquella puerta, cansada de escuchar nuestra discusión.

Salí del coche, con el ceño fruncido por sus prisas.

—Mónica, no voy a seguir con esto, estoy trabajan…

Vi volar a Cass, literalmente, y aterrizar de espaldas casi a mi lado, con el vientre ensangrentado y mirándome con aquellos ojos que me daban la vida.

Me olvidé de toda precaución. Solo me importaba ella.

Y no solo me olvidé de las precauciones que debía tomar, me olvidé de las apariencias, de que tenía una esposa e, incluso de que Joakim estaba al otro lado de su cama en el hospital. Hasta que no estuvo fuera de peligro, fui incapaz de separarme de su lado, lo que motivó otra crisis con Mónica que, incluso acudió a la clínica para afear mi conducta, con toda razón.

Pero entonces yo no atendía a razones. Le había fallado a la mujer que amaba y me sentía culpable por haberla dejado sola en un momento de peligro, por lo que los reproches de Mónica sobre mi ausencia me resbalaron. No iba a volver a casa hasta que Cass se recuperase.

A duras penas soportaba la presencia de Joakim al otro lado de la cama, juzgándome con sus miradas de soslayo.

Fue una época dura.

Asuntos internos me tuvo tres días sentado en una silla para interrogarme sobre los hechos y a punto estuve de quedarme sin mi placa. Aunque lo cierto es que me importaba poco por entonces.

Creo que perdí la cabeza durante unos días.

La evaluación psiquiátrica confirmó que me hallaba en *shock*, pero no por los motivos que creían. Me sentía tan culpable como si hubiese disparado yo mismo a Cass, porque ella olvidó las precauciones por mi culpa.

Cass se recuperó mientras yo me peleaba con psiquiatras y con asuntos internos. Ella seguiría un mes de baja y Joakim esgrimía todo tipo de excusas para impedirme visitarla.

Por si fuera poco, Mónica había empezado a seguir un tratamiento de fertilidad y me pedía colaboración para completarla con éxito. Ante mis continuas negativas, me atacaba con toda la sarta de reproches que había podido elaborar en los días previos, para lanzármelos a la cara en cuando traspasaba la puerta de nuestro apartamento.

Fue la época más caótica de mi vida, en la que me vi superado de mil formas y tan a menudo que muchas noches me dormía llorando, incapaz de gestionar mis sentimientos.

Tras aquella fractura, solo llegamos a cenar una vez más los cuatro, en un clima tan tenso que cualquiera se hubiera sentido más seguro en medio de un tiroteo.

Joakim y yo nos odiábamos sin recelos, Cass y Mónica se tanteaban como en un ring, y ninguno se atrevía a soltar el primer golpe, aunque se podía sentir la tensión como un quinto invitado. Ya no se volvieron a repetir las bromas con las que Mónica picaba a Joakim para que pidiera la mano de Cass en matrimonio, ni las excusas de este sobre que ella todavía no estaba preparada para ese paso.

Desde su alta en el hospital, Joakim pasaba más tiempo en el apartamento del Cass que en el suyo, aunque ella se apresuró a aclarar que no se debía a un compromiso formal, sino a cuestiones prácticas, porque durante los primeros días necesitaría ayuda. Yo me alegré lo indecible, y no solo porque el librero me cayera fatal, sino porque consideraba que no era el hombre que Cass necesitaba. Claro, que ¡qué sabía yo del hombre que necesitaba Cass!

Quería que me necesitase a mí.

*****

Ahora las cosas eran distintas, o eso quería creer.

Cass volvía a encontrarse en un hospital y yo a su lado.

Joakim y Mónica habían desaparecido de nuestras vidas, así que solo estábamos ella y yo. Pero a mí también me había expulsado de su entorno casi dos años antes.

Y Cas no tenía familia, que yo supiese.

La cogí de la mano y me senté a su lado.

Las pestañas le sombreaban los pómulos, tan blancos que parecían modelados en cera, en los que apenas se distinguían las pecas, que tanto me gustaban. Su respiración era relajada, como si solo estuviese durmiendo. Lo único que delataba su permanencia en el hospital era un vendaje en la cabeza y los labios secos y agrietados.

Cogí un cubito de hielo de una bandeja, que la enfermera había dejado sobre la mesita auxiliar. Lo pasé por sus labios dejando que su calor lo derritiera y le proporcionara frescor a su boca. Quise besarla como había hecho mucho tiempo atrás. Darle la humedad que su boca necesitaba.

Me había engañado, convenciéndome de que la había olvidado, que lo que habíamos tenido había sido puntual, pero ahí estaba, deseando besarla y confortarla con un abrazo.

Por eso me había dolido tanto su silencio.

La amaba desde hacía mucho tiempo y su ausencia me había herido en el alma.

CAPÍTULO 5

Cass

Cuando me reincorporé al trabajo, me costó un poco adaptarme. Tomaba mil precauciones cuando tocaba hacer el seguimiento de algún sospechoso en su domicilio. Nunca volví a olvidarme del chaleco, ni de esperar a Mack Brooks.

Un día, habíamos ido a hacer una detención en un hotel de las afueras y vi algo que hubiese preferido ignorar, porque las miserias humanas cambian la perspectiva de las personas.

Yo sabía mucho de eso.

Mientras Brooks se adelantaba con el detenido para meterlo en el coche, me quedé en la recepción para tomar nota del nombre de la recepcionista y del resto de los trabajadores que cubrieron ese puesto en diversas horas del día. Habría que tomarles declaración. Quizá no hiciera falta, pero si el tipo iba a juicio, la fiscalía tendría sus testigos.

La mujer, una treintañera de ojeras carnosas y mirada asustada, respondió a mis preguntas y me dio un listado impreso con los nombres que solicité.

Cuando me giraba para unirme a Brooks y al detenido, chocó conmigo un cliente que acababa de salir del ascensor, a toda prisa y sin fijarse en el entorno.

—¡Ah, agente Martin!

—Señor. —Saludé a Petrie con un movimiento de cabeza.

—¡Qué casualidad! ¿Qué hace usted por aquí?

—Una detención, Señor.

El asintió, como si aquello fuera lo normal.

—He venido a inscribir a un pariente que ha llegado a la ciudad. —Me sujetó el codo delicadamente para que camináramos juntos hasta la puerta—. ¿Y su compañero?

Estaba nervioso y deseando justificarse, porque me dio una explicación que no le había pedido. Sostuvo la puerta para que pasara por delante, pero el timbre de las puertas del ascensor llamó mi atención y me giré un momento.

La recepcionista de nuestra planta de oficinas se detuvo un segundo con una media sonrisa dirigida a mi jefe, que se disolvió a verme.

Petrie siguió mi mirada y su cara se demudó.

No dijo nada, ni yo tampoco. Aquello no me incumbía.

Él se alejó hacia el aparcamiento, mientras yo subía al coche en el que habíamos llegado mi compañero y yo.

Brooks ya estaba al volante.

—¿Qué hace Petrie aquí? —me preguntó.

—Alojando a un pariente.

Arrancamos con el detenido esposado en la parte de atrás, cuyo rostro gris anunciaba que alguien tendría que limpiar la tapicería del vehículo pronto. Por suerte, era un coche del parque móvil y mantenimiento se encargaría.

Lancé un vistazo por el retrovisor de mi lado. La recepcionista todavía no había salido del hotel.

—No debe ser un pariente muy querido si le ha buscado alojamiento tan lejos —comentó Brooks.

Me encogí de hombros.

—No todos se llevan tan bien con su familia como tú.

—Ni todo el mundo parece estar peleado con la suya, como tú —contestó, risueño.

Me lanzó una ojeada, pero volvió la vista al frente enseguida. Le gustaba picarme porque no hablaba de mi familia, aunque, lejos de tomármelo a mal, terminábamos bromeando al respecto. Sin embargo, ese día estaba para pocas bromas.

—¿Pasa algo? —me preguntó, repentinamente serio.

Consulté mi móvil mientras negaba con la cabeza.

Tenía muchas llamadas de Joakim. Y mensajes.

—Entiendo que pasa algo, pero que no te apetece hablar de ello —me tentó Brooks.

—Eres muy perspicaz, deberías ser detective.

Él soltó una carcajada y se giró para mirarme, aprovechando un semáforo en rojo. Sus ojos, de un azul transparente, se dirigieron a mi teléfono.

—¿Personal?

—¡Qué va! Es que estoy muy preocupada por el desarrollo de la guerra en Gaza, pero no quería compartir mis inquietudes al respecto y alterar tu ciclo circadiano.

Brooks soltó otra carcajada.

El semáforo cambió.

—Vamos a dejar a este, tengo hambre —dijo, señalando con el pulgar hacia el asiento trasero—. Me cuentas lo de Gaza delante de una buena comida.

No hablamos de Gaza durante el almuerzo, ni tampoco de temas personales. Estas conversaciones se circunscribían a momentos concretos, preferíamos mantenernos en un cómodo limbo neutral, o lo que es lo mismo: hablar de trabajo.

—Me quedan dos días antes de las vacaciones.

Brooks se había colocado en una de sus típicas posturas relajadas, sentado al borde de la silla, con los hombros en el respaldo, las piernas estiradas, los tobillos cruzados y las manos unidas sobre el estómago.

—Puedo encargarme yo de buscar a Johnston, no es necesario que vengas.

—Dos días dan para mucho y Johnston no está tan lejos —me contestó—. Prefiero ir contigo.

Alcé una ceja.

—¿Temes que me agreda cuando vaya a decirle que tiene que cumplir con su obligación?

Brooks me miró con sorna.

—Temo que se lo devuelvas.

—¿Y qué? Con un chichón también se puede testificar.

—Pero da mala impresión.

Hube de darle la razón.

—Mañana hay que presentar el informe, sin falta —le dije, sorbiendo mi café, que ya estaba solo templado—. La fiscalía necesita todo el papeleo listo para proceder.

Él soltó un resoplido.

—Ni has empezado, ¿verdad? —le pregunté.

No conozco ni a un solo agente al que le guste redactar sus informes, pero Brooks era un caso aparte. Le salía un sarpullido cada vez que tenía que sentarse durante horas delante del ordenador para redactar los suyos.

La mayoría de las veces, hacía un refrito del mío, añadiendo y quitando párrafos.

Me reía de él, diciéndole que parecía un adolescente copiando un trabajo de internet, modificándolo lo justo para que el profesor no lo pillara.

—La literatura no es lo mío.

—Iré a buscarlo mientras terminas el informe.

—Podemos ir por la tarde.

—Son cuatro horas de ida y otras tantas de vuelta, en el mejor de los casos —negué.

—Entonces, lo dejamos para pasado mañana. Podemos salir a primera hora y estar de vuelta antes de la cena.

Torcí el gesto, pero asentí. Petrie había obligado a Brooks a tomar vacaciones y él no quería irse.

—Mientras te ocupas del informe, hablaré con el ayudante del fiscal para recordarle que tiene que ponerse en contacto con la oficina de Los Ángeles. He hablado esta mañana con ellos y todavía no habían intercambiado información.

Brooks tomó su café , le dio un sorbo y puso cara de asco.

—¡Está frio!

Llamó a la camarera para que le sirviera otro caliente y me dio un golpecito con el pie.

—Eh! ¿Dónde te has ido? —me preguntó.

Me di cuenta de que la camarera esperaba mi respuesta a si quería otro café.

—Sí, gracias —le dije a la mujer regordeta, que me sirvió café caliente en otra taza.

—Llevas todo el día ausente. ¿Debería preocuparme?

Sonreí con pocas ganas.

—Si lo que te preocupa es que me vuelva loca y me lie a pegar tiros, ya puedes estar tranquilo. Es solo que me he levantado con el pie izquierdo.

—Sea lo que sea, pon los pies en la tierra ya. Tenemos que interrogar al detenido y a ti se te da mejor granjearte su confianza antes de meterles el dedo en el ojo, yo no me he vestido para la ocasión.

Lo cierto es que tenía la cabeza en otro sitio. Desde hacía unos días, había estado planteándome dejar a Joakim definitivamente. Llevábamos meses juntos, aunque no viviendo juntos. Y ese era el problema para él.

Joakim apenas pisaba su casa. La mayoría de las noches dormía en la mía. Prácticamente, se había trasladado. Había traído su portátil, que usaba para llevar el inventario de la librería y para hacer pedidos. Poco a poco, había ido colonizando mi apartamento y ahora uno de los cajones de la cómoda le pertenecía, así como un tercio del armario. Sus utensilios de aseo estaban sobre la repisa del lavabo e, incluso, tenía un libro en la parte de la cama donde dormía.

Para mí se había convertido en una invasión metódica, aunque no parecía contentarse. Quería hacerlo oficial. Alquilar su apartamento y venir a vivir conmigo definitivamente. O trasladarnos los dos al suyo.

No me gustaban las peleas y la noche anterior tuvimos una. Sin gritos, porque ninguno gritábamos, aunque la conversación estuvo cargada de tanta acritud que Joakim terminó llorando, haciéndome sentir culpable. Pero no cedí.

Teníamos un acuerdo, que él había ido minando poco a poco, a su conveniencia.

Al final, se fue a su apartamento y yo me acosté, aunque apenas pegué ojo. Odiaba verme abocada a semejantes enfrentamientos, cuando nuestra relación había quedado clara desde el principio. Y me sentía mal porque mis sentimientos no eran tan fuertes como para lanzarme a un compromiso serio, que era lo que

él pretendía. Odiaba que me presionaran. Le tenía cariño a Joakim, pero no hasta el punto de perder mi independencia para satisfacer su voluntad.

Sentía que era hora de dejar lo nuestro, de no ceder por comodidad, como había hecho hasta ahora.

Él quería más y yo solo quería mi apartamento para mí. Ya ni recordaba la última noche que había llegado a casa y dormido sola. Ahora era lo único que deseaba, lo mismo que meses antes necesitaba compañía por las noches.

Para mi consternación, Joakim nos esperaba a la entrada de las oficinas cuando Mack y yo volvimos.

Brooks y él se saludaron con un frío movimiento de cabeza, pero mi compañero nos dejó solos enseguida, lanzándome una mirada de advertencia antes. Habíamos dejado al detenido cocinándose durante un par de horas, pero había que interrogarlo, ahora que estaría receptivo. Si dejábamos pasar más tiempo, el efecto se podía tornar en ira, lo que sería contraproducente para sacarle la información necesaria.

—Sandra, yo… —comenzó Joakim al quedarnos solos.

—Este no es el momento. Te llamaré.

Me sujetó suavemente del brazo para impedir que me fuera detrás mi compañero.

—Te esperaré en casa, podremos hablar tranquilamente.

Algo en mi interior se revolvió, porque eso era precisamente lo que no quería.

—Joakim, no me esperes en casa esta noche, ¿de acuerdo? Quiero pensar en esto y necesito algo de tiempo. Te llamaré.

Me desasí de su mano. Me molestaba mucho esa intromisión en mis horas de trabajo para tratar temas personales, que solo él consideraba urgentes.

Entré en el edificio y en la ascensor, giré la cabeza, desentumeciendo los músculos del cuello. Tenía que centrarme en mi trabajo ahora y debía dejar de lado el malestar que me producía la situación con Joakim.

Brooks me esperaba en el corredor de las salas de interrogatorios, con expresión preocupada.

—Si necesitas pasar por el gimnasio para golpear un saco de boxeo, puedo ocuparme del interrogatorio.

—Prefiero arremeter contra algo que pueda defenderse.

—Que conste que no me he ofrecido. Me bastó con que me hinchases un ojo aquella vez. Aprendí la lección.

—Es una lástima. Hoy tengo el pálpito de que podría ponerte el otro a juego.

—Me gusta mi físico tal como está, gracias. Pero te acompaño luego a buscar guerra en el gimnasio con algún novato desprevenido. Lo pasaremos bien, ¿qué dices?

¿Cómo no iba a estar enamorada de ese hombre? Sabía interpretar mis estados de humor y capeaba el temporal, arrancándome siempre una sonrisa. Puede que estuviera fuera de mi alcance, pero nada me impedía soñar.

—¿Preparada? —me preguntó, señalándome la puerta, tras la que esperaba el sospechoso al que había que interrogar.

—¿Para sacar ojos? —Le sonreí—. ¡Siempre! Aunque si quieres hacer los honores…

—¡Ah, no no! Se te da genial el papel de poli malo.

CAPÍTULO 6

Cass

Me quedé hasta tarde en la oficina terminando el informe, con pocas ganas de volver a casa, aunque sabía que Joakim no estaría. Era demasiado educado para desafiarme.

No era la única que trabajaba hasta tarde. El resplandor de las lámparas de escritorio y de las pantallas de ordenadores iluminaba la sala, por lo demás casi a oscuras.

Allí había movimiento día y noche.

Los equipos que trabajaban en casos complejos, que requerían de un gran seguimiento, de tiempo y de muchos recursos, tenían amplias salas de trabajo en los pisos inferiores, pero cada agente se ocupaba de su parte del papeleo en su mesa.

Solían ser casos de gran repercusión mediática, de ahí la urgencia en resolverlos y los medios empleados.

Lo último que había escuchado es que buscaban a un tipo al que le gustaba prender fuego a contenedores de basura. En teoría, nada tenía que ver con terrorismo, pero estaba sembrando el terror en la población y un equipo se encargaba del seguimiento del caso.

Cuando comenzó su cruzada, la policía creyó que era cosa de adolescentes gamberros, pero el tema se complicó cuando uno de esos contenedores, aderezado con gasolina para que prendiera mejor, volcó y el fuego prendió en las cortinas de la planta baja de un edificio. Por un cúmulo de circunstancias, murieron tres personas en el incendio. El contenedor no debería haber caído, pero el camión de recogida lo había dejado en precario equilibrio, con una de las ruedas pendiendo sobre un boquete de la acera. La inquilina de ese piso había abierto las ventanas para ventilar y la corriente sacó la

cortina, que quedó pendiendo sobre el fuego. Las llamas, alimentadas por el viento de la bahía, ganaron terreno con rapidez y el edificio entero ardió. Sin embargo, eso no había detenido al «quemabasuras», como le llamaba la prensa, que había continuado con su particular cruzada, así que los políticos habían lanzado el guante al FBI, dando comienzo a la caza del hombre.

Alguna vez nos habían necesitado, a Brooks y a mí, en una de aquellas carreras contrarreloj, destinadas a proteger intereses políticos, más que a procurar auténtica protección a los ciudadanos que pagaban impuestos y votaban.

De esta nos habíamos librado porque lo que llevábamos entre manos era importante, puesto que se trataba del testigo principal en un acto terrorista llevado a cabo un año atrás. El testigo pudo reconocer a los autores y hasta disponía de pruebas gráficas, porque los había grabado saliendo del edificio en el que habían colocado tres artefactos explosivos.

Nuestro testigo se llamaba Johnston y llevaba dos meses fuera de la circulación. No quiso entrar en el programa de protección de testigos, con buen criterio, porque agujeros había en todos sitios, y los procesados disponían de contactos y dinero de sobra para enviar a un ejército a cerrarle la boca.

No obstante, Brooks y yo conocíamos su paradero. Era nuestro caso y nos encargamos de ponerle un localizador, así como de asegurarnos de que no se movía de la cabaña que escogió para retirarse del mundo. Sin él, no habría condenas.

En cuanto tuviéramos a Johnston, Brooks se iría de vacaciones y a mí me pondrían a perseguir al «quemabasuras».

El móvil vibró en mi escritorio, cubierto de papeles. Le eché un vistazo: se trataba de un mensaje de Brooks, preguntándome si estaba en la oficina.

Miré la hora, casi las once de la noche. Se me había ido el santo al cielo.

«Camino de casa», contesté.

«Mentirosa», escribió él, adjuntando una carita con gafas.

Un segundo después me llamó.

—Deberías estar durmiendo para llegar pronto mañana y terminar tu informe antes de coger vacaciones. No se escriben solos, ¿sabes? —le dije.

—Estaba mirando porno en el ordenador y me he acordado del puñetero informe.

—Me encantaría abrirte la cabeza para estudiar tus procesos mentales. Seguro que son dignos de investigación.

—No te gustaría saber lo que pienso.

En realidad, hubiera pagado por saber en qué pensaba.

—Es el informe lo que te tiene en vela, ¿verdad?

—No podía dormir y me he puesto a pelearme con él. Me preguntaba qué tal lo llevas tú.

—Siempre igual, Mack. Lo dejas para última hora y luego tienes que echar a correr.

—Estaba pensando en meter los datos en algún programa de IA y decirle que se invente una historia divertida. —Por su tono, sabía que sonreía—. Prefiero estar en medio de un tiroteo que describirlo, no tengo alma de escritor.

—Dame un minuto, busco el mío y te lo envío.

—¿No has dicho que estabas camino de casa?

—¿Y tú no has dicho que estabas mirando porno?

Brooks soltó una carcajada.

—¿Te espera Joakim? —me preguntó, de pronto.

—¿Y a ti que te importa?

—Oye, que solo lo decía por si te apetecía tomar algo.

—Mañana tenemos un día ajetreado —le corté, y no porque no me apeteciera, sino por todo lo contrario—. Y tú tienes que hacer el informe.

Era más seguro salir con otros compañeros para evitar habladurías y, quizá, tentaciones.

—Vale, entonces cuento con ese informe ¿no?

—Buenas noches, Mack.

Mientras trabajábamos, habíamos consensuado sin palabras, evitar hablar de asuntos personales. Y, como fingir se le daba tan bien como a mí, jamás volvimos a mencionar Marsella. No obstante, cuando lo recordaba, aún se me erizaba la piel. Todavía me

temblaban las manos cuando las puse de nuevo sobre el teclado. ¡Ojalá nunca hubiera ido a Europa!

Casi media hora después, terminé de revisar mi informe y le envié copia a Brooks. En otro momento, hubiera seguido con el tono de broma usado previamente, pero había recuerdos que me aguaban el humor. Quizá era ese humor cruzado lo que me había hecho discutir con Joakim y mostrarme tan arisca.

Recibí un mensaje con varios pulgares en alto y una sonrisa cuando salía del aparcamiento y apagué el móvil.

Había días que soportaba mejor las bromas, hoy no era uno de ellos. Tenía sueño y estaba irritada por muchas cosas, pero la de mayor peso era que no había podido prepararme anímicamente para su mes de vacaciones obligadas.

Yo las cogí para recuperarme del todo de la herida de bala, en lugar de causar baja administrativa, para que no figurase en mi expediente. Pagué de mi bolsillo las sesiones con un terapeuta de mi elección y a mi vuelta solo tuve que hacer una sesión con el psicólogo para que firmase mi alta en el servicio. Las visitas no obligadas al profesional de la Agencia eran un camino sembrado para relegar a un agente al trabajo de oficina.

No obstante, desde que me enteré de las próximas vacaciones de Brooks, que coincidían con la anunciada visita de Frank Keaton, mi padre, mi humor había ido a la baja, predisponiéndome a una discusión con Joakim.

Había llegado a casa irritada y su actitud servil, a la que no acababa de acostumbrarme, me cabreó. Es más, me pregunté qué coño hacía en mi casa cocinando, poniendo lavadoras, limpiando el polvo, durmiendo en mi cama…

No era justo para Joakim y lo sabía, pero no pude evitarlo. Estábamos juntos por motivos que nada tenían que ver con una relación sentimental y lo habíamos hablado y consensuado. Sus cambios de reglas le concernían solo a él.

*****

—No es mi costumbre abordar a las personas en un aparcamiento, pero mañana tengo vuelo de vuelta a casa y no quería irme sin saludarte.

Frank Keaton detuvo la silla de ruedas a varios metros.

Por mucho que ya me hubiera hecho a la idea de que mi padre seguía vivo, aun me sentía rara. Mi resentimiento hacia él había remitido un poco, pero no lo suficiente.

—Voy a seguir cumpliendo mi promesa de venir a verte cada seis meses, aunque ya te dije que no pretendo entrometerme en tu vida. Solo quiero tomar un café contigo y que me cuentes lo que quieras. O que te desahogues, tienes derecho.

—¿Y que haya pasado de responder a tus llamadas estos días no te da una pista de lo que quiero hacer? Has estado muerto muchos años, podías haber seguido así.

Me mordí la lengua porque estaba siendo cruel en exceso y la culpa de lo que ocurrió no fue solo suya.

—Perdona, no tengo derecho… —dije, de inmediato.

Él asintió y carraspeó para aclararse la voz. Se encontraba en una zona de penumbra, pero percibí el brillo de sus lágrimas, que provocaron las mías. Sentí que era la peor persona del mundo, arremetiendo contra todo para evitar que volvieran a hacerme daño.

—Lo entiendo —murmuró.

Observé lo mayor que parecía. Yo había heredado su color de cabello, pero el suyo era ya totalmente blanco, igual que la barba. Las arrugas surcaban el extremo de sus ojos, que no quería mirar demasiado porque me observaban con tanto amor como cuando era niña.

—En fin. Nos volveremos a ver en seis meses, si te parece —me dijo, girando con destreza su silla de ruedas.

—¡Espera! —le pedí—. No sé si has cenado; yo me he pasado la tarde en la oficina y tengo hambre.

No tenía nada de hambre, pero en algún momento habría que dar el paso adelante, porque él no se iba a rendir y yo no quería que se rindiera.

—Mi única condición es que no hablemos del pasado. Cuéntame cosas de tu trabajo y yo te contaré del mío.

—Acepto. Lavick me advirtió que deseabas seguir con tu actual identidad y lo respeto.

Hubiese matado yo misma a Lavick por la encerrona que organizó en su momento para que nos reencontrásemos mi padre y yo. Claro que él desconocía mi trayectoria, y solo pretendía reunirnos, esperando un final feliz. Lástima que esas cosas no ocurrieran en la vida real, en especial, cuando había heridas muy profundas sin cicatrizar.

—¿Te apetece una hamburguesa?

—¿Con extra de queso y pepinillo? —preguntó y enseguida rectificó—. Perdón.

Le resté importancia con un gesto y me puse a su lado para avanzar juntos hacia la salida del aparcamiento. Sin embargo, me conmovió que se acordase de cómo me gustaban las hamburguesas de niña.

*****

El apartamento estaba vacío.

Tiré de las sábanas para deshacer la cama, que tan meticulosamente había preparado Joakim. Eso también me mosqueaba. Yo salía de casa en cuanto me duchaba y vestía, él se quedaba tomando café en la cocina y luego hacía la cama, antes de prepararse para ir a la librería.

—Eres la esposa perfecta —le dije en una ocasión.

Creo que fue la única vez que vi en su mirada un relampagueo de furia. Tan pasajero que debí imaginarlo.

¿Joakim furioso?

Para morirse de risa.

*****

El día siguiente lo pasé con el ayudante del fiscal, comimos juntos y asistimos a una reunión, para saber cómo procederíamos con el testigo, en vísperas del juicio.

Puesto que Brooks estaría de vacaciones ya, la encargada de entregarlo a la custodia de la fiscalía sería yo.

Brooks se reunió con nosotros cuando terminó su informe y los tres acudimos al despacho del fiscal para repasar el caso. Dos horas más tarde, ya de noche, volvimos a nuestras oficinas para informar a Petrie.

—¿Tenéis localizado a Johnston? —nos preguntó.

—Mañana iremos a buscarlo —le contesté.

—Bien, lo quiero bajo custodia, lejos de ojos curiosos cuanto antes. Es el principal testigo.

Petrie me lanzaba miraditas de reojo, esperando alguna reacción por mi parte sobre lo que había presenciado en el motel. No le di motivos para temer nada, era asunto suyo.

Aborrecía el despacho de Petrie. Tenía un olor dulzón y un ambiente cargado que me revolvían el estómago.

Ya en el aparcamiento, al aire libre, inspiré profundamente varias veces.

—No hay oxígeno en ese despacho, me han dado ganas de abrir las ventanas —dije.

—Pasa el día entero vapeando dentro. Deberíamos plantearle un sitio neutral para próximas citas.

Brooks me sonreía con ironía.

—¿Un sitio neutral como los lavabos? —le pregunté.

—Tendríamos un problema ¿no crees? ¿los lavabos masculinos o femeninos? ¡Pensaba en la terraza del último piso! Un lugar ideal. Privado, sin testigos.

Sonreí, desganada.

Brooks me cogió de la barbilla para mirarme a los ojos. Odiaba que hiciera aquello, sugería demasiada intimidad.

—Estás muy seria estos días.

Me zafé de su mano con brusquedad y abrí mi coche.

—Estoy cansada. Recuerda: nos vamos a las ocho.

Mi compañero asintió. Había perdido la sonrisa y no me quedé a ver si cambiaba de expresión.

Mi apartamento seguía vacío, por suerte. Me di una larga ducha caliente para templarme. San Francisco disfrutaba de un benévolo clima por su cercanía al mar, pero el viento soplaba helador y arremolinaba las hojas de los árboles en las aceras, mientras la

gente se subía las solapas de los abrigos para protegerse del gélido viento oceánico.

Escuché los mensajes del buzón de mi teléfono en la oficina. El único que borré fue el de la hermana de un detenido. Había aprendido, por las malas, que convenía distanciarse de los detenidos y sus familiares. Empatizar con algunas personas era franquearles puertas que debían permanecer cerradas.

Me ocurrió con uno de los primeros casos que llevé en el CID. Brooks estaba ocupado y me tocó comparecer en el juicio. El abogado defensor me dio una buena paliza y me cargué el caso por seguir en contacto con la esposa del acusado, cuando habíamos cerrado la investigación. La muy puta sabía lo que se hacía, seguramente asesorada por el abogado contratado por su marido. Se hizo la víctima, la creí y perdí.

Me cayó una buena bronca desde varios frentes, pero aprendí la lección: cuando la investigación terminaba, mi trabajo y mi contacto con las partes, también.

Varios meses después, el sujeto volvía a estar delante de un juez y esa vez no tenía el apoyo de una agente del FBI empática e inocente para forzar un juicio nulo. Para él resultó una tragedia, que pagaría con cuarenta años de cárcel; para mí, se trataba del universo impartiendo justicia.

Esos derroteros siempre me traían a la mente que un día el universo se pondría en mi contra y debería estar preparada. No era algo que me gustase pensar, pero ignorarlo hubiera supuesto un tremendo error.

CAPÍTULO 7

Mack

—¿A ti se te había ocurrido que por aquí haría tanto frío? —le pregunté a Cass.

—Ya me he dado cuenta, cierra la ventanilla —me rogó.

Tendríamos que ascender a alturas mayores para sacar a Johnston de la cabaña donde se ocultaba y la nieve no nos iba a poner las cosas fáciles. Cass conducía en tensión, aunque la carretera seguía despejada.

El invierno en San Francisco, con la cercanía al mar, era bastante suave, pero en estas cotas, una camisa y una chaqueta no era abrigo suficiente. En especial, porque a ninguno de los dos se nos había ocurrido que encontraríamos nieve.

Por suerte, llevábamos los abrigos en el maletero, porque en la ciudad casi nunca los necesitábamos.

—Deberías estar acostumbrada a esto. En Boise pasáis casi todo el invierno cubiertos de nieve.

—Se me había olvidado, gracias —gruñó, indicando que no quería seguir por ahí.

Tenía asumido que no le gustaba hablar de su pasado. En general, y a diferencia de otras mujeres a las que conocía, a Cass no le gustaba hablar de Cass.

Resultaba bastante chocante porque en casa era todo lo que escuchaba últimamente: «yo quiero, yo deseo, yo estoy lista…». Era un repertorio que había aprendido a ignorar. Mónica y yo apenas hablábamos ya y los dos éramos infelices. Había que ponerle remedio y me había prometido aprovechar las vacaciones forzosas

para aclarar nuestra relación. O ponerle fin, que era lo que ambos necesitábamos.

Yo no era como Mónica esperaba cuando nos casamos, aunque el desengaño había sido mutuo porque nunca quise una vida como la de los demás, con absurdas obligaciones a las que había que ceder por presión social. No necesitaba hijos para sentirme realizado, y cuando el tema salía a colación, o ella forzaba la conversación delante de testigos, me apresuraba a cambiar de conversación.

Según mi padre, era una etapa. Los años de convivencia pasaban factura, pero luego se producía un cambio, al hallar una mutua complicidad, que los niños ayudaban a reforzar.

No le pregunté si amaba a mi madre después de tantos años o solo se habían hecho cómplices. En todo caso, no me parecía justo para ninguna de las partes.

Yo no quería eso.

Quizá fuese una ingenuidad por mi parte pretender una relación en la que hubiese la química de la primera cita cada día, la misma alegría de vernos y las ganas de compartir algo más que obligaciones y conversaciones repetidas.

Si las cosas entre Mónica y yo se habían deteriorado tanto en dos años y medio, ¿qué ocurriría después de cuatro? ¿Y de ocho? Al principio, estábamos deseando vernos para correr a la cama y hacer el amor. O intentábamos sacar unos minutos para tomar café juntos. ¿En qué momento había cambiado eso? ¿Cuándo dejamos de besarnos de verdad? ¿Cuándo comencé a pasar más tiempo del necesario en las oficinas?

No la culpaba. El amor y el desamor era cosa de dos, y creía que un bebé no haría sino complicar más la relación. Al contrario que mi padre, pensaba que si la pareja no funcionaba, un hijo crearía un abismo mayor, no un punto de complicidad.

Así que tenía que arreglarlo antes de que fuese a peor.

La nieve apareció de repente en la carretera, pequeños montículos a los lados, como si hubiera nevado y subido la temperatura de forma que las capas más finas se hubieran derretido. Noté que Cass se tensaba al volante.

—¿Quieres que conduzca yo? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos y fijos en la carretera y su espalda ya no se apoyaba en el asiento, sino que se había inclinado un poco hacia adelante.

Cass todavía me sorprendía a esas alturas. Reaccionaba como si jamás hubiera conducido sobre la nieve.

A mí me ocurrió en cierta ocasión en que viajé al estado de Washington y me pilló una nevada en una carretera estrecha. Según los partes meteorológicos, no debía nevar hasta la semana siguiente. Se equivocaron.

Conduje diez kilómetros que se me hicieron eternos, intentando recordar los consejos para casos así: circular despacio, a una velocidad constante y no pisar los frenos. Me detuve en un motel de carretera y me apeé con las piernas y la espalda tan rígidas que me costaba caminar. Tuve agujetas en los hombros dos días después de eso y no me hubiera extrañado haber dejado las huellas de mis manos en el volante, de tan fuerte como llegué a sujetarlo.

Después de un invierno en la oficina de Seattle, me convertí en todo un veterano y, aunque terminé en la cuneta un par de veces, perdí el miedo a las carreteras heladas o cubiertas de nieve. Por eso me extrañaba la reacción de Cass. En Boise nevaba a menudo durante el invierno.

La capa de nieve ganaba consistencia y altura mientras avanzábamos y yo empecé a preocuparme. No por la falta de pericia de Cass al volante en esas circunstancias, sino porque los negros nubarrones sobre nuestra cabeza prometían descargar en cualquier momento, y corríamos el riesgo de quedarnos aislados, sin poder llevarnos al testigo, a no ser que hubiera una máquina quitanieves cerca.

—¿Y si llega un momento en que no podemos continuar? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—Entonces, seremos comida para los osos.

—Por aquí no hay osos.

—¿Seguro?

Reí para destensar el ambiente y funcionó unos minutos. Luego Cass volvió a fruncir el ceño, concentrada en no salirse de la

carretera, cuyos límites solo se percibían. El rozamiento de los bajos empezaba a ser preocupante cuando vimos luces más adelante, a un kilómetro o así. Cass también las vio y aceleró un poco. Muy poco. Parecía ansiosa por llegar.

La pequeña población consistía en sendas hileras de casas y comercios a ambos lados de la carretera, a lo largo de medio kilómetro, y no se veía a nadie en la calle.

Comenzó a nevar antes de llegar a las primeras casas. Una nevada copiosa, que limitaba la visibilidad.

Cass frenó por fin en un callejón lateral donde se elevaba un edificio de dos pisos. El más bajo era la oficina postal y sobre esta, la oficina del *sheriff*. Ambas estaban señalizadas con sendas flechas de neón.

La nuca de Cass crujió por la tensión acumulada cuando quitó la llave del contacto y me lanzó una mirada preocupada.

—Según el indicador de posición, la cabaña donde está Johnston se encuentra quince kilómetros al norte, siguiendo la carretera —dijo, señalando.

Imposible ver el estado de la carretera, pero con la que estaba cayendo, en unos minutos sería imposible moverse en coche. De hecho, al descender del nuestro, nos hundimos en la nieve hasta media pierna.

—En estos lugares disponen de quitanieves. Seguramente, la máquina estará despejando la carretera en este momento —le contesté para que no se preocupara.

Lo cierto es que dudaba que pudiésemos continuar, con quitanieves o sin ella.

—Vamos a hablar con el *sheriff*, seguro que hay una quitanieves trabajando por aquí y podrá despejarnos el camino —le dije para animarla.

Corrimos hacia la puerta de entrada del edificio, hundiéndonos en la nieve tierna.

La empleada de la oficina postal nos miró como si estuviéramos locos. No le hicimos caso cuando empezó a rezongar algo sobre que estábamos mojando el suelo. Subimos las escaleras al trote, más para entrar en calor que por prisa.

Cass tiritaba y se masajeaba los brazos, pero sonreía por fin, con las mejillas y la nariz enrojecidas por el frío.

—¿Habrá un hospital cerca para atender casos de hipotermia? Hace rato que no siento los dedos de los pies, igual necesito una amputación —comentó, riendo.

Los cambios de humor de Cass eran un misterio para mí, igual que toda ella. Lo que ya no constituía una incógnita era el sabor de su boca y su pasión al besarme. Ojalá no lo recordase con tanta añoranza, pero era una constante en mis sueños, que me hacía sentir culpable. Fantaseaba con volver a besarla en una playa de Marsella.

A pesar del tácito acuerdo, no verbalizado, que firmamos sobre olvidar lo de Europa, la contemplé, admirado por la atracción que seguía ejerciendo en mí. Hasta el frío le sentaba bien. Llevaba la melena suelta y alborotada, como solía, y sus ojos despedían un brillo divertido, como si por fin hubiera podido relajarse después del mal trago que había pasado conduciendo.

Tras un tiempo como compañeros, había aprendido de ella que podía igualarme en sentido del humor cuando se lo proponía, que podían darle súbitos ataques de risa inoportunos por algo que solo ella imaginaba, que rara vez se recogía el pelo, que corría más rápido que yo y que tampoco conseguía olvidarse de Marsella.

Desde un mostrador alto, el hombre más parecido a un muñeco de nieve que había visto nunca, nos observaba con interés con unos ojillos redondos y oscuros. Tenía una cabeza redonda y calva, sobre un cuerpo que parecía una esfera mayor, y una nariz larga y afilada como una zanahoria.

—Disculpe, buscábamos al *sheriff* —le dije.

—Pues lo han encontrado.

Frunció un poco el ceño cuando saqué mi cartera.

—Agente especial Brooks —me presenté, enseñándole las credenciales—. Mi compañera es la agente especial Martin.

Su delgada boca forzó una mueca. Para él, como para muchos otros agentes de la ley, FBI significaba problemas.

Cass tenía los dedos entumecidos, pero consiguió mostrar sus credenciales, soltando un pequeño bufido, que me obligó a girarme

para comprobar lo que imaginaba: había pensado lo mismo que yo sobre el razonable parecido del *sheriff* con un muñeco de nieve, y estaba intentando contener la risa.

—Tenemos que recoger a un testigo a unos kilómetros de aquí —le expliqué—. Nos gustaría saber si podremos llegar. Supongo que las quitanieves…

El *sheriff* alzó una mano para detenerme.

—Agente…

—Brooks —repetí.

—Agente Brooks, lamento informarle que su empresa tendrá que demorarse hasta mañana, al menos.

Cass soltó otro ruidito y la miré de reojo. El tono pomposo del *sheriff* era lo único que faltaba para aderezar su físico.

—¿Y cuál es el motivo para que no podamos llevar adelante nuestro cometido? —Lo imité en cuanto a gravedad.

—La causa, señores, es que la quitanieves de Frankie ha sufrido una avería y hasta mañana no estará operativa. Les recomendaría que volvieran cuando esté despejado, pero sin duda se habrán fijado en que nos va a caer encima una buena nevada y no podrán irse.

De reojo vi a Cass colocarse la mano en la boca para contener la carcajada y el resoplido que se le escapó por la nariz estuvo a punto de hacerme reír también.

—Puede esperarme abajo, agente Martin, yo me encargaré de esto —le dije, para sacarla del apuro.

Ella bajó las escaleras a toda prisa, sin despedirse.

—¿Hay algún sitio donde podamos alojarnos hasta que la quitanieves de…, del señor Frankie pueda abrir camino?

Del piso de abajo llegaron las carcajadas de Cass. Me pasé la mano por la cara, fingiendo cansancio y ocultando la sonrisa que me costaba disimular.

—Meli tiene un local apto para el albergue de turistas y visitantes ocasionales. Al otro lado de la calle —señaló por la ventana—. Les avisaré con mucho gusto cuando puedan ponerse en marcha de nuevo.

Le di las gracias y me apresuré escaleras abajo.

Cass estaba sentada en el escalón inferior. Sus brillantes ojos me miraron con jocosidad contenida y volvió a reír a carcajadas. Se le había pasado el frío.

—No hay nada como unas risas para entrar en calor, ¿eh? —le dije, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—Me hubiese encantado hacerme un *selfie* con él.

—Pues tengo noticias: Frankie y su quitanieves no pueden acudir aún al rescate. Igual tenemos que dormir aquí.

—¿De verdad que la cosa es tan seria?

Me encogí de hombros.

—Si Frankie arranca su máquina, quizá no sea necesario.

—Esperemos lo mejor, pero pongámonos en lo peor. Vamos a ver si hay habitaciones para pasar la noche y luego buscamos un sitio calentito donde comer.

Verla de buen humor hacía que el mío se atemperase.

En teoría, yo estaría de vacaciones a partir de las cinco de la tarde. No podría llevar a cabo ninguna detención, ni ninguna acción legítima como representante de la ley.

Eso en teoría, porque no pensaba dejarla sola. Le fallé una vez y casi le cuesta la vida. Eso no volvería a pasar.

Inspiré y solté el aire ruidosamente.

—Tenemos que atravesar la carretera –le dije—. ¿Podrás?

Ella miró de reojo su calzado. Llevaba botines de tacón ancho, pero de ocho centímetros, perfectos para la ciudad y del todo inadecuados en las actuales circunstancias.

—Si me caigo, no voy a hacerme daño, ¿no?

La cogí de la mano y conté hasta tres. Abrí la puerta y salimos al frio, que todavía resultaba más cortante después de estar en un edificio bien caldeado.

La nieve ya nos llegaba a las rodillas, de forma que salvar la anchura de la carretera iba a resultar complicado.

Cass se estaba quedando rezagada. La esperé y la cogí por la cintura para remolcarla. Aunque los muslos me ardían por el esfuerzo, cruzamos la carretera con rapidez, como si fuera a atropellarnos un camión en cualquier momento.

La puerta de la casa estaba abierta y la entrada, vacía. Cass tiritaba. Teníamos los pantalones y los pies mojados.

—¡Ay, madre mía! ¿A quién se le ocurre salir con esa ropa en este tiempo?

Una mujer menuda apareció por uno de los lados. Tenía el pelo blanco recogido en un tirante moño en la coronilla y vestía una bata rosa y zapatillas peludas de color azul.

—El *sheriff* nos ha dicho que tiene habitaciones libres.

—Habitación —recalcó ella—. Tenemos tres habitaciones, pero dos están ocupadas. Me queda una con dos camas. Y también tengo una secadora, que me parece que es lo que necesitan ahora mismo. Esa ropa mojada no les va a traer nada bueno.

—No puedo estar más de acuerdo con usted, señora. Nos quedamos esa habitación y la secadora nos vendrá de maravilla porque no llevamos ropa de repuesto.

Ella negó con la cabeza, cogió una llave colgada de una alcayata en la pared y nos hizo señas para que la siguiésemos.

—Aquí el baño —señaló una puerta—. Y esta su habitación.

Abrió la última puerta del pasillo y se hizo a un lado. Encima de la cama había toallas de aspecto mullido.

—Si me dan su ropa mojada, en media hora estará bien seca, para que no se resfríen.

Cass cogió una toalla y se metió en el cuarto de baño mientras la mujer cerraba la puerta de la habitación para darme intimidad. Me despojé de los pantalones. La nieve no había traspasado las botas, así que tenía los calcetines secos.

Me rodeé la cintura con la toalla y abrí la puerta para entregarle el pantalón a nuestra anfitriona. Me sentía algo ridículo y tenía que estarlo porque Cass soltó una risotada al verme, lindeza que le retribuí. Ella estaba en idénticas condiciones, con camisa blanca, chaqueta oscura, toalla en lugar de pantalones y descalza.

—Si alguna vez lo cuentas, te estrangularé con mis propias manos. —Me amenazó.

—¡Esto es demasiado surrealista, Cass, nadie me creería!

La dueña de la casa se retiró con nuestra ropa mojada entre las manos, sonriendo también, y cerramos la puerta de la habitación.

Cass escogió la cama más próxima a la pared y cogió el mando de la tele, con el que empezó a pasar canales.

Estaba de acuerdo con ella en el surrealismo de la situación, pero me impresionaba más lo hermosa que resultaba cuando se encontraba relajada, igual que en Marsella.

—¿Has visto esta peli? —me preguntó—. Va de la vida de unos mafiosos desde que eran unos niños. Es bonita.

Me acosté sobre la cama, la calefacción estaba fuerte.

Cass cogió su móvil.

—¿Tienes cobertura?

—Toma, si necesitas llamar… —Le ofrecí el mío, que tenía línea vía satélite.

—Es la costumbre. No tengo que llamar a nadie.

Debo confesar que me tranquilizó escuchar aquello. No quería que llamase a Joakim con mi móvil ni con el suyo. No quería que lo llamara.

La película, a la que no estaba prestando atención, iba por la mitad cuando me di cuenta de que ella tampoco le hacía caso. Miraba la pantalla, pero veía una película interior.

Cerré los ojos. Sabía tan poco de ella como si se hubiera materializado sobre la tierra poco antes de conocernos. A veces, parecía que una sombra planeara sobre su cabeza y se mostraba desconfiada, midiendo sus palabras, y hasta sus gestos. Otras, en cambio, se relajaba y dejaba salir su parte divertida, como con el *sheriff*.

Esa doble faceta suya me intrigaba. Daba la impresión de que no quería darse a conocer y reprimía su espontaneidad, escondiéndose tras una coraza de indiferencia. Nunca hablaba de su familia, ni de ella misma, si podía evitarlo. Cuando surgía el tema, sabía desviar la atención hacia otros neutrales en los que se sentía más cómoda, donde no revelaba nada de sí misma.

Todos teníamos historias de las que no queríamos hablar, sin embargo, lo suyo era preocupante.

Me giré para mirarla. Se estaba quedando dormida.

Parecía cómoda, tranquila, como si supiese que no volvería a fallarle. Y no lo haría.

Había pasado menos de un año desde que le dispararon y cada día tenía pesadillas con lo ocurrido, porque por entonces ya la amaba y mis conflictos familiares por poco la matan.

CAPÍTULO 8

Cass

A pesar del frio y el sencillo alojamiento, me sentía cómoda en aquella población de la que no recordaba el nombre, ni me importaba. Hacía tiempo que no estaba tan relajada.

El olor de la casa, reconvertida en hotelito, y la paz que se respiraba en el ambiente, contribuyeron a sumergirme en un sueño profundo. El trayecto, conduciendo con nieve, me había agotado. Jamás había llevado un coche en semejantes condiciones y mi compañero se había dado cuenta, aunque era lo suficientemente discreto como para preguntar.

Cuando Brooks me sacudió del hombro para despertarme, por un momento pensé que era mi hermana la que me llamaba, y con Red había que ser suave porque se asustaba con facilidad. Con la confusión del sueño profundo, cuando abrí los ojos y vi a un hombre, mi primer impulso fue echar mano a la lámpara de la mesilla de noche que separaba mi cama de la de mi hermana, para protegerla. Para protegernos.

Entonces, caí en que ya no era una adolescente, ni la habitación era la misma, ni el hombre una amenaza.

—Si duermes mucho, esta noche no vas a pegar ojo.

—¿He hablado en sueños?

—Tranquila, guardas muy bien tus secretos hasta durmiendo —sonrió él—. Pero te agitabas como si una horda de zombis te tuviese acorralada en campo abierto.

Un buen gancho de derecha al que no pensaba responder.

—Debían ser pocos zombis o lo recordaría. Por cierto, me muero de hambre.

—Y yo. Vamos a preguntar dónde podemos comer.

Me pasé la mano por la cara para despejarme. No hubiese querido quedarme dormida, pero me abstraje con la vieja película que hablaba de Nueva York. La ciudad era la culpable de muchas de mis pesadillas y solo me reconcilié parcialmente con ella cuando mi jefe me envió a investigar cierta conexión con el blanqueo de dinero de un cártel.

Además de conocer a personas estupendas que me ayudaron y con las que me mantenía en contacto, aunque fuese solo telefónico, hice de tripas corazón para asomar la nariz a la zona cero de mis terrores y no ocurrió nada. Ni caí fulminada ni mis pesadillas aumentaron. Nada.

La propietaria del «hotel» había preparado una fila de raquetas de nieve en el recibidor.

—Todos los inviernos hay gente que se queda atrapada y sale más barato disponer de raquetas que poner la secadora, cuando los clientes se hunden hasta las rodillas en la nieve para ir a comer —nos explicó—. La máquina quitanieves de Frankie está cada vez más vieja, como él, pero el tacaño del alcalde no quiere comprar otra.

Luego nos indicó al otro lado de la carretera.

—En el local de Peggy sirven comida caliente: hamburguesas y también filetes, además de guisos caseros. Mis otros dos clientes también han ido a comer, y les voy a recomendar lo mismo que a ellos: no pidan el guiso de ciervo, porque no es ciervo. Si me preguntan, no sé de qué carne se trata porque Peggy no suelta prenda, a pesar de que es la comida más solicitada por los forasteros. Por alguna razón la gente piensa que en todos los sitios montañosos hay ciervos. Por aquí no los hay, y si los hubiera, estaría prohibido cazarlos.

—¿Será carne de oso? —preguntó jocosamente Brooks—. Hay osos por estas montañas, ¿no?

La mujer lo miró, desconcertada, y él soltó una risotada.

—Ni caso, señora Jacobs —le dije.

Brooks le guiñó el ojo. Ella sonrió, aunque seguía sin entender lo de los osos y yo no se lo iba a explicar.

—Joe tiene un local abierto al final de la calle. —Señaló hacia un punto más alejado, a unos doscientos metros—. Dispone de billar, diana y buen bourbon, por si les apetece distraerse un rato después de cenar. Aquí, por las noches, hay poco que hacer, excepto ver la tele si no se ha caído algún poste de la luz, así que la gente joven se reúne allí.

Brooks se estaba poniendo ya las raquetas.

—¿No ha traído otro calzado, querida? —me preguntó la mujer, observando con mirada crítica mis botas.

Negué. No había imaginado que nos íbamos a quedar atrapados en una pequeña localidad, ni que me iban a hacer falta botas de montaña y un plumífero, bufanda, gorro, guantes y un perro San Bernardo que me sacase de la nieve.

Al final, Brooks me ayudó a sujetarme las raquetas. Afortunadamente los tacones eran anchos, aunque las sujeciones me bailaban un poco en los pies.

—¿Lista?

Asentí, aunque no era cierto: me iba a caer de bruces.

—Lo peor que puede pasar es que tenga que llevarte en brazos ¿no? —Me animó mi compañero.

La señora Jacobs abrió el armario de la entrada y me entregó un chal de lana grueso.

—Ese abrigo tampoco parece demasiado caliente y no debería llevarse un resfriado de recuerdo, querida.

Se lo agradecí con un asentimiento. Aquella gente era muy amable. Daba gusto encontrar personas así.

Brooks me tendió la mano y comenzamos a cruzar la carretera, observados atentamente por la señora Jacobs.

Mi compañero se movía con facilidad sobre la nieve y tiraba de mí con suavidad.

—Sería más fácil remolcarte con un trineo.

Le di un tirón para quejarme, pero me dio la risa a mí también. La situación ya era bastante ridícula para empeorarla.

Un ligero viento lanzaba los copos de nieve de forma sesgada contra nuestras caras. Lo único que conservaba caliente era la mano que me sujetaba Brooks.

Reírme y castañetear los dientes era algo que no había hecho hasta el momento. Pero comprobé que se podía.

Por fin llegamos a la puerta despejada del local de Maggie, donde había varios pares de raquetas apoyadas contra la pared, bajo un alero protegido.

Cuando solté las sujeciones, me puse a saltar para entrar en calor. Intento vano porque el viento cortante se empeñaba en meterse por cualquier rendija de mi ropa.

—Anda, entra, yo me encargo de quitar las raquetas de en medio —dijo mi compañero.

No me hice de rogar. Entré tan rápido en el establecimiento que choqué contra una camarera que cargaba una bandeja, y si no tiré su contenido fue por su habilidad.

—¡Lo siento! —exclamé.

Todos los ojos estaban clavados en mí. Los nueve clientes y las dos camareras se quedaron mirándome. Hasta el cocinero asomó la cabeza para saber a qué venía el súbito silencio.

Brooks entró, frotándose las manos para calentarlas.

—¿Qué, pasando desapercibida, Cass?

La gente volvió a sus platos y a sus quehaceres, excepto la camarera, a la que chispearon los ojos al ver a mi compañero, de una forma distinta al relampagueo que me había dedicado a mí por casi derribarle la bandeja.

—¿Quieren sentarse en una mesa? —le preguntó a él.

—Si, por favor.

Nos condujo a una desocupada.

—Ahora mismo traigo una carta.

La muy simpática ni había vuelto a mirarme.

—Deberías quitarte esa manta, aquí dentro hace calor.

—No es una manta, es un chal —gruñí. Cierto que hacía un calor agradable en el local, pero yo seguía helada.

—Si tú lo dices… A mí me recuerda a una manta vieja que ponía en el asiento de atrás de mi primer coche.

—¿Tu manta de los revolcones? —le pregunté, con una sonrisa sesgada—. Todos los tíos lleváis una manta en el coche para esos menesteres.

—Mi manta para que no se viera el asiento rajado. Los demás usos los descubrí más tarde. Creo que ya te conté que no fui el adolescente más espabilado del mundo —dijo. Y era cierto, me lo había contado en Marsella.

—Deberían enseñarlo en las clases sobre salud sexual de los institutos: el pack de un adolescente incluye coche viejo, manta mugrienta y preservativo en el bolsillo.

Asintió sonriente, dejando vagar la mirada sobre los clientes y sus comidas.

—No hay nadie comiendo estofado —comentó.

—¿Tienes curiosidad? Pídelo.

La camarera se acercó de nuevo con dos menús plastificados en las manos. Se colocó al lado de Brooks y se inclinó mucho para darle el suyo. Ni me miró cuando alargó uno hacia mí.

—Me llamo Kendra. —Se alzó para alisar la falda sobre sus muslos—. Avísenme cuando se decidan, agentes.

Se alejó con un contoneo de caderas escandaloso.

—Parece que las noticias corren rápido por aquí —comenté, ojeando la carta.

—¿En un pueblo de una sola calle? ¡No me lo creo!

Seguí mirando la carta, la dejé sobre el plato y empecé a quitarme el chal y el abrigo, que ya me sobraban.

—¿Qué vas a comer? —preguntó él.

—Me vale con una hamburguesa.

—¿En serio, Cass?

—¿Qué pasa?

—¡Te consideraba más atrevida!

Alcé una ceja, en muda pregunta.

—¿Para eso te saco de casa? —bromeó—. Pensaba que ibas a probar alguna de las especialidades de la zona.

—¿Como qué? ¿Estofado de ciervo?

—Me ha parecido que estabas distraída y quería cerciorarme de no haberme quedado solo en la mesa.

Kendra rondaba por las inmediaciones sin perdernos de vista y la llamé con una seña discreta.

—¿Qué lleva el estofado de ciervo? —le pregunté.

Brooks contuvo la risa ante la cara confusa de la chica.

—Pues ciervo… —contestó, con cierta duda en la voz—, además de patatas y zanahorias, supongo.

—¿Puedes preguntarlo?

Me miró como si fuese idiota, pero entró en la cocina.

—Eres una bruja —dijo mi compañero.

—Sí.

La respuesta con la que volvió fue que no quedaba estofado. Sin duda, el cocinero era bastante más listo que ella.

Cenamos hamburguesa con patatas y ensalada los dos.

—¿Sabes que, oficialmente, ya estoy de vacaciones?

—¡Pues vaya un comienzo, atrapado entre osos!

Me encantaba su risa. Era alegre y conseguía que todos a su alrededor sonrieran de forma involuntaria.

—¿Os vais de crucero en vacaciones?

Se me escapó, pero era tarde para recular porque a mí no me importaba y no hablábamos de temas personales. Mónica había mencionado el crucero que querían hacer y debió quedárseme en el subconsciente.

Brooks negó con la cabeza.

—Cuando lo pensó bien, Mónica se dio cuenta de que un crucero por Alaska no era lo que más le apetecía. Además, ella solo tiene unos días de vacaciones.

Esbocé una sonrisa educada, dando el tema por zanjado. Él, sin embargo, añadió:

—Yo me iré a la cabaña que me han prestado en Bear Lake; no pienso quedarme viendo la tele un mes entero. Aprovecharé para aumentar mis horas de vuelo, pasar las mañanas pescando y las tardes asando malvaviscos en la chimenea. Volveré con diez kilos de más.

—Aquello estará todo nevado también.

—Soporto bien el frío —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Y una semanita en una playa exótica? Ya sabes, tumbonas, mojitos, calor…

—Ya que me obligan a coger vacaciones, prefiero hacerlo a mi manera. No soportaría esa vida indolente más de dos días.

Me callé el comentario que tenía en la punta de la lengua porque ya estábamos entrando en temas personales más de lo que lo habíamos hecho desde que empezamos a trabajar juntos en San Francisco. Recordaba, de alguna de las cenas que compartimos las dos parejas, que Mónica había manifestado su deseo de conocer las Bahamas, después de escuchar a Joakim contar sus dos viajes al archipiélago.

Mi pareja omitió, no obstante, hablar demasiado sobre el último, que hicimos juntos, porque volvió enfurruñado conmigo. Su idea de vacaciones difería de la mía, igual que muchos otros aspectos de nuestra relación y nuestra vida.

Él pasó los cuatro días sin salir del hotel más que para visitar algún restaurante recomendado en las redes, y yo aproveché para dar paseos en barco y bucear, que era lo que me apetecía. Al fin y al cabo, no tenía que rendir cuentas a nadie.

Kendra, nuestra camarera, se acercó a la mesa contoneándose para traernos la cuenta.

—¿Vas a tomar algo donde Joe? —le preguntó a Brooks, ya tuteándole y yendo al grano.

Me reí. Desde luego, la chica no era tímida.

—Depende —contestó él.

—¿Depende de qué? —El tono de ella era ansioso y me llevé las manos a los ojos, negando con la cabeza.

—De que no haya otra alternativa, claro —contestó él, esbozando una sonrisa cándida.

La chica tenía pocas luces y no había pillado el tono irónico. La oferta hotelera, de restauración y de ocio de la población era la que era, y era muy limitada.

—¿Qué? ¿Te apuntas a tomar algo «donde Joe» para celebrar mis vacaciones? —me preguntó él cuando nos quedamos solos—. Prometo defenderte de los osos por el camino y remolcarte sana y salva hasta el «hotel».

—Nunca me perdonaría perderme semejante aventura. Pero tú invitas, que para eso estás de vacaciones.

—Abusas de mí —dijo, esperando que me ajustara el abrigo para abrir la puerta, por la que se coló el viento helado.

Cuando nos estábamos calzando las raquetas de nieve, uno de los hombres que había estado cenando en una mesa cercana, salió a nuestro encuentro.

—Hola, soy Jason. No he podido evitar fijarme en… —Señaló mis botas—. Supongo que vais al bar de Joe.

—Allí íbamos —contestó Brooks.

El hombre asintió.

—Tengo la moto de nieve aquí mismo y puedo llevarla.

—Eres muy amable, pero iremos andando…

—¡Muchas gracias, Jason! —contestó Brooks, a la vez —. Ya has visto que no hemos venido preparados para este tiempo y Cass no tiene otro calzado. ¡Nos haces un favor!

La ventisca había arreciado y apenas se distinguía el otro lado de la calle cuando me encontré sujetando por la cintura a un desconocido. Escondí el rostro tras su espalda para evitar el embate de la nieve que, como si estuviera formada por agujas, pinchaban la piel desnuda con saña.

Jason me ayudó a bajar de la moto de nieve frente a un local, construido a base de bloques de cemento, sobre cuya minúscula puerta colgaba triste un letrero en el que se leía simplemente: bar. Ni siquiera bar de Joe.

—¡Vamos, entra! —exclamó Jason.

El interior era espacioso y estaba bien caldeado. Las luces bajas ayudaban a crear la sensación de intimidad y ocultaban que nos encontrábamos en un viejo almacén en desuso.

Tenía una larga barra, de algún material plástico fácil de limpiar. Detrás de ella no había una vitrina con espejos y botellas, sino cajas de bebidas apiladas. Varios taburetes altos dominaban la barra y a su derecha se abría una zona plagada de mesas y sillas de jardín. La izquierda estaba ocupada por dos mesas de billar, sobre las que pendían sendas lámparas semiesféricas para proporcionar iluminación extra a los jugadores.

El local, muy básico y sencillo, era de los que podía haberse puesto de moda en una gran ciudad, cobrando precios exorbitantes por cualquier bebida.

—¿Bourbon, whisky o cerveza? —me ofreció el camarero.

—Bourbon, gracias. Y para Jason, lo que quiera, yo invito.

Eché una mirada a la clientela: dos mujeres y unos diez hombres se encontraban diseminados por el local, sentados en las mesas de jardín, jugando al billar o acodados en la barra.

Jason, un cuarentón atractivo, pidió lo mismo que yo, chocó nuestros chupitos y tomó el suyo de un trago.

Le imité, sintiendo que el alcohol me pegaba fuego por dentro, calentándome las entrañas. Pedí otros dos y el mío siguió el camino del anterior.

—¡Oye, tranquila! ¡Tu amigo va a pensar que te quiero emborrachar! —me dijo Jason.

—No sé cómo no acabáis todos alcoholizados con este frío. Yo me pasaría el día bebiendo para no congelarme.

Brooks entró, dando pequeños saltos para recuperar la circulación. Tenía el rostro y las manos enrojecidas.

—¡Joder, qué frío!

—Acércate y tómate mi chupito, enseguida entrarás en calor —le ofreció Jason.

Yo aproveché para pedirle al camarero otra ronda, aunque, a partir de esa, me dedicaría a la cerveza o terminaría mal.

—¡Menos mal que has llegado, tío, temía tener que enfrentarme a esta jauría yo solo! —dijo Jason, abarcando con la mano el resto del local.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que nos miraban todos, más o menos abiertamente.

—Es una profesión de riesgo salir con una mujer tan guapa como mi compañera —contestó Brooks, llevándose el vaso a los labios y vaciándolo de un trago.

Jason rió y brindó con él.

—¿Hace un billar? —pregunté, para desviar el tema.

—Creí que no sabías jugar —dijo Brooks.

—Mejor para ti. ¿Qué nos jugamos?

En la fiesta de jubilación de un compañero, me invitaron a unirme a una partida de billar entre departamentos y decliné, argumentando que no sabía jugar.

Pero lo cierto es que sabía y era buena.

Hay personas con la habilidad innata de desmontar un aparato y volverlo a reconstruir sin las instrucciones; otras capaces de comprender el funcionamiento de un programa informático sin tener nociones previas; o las que echaban un vistazo al motor de un coche y sabían qué fallaba… Todos teníamos habilidades desconocidas, hasta que nos lanzábamos a tentarlas.

Yo no había jugado demasiado al billar, pero veía la geometría necesaria para interpretar el efecto del taco golpeando en determinado lugar de la bola blanca y el movimiento que se produciría en ella al impactar contra la bola que quería meter en la tronera. Era un juego de visión espacial, geometría y pulso firme, que se me daba mejor que interpretar a las personas.

Hubiese preferido un bautismo en el billar más «corriente», con burlas por no saber coger el taco y bromas por fallar una tirada, pero mi iniciación la escogió otra persona.

Por entonces, servía mesas en un local, y un tipo que se jugaba el dinero con otro me alargó el taco. Llevaba mucha ventaja sobre su oponente y era, además de un fanfarrón insufrible, un tío asqueroso, aunque a mí me daba lo mismo; al final del día cobraría la misma miseria.

—Hasta la camarera te va a colar una bola, pardillo —le dijo, en tono de burla a su oponente—. Ven aquí, guapa.

—No he jugado nunca —protesté.

—Un par de tiradas solo, cariño. Aquí, el colega, va a perder de todas formas y le va a costar una pasta. Por lo menos, que se vaya con una buena mirada a tu escote.

Mi escote, con dieciséis años, no era nada del otro mundo. Ni siquiera me había desarrollado del todo, pero claro, él no tenía por qué saberlo. Trabajando en un bar, tenía que tener dieciocho años, por lo menos.

—Prefiero no jugar, gracias…

—¡Coge el puto taco, imbécil!

Lo cogí porque el jefe estaba atento a lo que ocurría en esa parte del bar, aunque yo enseguida vi lo que había sobre el tapete verde y mi cerebro calculó la jugada con eficacia.

Al abusón le quedaban dos bolas de su color y la negra para ganar. Daba su ganancia por segura y le pasaba la cerveza por la cara a su oponente en franca burla.

Encontré el equilibrio con el taco y solo vi lo que quería ver, así que ambas bolas fueron a parar a sendas troneras, cantadas de antemano. Me parecía tan fácil que no podía creer que se jugasen dinero por eso.

—No vayas a joderme y metas la blanca, chica, o no te dejaré una mierda de propina.

—Nunca dejas propina —contesté.

Era un tío desagradable que, cuando te fiabas, te echaba mano al culo, como si fuese de su propiedad. Su negocio era desplumar a viajeros aburridos. Jugaba un par de partidas torpes, en las que se dejaba ganar y luego sugería una apuesta.

El hombre que iba perdiendo me pareció acorralado, por lo que metí la última bola y, de rebote, la blanca.

Salí del local con un ojo morado y el abusón con un testículo en la garganta. La policía se presentó minutos después, pero no me quedé para dar explicaciones. Tenía que mirar por mí misma, por lo que cogí el primer autobús que me llevó lejos.

—Para dar más emoción al asunto hay que jugarse algo —le dije a Brooks.

Jason asintió, conforme.

—La próxima ronda la paga el que pierda.

—Nos falta un jugador —dijo Brooks.

—Seremos cuatro entonces. —Jason invitó con una seña a una de las mujeres sentadas y ella se acercó—. Esta es Tiffy.

—Vale, Tiffy y yo contra vosotros —propuse.

Mi compañero alzó las cejas.

—Tendrás crédito para pagar las copas…

Sonreí.

—¿Y tú, lo tienes?

—Dos de tres —intervino Jason.

Dejamos que ellos ganaran una vez para tantear sus debilidades. Tiffy pareció intuir mis intenciones y reía por lo bajo, dando tragos cortos a su botella de cerveza.

Cuando iniciamos la segunda partida, Kendra apareció en el local, saludando a unos y otros como si estuviera en la alfombra roja de la entrega de los Oscar y ya no les di tregua alguna porque se recostó en la mesa en la que jugábamos con demasiado desparpajo. Le hubiera colado la bola blanca entre las tetas con mucho gusto.

Tiffy y yo estábamos a falta de meter la bola negra para ganar y Jason se tomó con deportividad la derrota, comentándola con algunos de sus amigos, que habían bebido más de la cuenta, y levantaban la voz más de lo prudente.

—Esa federal tiene un polvo, tío, preséntamela.

—¿Está liada con el otro? ¿Y si lo mandamos a dormir?

Capté la mirada de Brooks, que se hacía el sordo.

—Eres una jugadora de primera. ¿Puedo invitarte? —preguntó uno de ellos.

—Ponte a la cola, tío —le contestó Brooks—. Le debo tres copas, así que tengo toda su atención.

Me cogió por la cintura, para demostrarlo.

—Tiene toda mi atención —confirmé yo.

Brooks me miró, se inclinó y me besó. Un beso ligero, depositado sobre mis labios como el roce del ala de una mariposa, como el que había iniciado en Marsella.

Le pasé la mano por la nuca y lo pegué a mí. No quería un beso casto y fraternal. Busqué su boca y le mordí los labios.

Brooks respondió a la caricia con tanta pasión como la que recordaba. Me rodeó con los brazos y me besó de verdad, como yo deseaba, explorando mi boca, pegándose a mi cuerpo y empujándome contra la mesa de billar.

De repente, me di cuenta de que estaba a punto de cometer otro error, lo separé de mí y pedí una nueva ronda de cervezas como si no hubiese ocurrido nada.

Kendra comentó algo que no escuché y yo me incliné sobre la mesa para apuntar a la bola negra. Era un tiro fácil, podía haberla metido sin problemas, pero ya no quería jugar. Solté el taco en el tapete y levanté los brazos.

—Os doy tablas —dije.

—Tablas —apoyó Jason—. La siguiente ronda la pago yo.

Kendra tenía acorralado a Brooks a un lado. Le pasó la mano por la mejilla y bajó hasta su pecho. Luego, le susurró algo al oído y él se separó con decisión.

—¿Preparada para la aventura de vuelta? —me preguntó.

Asentí, algo azorada porque se nos había ido la mano.

Jason le lanzó las llaves de la moto de nieve, que Brooks cogió al vuelo.

—Ya la recogeré mañana —le dijo, con un guiño.

Mi compañero se lo agradeció.

—Si quieres quedarte… —le propuse.

—Si quisiera quedarme, me quedaría.

CAPÍTULO 9

Cass

Mack era demasiado educado, demasiado cauto, o más sensato que yo, para poner en riesgo nuestra relación de compañerismo, cuando era evidente la tensión existente entre ambos. Bastó un roce de labios para desatar los demonios que manteníamos a raya a base de voluntad.

En los quince minutos que tardó en darse una ducha, pensé en la cagada del bar de Joe, que ya no tenía marcha atrás y que ya que estábamos, siguiendo con las frases hechas: de perdidos, al río. Si me tocaba retirada, porque yo era la única que no tenía un compromiso firme, lo haría a mi manera.

Y mi manera fue meterme en su cama y abrazarlo por la espalda, esperando, pues se había acostado vestido, una negativa o cualquier excusa.

—Cass…

Aguardé esa negativa y solo obtuve un gemido cuando dejé vagar mi mano bajo su camisa, acariciando su pecho, descendiendo por las colinas y valles de su abdomen, para encontrarme con la traba de su cinturón. Entonces, quise cerciorarme y pasé la mano por encima de la tela de su pantalón para sentir su miembro creciendo bajo mi caricia.

—Cass… —repitió, con un suspiro.

Pero ese suspiro no era una negativa, sino una invitación a continuar, por lo que me apresuré a desabrochar su cinturón y su pantalón, para sentir su piel candente, suave, creciendo en mi mano. Y me invadió una enorme satisfacción al saber que podía provocar semejante reacción en él, que podía inflamarlo con apenas un roce.

Lo notaba ardiendo, quemando mi mano mientras masajeaba su longitud temblorosa, haciéndole vibrar, arrancándole gemidos, que disiparon todas mis dudas. Deseaba poseerlo con una ferocidad que asfixiara cualquier precaución que pudiera albergar en su interior y en el mío.

Ya no recuerdo si él se quitó la ropa, pero debió hacerlo porque yo se la hubiera arrancado. Se giró y buscó mi boca con más ganas que en el bar.

Pero yo quería la experiencia completa, porque en Marsella habíamos echado un polvo rápido, debido a las circunstancias. Ahora deseaba más.

Como si me hubiera leído el pensamiento, él alargó una mano para meterla entre mis piernas, palpando mi vello y mi intimidad con tanto cuidado que adelanté la pelvis, exigiendo más. Él quería y yo también.

Y cuando descendí para rozar su miembro con la lengua, casi saltó de excitación.

—Cass…

No dejaba de murmurar mi nombre, aunque yo no podía corresponderle porque estaba ocupada. Algo que cambió enseguida, cuando me cogió por la cintura para poder alcanzar mi sexo con su boca. Entonces grité al sentir el incendio interior que me producían sus labios, su aliento.

Su lengua aleteó en mi centro del placer, suave al principio, trazando minúsculos círculos. Me abrumaba la sensación, aunque sentí que él se encontraba en el mismo apuro cuando rocé su glande, saboreando su excitación.

Me rendí primero. Las estrellas colisionaron tras mis ojos y se me escapó un «ay, joder, ay, joder, ay, joder» al sentir que se me fundían las entrañas sin remedio. Me sentí abrumada, expuesta y por completo a su merced, porque nunca había deseado tanto a nadie, ni había disfrutado tanto con nadie.

Mi orgasmo provocó el suyo, que llevaba un rato conteniendo, y me vi asaltada en todos los sentidos, y todos me complacieron: adoraba su sabor, su olor, la forma en la que me miró, sus gemidos,

que hablaban por sí mismos, y su tacto aún suave y firme, porque su erección no decreció.

Me levantó en volandas y me besó. Noté mi sabor en su boca y él debió sentir el suyo en la mía.

Pero ninguno habíamos terminado, ni de lejos.

Si solo iba a disponer de esta oportunidad, pensaba aprovecharla en profundidad.

Me coloqué a horcajadas sobre sus caderas y él se incorporó para besarme los pechos, sorber mis pezones y, de paso, excitarme todavía más, si era posible.

—¿Continuamos, o tienes suficiente? —le pregunté con bastante malicia, porque ya sabía que, a esas alturas, nada podría detenernos.

—Creo que nunca tendré bastante de ti.

Me cogió por la nuca y volvió a besarme en los labios, a mordérmelos, a mordisquearme el cuello y a gritar cuando le cogí el miembro y lo deslicé en mi interior.

Saboreé la sangre en sus labios cuando se los mordí, en pleno orgasmo. Porque él era capaz de transformar mis sentimientos en una locura, de hacerme perder de vista la realidad.

En esa cama y en ese momento, no éramos agentes del FBI, no éramos compañeros. Éramos solo un hombre y una mujer que se deseaban.

CAPÍTULO 10

Mack

Después de año y pico, me seguía costando considerar a Cass solo una compañera de trabajo. Y después de lo que acababa de ocurrir en el bar, que había reavivado las llamas que surgieron en Marsella entre los dos, dudaba que pudiésemos volver a la normalidad. Aunque, ¿qué normalidad pretendía si cuando no estaba con ella pensaba en ella?

Me fui a la ducha para darle intimidad mientras se acostaba y, a la vuelta, me metí en mi cama haciendo el menor ruido posible y vestido, para no incomodarla por la mañana. Dejé encendida la lámpara situada entre las camas. Proporcionaba un resplandor discreto, para nada molesto, y no sabía si a ella le gustaba dormir con luz, puesto que no la había apagado.

Entonces, la escuché moverse y, poco después, levantar el edredón con el que me tapaba y meterse en la cama a mi lado.

Debí perder varios latidos y me quedé sin aliento cuando se pegó a mi espalda. Estaba desnuda.

Dejé de pensar porque solo quería sentir.

En esa cama, entre nosotros, no existían Joakim ni Mónica ni el trabajo. Estábamos solos ella y yo, porque mi ropa desapareció en segundos, y ya no sé si por obra suya o fui yo el que me la arranqué, en un deseo febril de sentir su piel.

Besé y lamí cada centímetro de su piel, haciéndola retorcerse de placer. Ella me correspondió, antes de subir sobre mis caderas y cabalgarme hasta que estuvimos los dos al borde del orgasmo. Entonces, se detuvo y se inclinó para besarme y mirarme a los ojos.

Cuando la inmediatez del orgasmo pasó, comenzó a moverse de nuevo. Lo hizo al menos tres veces y, cuando por fin nos sobrevino el orgasmo, fue lo más devastador e increíblemente placentero que había sentido en mi vida.

Se dejó caer sobre mí hasta que recuperamos el aliento.

El resto de la noche dormitamos e hicimos el amor como si no estuviésemos saciados de sexo. Bastaba una caricia suya sobre mi piel para que la deseara de nuevo; bastaba un roce de mis dedos en la suya para que se entregara al deseo.

Por fin Cass se durmió profundamente y yo me levanté de la cama. No podía pensar con ella desnuda a mi lado porque no solo era la mujer con la que acababa de tener sexo, era la mujer con la que acababa de tener sexo a la que amaba.

Me vestí y bajé las escaleras hasta la planta inferior. La señora Jacobs nos había mostrado la cocina, por si necesitábamos algo durante la noche. Me serví un café fuerte y denso de una antigua cafetera, y me senté. La luz del amanecer se filtraba por las ventanas. Había dejado de nevar.

Dejé dormir a Cass un par de horas. Necesitaba pensar porque, después de esa noche, nada volvería a ser como antes.

Durante ese intervalo, Frankie y su máquina pasaron dos veces, en distintas direcciones. La señora Jacobs me dijo que el *sheriff* había dejado el recado de que nos esperaba desayunando en el restaurante de Peggy.

Crucé la calle, esta vez sin necesidad de las raquetas.

—Buenos días, agente especial Brooks —me saludó, sin levantarse de la mesa donde estaba dando cuenta de un desayuno hipercalórico.

Me hizo un gesto para que lo acompañara.

—Solo café —le pedí a la camarera, que no era Kendra.

—Es poco desayuno ese —me dijo el *sheriff*.

—Desayunaré con mi compañera dentro de un rato.

—Le alegrará saber que la carretera estará despejada en breve. ¿Dónde dijo que iban?

Saqué mi móvil y abrí el mapa, para ampliar el lugar donde se encontraba la cabaña con nuestro testigo.

El *sheriff* meneó la cabeza.

—La conozco, es la de Mendel, aunque los últimos quinientos metros tendrán que hacerlos a pie, la quitanieves no puede internarse en ese camino. No sabía que el viejo la había alquilado para el invierno, más vale que el que está allá arriba sepa lo que se hace.

Dudaba que Johnston lo supiera. Casi se mea encima cuando se presentó con las imágenes y le dijimos que había grabado un acto de terrorismo. Él solo pretendía esconderse porque la agresividad que demostró después, cuando le dijimos que era un testigo presencial, se debía al miedo.

De repente, me asaltó una duda. ¿Y si el muy gilipollas estaba muerto por no haber sido precavido con el tiempo?

—¿Se puede llegar con motos de nieve? —le pregunté.

El *sheriff* se llevó un trozo de bacon a la boca y asintió, sin dejar de masticar.

—Con cuidado, se puede, aunque los bosques son muy espesos. ¿Tienen ustedes experiencia?

—No la suficiente, pero anoche conocimos a Jason, que tiene una moto y quizá quiera volver a echarnos una mano.

El representante de la ley se recostó en la silla, que crujió ominosamente bajo su peso, sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó un número.

—Jason, ¿os apetece a tu hermano y a ti dar una vuelta por allá arriba? Hasta lo de Mendel.

Escuchó un momento y luego colgó.

—Estarán aquí en un rato. Debería ir a buscar a su compañera y desayunar para salir antes de que alguna tormenta más decida visitarnos por sorpresa.

Cass dormía, estirada boca abajo, con el rostro casi cubierto por el cabello, la boca entreabierta y expresión relajada.

La llamé desde la puerta. Si me acercaba a ella, no respondía de que fuésemos a desayunar.

Se estiró sensualmente bajo el edredón, saliendo poco a poco del sueño. Alargó el brazo, buscándome.

Tragué saliva.

No había nada que me apeteciera más en el mundo que acostarme de nuevo a su lado, sentir su piel, olerla, y besarla.

Entreabrió un poco los ojos y me sonrió.

—Buenos días —me dijo, adormilada.

No supe reaccionar. Explicarle que quería lo mejor para ella, y lo mejor para ella era olvidar lo ocurrido, era una excusa tan cierta como cobarde.

CAPÍTULO 11

Cass

Mack me despertó, pero no como yo deseaba.

—El *sheriff* nos espera en la cafetería, no tardes.

No me miraba como la noche pasada. De hecho, no me miraba y, a punto de marcharse, se giró de nuevo.

—Respecto a lo de anoche…

Inspiró, buscando las palabras.

—Lo olvidamos. Igual que lo de Marsella. —Adiviné yo, y él asintió, sin mirarme aún.

Me dejé caer sobre las almohadas aplastadas, por completo despejada y algo cabreada. No esperaba juramentos de amor eternos, demasiado bien sabía que ese paso nos complicaría la vida, pero podía haber sido más delicado.

Me levanté, envuelta por una sabana, y me asomé a la ventana. La nieve ya no cubría la carretera.

Corrí a la ducha. Convenía ponerme en marcha y dar menos vueltas a lo ocurrido. Tiempo tendría. Cuando terminé de vestirme, comprobé la cobertura del móvil e hice una llamada. Al menos, ya no estaba incomunicada.

Pagué la habitación y me despedí con afecto de la señora Jacobs, que había sido muy amable. Prometió mandarme la factura para que me reembolsaran los gastos, pero lo deseché con un gesto. No merecía la pena. Crucé la calle, resuelta a cumplir mi parte del trabajo, que no era otra que llevarme de allí a Johnston para ponerlo bajo custodia de la fiscalía.

El *sheriff*, Jason, otro hombre que me sonaba de la noche anterior, y Brooks me esperaban sentados a una mesa, con sendas

tazas humeantes de café ante ellos.

—Buenos días. Disculpen la espera.

Tomé asiento mientras una camarera se me acercaba con una taza de café y una jarra en la mano.

Me molestó el gesto del *sheriff*, como si hubiese dado por hecho que la única mujer entre los presentes tenía que llegar tarde. Ya no me hacía gracia su aspecto de muñeco de nieve. En ese momento, solo me pareció estúpido. No obstante, fijé mi atención en el mapa desplegado en la mesa.

—Esta es la situación, agente —me explicó el *sheriff*, señalando el punto de la cabaña—. El caso es que…

Me explicó que la quitanieves no podía llegar hasta allí.

—Jason y su hermano Duke pueden acercarlos con sus motos de nieve desde este punto de la carretera, conocen la zona como la palma de su mano —concluyó.

De repente, se giró hacia Brooks y continuó hablando con él sobre los planes, como si yo hubiera desaparecido.

Carraspeé.

—Brooks, Petrie está esperando tu llamada —le dije a mi compañero—. *Sheriff*, ha sido muy amable, pero ahora me gustaría hablar con Jason y Duke a solas. Si hace el favor…

A pesar de su estupor, la cabeza del representante de la ley se bamboleó sobre su cuerpo, incrédulo por mi osadía.

—Agente, soy el máximo representante de la ley en…

—Es un asunto federal, *sheriff*. Le agradezco su colaboración, pero me gustaría seguir trabajando, y lo que tengo que hablar con estos hombres, no es de su incumbencia.

Brooks me lanzó una mirada de advertencia. No era buena política ponerse a las fuerzas de la ley de la población en contra, pero ahora eso era cosa mía.

—Llama a Petrie —le recomendé.

Brooks y el *sheriff* se levantaron, ambos resentidos por mi falta de mano izquierda. Bien, era su problema, yo quería terminar cuanto antes.

—Soy ayudante del *sheriff* —me informó Jason.

—¿Estás bajo sus órdenes ahora mismo?

Negó con la cabeza.

—Solo cubro ese puesto los fines de semana, cuando se prevé más jaleo de borrachos.

—Bien. Si no estás bajo sus órdenes, eso te convierte en un ciudadano más. ¿Todavía estás dispuesto a ayudarme?

—Duke y yo podemos llevarte hasta esa cabaña sin contratiempos, recoger a tu testigo y volver en… —Lo pensó unos segundos—. Cuarenta minutos, a lo sumo, algo más si se han formado ventisqueros en las elevaciones.

Les agradecí el ofrecimiento y lo acepté, porque ya tenía los planes hechos para estar de vuelta en casa en un par de horas. Brooks se enfadaría más, pero no había sido idea mía.

Le eché un vistazo. Estaba fuera, hablando por teléfono con Petrie y lanzándome miradas dolidas. Nuestro jefe le estaba diciendo lo mismo que a mí un rato antes: no podía intervenir de ninguna forma en el traslado de Johnston. Si el abogado de la otra parte se enteraba de que mi compañero estaba de vacaciones, podía poner en un buen aprieto a la fiscalía.

—Enemistarte con el *sheriff* no es buena idea —comentó Jason, sorbiendo su café—. Es un capullo condescendiente y machista, pero es la ley aquí.

—Lo sé, y lo siento. Solo quiero terminar con esto y su intervención supondría un extra de papeleo y tiempo del que no dispongo. ¿Cuándo crees que podremos salir?

—¿Y tu compañero?

—Él se queda.

Asintió como si lo entendiera.

—Tengo mi camioneta ahí fuera con las dos motos listas. Podemos estar en el cruce en diez minutos. E invertiremos otros tantos en llegar a la cabaña.

Consulté la hora e hice la llamada a la base. El piloto me aseguró que el helicóptero tardaría menos en llegar que nosotros, y nos esperaría en un claro a la salida del pueblo. Enviarlo había sido cosa de Petrie, que quería a Johnston delante del fiscal antes de que terminase la mañana y prefería no demorarlo a causa de otra tormenta inoportuna.

—¿Nos vamos, entonces? —le pregunté.

Le entregué las llaves del coche a mi compañero, que seguía al teléfono. Él debía volver conduciendo para no mantener contacto con el testigo y, además, alguien tenía que devolver el vehículo al parque móvil.

Subí en la camioneta, entre Jason y Duke, sin despedirme de él. Había sido un auténtico capullo al decidir por mí, tanto en lo sucedido esa noche como en planear el acercamiento a la cabaña con el *sheriff*, a mis espaldas.

Estaba enfadada con él y estaba enfadada conmigo, porque semejante desliz solo podía saldarse de una forma y, aunque no sería empezar de cero de nuevo, volvería a reiniciar mi vida con un agujero en el corazón.

Cuando llegamos a la cabaña, estaba aterida de frío y con ganas de pegarle un tiro a Johnston por haber tenido que ir a buscarlo al lugar más desangelado del mundo.

Por suerte, él estaba tan asustado que se subió en la moto detrás de Duke sin tener que pedírselo. El muy idiota no había previsto quedarse aislado por la nieve. Sus víveres empezaban a escasear, no había hecho acopio de leña y las cañerías estaban a punto de reventar.

Jason dejó los grifos goteando y se aseguró de que el fuego estuviese bien apagado antes de irnos.

Brooks ya se había marchado con el coche y el helicóptero esperaba en el claro acordado.

—Gracias por vuestra ayuda, ha sido un placer conoceros —le dije a Jason, tendiéndole la mano helada.

Él me atrajo en un abrazo.

—Deberías hablar con tu compañero, parece un buen tipo.

Asentí con la cabeza y le sonreí. ¿Qué iba a decirle, que probablemente no volvería a ver a Brooks?

Dejé a Johnston en manos del fiscal y me fui a casa. Necesitaba cambiarme de ropa y terminar de organizar los planes que había estado elaborando por el camino.

Me puse a hacer maletas y a meter las cosas de Joakim en unas cajas que conservaba de mi último traslado.

Pasé toda la noche dando vueltas por el apartamento, escogiendo qué quería llevarme conmigo y qué dejaría en el guardamuebles para que me lo enviasen cuando dispusiera de una dirección fija.

Hice una llamada a Nueva York justo antes de amanecer y me presenté en la oficina a primera hora para terminar el informe sobre Johnston mientras esperaba a Petrie.

—Tiene que trasladarme enseguida, señor. Hoy mismo.

—¿Y eso por qué, Martin? ¿Ha ocurrido algo?

—Asuntos personales.

—Bien, es algo precipitado, tendría que ver dónde…

—Hoy, señor. —No era una petición.

Nuestras miradas chocaron. Los asuntos personales eran personales, y Petrie no quería que lo suyos se aireasen.

Le alargué un número de teléfono escrito en un papel y él frunció el ceño, pero lo marcó y habló con McPherson, que seguía en su despacho del Federal Plaza.

Había tomado una decisión y, aunque aborrecía volver a Nueva York, más me costaría quedarme.

—Todo solucionado —dijo Petrie nada más terminar la llamada —. A todos los efectos, su traslado será efectivo mañana. Prepararé la documentación necesaria.

—Gracias.

Me dedicó un asentimiento y ninguna despedida. Me quería fuera de su vista y era comprensible. Supongo que nunca imaginó que pudiera hacerle chantaje, pero era porque no sabía nada de la superviviente que llevaba dentro.

Me quedaba un detalle por solucionar, aunque lo haría al día siguiente, antes de coger el avión, para evitar dramas presenciales. Tenía que llamar a Joakim y terminar con nuestra relación, o lo que fuera que tuviéramos.

Visto desde fuera, podía parecer fría y calculadora, pero si me encontraba en esa situación era por ceder a mis emociones. Ya habría tiempo de lamentarlo a solas.

SEGUNDA PARTE

Le gustaba pensar que las mujeres eran volátiles e impredecibles para justificarse. Creía en las relaciones duraderas y esperaba verse recompensado, pero, al final, todo terminaba torciéndose de mala manera.

¿Por qué las personas no eran igual que en los libros? El amor en la literatura resultaba complejo, con encuentros y desencuentros, en la mayoría de los casos, pero siempre terminaba bien. Lo sabía por experiencia lectora.

Había leído tantas novelas que se sentía capaz de predecir los giros que podía dar cada personaje, aunque al final el amor triunfaba, evitando las dificultades.

Su madre tenía cientos de novelas de tapa blanda que leía sin parar. Desde que era niño, la veía con un libro entre las manos y le contagió su afición a la fuerza, puesto que le gustaba escucharle cuando ella tenía la vista cansada. A veces, lloraban ambos, pero acababan la lectura con una sonrisa soñadora.

—El amor siempre prevalece, Junior, tienes que recordarlo. Por muchas vicisitudes por las que pase, termina bien.

Hubiera querido tener su seguridad. Su padre la había abandonado cuando él tenía poco más de nueve años y no había vuelto, así que no creía en el triunfo del amor sobre todo.

—Tu padre murió, de lo contrario estaría con nosotros, Junior, porque me amaba más que a nada en el mundo.

Lo repetía tantas veces que se lo había creído, aunque su hijo tenía otra percepción de las relaciones, gracias a su paso por el instituto. Llegó con la cabeza llena de mariposas y corazones, y pronto se topó con la realidad de la vida, que nada tenía que ver con la que compartían en las novelas.

Los dos primeros años resultaron muy duros, en especial porque su madre apenas se levantaba de la cama y él tenía que encargarse de todo. Ella se dedicaba a sí misma desde que se despertaba hasta que se acostaba, media hora después, tras darse una ducha, peinarse con esmero y maquillarse, porque «nunca se sabía».

Hacía un año que ni siquiera bajaba a comer a la cocina. Él le subía el desayuno antes de irse al instituto y le calentaba una cena precocinada para subirla a su habitación.

—La señora Gibson pregunta por ti —le dijo un día.

—Esa vieja bruja debería leer más y dejar de meterse en la vida de otros, es una chismosa insufrible.

—Hace mucho que no pasas por la biblioteca, mamá.

—Para eso te tengo a ti, cielo.

Y era cierto. Él hacía la compra, cocinaba e iba a la biblioteca, en busca de lecturas nuevas. Cuando conseguía alguna novedad editorial, se la subía a su madre con una cena precocinada y una flor en un pequeño jarrón.

A ella le encantaba el detalle y él se sentía importante.

—Ven —le decía, palmeando con la mano en la cama.

—Es tarde, mamá, tengo que terminar los deberes.

—Ven, Junior, solo un ratito. Mamá tiene que enseñarte.

A él no le gustaba que su madre quisiera enseñarle, cada vez se ofuscaba en mayor medida.

—¿Has leído la novela que trajiste la semana pasada?

La voz de su madre se tornaba un poco ronca, como si se hubiera resfriado.

—Sí, mamá.

—¿Recuerdas lo que el protagonista le hizo a su amada?

Lo recordaba a la perfección.

—¿Me amas, cariño?

—Sí, mamá.

Ella se acercó y le cogió la mano para meterla bajo las sábanas. Era excitante y asqueroso, al mismo tiempo.

Tenía trece años y había visitado páginas porno en internet, pero aquello no se le parecía. Era real y nada romántico.

Sus dedos se hundían en aquella abertura viscosa, conducidos por la mano de su madre, que le imprimía ritmo mientras ella se retorcía, con la cara contraída, hasta que lanzaba un gemido y se quedaba quieta.

Llevaban con aquel juego casi dos años, pero él ya tenía ideas propias y se excitaba, aunque le repeliese el contacto. Su miembro se ponía como una barra de hierro al rojo debajo de su pantalón y tenía que ir a desahogarse al baño cuando terminaba con su madre.

Su reacción no pasó desapercibida durante mucho tiempo para ella, que empezó a masajearlo mientras él la masturbaba, de manera que los dos terminaban al mismo tiempo.

Era algo bochornoso, aunque muy aleccionador, y fue solo el principio, porque pronto llegaron nuevas revelaciones.

Antes de atreverse a pedirle una cita a Marcia, ya sabía cómo complacer a una mujer, y la vergüenza del principio había dado paso a cierta sensación de superioridad.

Marcia Lancaster se rio en su cara y Larissa, su mejor amiga, lo pregonó a los cuatro vientos cuando le pidió una cita a ella. Así pues, dejó de pertenecer a la clase de alumnos que se movían en un cómodo anonimato, y pasó a formar parte de todas las

conversaciones y de las bromas hirientes. El instituto se convirtió en una tortura para un alma romántica como la suya, forjada en innumerables historias de amor.

Frustrado, dejó de asistir a las clases y encontró un pasatiempo más adecuado a su gusto: un lugar privado en el sótano, para sus citas especiales.

Su primera invitada fue la tutora de su curso, que acudió a informar a su madre de que el consejo escolar tendría que enterarse de su prolongada ausencia del centro, sin contar con una excusa aceptable.

Gracias a la nutrida cuenta que dejó su padre antes de desaparecer, Junior buscó a un médico poco escrupuloso, que se mostró encantado de inventarse una enfermedad para él por un módico precio, y nadie del instituto volvió a molestarlos.

Su vida se convirtió en una rutina de compras, visitas a la biblioteca, satisfacer a su madre, leer y buscar a mujeres solitarias. Espiar sus movimientos y calcular sus posibilidades.

Las novelas románticas estaban evolucionando, haciéndose más intensas, con episodios explícitos.

Pronto empezó a consumir literatura erótica, probando cada escena con su madre, que empezaba a cansarse y sentirse enferma. Pero ahora ya no era ella la que llevaba la voz cantante; debía plegarse a la voluntad de su hijo y este no buscaba satisfacerla, sino satisfacerse.

CAPÍTULO 12

Mack

Igual que la vez anterior, me fue imposible separarme de la cama de Cass.

La autopista Golden State surcaba el estado por la gran llanura del valle Central; era larga, recta, ancha y llana. Salía de San Francisco hacia el sur y permitía alcanzar una velocidad fija lo bastante alta para llegar a Los Ángeles en cinco horas; cuatro y media si te arriesgabas a comerte un par de multas. Yo llegué en cuatro y diez minutos.

Ver la foto de Lily por televisión supuso un auténtico *shock* para mí. Ni siquiera fue necesario hacer cuentas. Era como estar viendo una de mis fotografías de infancia, guardadas por mis padres en álbumes familiares. Tenía, además de mi pelo, mis ojos y mis rasgos, dulcificados por las redondeces propias de los bebés.

La certeza me sumió más en la angustia experimentada al saber que habían secuestrado a la hija de Cass, porque también habían secuestrado a mi hija.

Y no solo yo me di cuenta del parecido. Mónica, con la que no había vuelto a hablar desde el divorcio, me dejó un mensaje de voz en el móvil. Un escueto «hijo de puta» muy poco propio de ella, tras el que colgó.

Petrie me dio permiso para irme antes de que se lo pidiera, tan harto como yo de miraditas de soslayo de mis compañeros, ajenos a mi relación con Cass.

Me había hecho una idea totalmente equivocada, seis meses atrás, al pensar que Cass tenía pareja y que el bebé que paseaban

era de los dos. Por descontado que entonces no me había fijado más que en la mujer a la que todavía amaba.

Su ausencia había hecho estragos en mi habitual buen humor. Ya no me apetecía bromear como antes porque ya nada era como antes. Me faltaba ella.

No obstante, hubiese acudido a ayudarla, aunque Lily no fuera mi hija. Me alegraba que hubiese continuado con su vida, porque no era la culpable del vacío de la mía.

Me marché de vacaciones obligadas después de nuestra noche en aquella población en la que nos atrapó una nevada excepcional. Estaba enfadado conmigo mismo, aun sabiendo que había hecho lo correcto, porque si me hubiera acercado a esa cama de nuevo, nunca hubiera querido dejarla, y era lo peor que podía hacer por su carrera laboral.

Cass adoraba su trabajo, pero si trascendía nuestra relación, a ella le colgarían el cartel de «rompehogares», que la acompañaría en cualquier destino, y a mí el de «machote», que solo me costaría una amonestación. Porque así era el mundo aún, por desgracia.

Nada más dejar el coche en el parque móvil, me fui a casa, hice la maleta y salí hacia la cabaña en el lago. Necesitaba pensar y resignarme a que había hecho lo correcto cuando sugerí que olvidáramos aquella noche.

Mónica se enfadó conmigo por irme tan pronto, lo que no me detuvo. Le dije que se reuniera conmigo cuando cogiera las vacaciones. Y supongo que notó mi indiferencia porque no apareció. No regresé para Navidad y solo lo hice en año nuevo para incorporarme al trabajo. Pasé un mes casi incomunicado. La cobertura era penosa y yo no quería hablar con nadie, por lo que no me extrañó que, a mi vuelta, Mónica se hubiera trasladado a vivir con su hermana, dejándome un escueto último mensaje para reunirnos con nuestros abogados en cuanto fuera posible, y formalizar los trámites del divorcio.

Lo de Cass me conmocionó en mayor medida. Me había hecho a la idea de que tendríamos que hablar y que sería una conversación delicada, pero también me había dejado.

Pasé por su apartamento, que se encontraba vacío, y Joakim me recibió en su librería con manifiesta hostilidad. Estaba dolido y lo entendía. Cass le había dejado también, aunque al menos se molestó en despedirse de él.

Le seguí la pista de forma interna y me gustó saber que estaba en Nueva York con McPherson, con el que yo también tenía cierta confianza. No obstante, nunca me puse en contacto con él para preguntar por ella y, tiempo después, me enteré de que había aceptado un puesto en Los Ángeles.

Me sumergí más que nunca en el trabajo para no pensar en ella, pero cada cierto tiempo cedía a la curiosidad y Los Ángeles estaba demasiado cerca.

Cogí cantidad de veces el coche con intención de ir a verla, tantas como lo deseché, dándome cuenta de que era una idea atolondrada. Se mantenía a distancia por sus razones y yo no debía imponerle mi presencia.

Y entonces, seis meses antes, nos llamaron a mi compañero y a mí para testificar en un caso que habíamos llevado con la agencia en Los Ángeles. Tenía la excusa que buscaba.

La localicé por el directorio y la vi a lo lejos, hablando con sus compañeros, riendo y tomando café. Estaba mucho más hermosa de como la recordaba. Resplandecía.

Le había crecido el pelo, que seguía llevando suelto, a pesar de las directrices internas sobre la sobriedad que todo agente debía mostrar. Vestía un traje con falda ajustada, medias transparentes y zapatos de tacón que realzaban sus finos tobillos. Nunca había llevado falda cuando trabajamos juntos.

Me sentí como un mirón espiando por una ventana, pero quería saber qué era de su vida y, al día siguiente, la seguí hasta su casa: un edificio antiguo de dos plantas, demasiado grande para ella sola.

Cuando me marchaba para no perder el avión de vuelta, la vi salir con una sillita de bebé y acompañada de un hombre cercano a la cincuentena, con una incipiente calvicie, pero de cuidado aspecto, con el que paseó mientras caía la tarde, teñida de un amarillo anaranjado y de rojos encendidos.

Aunque se me partió el alma, ya sabía lo que quería: Cass estaba bien. Tenía nueva pareja y un hijo.

Y yo no volví a ceder a la tentación de verla de nuevo hasta que me enteré de lo ocurrido con su hija.

Su foto en la televisión me llevó a comprender muchas cosas, y las noticias me confirmaron que me había montado una película alrededor de su vida. Henry era su casero, con el que tenía una relación de amistad, igual que con su hermana, Misty, una mujer de la edad de Cass o poco mayor, que vino a verla al hospital un par de veces para interesarse por ella.

Le di el pésame, después de presentarme. Tenía los ojos enrojecidos, parecía demacrada y algo trastornada.

—¿Es necesario que tenga escolta en el hospital? —me preguntó—. ¿Creen que alguien quiere hacerle daño?

—No estoy aquí como agente, Misty —le expliqué—. Cass y yo fuimos compañeros hace tiempo. Estoy para ayudar en lo que necesite cuando despierte.

—Entonces, ¿se va a poner bien?

—Eso creen los médicos.

Misty vestía un pantalón ancho y una especie de camisa cerrada hasta el cuello, con los puños abotonados, ciñendo sus menudas muñecas. Parecía inmune al calor de la ciudad.

—Nunca me habló de ti, claro que tampoco es de extrañar, Sandra es muy reservada con sus cosas —dijo.

Otra que la llamaba Sandra. Me preguntaba si Cass ahora se presentaría así.

—Hace un tiempo que perdimos el contacto por asuntos de trabajo. ¿Teníais buena relación?

Los hombros de Misty se relajaron.

—La mejor. De hecho, fui yo la que le presentó a Henry. Al día siguiente era su inquilina. —Su voz se quebró un poco—. Y cuidaba a Lily muchas veces, cuando ella salía tarde del trabajo. Henry y yo lo hacíamos encantados. Lily era…, es….

Ahora no pudo contener las lágrimas.

—Lo siento es que…

Asentí. Lo entendía.

—Yo estaba fuera de la ciudad, en una charla sobre cuidados de la espalda, en San Diego. Soy masajista —aclaró—. No podía creer lo que había pasado.

En cuanto Misty se marchó, llamé a la oficina para hablar con el encargado de la búsqueda de Lily Martin. Quería cerciorarme de la coartada que acababa de proporcionarme, sin venir a cuento, y esperaba algo de cortesía profesional.

En efecto, Misty Jones había estado en aquella charla en San Diego y se alojó durante dos días en el mismo hotel donde se impartía, junto con varios participantes.

Su coartada era perfecta y las coartadas perfectas olían a preparación. Después de todo, San Diego estaba a menos de tres horas en coche. Tomé nota para indagar en la vida de Misty con tiento. Cass podía enfadarse, pero si había posibilidad alguna de que estuviera implicada en el secuestro de Lily, no tendría escrúpulos en sacar cualquier trapo sucio suyo a la luz.

No sé qué tenía, que me daba muy malas vibraciones. Quizá su mirada huidiza, o tal vez su excesiva necesidad de aparentar inocencia.

La otra persona que apareció por el hospital a interesarse por ella me gustó de inmediato: eran compañeras de trabajo y estaba embarazadísima. La reconocí porque se encontraban juntas cuando la espié en las oficinas y me alegré de que hubiera hecho amigos nuevos. Por lo que sabía, en San Francisco no contaba con muchos. Le pasó la mano por el rostro a Cass y soltó un taco más propio de un camionero.

—Perdona, pero es que esto me cabrea mucho. Mi jefe no me deja intervenir en el equipo de búsqueda por mi estado. —Se palpó el abultado abdomen—. ¡Ni que el embarazo fuese capaz de reducir mis neuronas a la mitad de golpe! ¡Que le zurzan! Cualquier día le estampo la cara contra la mesa del despacho, a ver si sigue considerándome una delicada florecilla.

Reí, no me hubiera extrañado que lo hiciera, parecía el tipo de mujer capaz de cumplir sus amenazas. Su aspecto delicado no casaba mucho con su determinación.

—Por cierto, soy Carol Haynes —se presentó, estrechándome la mano con más fuerza de lo esperado.

Me presenté y me observó con fijeza.

—El padre de Lily —dijo.

Antes de poder contestar, un hombre al que yo conocía se detuvo en la puerta, inclinado hacia adelante, con las manos en los muslos, intentando recuperar el resuello.

—Joder, Carol. Solo te he dejado un minuto para ir a aparcar —dijo, entre jadeos.

—Me estaba meando viva, Will, gracias a tu hija, que desconoce lo que es la postura fetal y se dedica a jugar al futbol con mi vejiga —contestó ella—. Luego, aprovechando que estaba dentro del hospital, he cogido el ascensor; no es que me haya dedicado a coronar el Everest.

—Podías haberme esperado…

Ella alzó los ojos al cielo.

—No puedo volar sola, te quedas más tranquilo si no cojo el coche y para no asustar al bebé, me mantengo alejada de la galería de tiro… ¿Ahora tampoco puedo coger ascensores sin la compañía de un guardaespaldas y de un obstetra, por si me pongo de parto? —rezongó, aunque con una sonrisa—. ¡Eres un exagerado, Will; si lo sé, cojo un taxi!

Él se acercó a Carol y le besó la coronilla, mientras me miraba con gesto de estupor.

—¿Qué haces por aquí, aguafiestas?

—¡Will! —le riñó Carol.

—Oye, que es un apodo cariñoso. Hubo un tiempo que se dedicaba a desactivar bombas y ahora coge terroristas, así que a alguien le agua la fiesta.

Ella rio y negó con la cabeza.

—Es largo de contar… —le respondí a Will, estrechándole la mano que me tendía.

—¿Qué dicen los médicos, Mack? ¿Se despertará pronto? ¿Le quedarán secuelas? —me preguntó Carol casi sin respirar—. ¿Te han dicho en el FBI algo sobre Lily? ¿Cómo va la investigación? ¿Hay pistas nuevas?

—Carol, dale un respiro —le riñó su pareja, con cariño—. Y siéntate para que pueda esposarte a la silla. Después de subir corriendo doce pisos, me he ganado un descanso.

—Ya te pasaré la barriga cuando necesite yo un descanso. Ah, y luego me cuentas de qué os conocéis.

Me gustaba la pareja de Will Novalsky, al que no veía desde hacía un par de años.

—Eres una chismosa —le contestó su esposo.

—Lo soy —dijo ella, guiñándole un ojo y luego, dirigiéndose a mí—. Lo siento, Mack. Es que los encargados de la investigación, tienen órdenes de no compartir sus avances y eso me hace sospechar que no los hay.

Estaba de acuerdo con ella.

La cortesía profesional que había esperado, se acabó cuando pregunté por las novedades y, aunque agradecieron mi ofrecimiento de ayuda cuando les hablé de mi relación de compañerismo con Cass dos años atrás, me rechazaron con educación. Es más, el responsable de la investigación no volvió a atender mis llamadas.

*****

La última visita no me sorprendió tanto como lo hubiera hecho unos años atrás.

—Frank —le saludé, cuando se adentró en la habitación en penumbra con su silla de ruedas.

—¿Cómo está?

Había tensión en su expresión y sus ojos no se habían apartado del rostro de Cass, relajado sobre la almohada.

—El médico dice que puede despertar de un momento a otro. El traumatismo ha sido más aparatoso que grave.

Frank Keaton se situó al otro lado de la cama e hizo ademán de tocar a Cass. Luego, pareció cambiar de opinión y se mesó la barba, como si necesitara tener la mano ocupada.

—¿Te ha enviado Lavick? —le pregunté, aun sabiendo que iba a mentirme.

Lavick, al mando de las unidades secretas para las que trabajaba Frank, era muy amigo mío. Nunca me habló de la disputa que había tenido con Cass después del trabajo que llevamos a cabo en la Riviera francesa, pero lo conocía lo suficiente para saber que se debía a un asunto personal. Como dudaba que ese asunto concerniera a Lavick directamente, me pregunté si Frank sería la causa.

Era la segunda vez que lo encontraba cerca de Cass. En la primera, ella parecía disgustada y aprovechó que me acerqué a saludar a Frank para zanjar la conversación que tuvieran y que se parecía mucho a una discusión.

—Lavick… Bueno, sí, y los chicos también están preocupados —contestó, sin prestarme demasiada atención—. Hemos visto las noticias y queremos ayudar.

CAPÍTULO 13

Cass

No había bastado el tiempo transcurrido para que olvidase el tacto y el olor de Mack Brooks. Y, a pesar de que me dolía la cabeza y me sentía algo confusa, recordaba que en mi actual vida él carecía de protagonismo, por lo que su presencia me alarmó sobremanera.

Aunque no fue eso lo que más me inquietó, sino el último recuerdo que tenía, antes de despertar en esa cama de hospital, dolorida y ansiosa.

—¿Dónde está Lily?

Mack había cambiado un poco. Estaba algo más delgado y sus facciones no eran tan suaves como tiempo atrás.

—Cass, tu hija… —Dudó unos segundos de más—. Tu hija ha desaparecido.

Me incorporé de golpe.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

Me arranqué de un tirón la pinza que tenía sujeta al dedo índice y le hice un gesto furibundo a la enfermera que se acercaba corriendo y que se detuvo en seco.

—¿Dónde está?

Brooks negó con la cabeza.

—Se la llevaron después de darte por muerta, creo.

Me arranqué la vía que me salía del brazo, la que me cruzaba la cara para suministrarme oxígeno y un sensor pegado a la piel, sobre mi corazón.

Brooks no intentó detenerme. Mejor para él.

Estaba mareada, con una sensación extraña de vacío.

—¿Quién la está buscando?

—Dieron la alerta AMBER de inmediato y hay mucha gente buscándola.

—¡Tú no la estás buscando! —Mi gruñido debió sonar acusador porque se encogió en la silla. Me daba igual.

—Esperaba que despertaras porque eres la única testigo presencial. Mientras, hay un equipo especialista en menores desaparecidos buscando cualquier pista.

Me senté al borde de la cama.

¿Única testigo? Por Dios, ¡no conseguía recordar más que fragmentos en la cocina de mi casa, en la que Henry y yo tratábamos de preparar una de sus recetas de salsa!

—Cuéntame todo, Mack —le pedí, frotándome la cara para despejarme de la niebla producida por los fármacos.

—Intentaron mataros a tu casero y a ti, y luego se llevaron a tu hija —sintetizó.

—¿Y mi móvil? Llamarán para pedir un rescate… ¿Dónde coño está mi móvil?

Me levanté trastabillando hasta una pequeña taquilla.

Brooks me sujetó para que no me cayera.

—Lo tiene el equipo. Nadie ha llamado.

Lo miré, suplicante.

—Han pasado horas, ¿verdad?

Todos sabían que, en caso de secuestro, sobre todo cuando las víctimas eran niños, las primeras doce horas eran cruciales para seguir su pista.

—Han pasado días, Cass —me dijo, en tono neutro.

—¡Días!

Las rodillas se me doblaron. Brooks me cogió en volandas, pero me revolví.

—¿Cuántos?

Debía parecer loca, gritando de aquella forma, pero me daba igual. La enfermera ya no estaba sola, la acompañaba un médico que me inyectó algo en el muslo.

—Mack —gemí—. ¿Dónde está mi hija? Por favor…

No me dormí, caí en una especie de delirio en el que Red estaba conmigo, sorbiendo sopa de una cuchara, con el rostro

arrebolado por el calor que desprendía. Sonreía. Cuando me miraba nunca tenía los ojos vacíos de expresión, como ocurría cuando se encontraba con otras personas. Yo era su punto de referencia y ella mi razón para continuar.

—Está buena —me dijo—. ¿Por qué no comes?

—Ahora no tengo hambre. Luego comeré un poco.

—¿Después de contarme un cuento?

Asentí con la cabeza y le serví el resto del bote calentado en el hornillo de la cocina.

—Hoy toca el del espantapájaros.

Le limpié la barbilla, por la que había resbalado un poco de sopa, y le retiré el pelo, que se le metía en los ojos. Tendría que cortárselo pronto.

—Es jueves, hoy toca el del guisante —la corregí.

Ella se dio un golpe en la cabeza con la palma de la mano.

—Es verdad, la señorita Wilson ha dicho que hoy es jueves, ¡el día de Júpiter!

—¿Sabes quién era Júpiter?

—Júpiter es el conserje. Pone avisos para que no corramos por los pasillos y nos lleva a la enfermería si nos caemos.

—Ese es Jorge. Pero le pegaría llamarse Júpiter. El padre de la luz es un buen nombre para Jorge, que se ocupa del mantenimiento del colegio.

—¿Y la madre de la luz cómo se llama?

—No sé si hay una madre de la luz.

—Debería llamarse como tú.

Red señaló la luz de bebés, encendida sobre su cama.

—Termínate la sopa, se está enfriando.

No me sentía tan especial como ella me percibía. Había robado la lámpara y había robado la bombilla. Y, si a eso íbamos, también había robado el bote de sopa. Todo era necesario, pero la lámpara era imprescindible.

Los terrores nocturnos de mi hermana venían de lejos. Cuando éramos más pequeñas y tenía una pesadilla, me acostaba a su lado, hasta que descubrí que la luz mitigaba su miedo, aunque a mí me costaba dormir con su resplandor. No me enorgullecía robar para

procurarle algo de bienestar, pero lo volvería a hacer las veces que hicieran falta.

—Hay mucho ruido fuera. —Señaló la puerta mientras tomaba otra cucharada—. No sé si podremos dormir.

—Podremos, si terminas de cenar y vas a hacer pis. Luego cerraremos bien la puerta.

Se terminó la sopa, recogí el cuenco y lo dejé al lado de la puerta. Luego retiré la silla que aseguraba el cierre.

—¿Estás lista?

—Un pis, lavar manos, dientes y a la cama —recitó.

Asentí y me asomé al pasillo.

—Vamos, y no te apartes de mí.

Eso era lo que le decía siempre a Lily en el parque, aunque era demasiado pequeña para entenderme: no te apartes de mí. Para defenderla tenía mi vida y un arma cargada. Para defender a mi hermana solo disponía de una barra de hierro que encontré entre unos escombros.

En ambos casos, pensé que era suficiente y me equivoqué. La vida nos daba lecciones duras.

Esperé a que Mack se marchara porque no pensaba quedarme en el hospital. Después de varios días desaparecida, la agencia no consideraría una prioridad buscar a mi hija. Trabajaba con ellos y conocía sus métodos: lo darían todo en las primeras horas y luego el equipo se reduciría, esperando pistas telefónicas, mientras investigaban el entorno de la menor, con otro grupo menos numeroso. De cara a la prensa, fingirían dedicar todos los recursos disponibles; en especial, cuando la desaparecida era hija de una de sus empleadas. Porque ¿qué imagen darían, de lo contrario?

A mí su política me traía sin cuidado. Buscaría a mi hija yo misma y no quería obstáculos en mi camino.

Brooks me pilló poniéndome los pantalones. Por lo visto, había salido solo para coger un café de la máquina.

—Deberías…

Le apunté con un dedo.

—No me digas lo que debería hacer —le espeté, furiosa.

Él dejó caer los brazos y me hizo un gesto con la cabeza. No se interpondría.

Me ayudó a salir del hospital, colocándome su chaqueta sobre la camisa con la que había llegado, que estaba manchada de sangre y hubiese llamado la atención.

Eran casi las cuatro de la mañana y las oficinas estarían cerradas, por lo que pedir el alta voluntaria no era una opción a tener en cuenta en ese momento.

—Firmaré lo que sea para dispensar al hospital de responsabilidad más adelante. Ahora quiero ir a casa.

La casa estaba a oscuras, tanto la planta superior que ocupaba con Lily, como la inferior, la de Henry, mi casero.

Corrí hacia ella sin esperar a Brooks. Ya me seguiría si quería. Recorrí todas las habitaciones. El apartamento estaba frío y había perdido nuestro olor, sustituido por el de los productos químicos usados para buscar huellas extrañas y cualquier indicio sospechoso.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Mack? —le pregunté a mi ex compañero, que me había seguido.

—Dos días.

Me dejé caer en un sofá y me froté la cara.

¡Dos días!

—Quiero que me devuelvan el móvil —dije en voz queda.

Brooks asintió.

Me giré hacia el teléfono fijo de la mesita contigua. Pulsé un botón para escuchar los mensajes antiguos.

—También lo tienen pinchado. No hay nada —me dijo.

Había casi treinta mensajes en el buzón de voz. El dentista, el pediatra, la guardería, la canguro, Misty había dejado diez; la tintorería, dos.

—Me voy a pasar, Sandra, aunque ya veo que no estás en casa. Henry no me contesta y tú tampoco, me estáis empezando a preocupar —decía el último mensaje de Misty.

Henry y Misty me llamaban Sandra, igual que había hecho Joakim cuando estábamos juntos.

—Señora Martin, tenemos su pedido listo para recoger. Gracias. —Era el último de la tintorería.

Pero no era el último. Este lo era:

—Oh, lo siento, estaba buscando a Red, pero no sé si me he equivocado. ¿Red? ¿Estás ahí?

Miré la fecha del mensaje con el corazón en un puño.

Era del día anterior.

—Necesito mi móvil, Brooks —gruñí, mientras realizaba una rellamada al número del mensaje.

Se encontraba fuera de servicio.

—¿Han localizado todos los teléfonos de los mensajes?

—Cass, todas provenían de números legítimos.

Le lancé una mirada airada.

—No te mantienen al corriente, ¿verdad?

Su falta de respuesta fue suficiente respuesta.

Me levanté de un salto del sillón y me encaminé hacia mi habitación, mientras me deshacía de la camisa ensangrentada.

Me quité la venda de la cabeza en el baño. Tenía una brecha en la sien izquierda: cinco centímetros de piel tumefacta, cosida con esmero e hinchada. La herida ya no sangraba, pero tenía un aspecto lamentable y, además, me habían rapado la zona para prevenir infecciones.

Bajo el chorro de agua, haciendo caso omiso a las punzadas de la herida, me dejé llevar por la desesperación que sentía, lejos de interferencias. Lloré y grité en silencio para desahogarme, porque no podría permitirme otro momento de debilidad hasta que encontrara a Lily. Y la iba a encontrar, aunque el pasado se empeñara en atacarme a través de ella.

Impidiendo al pánico hacerse un lugar en mi corazón, me limpié la cara de lágrimas.

El mensaje del buzón de voz, que ni el FBI ni Mack Brooks habían creído relevante, me había dejado claro que la persona que tenía a mi hija quería mi atención, no a ella. Aunque no dudaría en hacerle daño, porque alguien capaz de secuestrar niños carecía de límites.

Yo se los pondría, junto con una bala en la frente, a la mínima ocasión.

CAPÍTULO 14

Cass

El autobús estaba casi vacío, pero la chica de mirada curiosa y cabello largo hasta la cintura, me preguntó:

—¿Está libre el asiento? ¿Te importa?

Vivir en sociedad, a veces, era un asco. Por supuesto que me importaba. El sitio a mi lado estaba libre, como otros cuarenta en todo el vehículo, por lo que temía que fuese una de aquellas personas que necesitaban un interlocutor, aunque se tratase de una completa desconocida, como era mi caso.

Le dirigí solo un asentimiento de cabeza porque si abría la boca, gruñiría. Estaba helada de frío y cansada. Había salido de la última población en la que pasé cinco meses, prácticamente igual que a mi llegada: con un escaso puñado de dólares en el bolsillo, un pantalón de repuesto, dos camisetas, ropa interior justa de quita y pon, y un móvil anticuado, incapaz de distinguir entre una señal *wifi* gratuita y un *malware*.

Ella se puso a parlotear a mi lado, sin fijarse siquiera que yo no abría la boca más que para resoplar de cuando en cuando. Al cabo de dos horas, y, aunque apenas le prestaba atención, casi conocía toda su vida. De hecho, si fuese escritora, podría haber escrito sus memorias.

Su madre había fallecido diez años atrás y estaba muy unida a su padre, un comerciante de antigüedades enfermo del corazón. Iba a San Francisco a cursar un posgrado de economía, con una beca extraordinaria que cubría la mayor parte de sus gastos. El resto lo pagaría con un cómodo trabajo de ayudante de biblioteca por las noches en el mismo campus.

A la gente como ella, todo le salía rodado.

Era una persona entusiasta. La vida le sonreía, confiaba en la gente, en su honestidad e integridad. Creía en la bondad innata del ser humano como solo puede hacerlo alguien que ha sido feliz toda su vida. Tenía fe en las personas porque siempre había estado rodeada de gente que no le había fallado.

La envidiaba, pero también me daba un poco de lástima: cuando la vida le propinase un revés, carecería de las defensas necesarias para protegerse. Yo disponía, por obligación, de todas aquellas defensas y me faltaba un poco de su suerte.

Se llamaba Casandra Martin e iba a probarse en la vida cuando tuvo lugar el accidente en el que murió.

CAPÍTULO 15

Mack

Durante un tiempo, estuve enfadado con Cass por desaparecer sin dar explicación alguna. Luego, se me pasó y caí en la cuenta de que había tomado una decisión sensata, zanjando un asunto que yo debería haber solucionado, escogiendo otro compañero de trabajo para que le enseñara los entresijos del departamento. Pero quería ser yo el que se los enseñara, el que estuviese todos los días a su lado.

A pesar de lo poco que llegué a conocerla, porque no se dejaba, aún podía detectar cuándo algo llamaba su atención. Y lo que acababa de oír en el buzón de voz había conseguido alterarla, así que volví a escuchar varias veces el mensaje preguntando por Red mientras ella se encontraba en la ducha.

—¿Has reconocido esa voz? —le pregunté, cuando apareció en el salón, vestida con ropa limpia.

Se mantuvo en silencio, observando el teléfono mientras el cabello húmedo le goteaba sobre la camiseta.

—Márchate, Mack. Esto no es asunto tuyo.

No me esperaba esa contestación y contraataqué porque me dolió su frialdad.

—¿Seguro que no lo es, Cass?

—No formas parte de la investigación y dudo que te mantengan al tanto. Vuelve a casa.

Tenía razón en eso.

—Sigo llevando encima mi arma y mi placa y puedo respaldarte, porque sé que vas a hacer algo. Has reconocido esa voz o lo que ha dicho te ha llamado la atención. Piensas que van a

volver a llamar para pedir algún tipo de rescate, pero dudo que sea eso lo que pretenden.

—¿Para qué un secuestro, si no es para pedir un rescate?

—El dinero no es la única forma de intercambio que se busca, lo sabes bien. ¿Tienes una cuenta pendiente con alguien a quien hayas detenido estos años?

Ella soltó una amarga carcajada.

—Ya no soy agente de campo, Mack. Lo dejé y no he detenido a nadie en el último año y medio. Y de los que detuvimos en San Francisco… —Negó con la cabeza.

—Intentaron matarte y mataron a tu casero.

Su cara de asombro me obligó a morderme la lengua. No le había contado lo que pasó porque pensaba que lo recordaba. Al despertar, solo le interesaba el paradero de su hija.

Ya me advirtió el médico sobre posibles lagunas en la memoria a corto plazo. La bala le había rozado el cráneo, produciéndole una buena conmoción, además de una importante pérdida de sangre. No obstante, el mensaje era algún tipo de aviso o amenaza, por lo que el que le disparó sabía que estaba viva. Quizá no hubiese querido matarla, porque los muertos no pagaban rescate, cualquiera que fuese su índole. En todo caso, me costaría sacárselo a Cass.

—¿Henry está muerto? —me preguntó, con un hilo de voz, mientras se dejaba caer de nuevo en el sofá.

—Y a ti te faltó poco. La bala te rozó la arteria temporal y sangraste mucho.

Ella suspiró, apretándose el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar, como si quisiera aliviar un dolor de cabeza.

Quería sentarme a su lado y abrazarla, dejar que descansara el enorme peso que la angustiaba sobre mí. Pero sabía que eso no sucedería. Ya no formaba parte de su vida o me hubiera llamado, como llamaba a Joakim.

Solo había coincidido dos veces con él después de que Cass se fuera, pero le faltó tiempo para informarme de que hablaba con ella casi todos los meses.

Por entonces, pensaba que no se podía tener más asco a alguien, pero sí que se podía.

*****

Cass siempre fue reservada con sus asuntos privados e insistir sobre el significado del mensaje del buzón de voz solo conseguiría irritarla más. Pero el asunto había adquirido una nueva dimensión porque no solo se trataba de su hija.

—Si insistes en que salga de tu casa, lo haré. Pero te seguiré a donde vayas —le dije—. He venido a ayudarte y es lo que voy a hacer y me da igual si no quieres.

Pensaba añadir que tenía derecho a intervenir, pero ¿lo tenía? Me miró y pensé que me iba a echar. Sin embargo, el rostro se le contrajo y las lágrimas escaparon de sus ojos.

—No puedes ayudarme, Mack. Nadie puede.

Se tapó la cara con las manos y sollozó de forma queda.

Me senté a su lado y le rodeé los hombros con el brazo. Poco a poco, se rindió y se fue relajando, hasta que apoyó la cabeza en el hueco de mi cuello.

—Encontraremos a Lily —le prometí.

CAPÍTULO 16

Cass

Me hubiese encantado creer a Mack. Sin duda, tenía buenas intenciones, pero no sabía nada de mí y yo no podía contarle lo que me rondaba por la cabeza.

Confiaba en la discreción de las tres personas que conocían mi verdadera identidad: McPherson, Lavick y mi padre. Prometieron guardar el secreto y estaba segura de que no había salido de sus labios.

Eso dejaba una gran puerta abierta a la única otra posibilidad: los Martin. Pero padre e hija estaban muertos y me constaba que no tenían más familia, ni Cassandra pareja cuando se marchó de Boise. Entonces, ¿quién se había llevado a mi hija? Sin duda, tenía que tratarse de alguien que conocía a los Martin y me había seguido la pista e investigado en profundidad para conocer el nombre de mi hermana. Y si me había investigado tan a fondo, debía saber que yo no disponía de dinero para pagar un rescate. ¿Se habrían llevado a Lily para castigarme?

Encontraría la manera de poner a mi hija a salvo y pagaría gustosa el precio de aquellos años robados, aunque para eso necesitaba contar con la complicidad de Mack.

—¿Me ayudarás sin hacer demasiadas preguntas?

Lo sentí tensarse durante un segundo, pero mantuvo el abrazo y eso fue una contestación más rotunda que un sí.

—Podría ayudarte mejor si te sincerases conmigo.

Ojalá pudiese hacerlo. Llevaba tanto peso encima que me hubiese venido bien compartirlo.

—Te contaré lo que pueda y cuando esté preparada.

—Me conformo.

—Me voy a Boise.

Brooks asintió como si lo hubiese esperado.

—Necesito que te quedes, por si ocurre algo.

—Es una forma elegante de intentar deshacerte de mí, pero olvidas que ese subterfugio lo inventé yo —me dijo.

Por su tono, noté que sonreía.

—Es mejor que vaya sola.

—Me dijiste que no te quedaba familia.

—Eso pensaba.

Brooks miró la hora.

—¿Prefieres que te siga o vamos juntos? Seguro que Will puede decirme dónde alquilar una avioneta…

Eso me interesaba. Boise estaba lejos y no podía perder mucho tiempo. De repente, caí en la cuenta:

—¿Will? ¿El marido de Carol, mi compañera?

—A Carol la conocí cuando fue a verte al hospital, pero a Will hace años que lo conozco. Nos vemos poco, aunque seguimos en contacto —dijo, sonriente.

Al ver mi expresión de incredulidad, levantó la mano derecha como si estuviese prestando juramento y añadió:

—Palabrita del niño Jesús.

Desconfiaba de las casualidades, que no solían traer nada bueno, así que debería confiar en que el destino me proporcionase un poco de ayuda extra para encontrar a Lily.

—Voy a llamarle. Y tú deberías hablar con Carol, parecía muy preocupada por ti.

—Ya le contará Will que he salido del hospital —dije, negando con la cabeza.

Me hacía una idea de donde le remitiría Will para hacerse con una avioneta. Entre el grupo de amigos de la pareja, estaban Zimmer y Richie, que tenían un aeródromo.

Carol y yo habíamos intimado en poco tiempo. Era una persona que no aceptaba un no por respuesta y le aburría tanto como a mí estar todo el día en la oficina, así que, en cuanto tenía ocasión, venía a buscarme para tomar café, o solo para charlar un rato y

chismorrear de algún compañero o reírnos de nosotras mismas. Ella estaba obligada a quedarse en las oficinas por su embarazo; yo, por Lily.

Por mucho que me gustase trabajar en la calle, debía pensar en mi hija y en que se quedaría sola si me sucedía algo.

Por su parte, Carol también se sentía confinada, aunque, al contrario que yo, se explayaba a gusto, contándome sus «batallitas». Era una mujer feliz, capaz de contagiar su optimismo. Por otro lado, se gastaba un mal genio temible cuando algo la contrariaba. Hablaba por los codos de su marido, de los amigos de ambos y de cuando estuvieron a punto de matarla varias veces. Me hacía reír hasta las lágrimas.

Cuando McPherson se enteró de que me trasladaban a Los Ángeles, me dio su teléfono.

—Os llevaréis bien —me dijo el jefe de los equipos especiales —. Es tan espontánea como tú desconfiada.

—¡Hombre, gracias!

McPherson rio.

—Si te llevas bien con Charlie, te llevarás bien con ella.

Charlie, a la que conocí en Nueva York, era todo un personaje, con la que era imposible no conectar. Además, no se me ocurriría poner en tela de juicio el criterio de McPherson, con el que había llegado a tener mucha confianza. No solo me había reclamado en su departamento cuando me urgía el traslado, sino que Debra y él me alojaron en su apartamento, mientras buscaba uno propio. Luego surgió el tema de mi embarazo y ya no me dejaron irme. La pareja me alojó y me acompañó durante el nacimiento de Lily.

Rodeada de personas tan cariñosas y amables, el peso de sostener la farsa de Cass Martin se duplicaba, pero el año que pasé en Nueva York me reconcilió en gran medida con una ciudad que había llegado a aborrecer. Tenía malos recuerdos de ella, pero ahora tenía uno bueno que los superaba, el mejor: mi hija había nacido allí.

Dilaté el momento de llamar a Carol con la excusa de que tenía que instalarme, organizar una rutina para Lily y para mí, y acostumbrarnos al latido de una ciudad desconocida. Pero lo cierto

es que evitaba hacer amistades, por el riesgo que entrañaban: preguntaban, querían saber y yo no deseaba hablar de mí más de lo estrictamente necesario.

McPherson, sin embargo, tenía sus ideas y se puso en contacto con Carol, por lo que una mañana apareció en la planta donde trabajaba, se presentó y, ante el pasmo de mis compañeros, me arrastró, casi literalmente, a la sala de descanso para servirme un café.

—A McPherson hay que hacerle caso. Más sabe el Diablo por viejo que por Diablo —me dijo—. Y sé que eres nueva en la ciudad, pero eso no quiere decir que estés sola. Este mismo fin de semana hemos quedado a comer con amigos y te vienes.

Carol no aceptaba negativas, así que nos incluyó en su vida y en su círculo de amistades sin conocernos.

Escuché a Mack hablando de fondo y me abstraje de la conversación. Sentía frío, a pesar de la alta temperatura ambiental, pensando en que mi pequeña estaba retenida en algún sitio, con personas desconocidas. La idea me angustiaba hasta límites insospechados. ¿La estarían cuidando? ¿Le darían de comer? ¿Me echaría de menos?

Tenía solo diez meses y le había fallado.

*****

Esos derroteros solo conseguían que mi ansiedad aumentase, así que repasé lo que Brooks me había contado, lo que el FBI sabía sobre el secuestro.

Por lo visto, alguien había entrado en casa y nos sorprendió a Henry y a mí en la cocina. A mí me dispararon por la espalda; a él de frente y desde muy cerca, según los rastros de pólvora incrustados en su piel.

El agresor no tocó nada. Solo cogió a Lily y salió de casa con ella en brazos.

Los vecinos escucharon los disparos y avisaron a emergencias. Después, confirmaron marca y modelo del vehículo, así como su matrícula. Y además, se mostraron seguros a la hora de confirmar

que la secuestradora era una mujer que vestía pantalón y camisa suelta, guantes y una gorra de visera larga. La vieron salir con Lily en brazos, dejarla en la parte trasera del coche y ponerse al volante para darse a la fuga.

El FBI pudo seguir el vehículo hasta un edificio de aparcamientos del centro, donde la secuestradora debió cambiarlo. Las cámaras interiores estaban fuera de servicio por avería, así que solo disponían de las imágenes de una cámara de tráfico, con poca resolución.

Sin un rostro para pasar por una base de datos, no tenían nada. Ni un atisbo de sus facciones, que se hallaban totalmente ocultas por una melena oscura hasta los hombros. Ni la línea de la mandíbula, ni un perfil de la oreja… Nada.

Cuando dieron el aviso de búsqueda del vehículo, este ya estaba aparcado y completamente limpio. Solo hallaron rastros biológicos de Lily y varios cabellos negros de una peluca barata. Nada a qué seguirle una pista.

Se pidió la colaboración ciudadana dos horas después a través de todos los medios de comunicación californianos.

Nada.

Nadie había visto en el aparcamiento a una mujer y una niña pequeña de las características de Lily. Ni en la calle, ni en ningún motel. Aquella mujer sabía lo que se hacía porque no dejó rastro alguno.

Me estremecí de nuevo.

Brooks seguía al teléfono y yo me fui a buscar una chaqueta, aunque el frío se encontraba en mi interior.

Las puertas de las habitaciones estaban cerradas. A la derecha había un cuarto de baño, que había adaptado para Lily y que sería el suyo cuando creciera. A la izquierda, su habitación. Antes no me había atrevido ni a mirar la puerta.

¿Y si se trataba todo de una broma inmensa y Lily estaba en su cuna, dormida? Apoyé la frente en la puerta y cerré los ojos. No había rezado en mi vida, ni sabía cómo hacerlo o si a alguien le funcionaba eso.

—Por favor…, por favor… —murmuré.

Abrí los ojos y giré el tirador.

Antes de abrir ya sabía que mi amago de plegaria no había dado resultado. Alrededor del tirador todavía quedaba un rastro oscuro de polvo para huellas dactilares.

Aun así, entré.

El personal de la oficina científica había pasado por allí. Lo había visto muchas veces. Lo que no se llevaban lo dejaban apilado en un rincón. La ropa de mi hija estaba amontonada, junto con el colchón de la cuna, la ropa de cama y algunos muñecos de tela, de colores brillantes.

En otro rincón se encontraban los juguetes de plástico, los polvos de talco, el aceite con el que le daba masajes después del baño, los pañales y un móvil de mariposas.

El ropero estaba abierto de par en par. Los cajones estaban fuera de su sitio, y el pequeño botiquín de primeros auxilios se encontraba tan vacío como yo. Ni siquiera habían dejado las tiritas con dibujos de unicornios y nubes.

Por todas partes había rastros de polvo de grafito y en el ambiente un ligero aroma ácido de productos químicos.

Pero ni todo eso había eliminado el olor de mi pequeña.

El nudo que se me había formado en la garganta amenazaba con ahogarme.

—¿Cass? —Brooks estaba en el pasillo.

Salí y cerré de un portazo para que el olor de mi hija no se escapara de su dormitorio. Y porque no quería compartirlo con nadie, ni siquiera con él.

Recordé que el escenario principal era la cocina, donde tampoco había puesto un pie.

Acostumbraba a ver escenas del crimen desde hacía tiempo, y aunque ahora trabajaba en las oficinas, pasaban por mi mesa cientos de fotografías, a cual más escabrosa. Mi ojo desapasionado, sin embargo, no funcionaba en mi propia cocina, cuyo suelo aparecía manchado de sangre seca.

Era mi sangre, y la sangre de Henry. Nadie se había molestado en mandar un equipo de limpieza y yo no sabía si quería llorar, vomitar o hacer ambas cosas.

Me sobrevino una enorme pena por Henry. Él y Misty me ayudaban con Lily cuando tenía que salir de compras o mi jornada laboral se alargaba más de lo previsto.

Brooks me seguía en silencio, sin tocarme, ni intentar detener mi exploración, con buen criterio.

Estaba furiosa, triste y tenía miedo, más miedo que en toda mi vida. Pero Lily me necesitaba y no podía quedarme a llorar su ausencia ni la muerte de Henry.

No podría volver a vivir en esa casa, por muy bien que se limpiara. Siempre vería la sangre en las baldosas del suelo, y salpicaduras por la encimera y los armarios.

Cuando recuperase a mi hija, buscaríamos otro lugar, un sitio carente de malos recuerdos.

Misty lo entendería.

Misty.

En su último mensaje, aún no sabía qué había ocurrido.

—Oye, la hermana de Henry…

Mack asintió.

—Estuvo en el hospital un par de veces.

—¿Se encontraba bien?

—Creo que se siente culpable por no haber estado aquí, pero no la conozco lo suficiente. Eso sí, estaba preocupada por ti y me preguntó por la investigación.

Me condujo fuera de la cocina, cogiéndome de un codo con suavidad, mientras hablaba.

—¿Necesitas recoger algo antes de irnos?

Recordé que tenía frío.

—Una chaqueta y mi documentación.

En mi habitación tenía gorras del FBI y una de los Ángeles Lakers que me había regalado Henry, recuerdo de un partido al que me invitó porque le dije que nunca había estado en uno. Escogí esa para ocultar el apósito de la herida.

Mi bolso estaba donde lo había dejado días antes, en mi habitación, en el escabel a los pies de la cama. Contenía mi documentación, dinero y objetos personales.

El FBI solo se había llevado mi móvil.

Le recordé a Brooks la necesidad de recuperarlo.

—Lo he hablado con Will y puede que también lo podamos solucionar antes de irnos a Boise.

—No sé dónde están las llaves del coche, creí que las había dejado en la entrada, pero…

Él me enseñó unas.

—Tengo uno de alquiler. Vámonos.

Ya en el coche, me di cuenta de que no le había preguntado por Mónica. Tampoco es que me importara, pero debería interesarme en algún momento, por educación. Seguro que no le había hecho ninguna gracia que Brooks viniera a ayudarme.

—¿Cómo te enteraste de lo que había pasado? —pregunté, en cambio, intrigada.

—Me lo dijo Petrie. Lo vio en televisión.

—¿Y tú? ¿Lo viste por televisión?

Asintió, sin quitar los ojos del semáforo ante el que nos habíamos detenido.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Por eso estás aquí?

Arrancó cuando el semáforo se puso verde, parecía buscar las palabras, porque tardó en responder.

—Hubiese venido igual, aunque Lily no fuera hija mía.

No había resentimiento en su voz, o yo no la detecté.

Me froté los ojos y me recosté en el asiento.

Fue una decisión que tomé en su día, otro error para sumar en mi lista. Él tenía derecho a saberlo por mí, no a enterarse por un informativo de la televisión.

Lily se parecía tanto a él que no era necesaria una prueba de ADN para contrastarlo. Tenía su mismo cabello oscuro, rizado e indómito. Sus mismos ojos de un azul transparente, que chispeaban cuando sonreía.

Y el parecido se acentuaba a medida que crecía, como una semilla replicando al árbol del que ha salido.

En su día, valoré llamarlo para decirle lo del embarazo, así como que había decidido tener al bebé.

Lo deseché porque conocía las desavenencias entre él y Mónica, que giraban en torno a la falta de interés de Mack por ser padre, con toda la responsabilidad que conllevaba.

Lo entendía.

Y sobre la base de su decisión, tomé la mía: por lo que a mi respectaba, Lily era mi hija y de nadie más.

Bastante castigo suponía que se pareciera tanto a su padre que me lo recordara cada segundo.

CAPÍTULO 17

Mack

El tema de mi paternidad no era algo que quisiera tratar en ese momento; ya habría ocasión de abordarlo.

A Will Novalsky lo conocí años atrás y congeniamos enseguida porque él era un entusiasta de los aviones como yo, aunque mi experiencia, al lado de la suya, era poco menos que una anécdota. En mi caso, carecía del tiempo necesario para acumular horas de vuelo y, desde que me casé con Mónica, mis paseos aéreos se habían reducido a uno al mes, si se daban las circunstancias adecuadas. Y casi nunca se daban.

Will era miembro de la unidad de la DEA que lideraba Dennis Miller. Diana, la hermana de este último, tuvo la mala suerte de que su nombre saliera a relucir en un asunto de estupefacientes que investigábamos en ese momento, por su relación con la financiación de cierta célula terrorista.

Me sorprendió ver a la sospechosa en silla de ruedas cuando fuimos a interrogarla. Estaba fichada y ese dato no constaba. Mi compañero de entonces, un veterano con demasiadas ganas de protagonismo, se empeñó en que el interrogatorio se llevase a cabo en las oficinas.

—No tenemos pruebas para detenerla —le dije, llevándomelo a un aparte.

—Tienes que hacer callo, muchacho. Mi instinto me dice que, precisamente, ser paralítica le proporciona la tapadera perfecta. Nadie quiere molestar a una lisiada.

Su falta de tacto y prepotencia me divertían; menospreciaba a la gente más joven, presuponiendo que les daba mil vueltas.

Tampoco pensaba sacarlo de su error, contándole mi recorrido como artificiero y miembro de una unidad secreta del ejército, acostumbrada a realizar trabajos encubiertos de diversa índole, y ninguno sencillo.

A él le quedaban un par de años para jubilarse y su trayectoria en la división antiterrorista del FBI había sido solo mediocre, por llamarla de alguna forma. Había servido de apoyo a un equipo, verificando datos investigados por los agentes especiales al mando. Ponernos juntos fue su recompensa a muchos años de trabajo en las sombras, que debía servirle para resarcirse, y a mí para coger soltura.

Él quería su minuto de gloria y Diana Sherman era una mujer guapa, impedida y perteneciente a una buena familia, venida a menos. El asunto tendría cierta cobertura mediática y testificar en un juicio contra ella le daría el empujón para ser reconocido en el departamento como el agente de campo que siempre ansió ser.

Antes de entrar en la sala de interrogatorios, se presentó Miller con un abogado.

Mientras el letrado hablaba en privado con Diana, Miller se apoyó en la pared del pasillo, a mi lado. Vestía el traje completo de trabajo, chaleco antibalas incluido. Estaba sucio, sudoroso, tenía los ojos enrojecidos y olía a pólvora.

—¿DEA? —le pregunté, de forma retórica, porque las siglas estaban estampadas en su chaleco antibalas.

—DEA muy ocupado —contestó, con un suspiro—. Acabo de dejar a mis hombres solos en una incursión y de viajar dos horas en helicóptero, sin contar los veinte minutos en coche con un abogado, que ha sido, de lejos, lo más duro. Disculpa si no tengo muchas ganas de socializar.

Me llamó la atención su falta de acritud. En su lugar, yo estaría furioso.

Mi compañero me reclamó.

—¿Ese quién es?

—No lo sé, imagino que familiar de la detenida, puesto que ha llegado con su abogado.

—¡Verás cómo se saca algo de la manga para jodernos la detención! Los ricos son unos tramposos.

Pensara lo que pensara mi compañero, a mí me pareció normal que un familiar se interesara por la detenida y le proporcionara ayuda legal. Saqué una botella de agua de la máquina expendedora y volví a acercarme al agente de la DEA para entregársela.

Dennis Miller me lo agradeció con un asentimiento de cabeza y se bebió el agua de un trago.

—Lleva cuatro años limpia —dijo, al cabo de unos minutos, después de tirar la botella vacía a la papelera.

Me contó la historia de su hermana, una exitosa abogada, enganchada a las drogas para no bajar el endiablado ritmo que requería su trabajo, y que la llevó a una espiral peligrosa de autodestrucción. Me habló de su accidente, provocado por ella misma, y que la dejó paralitica. Fue su punto de inflexión. Dejó de consumir totalmente y cambió de vida.

Esa vez fui yo el que asentí. Al contrario que mi compañero, había indagado en su historial antes de acudir a su casa y Diana Sherman no daba el perfil que buscábamos.

Tomé una decisión en ese momento, una que mi compañero nunca me perdonó, pero que me pareció la más sensata: dejé ir a la hermana de Miller sin someterla a interrogatorio, y pidiéndole disculpas por las molestias.

Más tarde se demostró que el traficante delator había hecho un trato con la fiscalía para que le diera nombres. Cuanto más conocidos, mayor sería su reducción de cargos. La jugada no gustó al juez, que dejó a la fiscalía en evidencia, advirtiendo a su titular que haría un seguimiento exhaustivo de todos los tratos ofrecidos por su oficina.

Semanas después, recibí una llamada de Miller. Estaba en la ciudad para ver a su hermana y a ambos les gustaría invitarme a cenar. Me excusé, alegando una cita imaginaria, porque no me debían nada. No obstante, el agente de la DEA se presentó en mi casa al día siguiente, acompañado de Will.

—He traído refuerzos por si había que secuestrarte —dijo Miller, sonriente.

—¡Anímate! Diana es una gran cocinera y la harás muy feliz —intervino Will.

Miller asintió.

—Pasó un mal rato cuando tu compañero insistió en llevarla a las oficinas del FBI para interrogarla y solo quiere agradecer tu intervención. En su día, tuvo malas experiencias con la policía, debido a su estilo de vida.

—Solo hacía mi trabajo.

—Pues el nuestro consiste en llevarte a cenar —volvió a intervenir Will—. ¡Y espabila, que tengo hambre!

Cedí de mala gana, pero tuve que cambiar pronto de opinión. Diana no me puso en un compromiso; por el contrario, me acogió en su casa como si fuese un viejo amigo y pasamos un rato muy agradable. El lamentable episodio me reportó un cambio de compañero, puesto que el abogado de Diana presentó una queja formal contra él por abuso de autoridad, y unas amistades duraderas.

Eran raras las visitas de Miller en las que no me llamaba para quedar, ya viniese a San Francisco solo o acompañado, y yo le retribuía cuando el trabajo me llevaba a Los Ángeles, aunque era más difícil coincidir allí, ya que su equipo solía operar al otro lado de la frontera. Y a Diana la veía cuando me encontraba por la zona donde estaba la casa familiar, en la que solo vivía ella. Llevaba tiempo pensando en convertirla en un pequeño hotel, más por necesidad de compañía que por cuestiones económicas. Se hallaba en un lugar inmejorable, en una colina con vistas al Golden Gate, a la bahía y a unos espectaculares atardeceres sobre el Pacífico.

En los últimos tiempos, sin embargo, nos veíamos menos. Miller había dejado la DEA, se había casado y Diana pasaba mucho tiempo en Los Ángeles, mimando a sus sobrinos. Además, había encontrado pareja en la ciudad, por lo que su ausencia tenía pinta de perpetuarse.

Me alegraba por ella, porque llegamos a apreciarnos mucho y sabía lo sola que se sentía en el enorme caserón de herencia familiar, que no quería vender, pero tampoco abandonar para que se deteriorase.

Esa noche, hablé con Will sobre el tema de la avioneta y luego con Miller, del que tenía varias llamadas perdidas.

—¡Ay que ver qué pequeño es el mundo! —me dijo—. Jamás se me hubiese ocurrido que fueras el padre de Lily, aunque ahora que lo pienso, es tu viva imagen.

—Ya me contó Will que os conocíais. Es verdad, el mundo es mucho más pequeño de lo que suponemos.

—Carol nos presentó a Cass y a Lily al poco de su llegada a la ciudad, y hemos compartido algunas barbacoas. Por cierto, tienes una hija preciosa. Diana aún no la conoce, pero se volverá loca cuando sepa que es tu niña —comentó.

«Tu niña». Me avergonzaba confesar que no la conocía.

—Me ha dicho Will que estabas fuera —dije, desviando la conversación a un tema menos comprometido.

—Al otro lado de la frontera, siguiendo una pista para encontrar a unos niños robados y llevarlos a sitio seguro. No sé cuánto tiempo me llevará, pero desde que supimos del secuestro de Lily, Carol, Will y algunos amigos están haciendo lo posible por encontrarla. Cualquier cosa que necesites, Mack.

Sabía que su ofrecimiento era sincero y que si no había vuelto tendría sus razones. La fundación con la que colaboraba, acogía a niños maltratados y objeto de tráfico sexual de toda Centroamérica. Si las personas de la fundación no los buscaban y los rescataban de una vida miserable, nadie más lo haría.

Se lo agradecí y le conté que había quedado con Will para irnos a Boise.

—¿Por qué irse ahora? —preguntó, sorprendido.

No tenía contestación para eso, pero si Cass quería ir era por el mensaje del buzón de voz. Me lo diría cuando estuviese preparada, y tendría que ser pronto.

*****

A pesar de la hora, el aeródromo estaba concurrido.

Además de Will y Carol, había un hombre afable, delgado de complexión, aunque de músculos entrenados, que se presentó como

Bob Zimmer y otro grande y fornido, con una sonrisa contagiosa, que solo dijo su nombre: Richie. Ambos eran los dueños del aeródromo y parecían tener confianza con Cass.

—Están repostando el Jet —dijo Richie—. Nos iremos en cuanto terminen, en unos minutos.

Cass salió del hangar que albergaba las oficinas y se puso a caminar de un lado a otro. Zimmer salió tras ella y detuvo su deambular, cogiéndola delicadamente del brazo.

Carol llamó mi atención.

—¿Alguien del FBI ha hablado contigo?

—El equipo de investigación me dijo que no soy familiar directo de Lily y que no estamos en San Francisco.

—Ya.

—He recibido amenazas más sutiles, la verdad.

—Lo que yo te digo siempre, Carol: los federales sois unos estirados… —dijo Richie, jocosamente.

—¡Will, este grandullón se está metiendo conmigo!

El interpelado elevó los ojos al cielo.

—¿Te traigo tu Sig Sauer?

—Por favor… Está debajo de mi asiento en el coche.

Parecía una dinámica habitual entre ellos y Richie soltó una carcajada antes de volver a la conversación, como si el inciso no hubiera tenido lugar.

—Sabemos qué está haciendo el FBI —dijo—. Los secuestros suelen ser obra de alguien cercano que conoce los movimientos de la familia y que tiene una cuenta pendiente, bien sea emocional o económica. ¿Se te ocurre alguien que pueda adaptarse a ese perfil? Cass y tú trabajabais en antiterrorismo, quizá merezca la pena mirar en esa dirección.

—Hace casi dos años de eso. Lo veo poco probable. La gente que deteníamos no secuestra, mata.

—¿Y si pretenden conseguir algo de Cass por el intercambio? ¿Información, quizá?

Esta vez fue Carol la que negó.

—No tenemos acceso a todas las investigaciones que se llevan a cabo, y si quisiera sacar información de una para la que no tiene

permiso, la pillarían enseguida.

—Por eso Zimmer vale su peso en oro: es capaz de meterse donde ni siquiera vosotros podéis, con todas vuestras credenciales y parafernalia variada —exclamó Richie—. Pero no se lo digáis o se le subirá a la cabeza. ¡Venga, pues al lío! El jet está repostado y listo. Por cierto, Mack, me han dicho que vuelas, igual te apetece llevarnos…

—No tengo permiso para hacer de copiloto de un *jet* como ese. Me faltan horas de vuelo.

—Yo voy de copiloto —intervino Will—. Si te dejo solo con Richie, no volverás a volar en tu vida.

El interpelado le dio un puñetazo en el hombro y Will soltó una risotada, le dio un beso a Carol y siguió a Richie.

Carol me detuvo cuando iba a ir tras ellos.

—Espero que no te tomes a mal la intromisión, pero si Cass no te dijo lo de Lily, sería por algo —susurró para que los demás no pudieran oírla—. Respeta sus tiempos. Las personas hablamos cuando estamos preparadas y para ella este es el peor momento para abordarlo.

Yo sabía por qué se había guardado algo tan importante: me había escuchado discutir con Mónica y decirle en numerosas ocasiones que no quería ser padre.

CAPÍTULO 18

Cass

—Igual crees que me estoy metiendo donde no me llaman —me dijo Zimmer—, pero entiendo que si quieres ir a Boise ahora mismo es porque crees que encontrarás allí alguna respuesta, o te quedarías en la ciudad…

Le miré y suspiré.

—No pretendo sonsacarte. Tendrás tus razones para guardarte información. Solo quiero hacerte ver que esa gente de ahí puede suponer la diferencia entre que vuelvas a ver a tu hija o no. —Señaló el hangar—. Hemos estado buscándola desde que Carol nos dijo que la habían secuestrado y no dejaremos de hacerlo. Somos pocos, pero tenemos ojos y oídos en toda la ciudad. Unos ojos y oídos de los que carece el FBI.

Yo sabía, por Carol, que Zimmer era mucho más que un ex drogadicto. Igual que Richie, en otro tiempo fue SEAL de la marina y, además de un genio con los ordenadores, era un hombre observador, paciente y empático.

—¿Podéis hacer magia? El FBI no ha logrado nada.

—Cuatro ojos ven más que dos, Cass.

Me retorcí las manos, incapaz de ocultar mi ansiedad.

—Solo necesito llegar a Boise en las próximas horas —le dije—. Hay algo que debo comprobar en persona.

—¿Y si los secuestradores llaman mientras estás allí?

—El FBI tiene mi móvil, encontrarán la forma de avisarme —respondí, sin el menor convencimiento.

Zimmer sacó un móvil del bolsillo y me lo entregó.

—Recibirás cualquier llamada de tu móvil o del fijo aquí, sin que quede registro en las otras terminales —me dijo—. Depende de ti lo que quieras que los demás sepan, porque nadie más que tú lo va a escuchar.

Me quedé sin palabras y cuando me disponía a agradecérselo, ya no tuve oportunidad porque se encaminaba al interior del hangar, mientras los demás salían.

Me sentí tentada de contarles mi suplantación de identidad, pero, de momento, no veía que esa información fuera a ayudarme a encontrar a Lily.

Desde hacía un rato, tenía una idea planeando sobre mi cabeza. Una que no me gustaba.

¿Le había tomado el pulso a Cassandra en el accidente? No, no lo había hecho. Estaba cubierta de sangre y supuse que había muerto. Cambié su documentación por la mía sin tocar más que su bolso. Luego, salí con el resto de pasajeros a esperar a los servicios de emergencia.

Me curaron un corte en la pierna y me dieron analgésicos para el golpe en la cabeza. Me preguntaron mi nombre y luego me llevaron a San Francisco en un minibús de la empresa, cuyo autobús había sufrido el siniestro.

Tan sencillo como eso.

Y ahora me preguntaba si realmente Cassandra Martin había muerto en aquel accidente o si había sobrevivido y vuelto para arrebatarme lo que más quería.

Aunque lo lógico es que hubiera denunciado mi suplantación de personalidad, prefería descartar la posibilidad. Y solo podía buscar alguna pista en casa de su padre, donde todo debía estar tal como él lo había dejado.

John Martin había fallecido de una dolencia cardíaca crónica pocos meses después del accidente. Nunca nos habíamos visto ni hablé con él más que a través de mensajes de móvil. Y para entonces ya estaba buscando la forma de hacerme con una nueva identidad porque él insistiría en ponerse en contacto personal con su hija, más pronto que tarde.

Cuando me comunicaron su fallecimiento, me relajé.

No estaba orgullosa de aquellos sentimientos, pero me daban un respiro que necesitaba.

Mi falta de preparación académica me estaba dando muchos quebraderos de cabeza. Podía hacerme pasar por Cass Martin, pero carecía de sus conocimientos y no podría suplirlos siempre a base de ingenio. Estaba a punto de abandonar cuando el FBI se interesó por mí. Había rellenado un cuestionario sin mucho interés, pero parece que impresionó a alguien, porque me aceptaron en su programa.

Mi futuro universitario hubiera sido desastroso, pero el FBI quería gente con instinto, energía, iniciativa y un título universitario. Querían a Cass Martin. Me querían a mí.

No fui la más brillante de mi promoción en Quántico, pero como tampoco quería quedarme en el este, en los destinos más codiciados por mis compañeros, apenas tuve competencia cuando pedí San Francisco, ya que conocía un poco la ciudad y me daba igual un sitio que otro.

Richie me cedió el paso para que subiera por la escalerilla. Una vez arriba, me quitó la gorra y me retiró el apósito que cubría mi herida con cuidado.

—Vale, tiene buena pinta.

—¿Desde cuándo eres médico?

—Si lo fuera, ten por seguro que te metería en el coche para llevarte a un hospital. —Se giró y se dirigió a Will—. Calienta motores, que nos vamos, ayudante.

El interpelado le dedicó una pedorreta y se metió en la cabina, después de hacerle una carantoña a Carol, que había subido detrás de nosotros.

—¿Necesitas compañía? —me preguntó ella—. Parezco un cachalote, pero tengo la cabeza despejada y la Sig Sauer lista para una fiesta.

—Esto tengo que hacerlo sola, pero gracias, Carol.

El jet era un aparato impresionante, con asientos individuales enormes, como no los había visto nunca. Brooks se sentó en uno de ellos y yo lo hice al otro lado del pasillo.

Richie y Will se sentaban tras los mandos, aunque, poco después de despegar, el dueño del aeródromo salió de la cabina y le

guiñó un ojo a mi antiguo compañero.

—Intercambia el sitio conmigo, Mack. Me ha dicho un pajarito que necesitas horas de vuelo y estas cuentan; para eso soy instructor certificado. Y de los buenos.

Brooks se encaminó a la cabina de mando un poco ruborizado y Richie se sentó a mi lado.

—Vale, vamos a sintetizar: esto es lo que sé sobre ti, y no es cotilleo, pero creo que merece la pena dar un repaso, por si me dejo a alguien fuera de la lista. Llevas más de siete meses trabajando en Los Ángeles y no tienes relaciones especiales entre tus compañeros, exceptuando a Carol. Unas copas por alguna celebración y poco más. Tu vida gira alrededor de Lily. Vives de alquiler en casa de Henry Olsen, y él y su hermana eran las personas más cercanas a ti. Llevas a Lily a la guardería del FBI todas las mañanas, pero recurrías a Misty y a Henry por las tardes, cuando tenías compras que hacer o te tocaba alargar turno. Has salido un par de veces con un banquero de la *city*, Owen Rumaker, con el que no terminaste de congeniar, y careces de cuentas en redes sociales.

Cogió una botella de agua y engulló la mitad de un trago, como si la parrafada le hubiese resecado la garganta.

—Desolador, ¿no?

Mi vida, resumida de esa forma, parecía un muermo.

—Menos de lo que piensas: nos conoces a nosotros y eso te da mucha ventaja, no creas. —Me guiñó el ojo, divertido—. Nos he excluido de la lista porque pondría la mano en el fuego por cada uno de mis amigos.

Yo tampoco los hubiera incluido en ella.

—En cuanto a tu escasa vida social… Pues no vayas a pensar que todo el mundo tiene grandes relaciones. Las personas normales interactúan con un número determinado de conocidos a diario, y no suelen ser muchos. Tú, además de carecer de familia, eres madre soltera de una niña pequeña, y eso limita aún más las relaciones.

—Me has diseccionado con acierto.

—En todo caso —continuó Richie, acomodándose en su asiento y observándome con fijeza—, la mejor baza que tienes en este momento es tu escasa vida social.

—También piensas que ha sido alguien cercano.

—O alguien que tenía una cuenta pendiente contigo. El secuestro de un niño sugiere una afrenta personal.

Justo es lo que pensaba yo, por eso iba a Boise. John Martin estaba muerto, pero se trataba de la única persona a la que había hecho daño de verdad al suplantar a su hija.

—Lo que ocultas es lo que hará que encontremos a Lily —dijo, sorpresivamente—. Piénsalo y no contestes con la cantinela de que eres un libro abierto, porque no estaríamos volando hacia Boise si fuera el caso.

Le lancé una mirada de reojo. Richie era un tipo risueño, siempre dispuesto a seguir una broma, pero ahora no podía detectar ningún tono ligero en él.

—Es más, si acaso te has planteado depositar tu confianza en el FBI, lamentaría escucharlo —continuó en el mismo tono serio—. La justicia es para los que no tienen otras opciones, y tú nos tienes a nosotros.

No tenía tanta fe en la justicia como quería atribuirme Richie, pero ¿cómo explicar que creía que Cassandra Martin era quien tenía a mi hija si Cassandra Martin era yo?

Si tenía que contarlo, lo haría, pero no antes de registrar la casa de Martin.

Era verdad que nunca quise dañar a nadie, pero en la vida se tomaban decisiones buenas para uno mismo y adversas para otros. Porque en eso consistía la propia supervivencia.

—Ponte el cinturón, estamos llegando —dijo Richie, levantándose y dirigiéndose hacia la cabina de mando.

Debí abstraerme más de la cuenta, porque me acababa de percatar de que había pasado mucho rato. Pensé que Brooks se levantaría de su puesto, pero fue Will quien se sentó al otro lado del pasillo, donde había estado Richie.

—Horas de vuelo —explicó, ciñéndose el cinturón—. Cualquier día deja el FBI y termina llevando aviones comerciales.

Asentí, aunque no entendía mucho de eso. Sabía que Brooks aprovechaba su tiempo libre para acumular horas de vuelo, con el fin

de poder pilotar aviones de mayor envergadura, pero nunca me había preocupado mucho.

Will pareció leer mis pensamientos.

—Tres horas de vuelo en este chisme le acumulan unas cincuenta en aparatos de menor cilindrada. Richie, como instructor, le firmará cinco.

—¿Cuántas horas de vuelo tienes tú? —le pregunté.

—¿Cuántas horas de servicio has hecho en los últimos años? —me preguntó, a su vez.

—No lo sé, no llevo la cuenta.

—Cuando era novato, contaba todas las horas; luego ya no. Aunque recuerdo cada vuelo con mi equipo.

Lo entendía: yo también recordaba cada hora de trabajo con Mack, cada casa a la que habíamos llamado, cada detención, interrogatorio y decepción cuando llegábamos a un callejón sin salida y teníamos que volver atrás.

Cuando aterrizamos, Brooks salió de la cabina con aire satisfecho y una sonrisa en el rostro.

—Aterriza tú también, aún estás en las nubes —le dijo Will—. Hay un coche de alquiler en la plaza 322 y las llaves estarán sobre el neumático derecho.

En el aparcamiento, Mack me entregó la llave del coche.

—Deberías conducir.

—Prefiero que lo hagas tú —le dije.

No tenía ni idea de cómo llegar a casa del padre de Cassandra. La había visto por fotografías de satélite, pero no era como si hubiera vivido allí. Nunca había estado en Boise, nunca había ido a aquella casa que había heredado y cuyas ventanas se encontraban cerradas con tablones, a la espera de que decidiese venderla, alquilarla o instalarme en ella.

Era una parte de la vida de Cassandra Martin ajena a mí. Quería su identidad, no su patrimonio.

Mack introdujo la dirección en el GPS, condujo con soltura entre el tráfico escaso y cuando llegamos abrí la puerta con la llave que el abogado me había mandado poco después del fallecimiento del hombre que no era mi padre.

Hubo que empujar la hoja de madera, hinchada por la humedad. Del interior salió una vaharada de aire estancado, polvoriento. Dejé a Brooks pasar delante. Para mí aquella casa era tan extraña como para él.

Todavía no me había preguntado por qué estábamos allí, pero no tardaría en hacerlo.

—¿Qué buscamos? —preguntó, en cambio, mientras pulsaba el interruptor de la luz infructuosamente.

Las ventanas no dejaban pasar la luz del exterior, excepto por pequeños haces alargados, que solo servían para destacar el polvo acumulado en las superficies de los muebles.

—Habría que dar la luz del interruptor general —dijo— ¿Sabes dónde…? ¡Ah, aquí!

El panel se encontraba dentro de un armarito para guardar las llaves, descolgado por una esquina. Accionó las palancas y probó a encender la luz de la entrada.

Una lámpara polvorienta pareció desperezarse sobre la mesita del recibidor. La bombilla cobró intensidad poco a poco, como si fuera una de esas halógenas que necesitaban un minuto para adquirir todo su brillo.

A la izquierda se abría, a través de una arcada, el salón. Estaba amueblado con antigüedades y telas de brillantes colores, ahora desvaídas. En su día debió ser alegre, uno de esos lugares familiares en los que se vivía, se hablaba y se reía.

Las escaleras al piso superior se alzaban a la derecha y a su lado había un pasillo que conducía a tres puertas. No había que ser muy imaginativo para saber a dónde llevaban. Un baño de tamaño medio, tenía la puerta abierta. Su empapelado estaba suelto en los bordes y manchas de humedad por donde pasaban las tuberías, que debían tener algún escape.

Recordaba vagamente que el abogado me había hablado de la conveniencia de contratar a alguien en invierno para que diera una vuelta por la casa. Creo que lo hice durante un par de inviernos; luego, me olvidé.

Bajo las escaleras, había otra puerta que supuse sería un trastero y al fondo se encontraba la cocina, grande y con muebles

anticuados, pero bien cuidados. Me sentí peor que nunca, como si el acto de entrar en esa casa pusiera en evidencia mi apropiación de una vida que no era la mía.

—¿Qué buscamos? —preguntó Brooks de nuevo.

—No lo sé. Cartas, recibos, un ordenador…

—¿Hace cuánto que no…?

Le corté para no tener que mentirle.

—Voy arriba, ¿puedes mirar por aquí abajo?

No esperé su respuesta, me encaminé hacia el piso superior, evitando apoyarme en la barandilla y sin mirar las fotografías que colgaban en la pared de las escaleras.

Ya tenía claro que nadie había entrado allí en muchos años, sin embargo, no podía dejar de pensar que quien se había llevado a Lily tenía que ver con aquella familia.

En el piso superior había tres dormitorios y un baño. El dormitorio principal disponía de uno propio.

Comencé mirando en el baño compartido, que se encontraba en las mismas condiciones que el de la planta baja. El moho se había acumulado en el interior de cajones y armarios, pudriendo todo lo que no estuviera en botes y tarros. La mayoría de los utensilios eran de uso femenino, así que supuse que era el baño de Cassandra, y no contenía nada reseñable, excepto un par de preservativos escondidos en la balda superior del armario, bajo unas toallas pulcramente dobladas.

A su edad, una chica previsora llevaba un preservativo encima, por si acaso. Los accidentes ocurrían cuando menos lo esperabas. ¡Yo lo sabía bien! Lily era el mejor error que cometí en mi vida, lo supe antes de tenerla en mis brazos por primera vez y, aunque me costó muy cara, jamás hubiera cambiado la noche que pasé con su padre.

«Déjalo ya, ese es un barrio peligroso para ti», me recriminé, y no por primera vez.

El dormitorio más pequeño estaba vacío. La cama ni siquiera estaba hecha y el colchón se encontraba de pie contra la pared, en previsión de humedades. De todas formas, abrí el armario y los cajones de la cómoda, por si acaso.

La siguiente habitación era la de Cassandra.

El polvo acumulado no conseguía deslucir totalmente el colorido cubrecamas, los posters de grupos musicales sujetos a las paredes con chinchetas, las lámparas veladas con pañuelos de colores y la alfombra en tonos lila, morado y rosa. Las superficies estaban atestadas de papeles, libros, cajitas…, chucherías que para ella debían tener algún significado. Y fotografías. Había muchas sujetas al marco del espejo de su tocador, e incluso cubriendo buena parte de una pared.

Las ojeé rápidamente y enseguida me puse a repasar papeles, a abrir libros en busca de notas, a rebuscar en cajones y armario, palpando el fondo. Miré debajo del colchón y en cualquier sitio, susceptible de ocultar un escondite.

—¿Cómo vas? —me preguntó Brooks desde abajo.

El corazón me dio un vuelco. Me había sumergido tanto en la vida de Cassandra que me encontraba abstraída.

—¡Solo me queda una habitación! —grité.

Eché una ojeada final al refugio de Cassandra y cerré la puerta. En el improbable caso de que la chica hubiera sobrevivido al accidente, no había pasado por allí.

El padre de Cassandra había ocupado el dormitorio más grande. La cama se encontraba pegada a un ángulo de la pared para dejar espacio a un escritorio alargado, sobre el que había un portátil con una pantalla grande a su lado y tal cantidad de papeles, que la impresora tenía que haber hecho horas extra. No obstante, lo que más llamaba la atención era la pared encima del escritorio.

Había muchas así en las que alguien obsesionado pegaba artículos de periódico, fotos, historial y todo lo imaginable sobre una persona. Cuando el objeto de la obsesión resultaba ser yo, el conjunto era el doble de perturbador.

Había fotografías mías saliendo de la universidad y en el mostrador de la biblioteca. Fotografías de diez años atrás, oscurecidas por los años, la humedad y el olvido.

Podía reconocerme en todas ellas. Me había teñido de rubio y, en las últimas, mis pómulos parecían querer escapar de mi cara. Había perdido varios kilos porque fueron meses espantosos, y no

solo para mí, por lo visto. El padre de Casandra no se conformó con mis evasivas, comunicadas a través de mensajes, y debió enviar a alguien para cerciorarse de que la persona que decía ser su hija le mentía.

En esa época estaba a punto de darme por vencida y marcharme bien lejos, cuando ocurrieron dos cosas que me salvaron: el FBI me aceptó en su programa de capacitación y recibí el correo de un abogado de Boise para comunicarme que el padre de Cassandra había fallecido por insuficiencia cardíaca, horas después de ser trasladado al hospital.

Me había apropiado de la identidad de Casandra con idea de usarla durante un mes, como mucho, pero me acomodé a la vida que se me ofrecía. El único punto de conflicto era su padre. Había indagado con discreción sobre su familia, aunque ella misma me había dicho en el autobús que eran solo su padre y ella contra el mundo. Así lo expresó y así parecía.

Me aturdieron, durante esos meses, los ruegos de John Martin a su hija para que volviera, aunque fuese a hacer una corta visita a la casa familiar, puesto que las dos veces que se había presentado él en San Francisco para verla, yo me había escondido como la cobarde que era.

Cuando ocurrieron los dos hechos que cambiarían todo, me estaba planteando contarle la verdad y pedirle perdón, antes de desaparecer. Ella había tenido suerte al contar con un padre preocupado por su bienestar y él no merecía sufrir más.

Por lo visto, nunca se conformó. Siguió vigilándome e investigando, con ayuda.

Había una lista de los viajeros del autobús, así como de fotografías del siniestro. Rodeado con un rotulador rojo se encontraba un torso ensangrentado al lado del que se había hallado la documentación señalada con una línea gruesa.

Me apoyé en el escritorio, mareada. El nombre de Red Keaton estaba rodeado por trazos agresivos, del que salía una flecha hacia una fotografía mía, tomada en la biblioteca.

Me sentí acorralada, como aquella niña que cerraba la habitación compartida con su hermana, apoyando una silla en el

pomo de la puerta, durmiendo un sueño ligero, tenso, con la luz encendida y los músculos a punto para saltar de la cama.

CAPÍTULO 19

Mack

—¿Desde cuándo no eres Red?

Ella se giró. Su rostro había adquirido un tono gris y parecía a punto de desmayarse.

No había que ser un genio para interpretar el mosaico sobre el escritorio. Bastaba una ojeada para saber que la habían estado investigando. Tanto la Cassandra Martin original como ella, eran rubias en el momento de tomarles las fotografías, por lo que estaba claro que «mi» Cass se había teñido el pelo en algún momento, porque yo sabía que era pelirroja. Tenían rasgos parecidos, aunque no tanto como para confundirlas.

Ella se apoyó en el escritorio y cerró un segundo los ojos.

—No es lo que crees —susurró—, no le hice daño a Casandra, murió en un accidente. O creo que murió. Yo estaba allí, cogí su documentación y dejé la que llevaba, que no era mía.

—Entonces, ¿tampoco eres Red?

Agachó la cabeza y negó. No quería que la viese llorar.

—Te lo explicaré, pero más adelante —prometió y se giró para seguir revolviendo en todos aquellos papeles.

Insistir hubiera sido contraproducente, por no hablar de que no tenía derecho a juzgarla sin conocer todos los hechos. Y aun conociéndolos. Cada uno tenía sus razones para actuar de cierta forma, y conceptos como bondad o inocencia solo podían usarlos con ligereza las personas que no se habían enfrentado a conflictos decisivos en su vida, a situaciones en las que la elección carecía de vuelta atrás.

Su pasado la atormentaba, pero tarde o temprano tendría que hablarme de él para poder encontrar a Lily. Si como suponía ella, alguien de su pasado se la había llevado, tendría que confiar en mí como lo había hecho durante el tiempo que fuimos compañeros. Ahora éramos otra clase de compañeros, con más razones que antes para confiar el uno en el otro.

—Sería mejor que nos lleváramos todo lo que hay aquí —le dije —. Veo informes exhaustivos de detectives privados y trascripciones de llamadas que convendría que repasar. ¿Has registrado el resto de la habitación?

—No me ha dado tiempo —contestó en un murmullo.

—Mira los cajones de las mesillas de noche y yo registraré el vestidor. Seguro que hay alguna maleta para poder llevarnos los papeles y el ordenador.

El registro nos llevó poco más de media hora. Cuando terminamos, estábamos los dos polvorientos, con la cara y las manos de un color ceniciento.

Encontré una maleta para guardar todo lo que parecía interesante y regresamos al aeropuerto, donde nos lavamos como pudimos para estar un poco presentables.

Cass, o como quiera que se llamara la mujer por la que aún estaba dispuesto a jugarme la vida, miraba cada poco el móvil que le había dado Zimmer, con cierto temor.

—¿Os habéis metido en una carbonera o qué? —preguntó Richie, riendo ante nuestro aspecto.

—Pensábamos bajar a comer algo antes de regresar a casa, pero, por vuestra pinta, es mejor que pidamos unas *pizzas* y lo hagamos aquí —intervino Will.

—Yo me ocupo —me ofrecí—. ¿De qué la queréis?

—Pepperoni y anchoas —dijo Richie.

—¡Joder, tío, qué asco! —contestó Will—. La mía que sea de queso, por favor. De muchos quesos.

—¿Cass? —le pregunté, parecía abstraída.

—Lo mismo que pidas tú.

—¿Atún?

Ella asintió. Lo hubiese hecho, aunque le hubiese ofrecido *pizza* de suela de zapato en salmuera.

Carol era la única que nos esperaba en el aeródromo.

—Venid a casa —nos ofreció, tras besar a Will—. Hay sitio de sobra y podéis llevar la investigación desde allí.

Cass se lo agradeció, pero se negó, quería volver a casa, al sitio conocido donde se sentía más cerca de su hija.

Richie me llevó aparte con discreción.

—Parece que Zimmer ha encontrado un hilo del que tirar con el casero de Cass —me dijo—. Mañana seguirá, pero no sé si es conveniente que vuelva a casa.

—Está muerto. Da igual su pasado, a no ser que estuviera implicado en el secuestro de Lily, y Cass no lo cree.

—Que resultara muerto no es garantía suficiente, si resulta que un socio descontento se quitó un problema de en medio. Le diré que continúe investigando y ya te diremos si sale algo nuevo de eso.

—Gracias, Richie.

Este me dio una palmada en la espalda.

—Descansad —respondió.

Misty salió de casa de Henry cuando entrábamos en el jardín de la finca.

—¡Sandra, Cariño! —Estrechó a Cass en un abrazo—. ¿Cómo estás? Deberías haberme dicho que pensabas salir del hospital, hubiese ido a recogerte.

—Gracias, Misty. Fue algo espontáneo.

—Quédate aquí conmigo hasta que tengamos noticias, ¡no quiero que estés sola!

Pensé en hacerle un comentario sarcástico sobre mi presencia, pero Cass se me adelantó.

—Prefiero estar arriba, Misty, pero te lo agradezco. Ahora necesito una buena ducha y descansar un rato.

—Luego subiré con algo de cena, por si tienes hambre.

La nueva omisión me ofendió. Me excluía a propósito.

Cass comenzó a subir la escalera y la seguí, echando un último vistazo a la hermana de Henry. El cabello oscuro le caía sobre la cara, lacio, ocultando una fea cicatriz que percibí en la parte

posterior de su cuello, ascendiendo hacia su oreja. Tenía los ojos enrojecidos y los labios finos se abrían en una sonrisa tensa. Al percatarse del objeto de mi curiosidad, se recolocó el pelo, ocultando del todo la marca, que parecía ofuscarla.

Mi escrutinio terminó ante su mirada desdeñosa, aunque no antes de pensar que su forma de vestir podía deberse a que la cicatriz percibida en su cuello podía ser parte de una mayor, sepultada tras sus blusas de manga larga.

Los incendios dejaban heridas y cicatrices horrorosas y la de Misty lo parecía. Tomé nota de preguntarle a Cass y continué el ascenso por la escalera, cargando la maleta de documentos, que pesaba lo suyo.

El piso olía ahora a pino y a limón. Le agradecí la diligencia a Will, al que había pedido el favor, sabiendo que Cass querría regresar a su casa hasta que recuperase a Lily, por muy aborrecible que le pareciera ahora.

—¡Misty es un cielo! —dijo ella—. ¡Seguro que se ha pasado el día limpiando!

Su exclamación me pilló por sorpresa. Solté la maleta en el salón, con un resoplido, aunque decidí no sacarla de su error. A mi modo de ver, su «amiga» había tenido tiempo de sobra para limpiar, o contratar a alguien que lo hiciera durante su estancia en el hospital, pero no lo había hecho.

De repente, me di cuenta de que tenía celos de Misty y de la relación tan estrecha que ella y Henry habían mantenido con Cass. Yo era el extraño, el que había llegado después de tanto tiempo, y me había colado en su vida de nuevo.

Cass se quitó la gorra. La venda estaba sucia.

—Deberíamos curarte eso, pero primero tendrías que darte una ducha para quitarte el polvo —le dije.

—Quiero revisar todo eso, me voy a manchar otra vez.

Cedió ante mi insistencia. Había que cambiarle la venda para que la herida no se infectase.

El timbre de la puerta me hizo dar un salto.

Saqué mi arma y atisbé por la mirilla. Era un chico joven, un adolescente con uniforme de repartidor.

—Traigo algo de parte de la señora Haynes —gritó.

Me costó un poco recordar que la señora Haynes era Carol. Entreabrí la puerta.

—¿Puede firmar aquí? —dijo, alargándome un móvil por la rendija abierta de la puerta.

Le miré, ceñudo, destilando desconfianza.

—Oiga, que solo sigo la política de la empresa: si no firma, no puedo entregarle el paquete.

Remetí el arma de nuevo en la cinturilla del pantalón a mi espalda y firmé con un dedo en la pantalla del móvil. El chico me alargó una bolsa de viaje y se marchó tan rápido que no creo que me escuchase darle las gracias y disculparme.

La bolsa contenía ropa y una nota de Carol: «Un consejo, federal: ¡cuídate para que puedas cuidar de los tuyos!»

Tenía que reconocer que la esposa de Will estaba en todo. Salí tan rápido de San Francisco que ni se me pasó por la cabeza pasar por casa a coger ropa, y llevaba varios días con la misma. Había intentado mantenerme razonablemente aseado en el hospital, pero era complicado.

Me llevé la bolsa al baño del pasillo y mientras Cass se duchaba en el suyo, yo hice lo propio en el de invitados. El agua se llevó, además del sudor y el polvo, parte del cansancio que acumulaba. Con los músculos más relajados y la mente despejada, se me ocurrió que había algo que me llamó la atención en la casa del padre de Casandra.

En concreto, algo que faltaba.

No había correo sin abrir.

Según Cass, nadie había pisado esa casa, excepto el abogado que se encargó de la herencia y los efectos de Martin. Pero el correo no se detenía por el fallecimiento de alguien. El banco seguía enviando cartas, la compañía del gas, del agua, publicidad, felicitaciones de asociaciones ciudadanas… En casi diez años tenía que haber mucho correo acumulado.

Cass salió de su habitación con un pantalón corto y una camiseta amplia. Tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás y fue

directa a revisar la maleta que contenía los papeles de la casa de John Martin.

Necesitaba descansar y dormir, tenía los ojos bordeados de rojo, irritados, cansados. Pero conocía su mirada de determinación y tomaría a mal mi sugerencia.

—No había cartas cerradas en casa de tu pa…, de Martin.

Me miró como si fuese ciego. Así me miraba tiempo antes, cuando me señalaba algún detalle que yo era incapaz de percibir hasta que me lo explicaba.

—Esa casa lleva vacía casi diez años.

Asentí.

—De acuerdo, pero alguien tuvo que recoger el correo.

—Sí, lo tengo yo. El abogado me lo mandaba cada año en un sobre, que nunca abría. Tenía un guardamuebles en San Francisco lleno de cosas que no quería a la vista. Entre ellas, todo lo que tenía que ver con los Martin. Cuando me trasladé aquí, lo guardé en otro trastero alquilado.

—Estaría bien echar un ojo a las cartas, por si acaso.

Ella soltó un suspiro.

—Yo no tengo ganas de ir a buscarlo ahora, aunque, según recuerdo, el abogado me dijo que su mayoría eran facturas. Desechó la publicidad y cada año llegaba menos correspondencia. Del banco, la aseguradora de la casa…, ese tipo de cosas, que estaban domiciliadas.

—¿Dónde está ese depósito? Voy a buscar las cajas.

—¿Más papeles para revisar? —resopló.

—Un vistazo rápido y hacemos limpieza.

Cogí el coche alquilado y me acerqué al guardamuebles, de los que había docenas repartidos por toda la ciudad. Los Ángeles, gracias a la fama que tenía y al reclamo para nuevos actores, era un lugar de paso y fracaso. La gente llegaba, cargada de ilusiones y de sus pertenencias y, al cabo de poco sucumbían a la realidad de que la ciudad superaba sus sueños. Por las justas podían pagar una habitación minúscula y comer a diario. Sus pertenencias más preciadas terminaban en subastas cuando no podían pagar el alquiler, junto con sus cuerpos y sus almas porque ese era el precio

cuando se apostaba por la divinidad y se perdía. La banca ganaba siempre.

El contenido del espacio alquilado era escaso y no me costó encontrar las cajas que buscaba. El resto de objetos y bultos eran tan ajenos a Cass como la caja. Dos baúles de cedro labrado, un marco con el espejo agrietado y una pequeña estantería llena de libros encuadernados en cuero.

Lo único que pude relacionar con ella fue una pila de apuntes de economía, depositados sobre una de las cajas, y porque las notas marginales estaban escritas con su letra.

Cassandra Martin se había licenciado en economía, pero «mi» Cass no. Sin embargo, los apuntes indicaban que se había esforzado mucho para ocupar su lugar en el departamento de delitos económicos del FBI, estudiando por su cuenta, antes de que el CID la aceptara en el grupo antiterrorista.

Casi una hora después, regresé a su apartamento con la caja que contenía lo que había llamado mi atención de un vistazo, y algo más de información sobre ella, que me guardaría para no incomodarla. Porque estaba seguro de que me hablaría de todo eso cuando estuviese preparada.

Cass se había sentado en el suelo y tenía desparramado en la alfombra el material sacado de casa de John Martin.

—Esto es todo lo que traigo.

Ella asintió, sin prestar atención.

Me senté en el sofá y empecé a sacar documentos, algunos en una voluminosa carpeta verde.

—Eso es del abogado —me dijo—. Seguramente el testamento de Martin, escrituras y todo eso.

—¿No abriste nada?

Negó con la cabeza.

—Tal cual iban llegando, las metía en la caja. Solo abrí una, por exigencia del abogado, que necesitaba un documento firmado por mí, a fin de otorgarle poderes y disponer lo necesario para el funeral y entierro de Martin, cuando puse una excusa de trabajo para no asistir.

—¿No le pareció raro?

—Si se lo pareció, no dijo nada; él iba a cobrar igual. La siguiente vez que me llamó fue para explicarme que todos los trámites estaban terminados y que su despacho me enviaba una lista de propiedades y escrituras de todo, así como su minuta, que había cobrado de la cuenta de Martin antes de que el notario la pusiera a mi nombre. Las cartas llegaron después, con una nota del mismo abogado.

Como Cass había adelantado, la carpeta contenía los detalles de la herencia, y los títulos de propiedad. En otro sobre sin abrir, se detallaban los movimientos bancarios y el cambio de titular, firmado por un notario local, que incluía una cuenta corriente y el número y la llave de una caja de seguridad. En otra, venía especificado el contenido de su taller, de su propiedad también. Las antigüedades seguían allí, acumulando polvo, como la casa.

Entre la correspondencia, había numerosas ofertas, ya que Martin llevaba a cabo las transacciones mediante correo ordinario. A mí me parecía una excentricidad, pero seguro que a sus clientes les encantaba recibir cartas manuscritas, en lugar de los habituales y asépticos correos electrónicos.

Había una notificación para renovar el carnet de conducir de Martin y una oferta de la aseguradora, que le proponía un seguro conjunto de vida y del hogar, tan económico que sin duda contenía mucha letra pequeña. También había una factura librada después de su fallecimiento. Era de una clínica privada, por una cifra considerable. Para el desglose remitían a la cuenta de la clínica, que podía consultarse *online*.

—¿Y esto? —le pregunté.

Cass se encogió de hombros.

—Sufría de una dolencia cardíaca, puede que tuviera que someterse a continuos chequeos.

—Es una cifra excesiva para un chequeo.

—Tal vez tuvo que ser ingresado.

Cotejé la cifra con el extracto que había mandado la firma de abogados. Estaba saldada y no había más facturas del mismo hospital. Quizá Cass tuviera razón y el hombre hubiese tenido que ser ingresado durante un tiempo. Sin embargo, resultaba extraño

que un enfermo crónico no hubiese cubierto una contingencia semejante: ¿para qué pagaba un seguro si no? Pero no había reembolso posterior de su aseguradora.

No compartí mi inquietud con Cass porque esta acababa de encontrar una carta de una empresa de investigaciones. En ella se notificaba al señor Martin que, tras su silencio sobre la consulta formulada, daban por hecho que su cliente no deseaba continuar con la investigación del sujeto: la suplantadora de su hija. Aunque le recordaban que su empresa tenía capacidad para cubrir sus expectativas, puesto que contaban con investigadores en la costa este, que podrían continuar con el trabajo, e informar puntualmente de las novedades.

—¿La fecha te dice algo? —le pregunté.

—Sí, es cuando me enviaron a Quántico para el entrenamiento de la agencia.

Vi el desánimo en su expresión.

—Lo sabía ya en ese momento. Sabía que yo no era su hija, pero ¿por qué no lo denunció?

Se movió para acercarse y quedar sentada sobre la alfombra, con la espalda apoyada en el sofá. Me reclamó la carta con un gesto y se la entregué.

—Quizá quería estar seguro de tener todas las respuestas cuando te pidiera explicaciones.

—Tú viste lo mismo que yo en su casa —dijo—. Tenía bastantes respuestas para haberme denunciado.

—Él quizá tuviera respuestas; yo no.

Hubiese querido ser más sutil porque a nadie le gusta que le presionen, pero habíamos llegado a tener confianza suficiente y quería recuperar la suya.

Mentiría si dijese que no tenía curiosidad. Podía suponer que si necesitó usar otra identidad, se debió a una necesidad. A algo muy malo que hizo o algo peor que le ocurrió. Pero a Lily no la encontraríamos con suposiciones, porque estaba claro que alguien conocía su secreto y quiso hacérselo saber. Y ese alguien tenía a Lily en su poder.

Me miró y creí atisbar miedo en sus ojos .

—Nunca le he contado esto a nadie —confesó.

—Bien, pues igual te quitas un buen peso de encima si lo compartes conmigo.

—Dame cinco minutos para que ordene mis ideas. ¿Puedes preparar café? Me temo que será una noche larga.

Asentí.

Tal vez no fuese tan larga como ella pensaba.

Había decidido, de forma unilateral, que tenía que descansar unas horas. Los dos teníamos que descansar.

El teléfono que consultaba cada minuto, de forma maniática, seguía silencioso y, con ambos cansados, poco podríamos sacar en claro. Necesitábamos una pausa, aunque tuviese que aguardar hasta el día siguiente para conocer su historia.

CAPÍTULO 20

Cass

Nunca había vuelto a mencionar a mi familia. A los quince años me fui de casa y nunca miré atrás.

Mientras Brooks preparaba café para los dos, sopesé qué parte de la historia podía contarle, porque no quería compasión ni palabras amables, a la par que vacías.

Hubiese matado por tener una familia normal, con sus broncas y desavenencias. No fue mi caso, y por eso estaba viviendo una vida prestada.

Mack regresó con sendas tazas de café y se sentó a mi lado en la alfombra. Dejé la mía en el suelo, le abarqué la cara con ambas manos, le di un breve beso y las gracias por no juzgarme antes de tiempo, y comencé a hablar, porque ya era hora.

*****

Tenía pocos recuerdos de mi infancia, aunque conservo alguno en el que mis padres estaban sanos, reían y nos querían. Pocos, era cierto. Me dejaron mayor impronta las discusiones a gritos, los portazos, los golpes a muebles y la vajilla estallando en el suelo de la cocina. Cuando se desataba el infierno, corría a buscar a Red y nos acurrucábamos juntas en su habitación, hasta que la tormenta pasaba.

En algún momento, nos trasladamos y mi hermana y yo pasábamos la mayor parte del tiempo en casa de la abuela Lucy. Casi hacíamos vida normal con ella, porque con unos padres drogadictos, cualquier vestigio de normalidad era el cielo. Íbamos al

colegio cuando se despertaban a tiempo para llevarnos y comíamos en casa de la abuela porque si no, no comíamos.

De aquellos tiempos tengo un recuerdo atesorado: el de mi padre abrazándonos a mi hermana y a mí, llorando y prometiendo que lo arreglaría todo porque, al contrario que mi madre, él era muy cariñoso. Quizá por eso me dolió tanto que desapareciera un día y no volviera.

Mi madre despotricaba continuamente, gritando que se había llevado todo el dinero y estaría muerto en algún callejón por sobredosis. Ella se llevaba fatal con la abuela, la madre de nuestro padre, que siempre le reprochaba que no cuidase de sus hijas. Por eso no nos dejó volver a su casa ni aceptó la comida que depositaba en el porche.

El día que se presentó con la policía en nuestra puerta, mi madre nos empujó al jardín trasero con prisas, y cogimos un tren, llevando solo la ropa que vestíamos.

Yo estaba a punto de cumplir once años, mi hermana Red tenía siete y nunca volvimos a ver a la abuela.

Nos instalamos en un apartamento infecto y continuamos con la dinámica de siempre: mi madre seguía drogándose, se prostituía para ganar algo de dinero y yo me convertí en la única que cuidaba de mi hermana, nacida con ciertas limitaciones, debidas al excesivo consumo de drogas de mis padres.

Fui responsable de ella desde que tengo recuerdo y hasta su muerte, que me dolió lo indecible. Red era la niña más dulce del mundo y siempre tenía una palabra agradable para todos, incluso para nuestra madre, que no se merecía una mierda.

Si no hubiese sido porque nos separarían, yo misma habría llamado a los servicios sociales. Pero en aquel barrio miserable, consumido de paro, de hambre, de droga, abusos, prostitución, violencia y alcohol, había tantos niños en nuestra misma situación, e incluso peor, que nosotras solo éramos cifras de una estadística.

Todo estaba sucio siempre, muy sucio, con papeles, colillas, envoltorios de todo tipo y mugre acumulada por años de desidia. El bloque de apartamentos se encontraba en las mismas condiciones insalubres, con ladrillos agujereados, pintadas, escombros,

barandillas rotas, porquería y basura en la escalera y los rellanos. El olor acre de la droga competía en pestilencia con el de la orina y la mierda, porque a los drogadictos no les detenían esas naderías, producto del veto de una sociedad que repudiaban y les repudiaba.

Nuestra madre se arrastraba del sofá del minúsculo salón a la cama de su más diminuto dormitorio cuando tenía fuerzas para hacerlo. Las únicas ocasiones que movía el culo fuera del apartamento era cuando le faltaba droga. Entonces se iba, a veces durante días. Cuando se drogaba, tenía una gran habilidad para olvidarnos. Y eso era siempre.

Por suerte para ella y, a pesar de lo que se metía y de la mala vida que llevaba, seguía siendo una mujer hermosa. Cuando se duchaba y vestía para «trabajar», daba muy bien el pego. Tenía unos huesos largos y finos. Con unos kilos de más en su cuerpo hasta hubiera podido considerarse elegante. Podía llevar la ropa más barata y provocativa con un garbo que no la hacía pasar desapercibida.

Que yo recuerde, nunca tuvo un chulo, aunque muchos hombres pasaron por casa, desde que desapareció nuestro padre. Por eso puse dos cerrojos en la habitación donde dormíamos Red y yo. Algunos de aquellos hombres que pernoctaban o se instalaban durante temporadas en el apartamento, habían intentado meterse en nuestra habitación, sin importar que fuéramos niñas pequeñas. Drogados y despojados de cualquier humanidad, solo veían en nosotras una forma de satisfacerse.

La primera vez que ocurrió, yo aún no tenía doce años. Me quedé paralizada cuando noté una mano en mi entrepierna. Dormía y no estaba muy segura de lo que ocurría, pero la mano, de tacto tosco, insistía en bajarme la ropa interior.

Pegué un salto y le propiné al hombre una patada. Él rio porque no le había hecho daño. Entonces, cogí la lámpara de la mesita que separaba mi cama de la de mi hermana y le di en la cabeza tan fuerte como pude.

La lámpara se rompió, pero no dejé de darle golpes allí donde llegaba, los brazos, la cabeza, el torso…

La lámpara era de cristal, así que le hice tantos tajos como pude, antes de que él dejara de reír al percatarse de que sangraba. Me dio un bofetón, pero luego se fue.

*****

Brooks intentó pasarme un brazo sobre los hombros y me aparté. Había empezado y quería terminar.

*****

Red se despertó y me miró con sus grandes ojos. La tranquilicé, susurrando para que no se asustara más.

No entendía aquella vida, ni por qué nuestra madre se desentendía así de nosotras, pero aprendí muy pronto que si yo no cuidaba de Red, nadie más lo haría.

Y esa noche me asusté, aunque también aprendí otra lección fundamental: ese hombre nos hubiera hecho daño, de no habérselo hecho yo a él.

Me levanté, con las piernas temblorosas y las manos llenas de sangre, cerré la puerta y me senté, con la espalda apoyada en ella. Le canté bajito a Red, hasta que volvió a sumirse en un sueño apacible; en cambio, yo no dormí en toda la noche. Y no volvería a dormir tranquila hasta que abandoné ese apartamento y mi vida de entonces.

Al día siguiente me hice con un cuchillo de cocina que afilé todo lo que pude y robé dos cerrojos en la escalera, que instalé en nuestra puerta, ayudada por el cuchillo. Cogí una silla de la cocina y la apoyé contra la puerta. Días después, me hice con una barra de hierro en un solar y la tenía a mano siempre. Ya no solo cuando mi hermana y yo descansábamos en nuestro dormitorio, sino cuando salíamos al baño o a la cocina.

Así dormíamos todas las noches, parapetadas tras nuestra puerta; yo con miedo, Red, confiada porque me tenía a mí.

Ahora comprendo que, si uno de aquellos tipos no hubiera estado hasta las cejas de drogas, todo aquello hubiera servido de poco. Me estremezco solo de pensarlo.

Red no se enteraba de nada y dormía a pierna suelta en cuanto le leía un cuento. En cambio, yo me quedaba muchas noches tensa en la cama, con la mano aferrando el cuchillo de cocina que afilaba cada día, cuando alguno de los amigos de mamá nos había lanzado una mirada indiscreta. Esperaba en tensión, alumbrada por la suave luz que proyectaba la lámpara quitamiedos de Red, que nunca más apagué.

Me las arreglaba, sin embargo, para continuar asistiendo al colegio, que era un desastre, lo mismo que la barriada entera, pero un remanso de paz, en comparación con el apartamento.

Nos daban un *brick* de leche por las mañanas, junto con un envase de cereales, justo antes de empezar las clases. Y después de terminar la jornada escolar, nos repartían hamburguesas, patatas fritas y una pieza de fruta.

La mayoría de los niños iban por eso. En sus casas no había nada para comer, como era nuestro caso. En la cocina, los armarios estaban llenos de telarañas y olor a vacío.

De vez en cuando, mi madre se acordaba de que tenía dos hijas y salía a comprar sopa, carne y cervezas. La mayoría de las veces llegaba con un buen cargamento de alcohol y nada más. Por el camino se había olvidado del resto.

Yo robaba y escondía latas de sopa en nuestra habitación, por si acaso. Había que contar con las vacaciones del colegio y recopilar comida era la mejor forma de asegurarme de que mi hermana no pasaría hambre.

En cuanto tenía ocasión, robaba en una tienda del límite del barrio. El dueño estaba avisado, así que yo acechaba a cualquier grupo de chicos que tuviera intención de entrar con el mismo fin y me colaba detrás de ellos.

Mientras los chicos organizaban el alboroto, yo cogía algunas cosas, pocas, para nuestra despensa particular.

Una vez robé dentífrico para nuestros viejos cepillos de dientes. El mío tenía tres años, aunque logré uno para Red el año anterior. Normalmente, nos cepillábamos los dientes solo con agua y risas, para compensar otras carencias. El tiempo que duró la pasta de dientes fue estupendo. Red y yo hacíamos tanta espuma en la boca

que parecíamos dos perros rabiosos. Nos ladrábamos, muertas de risa, antes de enjuagarnos y retirarnos a la habitación para pasar otra noche tensa, en mi caso.

Así fueron transcurriendo los años. Yo era una cría, pero me sentía vieja. No dormía suficiente ni tenía un respiro, y no podía permitirme tonterías de adolescentes porque tenía a una niña a mi cargo.

Cada cierto tiempo, nos acercábamos al local del Ejército de Salvación a por ropa. Sobre todo, a por ropa de invierno. En Nueva York hacía mucho frío y los abrigos se nos quedaban pequeños enseguida. Red usaba los que yo desechaba porque ya no me entraban, pero yo pasé un par de inviernos muy jodidos.

El único abrigo que había podido conseguir era uno muy bonito, de paño, pero que no abrigaba. Me ponía periódicos en el pecho para amortiguar el viento gélido, pero aun así cogí un resfriado espantoso. Me quedé tan débil que no pude levantarme en tres días.

Arrastré la debilidad hasta el principio del verano. No podía quitarme el frio de encima y me temblaban las rodillas, como si hubiese olvidado cómo se andaba. Aunque tuve que hacer de tripas corazón para levantarme y ponerme en marcha porque nadie más se ocuparía de Red.

¿Y qué hacía nuestra madre durante ese tiempo? Lo de siempre: colocarse y dejarse follar por cualquier hombre que pasara frente a la puerta del apartamento.

No era un espectáculo agradable.

Muchas veces, llegábamos del colegio y teníamos que contemplar escenas degradantes, y lo único que podía hacer era empujar a Red para que pasase lo más rápido posible hacia nuestra habitación, que constituía, prácticamente, toda nuestra casa. Lo que había fuera era caos.

A medida que mi hermana y yo fuimos creciendo, las cosas se complicaron cada vez más: en mi caso, el desarrollo normal, la regla, la adolescencia, la rabia contenida…

Mis compañeras de clase comenzaron a desaparecer del instituto. Muchas de ellas se prostituían por las noches en los límites

del barrio porque todavía eran carne fresca, deseable para muchos. Al cabo de un par de años terminarían drogándose o alcoholizándose como sus padres y aparentarían diez años más. Entonces, pasarían al interior del barrio, donde harían mamadas por un cigarrillo.

Las noches empezaron a convertirse en auténticas torturas para mí. Los toques en la puerta y los intentos de entrar se multiplicaban. No podía dormir, me encontraba agotada todo el día y también desesperada.

No quería esa vida para nosotras.

Fue durante aquellos desvelos cuando me planteé acudir a asuntos sociales.

Debí haberlo hecho.

Todo hubiera sido distinto.

O quizá no.

Dejar la escuela por el instituto supuso un contratiempo. Red se quedaba sola, y eso no me gustaba, como tampoco me gustaba el ambiente del instituto.

Los chicos, con las hormonas descontroladas, se convirtieron en un reto mayor que los hombres que acudían por casa. Las chicas eran pendencieras y había que estar a la defensiva. Si no levantabas la vista para que no interpretaran mal una mirada, te convertías en una víctima en potencia. Si mirabas desafiante, te convertías en una rival. No existía el término medio.

Dejé el instituto dos meses después de empezar.

Pasaba las mañanas en la biblioteca móvil, que tenía conexión a internet y dos ordenadores que había que solicitar por horas. La mujer que se encargaba de ella era muy amable. Comprendió que tenía interés en aprender y ella misma me ayudó a superar los primeros pasos frente a un ordenador.

Me apunté al primer curso de instituto *online,* con la ayuda de la bibliotecaria, y pasaba las mañanas trabajando en los deberes que me mandaban los profesores. A la hora de la salida del colegio, iba a buscar a mi hermana para irnos juntas a casa. Red ya había comido su hamburguesa antes de salir. Yo ni había desayunado la mayoría de los días.

Las reservas de la habitación empezaban a escasear.

Registraba los bolsillos de nuestra madre cuando volvía de una de sus excursiones de trabajo callejero, pero se había gastado la mayor parte del dinero en droga. Descubrí, entonces, que la droga también se podía convertir en dinero y yo tenía que comer.

Me concedía una hora para salir a la calle y vender el alijo. No me fiaba de dejar más tiempo sola a Red en casa.

Estaba a punto de cumplir quince años y debía sentirme afortunada porque nadie hubiera abusado de mí, y por no haberme enganchado a las drogas ni haber muerto de hambre. El balance era bastante lamentable, pero tampoco tenía con qué compararlo, así que pensaba que, dentro de la desesperación, no nos iba tan mal.

Quizá si hubiese estado tan vigilante fuera de casa como dentro, todo hubiese sido distinto.

Solía volver a por Red cuando salía de la biblioteca móvil a través de un callejón. Aquel día, un brazo me rodeó el cuello y algo afilado se clavó en mi espalda.

—Si gritas, te dejo aquí fría.

El aliento del hombre era agrio, hediondo.

Me metió una mano bajo la camiseta y me apretó un pecho con tanta fuerza que me hizo daño. Me revolví y noté el filo de un cuchillo en mis costillas.

—Te mato.

No sé qué pasó por mi cabeza en ese momento, pero me solté de un tirón.

—¡Vete a la mierda, cabrón!

Me clavó la navaja en el costado y salió corriendo.

El dolor lacerante me hizo caer de rodillas.

La responsable de la biblioteca móvil vio salir corriendo al hombre y se asomó, porque sabía que me iba todos los días por allí. Llamó a una ambulancia y me llevaron al hospital.

Red se fue sola a casa ese día. Era viernes. Al día siguiente no había colegio, así que tampoco comida.

Yo me escapé del hospital al día siguiente por la tarde, ante la insistencia de las enfermeras en preguntarme por mi familia. Además, no podía descansar. Estaba preocupada por Red. ¿Se habría acordado de cerrar la puerta por la noche? No había ningún hombre

viviendo en casa esos días, pero era algo que podía cambiar en cuestión de minutos. Pasaba mucha gente por allí, hombres y mujeres.

Me dolía la herida, pero corrí hasta casa porque tenía un mal pálpito, que se vio cumplido cuando caí sentada frente al apartamento ennegrecido.

Los bomberos ya se habían ido y los forenses se habían llevado los cadáveres.

Nunca supe qué había pasado; solo podía imaginarlo.

Red tenía que haberse levantado con hambre y, aunque teníamos todavía latas de reserva en nuestra habitación, ella era un peligro en la cocina. Le costaba mantener la concentración y se le olvidaba qué estaba haciendo para pasar a otra cosa.

Me senté en las escaleras y lloré por Red, porque quería a mi hermana y me mataba imaginarla asustada, sin saber qué hacer y buscándome.

Pero también lloré de alivio, porque era libre.

*****

No pude evitar las lágrimas. Había vertido muchas durante mucho tiempo. Durante tantos años que cualquiera diría que ya no me quedaban. Pero sí.

—Debes pensar que soy una persona horrible, y tienes razón. Tendría que haberme llevado a mi hermana de allí, porque tarde o temprano iba a ocurrir una desgracia.

—Tú también eras una niña, Cass, no deberías ser tan dura contigo misma. —Brooks me atrajo hacia su pecho, apretándome en un cálido abrazo, y esta vez no me aparté.

Seguí con la historia porque ya no quedaba casi nada y porque ahora que había empezado, necesitaba sacarlo todo.

*****

En general, la policía no se molestaba mucho con las muertes violentas o accidentales del barrio. Me dieron por muerta en el

incendio porque en ese momento había más gente en casa, tan indocumentados como yo.

Me levanté de las escaleras y comencé a alejarme de allí. Al cabo de unos minutos, corrí tan rápido como pude. Acababa de recordar que era mi cumpleaños y que jamás podría volver a celebrarlo sin recordar a mi hermana.

Cumplía quince, pero podía pasar por una chica de dieciséis o diecisiete. Ya me las arreglaría.

Dormí en la calle unos días y pedí trabajo de lavaplatos en una cafetería de Hoboken. Cuando reuní algo de dinero, cogí el primer autobús que salió de la ciudad y, al cabo de una semana, estaba sirviendo desayunos en un bar de carretera. El dueño proporcionaba habitaciones al servicio, así que tenía un lugar donde dormir y trabajo al mismo tiempo.

Llevaba la documentación de Red encima porque tenía que haber renovado su carnet de la biblioteca; la mía se había quemado en el apartamento.

Yo me las arreglé haciendo falsificaciones burdas de la documentación de mi hermana, que colaba solo porque los dueños de los locales pagaban menos a los indocumentados, y algunos esperaban contraprestaciones que yo no estaba dispuesta a ofrecer. Si hubiera querido prostituirme, no lo hubiera hecho por ocho dólares la hora.

Pasaba poco tiempo en esos lugares. Cuando las cosas se ponían feas, me largaba.

La vida no empezaba cuando uno se sentía preparado, sino cuando menos preparado estabas para afrontarla y, cuando tiempo después me preguntaba qué sentido tenía seguir corriendo para no llegar a ningún sitio, apareció Cassandra Martin en mi vida.

Nunca he creído en el destino, pero creía en la suerte y lo que para ella fue mala suerte, a mí me dio esperanza. Murió en el accidente de autobús en el que ambas viajábamos. Se dirigía a San Francisco y yo a cualquier lugar. Se sentó a mi lado y me contó mucho sobre ella. Era de esas personas confiadas, alegres y sociables, que no conocían el miedo.

La suplanté porque quería quedarme con su documentación, que ella ya no necesitaría, y echar un vistazo a la vida de una persona como ella, con un pasado bonito, familia, estudios y futuro. Cassandra había disfrutado de todo eso y, aunque sabía que no podría ocupar su lugar para siempre, lo alargué lo que pude y la suerte me sonrió de nuevo.

A partir de ese accidente, nunca volví a ser una Keaton, ni Red ni Blue. Para mí, ambas habían muerto en Nueva York.

TERCERA PARTE

—No creerás lo que ha contado, ¿verdad? —le preguntó la voz al otro lado del teléfono, percibiendo su súbita indecisión—. Ya te expliqué lo que había pasado realmente, lo que me contó el detective contratado por Martin. Blue incendió el apartamento con su madre y su hermana dentro y luego se dio a la fuga. Los bomberos estaban seguros de que el incendio fue provocado, ya que la puerta se encontraba bloqueada por fuera.

Ambos, ella y su interlocutor, habían podido escuchar la historia que Blue le había contado a Brooks, a través de los micrófonos, colocados estratégicamente en el apartamento.

—Le ha contado esa versión porque necesita tener a Brooks de su parte. Es una gran manipuladora. Ya has visto que está apartando al FBI para desviar la atención de ella.

—Por eso no hay que devolverle a Lily. No merece ser su madre, la estropeará —respondió ella, sintiendo que las lágrimas volvían a anegar sus ojos.

—Si todavía quieres vengar a tu mentor, debemos volver al plan original. La pondremos en evidencia y perderá la custodia de Lily, porque irá a la cárcel.

Ante la falta de respuesta de la mujer, su interlocutor sofocó un juramento de impaciencia. Llevaba años manipulándola, alimentando su animadversión por la suplantadora de Cass Martin y ahora que estaban a punto de terminar, no podía consentir un motín.

CAPÍTULO 21

Mack

No me esperaba una historia semejante.

Ahora empezaba a comprender el hermetismo de Cass. No hablaba de ella porque no tenía nada que decir. Su vida había empezado en ese accidente; lo anterior prefería olvidarlo.

En contra de la naturaleza humana, evitaba hablar de sí misma. Lo único que sabía a ciencia cierta sobre ella antes de esa noche era que le gustaba el olor de la vainilla, pero no su sabor. Sabía cómo reaccionaba en momentos de tensión, o cuando le daba un ataque de risa espontáneo, pero no conocía el nombre de sus padres, ni hablaba de su infancia o de su primer coche. Jamás se le había escapado un detalle al respecto.

Ni siquiera hizo una alusión a su novio de entonces, Joakim, cuando empezamos a trabajar juntos en el departamento. Me enteré de que salía con alguien porque Mónica se empeñó en invitarla a cenar.

En realidad, no la había conocido en absoluto y, sin embargo, seguía queriéndola. Sentía su rostro húmedo de lágrimas irradiando calor en mi pecho.

Nunca la percibí tan vulnerable y sola. Y nunca la amé tanto como en ese momento.

—¿Cómo te llamas de verdad? —le pregunté, sin saber qué otra cosa decir para que no pareciera un interrogatorio.

—Blue. Pero Blue Keaton murió en un incendio, por lo que carezco de identidad, excepto la que le robé a Cass Martin.

Le besé el pelo y estreché el abrazo.

Me había dado más respuestas de las que esperaba porque ya sabía qué pintaba Frank en ese asunto: era su padre, el que ella creía muerto por sobredosis tanto tiempo atrás. Y también me confirmó que había, al menos, dos personas más que lo sabían: Lavick y McPherson.

Mientras la tenía abrazada, hice memoria sobre lo que sabía de Frank y cuadraba todo con lo que acababa de contarme Cass… Blue… Joder, ¿cómo debía llamarla?

Frank Keaton trabajó en las unidades hasta que presentó su renuncia, sin motivos aparentes. Pero no sería el primero ni el último que se había enganchado a las drogas después de sufrir alguna herida. Lavick comentó que había perdido a su familia y que un accidente lo dejó en silla de ruedas. Había vuelto a reengancharse en el ejército por sus antiguos compañeros, y ocupaba un puesto honorario de logística, cuyo desempeño real solo conocían sus miembros.

No sé cuánto rato estuvimos abrazados. Mucho, creo.

Me pregunté si querría que la llamase por su auténtico nombre. Puede que aún no.

—Se ha enfriado el café, voy a por otros calientes —dijo.

La detuve, estrechándola un poco más y soltándola para que no se sintiera obligada.

—Voy yo —le dije.

—O podrías bajar a la casa de Henry y coger algo más fuerte de su reserva —sugirió.

—¡Tú siempre viviendo al límite! —exclamé, intentando animarla—. Pero esta noche no tengo ganas de delinquir.

En la cocina que, después de la exhaustiva limpieza olía a una mezcla de pino y café, llené dos nuevas tazas. En la de Blue puse otra pastilla de un frasco de su cuarto de baño. Se trataba de un sedante suave, que ya le había puesto en su café anterior y que ni había probado. Este se lo bebería.

Ambos necesitábamos descanso.

Le tendí la taza y ella sacó de la maleta varios documentos. Comenzamos a leerlos mientras bebíamos el café bien cargado y caliente. Noté que el somnífero comenzaba a hacerle efecto al cabo

de un rato. Se había apoyado en el sofá y sus movimientos se iban haciendo más lentos. En un momento dado, apoyó la cabeza en mi hombro y cerró los ojos con morosidad.

—Estoy cansada.

—Pues descansa un poco mientras yo reviso esto. Te avisaré si encuentro algo interesante.

Poco después, las hojas que sostenía en la mano cayeron hasta la alfombra. Esperé un poco más. El somnífero era muy suave, pero contaba con que el cansancio acumulado la mantuviera dormida. La cogí en brazos y la llevé a su dormitorio. La tapé con una manta y salí.

Me hubiera gustado tumbarme a su lado. Quizá no fuera la Cass que yo idealicé, pero seguía siendo la persona que me había robado el corazón y todavía lo tenía en su poder.

De nuevo en el salón, me paseé arriba y abajo durante un rato. Al final, le mandé un mensaje a Will.

Encendí el portátil del padre de Cassandra Martin. Estaba protegido con contraseña. Probé con el nombre de su hija y con su fecha de nacimiento… Nada. Si fallaba de nuevo lo bloquearía, así que debía dejárselo a alguien que supiera.

Puse a cargar la batería y yo me entretuve con todo aquel confuso lío de papeles. Al final me estiré en el sofá y me dormí.

Me despertó el zumbido del teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón. Era Will.

—Acabo de ver tu mensaje, ¿hay alguna novedad?

Por un segundo, me quedé en blanco. Mi cabeza seguía sumergida en las telarañas del sueño.

—Tengo el portátil de Martin, pero tiene contraseña.

—Bob Zimmer es el indicado para esos temas, aunque puede que esté en la cama.

Miré la hora. Había dormido casi dos.

—Lo siento, es tardísimo, no me había dado cuenta. Lo dejamos para mañana.

—Le escribo un mensaje para que te llame. Y tú descansa un poco, me parece que lo necesitas.

Busqué una manta en el altillo del vestidor de Blue sin hacer ruido. Se me hacía extraño pensar en ella con otro nombre. Como si fuera una persona distinta. Y quizá lo fuera.

Ella dormía. Se había girado hacia un lado y tenía una mano bajo el rostro y la otra reposando en la almohada. El impulso de acostarme a su lado se intensificó y me costó un gran esfuerzo salir de su habitación y volver al sofá. Me arropé con la manta e intenté descansar.

La extraña sensación que llevaba instalada en mi interior desde que supe que era padre me impedía arrinconar el tema. Tenía la impresión de estar fallando en lo más elemental: cualquier padre estaría en la calle, buscando a su hija. Pero yo no sabía por dónde empezar.

Me senté de nuevo en el suelo y continué examinando los documentos, dando tragos al café frío para combatir el cansancio, aunque en algún momento perdí la partida contra el sueño de nuevo y la pesadilla que tuve me aterrorizó: Blue desaparecía y me quedaba solo con Lily. Era una sensación agridulce. No estaba preparado para ser padre, si es que era algo que pudiera aprenderse. Sin embargo, la pequeña me llamaba papá, y su confianza en mí era tal que me sentía rodeado por una coraza de responsabilidad. Aquella personita pequeña dependía de mí y yo no tenía ni idea de qué hacer con ella. Entonces, en el sueño, comprendía que habían matado a Cass, por eso Lily estaba conmigo. Me desperté jadeante y sudoroso, como si hubiese corrido una maratón.

Sabía que no iba a poder dormir más, así que me levanté a por café y comencé a repasar los documentos de nuevo.

La agencia de detectives había descubierto, en líneas generales, lo que Blue me había contado, con la salvedad de que no pudieron verificar la identidad de los fallecidos en el apartamento de Nueva York. La policía supuso que se trataba de la familia entera, y de algunos amigos que no pudieron identificar, pero no destinaron recursos a comprobarlo.

Respecto a la investigación del accidente de autobús, tampoco se realizó un gran despliegue. Solo una de las heridas graves quedó

sin reclamar por parte de sus familiares y llevaba documentación falsificada.

Por lo visto, nadie había puesto mucho interés en identificarla. Pasaron una notificación en personas desaparecidas, por si coincidía con alguna denuncia, pero hasta eso se olvidó enseguida. En cuanto el médico dictaminó que la paciente era mayor de edad. Si conseguía recuperarse, ella daría su nombre real. Había muchos ilegales cogiendo autobuses a diario para moverse por el país y nadie se preocupaba por su suerte.

Así pues, Cass había supuesto su muerte, por la cantidad de sangre que manaba de sus heridas.

Figuraba una nota posterior en el informe, tachada con un rotulador rojo una y otra vez, como si no cuadrase con la historia que alguien quería oír. Arrugada, como si la hubieran desechado y vuelto a recuperar de la papelera. La paciente había fallecido en el hospital y, tras una semana sin que nadie reclamase su cadáver, la habían incinerado.

Un investigador no hubiera enviado un documento en esas condiciones, por lo que cabía suponer que era obra de Martin, negándose a aceptar el fallecimiento de su hija.

La agencia de detectives había reconstruido la historia de Blue hasta el accidente de autobús. Siguieron sus pasos de forma metódica, y eso, además de costar tiempo, debió de suponer un gran desembolso económico.

Después del último informe, había una laguna de meses, como si Martin hubiese perdido interés, o por fin hubiese aceptado la realidad.

Sin embargo, en un sobre acolchado con fecha posterior, había varias fotos de Blue en la universidad, teñida de rubio, y el extracto de la cuenta de Martin reflejaba un pago importante a la agencia de detectives, un mes antes de morir.

Estaba empezando a amanecer y tenía la vista cansada.

Seguro que si me acostaba ahora dormiría un par de horas más, pero mi cabeza bullía de ideas.

Volví a la cocina para poner otra cafetera, cuando el sonido del teléfono en mi bolsillo me sobresaltó. Lo saqué rápidamente para no despertar a Cass.

—¿Mack? Soy Zimmer.

—¡Vaya, parece que madrugas!

—¿Te he despertado? —preguntó, en tono de disculpa.

—No, estaba preparando café.

—Ah, estupendo, yo pongo las tortitas. Llegaré en unos quince minutos, si te parece.

Eso sí que no lo esperaba.

—Vale, estaré pendiente para que no llames al timbre.

—¿Duerme?

—Ajá.

Según lo prometido, Zimmer se presentó con tortitas tan fragantes que terminaron con el olor a pino del apartamento. Se me hizo la boca agua. No me había dado cuenta de que tenía tanta hambre hasta que nos sentamos con sendos cafés y armados con cuchillos y tenedores.

Le expliqué lo descubierto hasta el momento, sin entrar en detalles de la vida anterior de Cass. Lo de la suplantación de identidad no podía ocultarlo, pero prefería que ella decidiera lo que quería contar.

—Entonces, ¿crees que la Cassandra original sobrevivió y es la que se ha llevado a la niña?

Le enseñé el informe tachado y arrugado.

—No sé si esto lo desechó el investigador o Martin.

—Un investigador serio no lo hubiese enviado a su cliente si había dudas… —dijo.

—Ya. Me ha dado qué pensar. He supuesto que Martin lo desechó porque no quiso enfrentarse a la realidad.

Me froté la cara. No entendía qué había pasado con Martin. Si había descubierto la suplantación de su hija, ¿por qué no la denunció? Y la auténtica Cass ¿estaría viva o había muerto cuando constaba en el informe?

—Veamos ese monstruo antediluviano —propuso Zimmer cuando terminamos de desayunar.

El portátil de Martin tenía, al menos, quince años. Era pesado y hacía un ruidito irritante al arrancar.

—Es el ventilador, nada preocupante —comentó Zimmer, que enseguida sacó una Tablet de su bolsillo y la conectó al portátil, mediante un cable.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Cass con la voz soñolienta desde la puerta de su dormitorio.

—¡Ah, buenos días, dormilona! —la saludó Zimmer, sin dejar de vigilar lo que ocurría con el portátil.

Ella vino directa a por mí. Tenía los párpados hinchados de sueño, pero su expresión furiosa era innegable.

Me soltó un puñetazo en el pecho.

—¿Qué derecho tienes…?

Me propinó otro puñetazo.

—¡Si vuelves a hacer algo así, más vale que no te encuentre en mi casa cuando me despierte! —dijo, entre dientes—. ¡No decidas por mí, Mack Brooks, no tienes derecho!

No rechisté. La hubiera cabreado más.

Consultó su reloj y resopló, irritada, mientras se servía un café caliente.

—Buenos días, Zimmer. No esperaba encontrarte aquí.

—He supuesto que corría prisa acceder a este ordenador, además de que parecía la excusa perfecta para compartir unas tortitas —sonrió él, sin desviar la atención de lo que estaba haciendo —. Te hemos dejado algunas. Necesitarás coger fuerzas.

Cass no contestó, sino que se acercó a ver lo que hacía, con la taza de café entre las manos.

—¡Aquí está! —exclamó él, minutos después, dando una palmada de triunfo—. ¿Quieres mirar algo en concreto o un repaso general podría servir?

—Francamente, no sé qué buscar —dijo ella.

—Vale, entonces haremos esto: os mando una copia del disco duro a vuestros portátiles y vais mirando mientras yo me ocupo del historial oculto y de los archivos borrados.

—No he traído mi portátil —contesté.

Estuve a punto de añadir que no había traído ni calzoncillos, tan rápido había salido de San Francisco.

—Entonces coge el de mi coche —me lanzó las llaves—. Está en el maletero.

Me encontré con Misty, que acababa de salir de casa de Henry. Nos dimos los buenos días, educada pero fríamente, y recordé que no había cumplido su promesa de llevarle cena a Cass. Tampoco es que me importara. Por descontado que la animadversión era recíproca.

Ella se cercioró de que la puerta de Henry estuviese bien cerrada y yo le sostuve la de la entrada al inmueble para que pasara primero, por educación, no por falta de ganas de darle con ella en las narices.

Se alejó calle abajo, cojeando ligeramente. Ya me había fijado antes en la leve cojera y me pregunté si sería producto del accidente en el que se había quemado.

Dejé la puerta abierta, forzando el sistema de cierre automático hasta que alcanzó un límite y quedó trabada, para no tener que llamar a mi vuelta.

Pulsé la llave que me había dado Zimmer. Un sedán negro emitió un pitido y sus pilotos de posición, un destello.

Constaté que los dos agentes del FBI seguían dentro de su coche, vigilando la casa. Se trataba de dos distintos a los que vigilaban la noche anterior. Conocía su cometido, que no era vigilar a Cass, a Blue me recordé, sino prevenir que los que habían intentado matarla volvieran a terminar el trabajo.

Me observaron mientras cogía el portátil de Zimmer y regresaba a la casa.

Henry Olsen había habilitado una escalera exterior para que los inquilinos del piso superior tuvieran un acceso individual. No obstante, Blue siempre usaba la entrada común interior, por la que se accedía a un distribuidor, con una mesita sobre la que se depositaba el correo y alguna nota. La vivienda de Henry abarcaba toda la planta baja y protegía su intimidad mediante una puerta de madera lustrada, aunque provista de una cerradura sencilla. Un

tramo de escaleras daba paso al apartamento de arriba que, en su día, debía haber sido la parte de la casa dedicada a los dormitorios.

La puerta de Cass permanecía abierta y me pregunté si la de Henry también lo estaría.

Dejé el portátil de Zimmer en las escaleras y empujé la hoja de madera. Pero claro, ¡no podía ser tan fácil! Misty se había asegurado de cerrarla a conciencia.

Busqué mi cartera, después de cerciorarme de que la cerradura era tan simple como parecía y me apresuré con las ganzúas. Tenía curiosidad y esperaba que Misty tardase un rato en volver o le daría otra razón para tenerme inquina. Eso, si no terminaba el día en un calabozo.

CAPÍTULO 22

Cass

—Martin vendía antigüedades, ¿no? —preguntó Zimmer.

—Eso tengo entendido. Y ya sé a qué te refieres, también he visto esos archivos, pero creo que no se dedicaba a las joyas.

En el ordenador de Martin había varias carpetas con fotografías de diamantes, así como certificados y una valoración hecha por un instituto gemológico de Londres.

Por supuesto, la valoración era estimada puesto que esos gemólogos no habían tenido las piezas en su poder para comprobar su pureza, como le explicaban a Martin. No obstante, la cifra aproximada que le dieron era de las que quitaban el aliento y las ganas de trabajar.

—¿Sería una inversión? No imaginaba que un negocio en línea de antigüedades diese para tanto…

Me encogí de hombros.

—La casa en la que vivía no delataba semejante solvencia económica, aunque mi conocimiento sobre piedras preciosas se limita a lo que he visto en escaparates, y considero antigüedad a cualquier trasto polvoriento con más de cincuenta años.

Emitió una risita y le observé de refilón, concentrado en el portátil de Martin. Cuando Carol me presentó a sus amigos, vi que había gran confianza entre todos ellos, pero me pregunté, en mi faceta desconfiada, por qué estaban ayudándome, sin apenas conocerme.

Zimmer ni siquiera había hecho mención a mi suplantación, a pesar de que Mack se lo había contado.

—¿Qué? —preguntó él, dándose cuenta de mi escrutinio.

Debía tener una edad semejante a la de Brooks. Treinta y cinco, a lo sumo. Más que guapo, era atractivo, y las profundas líneas que surcaban su frente hablaban de una vida movida y gran capacidad de concentración.

—¿No deberías ir a trabajar? —le pregunté.

—Lo bueno de ser tu propio jefe es que te crees todas las excusas que te das para faltar cuando te apetece —respondió, ampliando su sonrisa.

Su móvil zumbó y él le echó una ojeada.

—Es un mensaje de Carol —dijo—. Sabe que estoy contigo y que es mejor que no llame a tus teléfonos.

Alcé las cejas.

—Dijiste que mis llamadas…

—Cierto, pero es preferible dejar las líneas libres. Recuérdame que te de otro móvil para asuntos privados.

—Ya estáis haciendo demasiado…

—Nunca es demasiado —respondió—. Por cierto, Carol está indagando desde su casa y ha debido encontrar algo.

—¿Algo sobre qué?

—Me he permitido mandarle un resumen de lo que me ha contado Mack. ¿Recuerdas qué te dije? Cuatro ojos ven más que dos. Si Cassandra Martin sigue viva y ha esperado hasta ahora para vengarse de ti…

Sentía un nudo en la garganta. Mis acciones del pasado eran las que habían provocado todo esto y Lily era la víctima.

Intentaba mantener a raya la angustia, pero había momentos en los que me superaba. Había dado el paso de descubrir mi identidad porque podía ser determinante para encontrar a mi hija, pero mi temor aumentaba con cada hora transcurrida sin noticias de la secuestradora. Me disculpé para retirarme a llorar a mi habitación, pero Zimmer me atrapó en un abrazo confortador.

—Si alguien hubiese querido hacer daño a Lily, no se la hubiera llevado —me dijo.

Le agradecí su intento por animarme.

Ya había pensado en ello, pero Lily estaba en manos de una desconocida desde hacía días.

El timbre de la puerta nos interrumpió.

—Debe de ser Brooks —murmuré, acercándome a abrir la puerta de la calle, sin preguntar.

—¿Y arte? —me estaba preguntando Zimmer—. ¿Martin se dedicaba al arte o lo coleccionaba? También hay filatelia…

—No lo sé. En su casa no vi más que fotografías y algún lienzo en el salón, aunque nadie hubiera tenido obras de arte en una casa sin ponerle medidas de seguridad. ¿Por?

—Consultaba de forma habitual las páginas de alguna de las galerías más famosas del mundo dedicadas a exposiciones. En especial, de la obra de Damien Hirst.

—¿Es alguien famoso? —pregunté porque no me sonaba, claro que tampoco tenía mucha idea sobre arte pictórico.

—¿Hola? ¿Sandra?

La voz, unida a unos golpecitos de nudillos en la puerta de arriba, me sobresaltó, por lo inesperada.

—¿Joakim?

Una pregunta estúpida por mi parte, fruto de la sorpresa. Habíamos mantenido contacto esporádico a través del teléfono y lo último que esperaba era verle en mi casa.

Y en ese momento.

Su sonrisa parecía tensa, aunque se me acercó en dos zancadas y me dio un torpe abrazo. Por unos instantes, todo quedó silencioso. Creo que hasta el ordenador de Martin decidió acallar el molesto chirrido del ventilador.

—Joakim, ¿qué haces aquí?

Me deshice de su abrazo con delicadeza.

—Ayudar, si puedo.

—Te lo agradezco, pero no es necesario.

—Tengo dinero, Sandra. Sea lo que sea lo que te hayan pedido los secuestradores, puedo ayudarte.

Me froté la cara con las manos. No necesitaba añadir más preocupaciones a las actuales. Zimmer pareció comprenderlo y avanzó con una sonrisa y la mano tendida.

—Hola, soy Bob Zimmer, amigo de Cass.

Con algo de reticencia, Joakim le estrechó la mano y se presentó también, aunque volvió enseguida su atención a mí:

—He oído el nombre de Damien Hirst —dijo.

Parecía incómodo. Puede que hubiese esperado encontrarme sola.

—Es solo algo que ha surgido —respondí.

—¿Sois compañeros de trabajo?

—Amigos —contestó Zimmer en mi lugar.

—Hirst es uno de los pintores contemporáneos más valorados. ¿Qué tiene que ver con el secuestro? —preguntó Joakim.

—No creo que sea de tu incumbencia —contestó Brooks desde la puerta, que había quedado abierta.

El interpelado se giró.

—Pensaba que habías vuelto a escurrir el bulto, Mack. ¿Desde cuándo te has vuelto responsable?

Y eso sí que resultaba toda una sorpresa. Jamás había escuchado a Joakim reprocharle nada a nadie, ni siquiera a mí. Con Mack siempre había mantenido una distancia formal, por llamarlo de alguna manera, y me preguntaba si esa salida de tono se debería a algo que yo me había perdido.

—Sigue sin ser cosa tuya, Joakim. ¡Nadie te ha llamado!

Aquel asunto me estaba provocando náuseas y aumentando el dolor de cabeza con el que me había despertado.

—¡Tampoco te llamé a ti, Brooks! —exclamé.

El aludido se quedó con la boca abierta y expresión dolida. Joakim lucía una ligera sonrisa, como si me hubiera puesto de su parte.

Los ignoré a ambos, no estaba para proteger los sentimientos de nadie. Si querían salir a pelear al pasillo, que se fuesen, siempre que me dejasen centrarme en la búsqueda de Lily.

—Brooks y yo vamos a ver a Carol —intervino oportunamente Zimmer—. Creo que tenía algo que contarnos.

—¡Quiero estar presente! —protesté.

La mirada de Zimmer resultó elocuente: «deshazte de tu amigo; ni tú ni nadie necesita más frentes abiertos». Se sacó un móvil del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

Los vi marcharse y odié a Joakim por su poca oportunidad, aunque yo tampoco había estado muy fina. Era cierto que no había llamado a Mack, pero él tenía razones para haber acudido y yo me estaba portando como una desquiciada.

—Me alegro de verte, Joakim, pero no es el momento.

Él agachó la cabeza.

—Por eso he tardado tanto, no sabía si te molestaría, y yo solo quería saber cómo estabas. Y ayudarte.

Me mordí la lengua, ¿cómo creía que podía estar?

—Mira, tengo que…

—Mi oferta sigue en pie, Sandra —se apresuró a decir—. Estaré por aquí, por si necesitas mi ayuda.

Le sujeté del codo, con algo más de fuerza de lo que pretendía, para invitarle a marcharse. Cualquiera hubiera interpretado el gesto como una despedida, pero, de repente se volvió y me cogió de los hombros.

—Te echo de menos, Sandra. Todavía te quiero.

Estaba empezando a perder la paciencia.

—Por si no lo recuerdas, se han llevado a mi hija y no sé dónde está ni me han pedido rescate. Siento decirlo, pero no quiero hablar de tus sentimientos ahora mismo.

Le empujé para que saliera. La hora de los miramientos había terminado.

—Vendré en otro momento…

Le cerré la puerta en las narices y corrí a coger el móvil que había dejado Zimmer encima de la mesa y que, por suerte, tenía memorizado el número de Brooks.

—Mándame una dirección —le dije—, me reuniré con vosotros en cuanto recuerde dónde dejé mi coche.

—Espera un segundo.

Escuché que hablaba con Zimmer.

—Regresaremos enseguida. No íbamos a reunirnos con Carol, hablaremos con ella luego. Ya te lo explicaré.

Cortó la llamada y yo di un golpe de frustración a la mesa.

CAPÍTULO 23

Mack

Misty no volvió, aunque me hubiese encantado encararme con ella para pedirle explicaciones.

El piso de Henry tenía una distribución similar a la del piso superior, aunque parecía más pequeño, dada la cantidad de muebles antiguos y pesados que abarrotaban las habitaciones. Hice varias fotografías porque no creía en las coincidencias y estaría genial saber de dónde habían salido.

Aunque en Los Ángeles debía haber miles de negocios dedicados a la venta de antigüedades, resultaba demasiado oportuno que el casero de Blue fuese coleccionista y el padre de Cassandra Martin hubiese sido anticuario. ¿Habría alguna relación entre ambos? Desde luego, cualquier transacción entre ellos estaría muy lejos de ser una simple casualidad.

Estaba hilando muy fino, pero comprar antigüedades no era igual que coleccionar cromos porque, que yo supiera, las piezas antiguas costaban una pasta.

Habría que investigar las cuentas de Henry Olsen y sus antecedentes con esmero porque si disponía de solvencia suficiente, ¿para qué quería inquilinos?

No registré la vivienda a fondo y, aun con todo, tuve suerte. Encendí las luces para echar un vistazo y hacer fotografías y volví a apagarlas. No pretendía llamar la atención de los agentes apostados en la calle. Estaba a punto de salir del dormitorio principal cuando un leve resplandor, que salía por debajo de la puerta del vestidor, me obligó a retroceder. Apagué la linterna del móvil para cerciorarme de que no se trataba del reflejo de alguna superficie metálica y abrí.

Aparté las prendas que colgaban de una barra y palpé alrededor. Podía distinguir el contorno de un panel, pero no daba con pestillo o resalte alguno hasta que lo presioné y la hoja de madera se deslizó a un lado con un siseo mecánico.

La luz provenía de una bombilla led que colgaba del techo, e iluminaba un cuartito de poco más de dos metros cuadrados, que contenía dos mesas estrechas y alargadas, pegadas a la pared. Sobre ellas, se distribuían diversos aparatos, algunos bastante viejos, de los que salían un buen puñado de cables, que se perdían en un agujero del techo.

Hasta el mejor pensado hubiera sospechado que Henry espiaba a sus inquilinos, y yo era lo contrario de bien pensado. Estaba todo apagado, excepto un aparato, que tenía un piloto verde parpadeante. Localicé el botón del volumen y no me extrañó escuchar la conversación entre Blue y Zimmer.

Fotografié todo y salí, sin tocar nada más, aunque ahora deseando que Misty volviera para preguntarle por el pasatiempo familiar.

Pero las sorpresas no habían terminado. Joakim se encontraba en el apartamento de Blue cuando subí.

Por un segundo, quise mostrarle mi lado menos civilizado y sacarlo a empellones de la vida de Cass, hasta que ella me lanzó una inesperada puñalada que me dolió en el alma.

Era cierto que nadie me había llamado.

Dejé que la ira se disolviera en mi interior porque localizar a Lily estaba por encima de mis rencillas con Joakim, más o menos evidentes y nunca solventadas.

Llamé la atención de Zimmer y señalé mi oreja y el techo. Me entendió enseguida y buscó la excusa para marcharnos.

Los agentes del FBI que vigilaban la casa nos observaron, mientras subíamos al coche de Zimmer.

—¿El FBI ha puesto micrófonos en casa de Cass? —preguntó, extrañado.

—El casero —le dije—. Detente ahí, he hecho fotos.

Se las mostré y le conté mi hallazgo.

—Hay que conseguir que Cass acceda a quedarse en casa y actuar como lo haría normalmente.

—Sabrá que pasa algo.

—Bien, entonces habrá que contárselo y confiar en que entienda que es necesario que actúe con normalidad.

Asentí, pero había algo que…

Llamé a Cass.

—Aún no puedo explicarte nada, pero contesta con toda la normalidad que puedas y baja al recibidor, sin salir a la calle.

—Muchas gracias, Carol. Estoy a la espera —dijo.

—¡Bien jugado! —le dije, sonriente.

La escuché bajar las escaleras.

—Vale, dime qué pasa, ¡estoy fuera del apartamento!

—Hay micrófonos, por eso tenías que salir.

—¿Cómo lo sabes?

—Luego te lo contaré, ahora necesito que me des la dirección de Misty. Dijiste que pasaba mucho tiempo aquí, pero tenía su propio apartamento.

—¿Por qué?

—¿Sabes dónde vive? —insistí.

—Sí, espera, que busco su tarjeta. Me suena que era en algún lugar de WeHo…

—¿WeHo? —Zimmer llamó mi atención para afirmar con la cabeza. Sabía de qué hablaba Cass.

La escuché subir las escaleras a toda prisa, revolver en algún cajón y volver a bajar.

—Aquí la tengo —dijo, al cabo de unos segundos—. Le hago una foto y te la envío, ahí está también la dirección de su gabinete. Quizá esté trabajando. ¿Por qué la buscas?

—Necesito preguntarle algo sobre su hermano.

—Quiero ir, Mack —exclamó.

—Arrastraríamos a los agentes detrás de nosotros. Volveré enseguida y te lo explicaré todo, ¿de acuerdo?

—Mack…

—Confía en mí como lo hacías antes.

—No tardes, por favor.

Corté la comunicación. Comprendía su disgusto y a mí tampoco me gustaba dejarla sola, pero quería tener una conversación muy seria con Misty, que no era tan inocente ni tan buena amiga como parecía.

Mientras Zimmer introducía las direcciones en el GPS de su coche, me aclaró:

—Aquí llamamos WeHo a West Hollywood. Es una zona de moda con mucha vida nocturna, y la favorita de los gais de la ciudad. Tu masajista tiene que tener pasta, no es un lugar barato, precisamente. Vale, listo. ¿Casa o local?

—¿Vas armado?

—La duda ofende. Ex SEAL, amigo, creo que todavía me acuerdo de cómo comportarme.

—Prefiero que te mantengas detrás de mí.

—De eso nada. Tú te quedas en el local y yo seguiré hasta su casa. Deja abierto el móvil y podremos escucharnos todo el tiempo, por si acaso.

—Oye, no tienes por qué…

—Pues claro que no tengo que hacerlo, pero quiero. Y andarnos con tonterías nos hará perder demasiado tiempo.

Él tenía razón.

—Si la encuentras en su casa, espérame, quiero interrogarla personalmente —le pedí.

Asintió sin la menor vacilación. Si antes me cayó bien, ahora me caía todavía mejor.

Frenó frente al local de Misty, que ostentaba un cartel de cerrado hasta nuevo aviso en la puerta acristalada.

Me giré y él me señaló su móvil. El mío zumbó en mi bolsillo y descolgué para guardarlo de nuevo.

Supuse que la puerta trasera del local daba al callejón anexo y me adentré en él. Hurgar con las ganzúas en la calle principal atraería la atención de alguien.

—Acabo de llamar a Carol para avisarla —escuché la voz amortiguada de Zimmer en mi bolsillo.

Se lo agradecí, centrándome en la puerta que tenía delante. Enseguida me percaté de que no podría forzar una cerradura

inexistente. Era una puerta de emergencia, con apertura interior y, por tanto, sin cerradura.

Me separé y observé un tragaluz, que debía pertenecer también al gabinete de Misty, ubicado a la altura del techo.

Eché un vistazo alrededor. Poco más allá, y en el lado opuesto del callejón, había otra puerta, seguramente la trasera del restaurante indio de la esquina, donde se alineaban varios contenedores de basura.

Empujé el más cercano con esfuerzo. Pesaba más de lo que había supuesto y las ruedas hacía mucho que habían perdido la forma. El callejón tenía suficiente anchura para que pasara el camión de la basura, así que no había que mover los contenedores a la calle principal.

—Mierda —mascullé.

—¿Va todo bien? —me preguntó Zimmer.

—No voy a poder entrar por la puerta trasera.

—¿Quieres que vuelva?

—No, acabo de localizar otro acceso. Sigue.

Cuando tuve el contenedor debajo del tragaluz, miré alrededor para cerciorarme de que no había nadie mirando y me subí a él. Como observé desde abajo, la argamasa de la reja parecía algo floja y la pateé varias veces hasta que cedió. Rompí el cristal con el codo y retiré los trozos adheridos al marco con el pie. Si había alarma en el local, el tragaluz carecía de ella. O era una alarma silenciosa y me encontraría en unos minutos esposado, de camino a la comisaría más próxima.

Últimamente estaba flirteando mucho con acciones que podían llevarme a un calabozo, y ahora no me lo podía permitir. Pero esperar a la noche para entrar, hubiera sido desperdiciar un montón de tiempo.

Me asomé al interior: el tragaluz daba a una habitación espaciosa en penumbra, con una camilla en el centro y varios aparadores con productos para masaje. Olía a incienso y frutas.

Introduje las piernas y me agarré al marco del tragaluz para saltar dentro. No me di cuenta de que me había cortado la palma de

la mano con un cristal porque cuando aterricé sobre mis piernas flexionadas, me pareció escuchar música de piano en algún lugar.

—Estoy dentro del gabinete —dije en voz baja para que Zimmer me oyera—. Creo que hay alguien.

Me detuve a escuchar: sí, era música y venía de alguna otra estancia del gabinete. Saqué el arma y me dirigí a la puerta. Salí a un pasillo a oscuras. Por el resplandor, supuse que hacia la derecha estaba la recepción. Me asomé por si acaso. La luz entraba a raudales por las ventanas que daban a la calle. Las persianas venecianas estaban abiertas de tal forma que entraba la luz, pero desde fuera no podía verse el interior.

Cogí un puñado de pañuelos de papel de una caja sobre el mostrador de recepción y me envolví la mano antes de empezar a dejar un rastro de gotas de sangre en el suelo.

Regresé al pasillo. A la derecha, había una especie de armario grande, usado como almacén; a la izquierda, otra puerta abierta daba a un baño con las paredes forradas de espejos.

La música venía de la habitación del fondo.

Silencié el teléfono y caminé sin hacer ruido. No quería que Misty, si se encontraba allí, pudiera escucharme y hacer alguna tontería que me obligara a pegarle un tiro. Los cadáveres tenían la mala costumbre de no hablar y yo quería saber.

Empujé hacia abajo el tirador de la puerta poco a poco y la abrí con cautela.

En la habitación había una pequeña lámpara infantil encendida, que proyectaba estrellas de luz en el techo. Pegado a la pared más lejana a la puerta había un cambiador de pañales y a su lado una cuna de madera pintada de verde.

Pisé la alfombra gruesa que cubría el suelo y que se encontraba sembrada de juguetes.

Creo que dejé de respirar. No podía ser tan fácil. Las cosas nunca lo eran. De un rápido vistazo, me cercioré de la ausencia de Misty y me acerqué despacio a la cuna, intentando no pisar ninguno de los juguetes de la alfombra.

Dentro dormía una niña tan pequeña y perfecta que sentí ganas de llorar. Estaba boca arriba, con la cara girada hacia mí. El

ceño un poco fruncido contrastaba con el resto del cuerpo, totalmente relajado. Sus rizos oscuros le llegaban a la nuca y alguno le cosquilleaba la frente. No hizo falta que abriera los ojos para saber que serían una réplica de los míos. Sin embargo, como si hubiera notado mi presencia, los abrió.

Me miró y me regaló una sonrisa enorme, adornada con dos dientes minúsculos en la mandíbula inferior.

Fue la segunda vez en mi vida que me enamoraba al primer golpe de vista.

Lily estiró las manos para que la cogiera.

Tragué saliva con un ruido audible, pero enfundé el arma y la tomé entre mis brazos. Pesaba poquísimo y olía tan dulce como solo podía oler un bebé.

Me rodeó el cuello con los bracitos y apoyó su cabeza contra mi mejilla.

—La tengo, Zimmer. Tengo a Lily —murmuré, con un nudo en la garganta.

Me acordé de que había silenciado el móvil y me llevó un momento ponerle el sonido de nuevo porque me temblaba la mano libre, la que no sujetaba a mi hija.

—Date prisa en buscar a Misty, tengo a Lily —repetí, sofocando todas las emociones que sentía en ese momento.

—Llama al FBI, Mack. Ya darás explicaciones, pero tienen que saberlo para que dejen de buscar.

—Encuentra a Misty.

Corté la llamada y me encaminé a la entrada principal del establecimiento con mi hija en brazos. Me limpié las lágrimas con la mano libre, abrí el pestillo y salimos.

En ese momento no quería dar explicaciones, porque me disponía a hacer algo que no me llevaría a un calabozo, pero que seguramente me costase la carrera: llamé a Will en lugar de avisar al FBI.

CAPÍTULO 24

Cass

Odiaba no saber qué estaba pasando.

El «enseguida» de Brooks se había convertido en una sucesión de minutos agónicos y, tras una hora de espera, cuando me disponía a salir del apartamento, aunque fuese para ponerme a correr como una loca por la calle, me llamó para contarme un plan descabellado que, por supuesto, tuve que escuchar en la entrada de la casa por los micrófonos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Confías en mí, Cass? —me preguntó.

Sí, confiaba en él. Tendría sus defectos, pero si me había mantenido al margen de lo que estuviera haciendo, sería por una buena razón. Siempre nos habíamos respaldado mientras fuimos compañeros, incluso cuando alguna investigación se torcía, por el fallo de uno u otro, y era necesario encubrirlo. Porque en eso consistía nuestro trabajo, en ir los dos a una.

En este caso, además, él sabía cuál era mi prioridad, por lo que seguí sus instrucciones y aguardé en el recibidor hasta que escuché el golpe en el exterior: mi pie para moverme. Salí corriendo y me metí en la primera calle a la izquierda.

De un vistazo, había interpretado la escena preparada. Un camión había embestido por detrás a un vehículo, frente a la entrada de la casa, ocultando mi salida a los hombres del FBI, que hacían guardia en el coche aparcado.

Will detuvo una furgoneta a mi lado, sobresaltándome.

—¡Vamos, rápido!

Subí y él puso marcha atrás.

—Me gustaría saber a qué viene tanto secreto. El FBI se va a cabrear cuando sepan que me he escapado —dije.

—El FBI hace las cosas a su manera; nosotros, a la nuestra —me contestó.

—¿A dónde vamos?

—A un sitio discreto.

—¿Está Brooks allí?

—Tiene que haber llegado hace rato, pero he estado ocupado organizando tu escapada y no hemos hablado.

Percibí cierto malestar en Will.

—Siento haberos metido en esto.

Él me miró interrogante.

—No estoy enfadado, si es lo que piensas —me contestó—. Y no te equivoques, no lo hago ni por ti ni por Mack, ambos sois mayorcitos y no necesitáis palmaditas en la espalda. Pero vuestra hija es un bebé. Lo que me fastidia es que esa tal Misty se nos ha escapado, y creo que por poco.

Conducía con rapidez, sorteando el tráfico lento como un auténtico angelino. Me constaba que había nacido en la costa este porque Carol no se cortaba en contarme cualquier detalle de su perfecto esposo. Pero es que estaba muy enamorada de él, por lo que era comprensible. Will era un hombre guapo, de esos que te hacen girarte a mirarlos dos veces. Y hasta tres, si no te ha quedado bien impreso en la retina. Por si no fuera suficiente, era simpático, educado y estaba loco por Carol.

A mi modo de ver, eran la pareja perfecta.

—¿Por qué estáis buscando a Misty?

Él se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

—Perdona, me había olvidado que Brooks apenas ha podido hablar contigo por los micrófonos de tu casa.

Me explicó entonces lo que Mack había encontrado en casa de Henry y que había sospechado que Misty lo sabía y participaba de su espionaje.

—Fueron a pedirle explicaciones, pero se había marchado de su casa. Zimmer está revisando todas las cámaras de la zona para localizarla, pero es un trabajo lento.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos.

¡Misty!

¡Y Henry!

¿Por qué? ¿Cómo había estado tan ciega?

—¿Creéis que Misty mató a Henry y se llevó a Lily? ¿Por qué iba a matar a su propio hermano? ¿Y qué sacaría secuestrando a Lily? Es absurdo.

—He visto cosas más locas, créeme.

Seguía sin entender qué propósito tendrían para espiar mis conversaciones. Nunca llevaba a nadie al apartamento, ni siquiera a Carol, y mucho menos al banquero con el que salí dos veces. Ni a ningún otro hombre. Con la única que hablaba era con Lily y nuestras conversaciones no debían ser demasiado interesantes; entre otras cosas, porque ella solo tenía diez meses, pronto once, y su vocabulario era el propio de un bebé de su edad, compuesto de sílabas. Yo, en cambio, le hablaba mucho, le contaba cuentos y mi móvil estaba lleno de canciones infantiles para aprenderlas yo y cantárselas.

Aparte, celebraba cada uno de sus avances poniendo música, cogiéndola en brazos y bailando con ella, intentando no molestar a los vecinos de abajo.

Cuando balbuceó «mamá» por primera vez, creí que podría levitar, aunque luego me enteré de que lo repetía por el entusiasmo percibido en mí, no porque comprendiese el significado. También decía «papá» y algunas sílabas sueltas, aunque comprensibles, que constituían el inicio de su aprendizaje. Las últimas celebraciones habían sido las que tenían que ver con su independencia motriz. Llevaba casi dos meses gateando y había adquirido una buena velocidad. Las semanas anteriores había ido más allá, agarrándose a una silla para erguirse, aunque todavía no se atrevía a dar pasos sola. Me pedía ayuda para caminar y la ayudaba encantada.

Lily era mi mundo y creía que nuestra rutina debía ser aburrida para cualquiera ajeno a nuestra familia de dos.

Will tocó el claxon varias veces cuando nos acercamos a la barrera que cerraba un recinto cerrado, sobre cuya puerta de

entrada había un cartel discreto, aunque bien visible: Fundación Celia Cárdenas.

Los guardas de la garita elevaron la barrera y lo saludaron con la mano.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Estás en mi territorio —contestó Will, sonriente y, ante mi mirada interrogante, aclaró—. Formo parte de esta fundación, destinada originalmente a velar por los niños huérfanos del otro lado de la frontera. Ahora estamos construyendo dos alas más para albergar a niños de aquí, que también son muchos, y la mayoría están fuera del radar de los Servicios Sociales, o demasiado escarmentados por las experiencias en instituciones que deberían velar por ellos y protegerlos. Nosotros intentamos no fallarles porque todos los niños deberían tener infancias felices o, por lo menos, tranquilas.

Carol me había dicho que su esposo trabajaba en un proyecto social, pero nunca hubiera imaginado que tuviera semejante alcance, y nunca le pregunté directamente porque me parecía una indiscreción. Quizá juzgaba a todo el mundo con mi rasero: no quería intromisiones en mi intimidad y, a cambio, no me metía en la vida de los demás. Me parecía un trato justo, aunque no todo el mundo lo respetaba. Confundían el derecho a la intimidad con ocultación. En mi caso lo era, pero mi prioridad no era satisfacer la curiosidad de nadie.

—¿Qué hacemos aquí? Si hay alguna posibilidad de que Misty se llevase a Lily, quiero buscar a esa hija de puta y arrancarle los dientes, uno a uno, hasta que me diga dónde está.

Él sonrió y me señaló al frente.

El jardín ocupaba gran parte del terreno donde se levantaban varios edificios modernos. Frente a uno de ellos, vi a Carol y a Mack con Lily en brazos y salí a trompicones del coche, que aún no se había detenido del todo.

Corrí hacia ellos, sintiendo un alivio tan grande que se me olvidó respirar. Mi hija me sonrió y me alargó los brazos. Cuando sentí su cuerpecito pequeño contra mi regazo, me dejé caer de rodillas. Las piernas no me sostenían.

No sabía si reírme o llorar. Creo que hice las dos cosas mientras Lily me besaba en la mejilla y en la nariz, como solía hacer yo cuando llegaba de trabajar.

—Este para ti y este para las hadas —le decía siempre.

La alejé un poco para comprobar que estaba bien y ella alargó la mano para tocarme la brecha de la cabeza. Vi las estrellas, pero estaba tan contenta que la volví a abrazar con fuerza. Ella se revolvió al cabo de unos segundos: quería bajar al suelo para probar sus nuevas habilidades.

Era algo que hacía desde poco antes. Pasaba de mi pierna a algún mueble y de vuelta ,sin soltarme de la mano.

Esa vez, sin embargo, no buscó mi mano, sino que dio unos pasos vacilantes hasta cogerse a la pierna de Mack, se giró y me sonrió para celebrar el avance. Aplaudí, sin saber si secarme los ojos o reírme.

Will y Carol se internaron en el edificio más cercano para darnos espacio.

—Gracias, Mack —logré articular.

Él me alargó la mano y me ayudó a levantarme.

Lily entonces se lanzó hacia mi pierna.

—¡Mamá!

Me miró desde abajo y luego volvió hacia Brooks, trastabillando, aunque sin llegar a caer porque él atrapó y la alzó en el aire, haciéndola reír.

—Te prometí que la encontraría —me dijo él.

—Y yo no te creí.

Lo abracé.

—Gracias —le dije de nuevo.

Él me entregó a Lily y la abracé con posesividad. Era la única persona del mundo que me quería sin condiciones, sin exigencias, sin preguntas y sin reservas.

—Ven. Carol y Will os han preparado una habitación. Por un día, vas a descansar. Ya veremos cómo actuar después.

Me guió con la mano en la espalda al interior del edificio.

Podía escuchar voces dentro, pero no vimos a nadie de camino a la escalera que ascendía al piso superior.

—¿Te ha explicado Will dónde estamos?

Asentí. Sin embargo, mi idea inicial de lo que consideraba un orfanato privado, enseguida hizo aguas. Todo estaba muy limpio y la luz entraba a raudales por los grandes ventanales con vistas al jardín. No vi ni una sola cerradura ni cerrojo y el espacio carecía de la angustia opresiva que asociaba a un lugar que albergaba niños infelices o traumatizados.

El último apartamento que compartí con mi madre y mi hermana había estado saturado de incertidumbre y temor. Eran sensaciones inconfundibles, que no percibía en ese lugar.

Los gritos de los niños que vi a través de una de las ventanas no eran de angustia o miedo, sino de excitación. Ninguno sobrepasaba los cinco años y estaban jugando en el jardín.

—Will dirige la fundación y el consejo lo componen los miembros de su antiguo equipo de la DEA, que están obligados a pasar una semana al año conviviendo con los niños, para comprobar que se cubren sus necesidades en todos los sentidos. La fundadora no quería administradores, sino personas sensibles e implicadas —me explicó.

—Eso es porque no hay dinero público de por medio…

—Ni un céntimo, por eso estos niños prosperan emocionalmente. Tienen los mejores profesores y terapeutas que el dinero puede pagar, aunque lo más importante es que terminan sintiéndose parte de una enorme familia.

Recordaba que Carol me había contado algo de eso, pero no le había concedido importancia. Creía que cualquier institución que acogiese a niños huérfanos tendía a despreocuparse de ellos en beneficio económico de sus administradores.

—Me extraña que Carol no te haya hablado de la historia de la fundación. Están todos muy orgullosos de lo que se ha conseguido en pocos años.

—Tal vez no he prestado demasiada atención —confesé.

Nos condujo hasta una habitación grande, con una cuna de color blanco y una cama donde podían haber dormido tres personas sin molestarse.

Como hacíamos en casa, dejé caer en la cama a Lily, que soltó una carcajada al rebotar en el colchón. Me tiré a su lado, haciendo que volviese a saltar y se riese de esa forma contagiosa, que arrancaba sonrisas a la persona más seria.

Mi vida giraba alrededor de ella y, aunque la presencia de Mack había desbloqueado la necesidad de otro tipo de afecto, tampoco pretendía abusar de mi suerte.

—Bueno, os dejo a vuestro aire. Tengo cosas que hacer y vosotras tenéis tiempo que recuperar.

—¿No te quedas?

Sonrió, pero negó con la cabeza.

—Ya te llamaré.

Lily gateó hasta el borde de la cama y se puso de pie para caminar vacilante hasta Brooks, que la sujetó en el último paso para que no cayese.

Nunca la había visto dar tantos pasos seguidos.

Él la cogió en brazos y le dio un beso en la frente. Luego la dejó a mi lado en la cama y se marchó.

Me dejé caer hacia atrás y me tapé los ojos con la mano.

Me sentía como si Mack y yo hubiésemos entrado en bucle. Ese ya «te llamaré» sonaba igual a aquel «vamos a olvidarlo» de Marsella o el del pueblo aislado por la nieve en el que pasamos una noche que no podía olvidar porque Lily era el resultado de ella.

Tendría que conformarme con que me hubiera devuelto a mi hija, sana y salva. No sabía lo que haría después, pero ahora necesitaba jugar con ella, bañarnos juntas, oler su dulce aroma a bebé y contarle cuentos, como hacía con Red.

Después de un biberón para ella y de una cena ligera para mí, que dejaron en la puerta para no molestarnos, nos dormimos las dos en aquella enorme cama, que hubiera querido compartir también con su padre.

CAPÍTULO 25

Mack

—Carol, Will y Richie se han ido a Boise esta mañana —me dijo Zimmer cuando nos encontramos.

—Podía haberles acompañado…

—Tú tienes cosas que hacer aquí. Ellos han ido a buscar respuestas a tus preguntas: ¿por qué Martin no denunció a Cass si su hija sobrevivió? ¿O no sobrevivió, después de todo? Además, hay que indagar en su negocio en línea y hablar con la agencia de detectives que contrató.

—Es mucho trabajo, debería ir a ayudarles —le indiqué.

—Para fingir que Cass está todavía en casa, deberás entrar y salir de vez en cuando. Pero conviene no alargarlo.

—Mañana, quizá. Cuando Cass esté lista.

Asintió, él también conocía el protocolo que seguiría el FBI. Lily sería considerada una prueba en sí misma y la someterían a todo tipo de exámenes forenses para encontrar rastros de su secuestradora.

—Yo voy a seguir buscando a Misty. Tengo muchas ganas de mantener una conversación privada con ella y te aseguro que me dará respuestas —exclamé.

—¡A ver si crees que voy a acompañarte porque me caes bien! —dijo él, riendo—. Tengo ganas de conocer a la hermanita homicida y enterarme de sus motivos.

Aparcamos cerca de la casa de Cass y subimos juntos.

Los vigilantes habían cambiado, ya no eran los de esa mañana, aunque seguían aparcados en el mismo lugar.

Zimmer sacó un aparato de su bolsillo y me indicó que apagara mi móvil, antes de encenderlo. Le pedí silencio, cruzando los dedos sobre los labios.

—Ah, tranquilo, anoche accedí al cuartito secreto del casero y apagué los micrófonos. Los encenderé cuando estemos listos para compartirlo con la poli —me explicó—. En cuanto a esto, es un potenciador de frecuencia. Voy a probar un truco muy chulo que me enseñó un amigo.

—¿En qué consiste?

—Ya puedes encender tu teléfono, es que tiene una «pequeña» contraindicación, que aprendí por las malas: cuando se pone en marcha es capaz de desconfigurar cualquier aparato electrónico encendido en diez metros a la redonda —rio, al tiempo que pulsaba el botón de encendido de su ordenador y sincronizaba ambos—. A grandes rasgos, lo que voy a intentar es usar los móviles de los agentes que están de plantón ahí fuera para colarme en la investigación del grupo que busca a Lily. Es una forma enrevesada de hacerlo, pero en vuestra agencia cada vez hay más paranoia con los fallos en ciberseguridad y hay que cavar túneles alternativos.

—¿A través de sus teléfonos puedes conectarte?

—Eso pretendo. Como sabrás, cada departamento y cada equipo tiene sus propias líneas de comunicación y usan particiones para poder acceder a la información de los casos que llevan entre manos de forma aislada.

—Joder, no sé si detenerte o felicitarte.

Zimmer volvió a reír y se remangó para empezar a teclear.

—Imagino que ese silencio es porque has visto las marcas de mis brazos —dijo, sin mirarme y sin dejar de trabajar.

Era cierto. Las cicatrices que tatuaban sus venas solo se veían en drogadictos consumados.

—Varios años sin darme tregua —continuó—. Aún no sé cómo sobrevivió alguna neurona a la masacre.

—Pues parece que has recuperado más de una. Yo no sabría hacer lo que estás haciendo tú ni con un cursillo intensivo de tres años.

—Cada uno valemos para cosas distintas. Yo no me acercaría ni a un kilómetro de una bomba.

—Parece que he sido objeto de tu interés —comenté.

—Soy un cotilla.

Era un cotilla simpático y entendía que me hubiera investigado: en los secuestros de niños, la mayoría de las veces intervenía algún familiar directo.

—¿Te importa que use el otro portátil? —le pregunté—. Quiero indagar un poco más en la vida de Henry Olsen y en la de Misty Jones. Solo sabemos que eran hermanastros, hijos de distintos padres, pero esa habitación y el hecho de que ella matase a Henry y secuestrase a Lily…

—Estoy dentro —anunció Zimmer, interrumpiéndome—. Si esperas un segundo, te envío el archivo del FBI sobre la coartada de Misty. Contiene imágenes y entrevistas a los que asistieron al congreso con ella.

—Lo comprobarían en su momento —dije, con desánimo—. Aunque no se me ocurre cómo pudo volver con el tiempo suficiente para llevarse a Lily, dejarla en el gabinete y regresar a San Diego. A no ser que tenga una cómplice.

—Me gusta que hayas tomado esos derroteros. No te lo había dicho, pero en casa de Misty había ropa de dos estilos muy diferentes, en sendas habitaciones. Te envío fotos.

Si había creído que Zimmer descuidaría el flujo de datos que llegaba a su terminal para enviármelas, pronto vi que me equivocaba. Con la mano derecha tecleó en su móvil, mientras usaba la izquierda para seguir revisando los archivos del portátil, como si una tarea no interfiriese en la otra.

—No, no son de su estilo —dije, cuando vi las fotografías que acababa de recibir en mi móvil—. Siempre que nos hemos encontrado vestía con blusas holgadas de manga larga. Debió sufrir algún accidente, porque me pareció atisbar cicatrices por quemaduras en el lateral de su cuello.

—Tiene sentido, por eso lleva el pelo suelto, ocultando la mayor parte de su cara —asintió, mientras ojeaba las imágenes del congreso de San Diego.

Nos enfrascamos cada uno en nuestras búsquedas, sumidos en un cómodo silencio.

—Mira —exclamó, al cabo de un rato—. El FBI abrió una línea de investigación muy interesante, que abandonaron cuando se comprobó que Misty estaba fuera de la ciudad.

Me acerqué para ver de qué se trataba.

—En ningún lado aparece como hermanastra de Henry. Él tenía una hermana, de una edad similar a la de Misty, pero su nombre es Kimberly Olsen, por lo que compartían padre.

—¿Se cambiaría el nombre? —me extrañé.

—Según el punto de la investigación al que llegaron, no. Kimberly Olsen y Misty Jones son dos personas distintas.

—¿Qué se traerían estos dos entre manos? —me pregunté-—. Voy a ver si soy capaz de encontrarla a través de su accidente, si es que lo fue e interesó lo suficiente.

Misty no era un nombre moderno, y el apellido era de lo más corriente. Jones había a patadas. Una búsqueda general me dejó con demasiados resultados, la mayoría referentes a noticias antiguas de eventos del Medio Oeste. Añadiendo incendio al nombre tampoco dio resultados interesantes, pero sí con quemaduras.

Tampoco era una locura, pero había encontrado a una Misty Jones víctima de una explosión en un laboratorio de metanfetamina, que le provocó quemaduras de tercer grado en la parte posterior del cuerpo, incluidos brazos y piernas.

El zumbido de mi teléfono me sobresaltó. Era un mensaje de Cass para desearme buenas noches, con la foto de Lily y ella acostadas en la misma cama.

Debí poner cara de idiota porque Zimmer me interrogó con la mirada y le enseñé la foto.

—Se encuentran en la fundación, así que puedes estar tranquilo, allí se toman muy en serio la seguridad de los niños. Tu familia está a salvo con ellos.

Aquella última frase me hizo reflexionar: nunca había pensado en Cass y Lily como mi familia. Podía fingir que no me había emocionado sentir los brazos de Lily en torno a mi cuello, que su olor no había desbloqueado en mi interior un instinto de protección

brutal, pero sentí en mis entrañas que era parte de mí y yo parte de ella.

¡Y pensar que había sido tan reacio a la paternidad!

Lily era producto de unos sentimientos que nunca había expresado, y la mejor razón para ponerlos sobre la mesa cuando Misty estuviera detenida o muerta. Y Cass tendría que escucharme y decidir si me quería en su vida. Porque yo pretendía continuar en la de Lily, aunque Cass no sintiese por mí lo mismo que yo llevaba años sintiendo por ella.

Deseché esos pensamientos, que solo tendrían respuesta cuando hubiese hablado con Cass y me centré en Misty, aunque, al cabo de un rato, chasqueé la lengua, descontento.

—La noticia de la explosión en el laboratorio de meta no dio para mucho —rezongué, con frustración.

Zimmer levantó la vista de su portátil.

—Tío, eres agente federal. Tenéis acceso a muchas bases de datos, incluidos los de la DEA.

—Ya, pero no sé si sabes que para acceder a casos antiguos hay que tener una excusa; algo que lo relacione con una investigación en curso o saltarían las alarmas.

—Os estáis volviendo muy tiquismiquis…

Suspiré y levanté un dedo. Tenía una gran relación con Petrie, mi jefe en antiterrorismo, así que lo llamé.

—Dejo que te vayas, no llamas para decirme cuándo vuelves y, cuando sé de ti, es para pedirme que te cubra el culo. ¡Y a estas horas, que estaba a punto de largarme a casa!

—Estás disfrutando, Petrie, no disimules…

—También es verdad —confesó el aludido—. Vamos a ver, Cassandra Martin me cae como el culo, ya lo sabes, pero dejaré que investigues lo que haga falta. Solo dime sobre quién para ponerme creativo a la hora de inventarme un caso que lo justifique. Te cubriré, siempre que no me cubras de mierda.

—Igual tienes que sacar esa vena de escritor de ficción que llevas dentro.

Petrie resopló.

—Iré practicando. Nada me haría más feliz que jubilarme antes de tiempo; y si es escribiendo un *best seller,* ya me vale.

Le dije los nombres que me interesaban y que necesitaba acceso a todas las bases de datos federales.

—¿Una masajista y un casero sin profesión conocida? —me preguntó, después de teclear en su ordenador los nombres—. Esto voy a tener que currármelo.

—Confío en tu imaginación.

Corté la comunicación para no oírle despotricar. Petrie era un buen jefe y no sabía qué había ocurrido con Cass para que le tuviera semejante aversión. Le preguntaría a ella, a ver si quería sacarme de dudas.

—¡Hecho! —exclamé—. Ya puedo indagar en las vidas de Misty y de Henry a nivel federal.

—Sobre eso… Creo que Carol te llevaba algo de ventaja. Lo dejó porque lo de Boise le atraía más, pero creo que Henry tenía una alerta y cada cierto tiempo le hacían una inspección.

—¿Una alerta? ¿Sobre qué? —pregunté.

—Por lo visto, fue sospechoso de la desaparición de una de sus inquilinas hace unos once años. Nunca se supo de ella y la investigación se cerró por falta de pruebas. Las inquilinas siguientes no estaban contentas, pero tampoco desaparecieron.

—¿Inquilinas?

—Sí, solo mujeres —dijo, y cerró su ordenador—. Listo, ya tengo todos los datos de la investigación del FBI. Los revisaré esta noche en casa y mañana hablamos.

Le di las gracias y le acompañé a la puerta. Luego caí en la cuenta de que no le había ofrecido ni un vaso de agua. Estaba hecho un anfitrión terrible.

El apartamento de Cass vacío parecía más grande, incluso escuché el eco de mis pasos en el pasillo cuando me fui a dar una ducha. Me dolía la nuca por la tensión y me tiré en uno de los sillones para descansar los ojos.

Había anochecido.

Lily y Cass debían estar durmiendo, después de tantos días agotadores. Me hubiese gustado acompañarlas.

Carol contestó al primer timbrazo.

—Hola, Mack. ¿Qué hay?

—Quería saber que has descubierto sobre Henry para saber por dónde continuar.

Escuché su risa sofocada y un manotazo.

—Perdona, es que Will está muy pesado —dijo, en tono alegre —. Pensaba llamarte mañana para compartirlo contigo, pero ya que estamos… ¿Henry Olsen? Por lo que pude indagar antes de dejarlo, era el prototipo de acosador. Pero un tipo listo. Solo fue denunciado en una ocasión. Sus inquilinas eran mujeres con cierto perfil, algo ingenuas y confiadas.

—Cass no me cuadra en ese perfil.

—Le asustó la investigación y lo dejó o…

—O se volvió más cuidadoso —completé yo—. Los depredadores sexuales aprenden con el tiempo.

—Este era de los que creo que aprendió mucho, según indica la autopsia de su madre, a la que se follaba a menudo.

—¡Qué delicada eres, cariño!

—Calla, Will, Mack entiende mejor la diferencia si nos dejamos de tonterías políticamente correctas y vamos al grano.

—¿Cómo sabes…? —Decir que la revelación me sorprendió era quedarse muy cortos.

—Tengo mis contactos. Su madre estaba catatónica desde hacía tiempo y el forense halló indicios de actividad sexual reciente y continuada, así que la valoración de que se la follaba es bastante plausible. Pero como no existía denuncia alguna y las pruebas psiquiátricas a las que fue sometido revelaron que no constituía una amenaza social, quedó libre de cualquier cargo.

—Pero tendría un seguimiento. Esas personas pueden resultar un peligro…

—No me has escuchado. Cero cargos, cero seguimiento a su caso, a pesar de que apuntaba maneras de acosador de largo recorrido, al que le hubiera venido bien un programa intensivo sobre relaciones, y una clara interpretación de lo que significa el consentimiento para mantener cualquier tipo de contacto.

Estaba estupefacto.

—No me lo explico.

—La policía tiene demasiado trabajo como para dedicar unidades a la vigilancia de un inocente. Había una alerta y cada dos o tres años pasaba una pareja de la policía local por su casa. Echaban un vistazo y ya está. Luego, llegó la investigación por la desaparición de esa inquilina, denunciada por un familiar. La cosa no fructificó porque nunca hallaron el cuerpo. Se le sometió a vigilancia durante un tiempo y como se mantuvo limpio, la cosa no pasó a mayores.

Mientras hablaba con Carol, entré en la ficha de Henry Olsen. Las bases de datos federales abarcaban las de la policía, aunque los delitos no trascendieran estados.

—Según la información que tengo delante —dije—, sus únicas inquilinas después de eso fueron cuatro mujeres que se trasladaron a los pocos meses de su llegada.

—Esas cifras están equivocadas —sentenció ella—. Hubo más mujeres. Pero eso te toca investigarlo a ti. Por mi parte, te diré que las cosas por Boise no van muy bien. El abogado de Martin falleció en un accidente de automóvil y los detectives privados que siguieron el caso, en un mismo accidente de caza. Nos estamos quedando sin gente a la que preguntar.

—Martin tenía una factura bastante abultada de un hospital. —Le di el nombre del hospital—. No podía tratarse de un ingreso suyo, porque el seguro nunca le reintegró el importe y el nombre del paciente está en blanco.

Hubo un silencio al otro lado del teléfono.

—¿Tienes esa factura a mano? —me preguntó Carol.

—Hago una foto y te la envío enseguida.

—¿Y qué haces trabajando para el FBI? ¡Te forrarías en el sector privado! —dijo, riendo—. Pero recuerda que tienes una socia, pretendo hacerme rica antes de los cuarenta.

Will coreó su carcajada y nos despedimos.

¡Y pensar que Cass se había hecho amiga de un tipo tan siniestro! ¡Y que había dejado a Lily a su cuidado!

Se me erizaba el vello solo de pensarlo.

CAPÍTULO 26

Mack

Dejé a Henry Olsen de lado porque estaba muerto, al contrario que Misty. Y debía centrarme en buscarla para obtener algunas respuestas.

Del incidente de la explosión del laboratorio de meta en Buhl, Ohio, la DEA tenía cantidad de información, aunque casi nada sobre ella, que, según los informes, era pariente del cocinero y se encontraba en el lugar por casualidad. Si no había noticias suyas, mal iba a rastrear sus relaciones. Las únicas de las que tenía conocimiento eran Henry y Cass.

Quizá su familia…

Un nuevo mensaje en el móvil de Carol acaparó toda mi atención un rato después. LEE ESTO ANTES DE NADA. Con ese encabezado en mayúsculas, cualquiera se resistía. Me remitió un enlace, una clave y una advertencia: «No abuses».

El enlace se abría en la red Tor, un sistema descentralizado de servidores voluntarios que cifraba el tráfico de Internet por capas, para proteger la privacidad y el anonimato de sus usuarios. Por supuesto, el portátil de Zimmer estaba preparado para conectarse a ella. Inserté la clave y se abrió todo un mundo de bases de datos, desde las del FBI y la CIA, hasta de la Interpol, pasando por las de un montón de agencias de inteligencia de todo el mundo. Por si fuera poco, la clave me proporcionó un nivel de consulta de cinco puntos: el más alto.

El paraíso para cualquier curioso.

Como si me hubiera leído la mente, Carol envió un nuevo mensaje: «¿Estás flipando?».

«Flipando y pensando en cómo deshacerme de Will para pedirte matrimonio» —contesté.

«Lástima que estés loco por Cass y yo por mi marido».

Solté una risita porque era cierto y porque me siguiese la broma, como Cass lo hubiera hecho en su momento.

De repente, recibí un mensaje de Will:

«¿Acaso estás ligando con Carol, tío?».

El timbre de la llamada entrante me sacó de la vorágine en la que había caído, creyendo que había ofendido a Will. Era él y reía a carcajadas cuando apreté el botón para responderle.

—Oye, Will…

—Relájate un poco, hombre —me dijo—. Carol no te ha explicado lo del enlace y me parecía que necesitabas saberlo para que puedas actuar con moderación.

—¡Estoy pilotando! —gritó Carol, de fondo, eufórica.

—O te centras o te castigo al vagón del ganado con tu marido —la amenazó Richie, en un tono nada serio.

—Habrás deducido que estamos de vuelta —dijo Will.

Sin esperar contestación, continuó:

—El enlace que te ha enviado Carol es de una amiga nuestra, antigua agente de la CIA y el Mosad. Te proporcionará toda la información que conste en cualquier base de datos, incluidas las bibliotecas y las tiendas del mundo entero. Pero no excedas el tiempo de conexión para evitar llamar la atención.

—Descuida, solo quiero saber de Misty Jones.

—Tenemos noticias de ella. Ya te contaré.

—Gracias, Will.

—Vale, pero deja de tirarle la caña a Carol o tendré que hacerte desaparecer. —Y añadió, elevando la voz—. Y Richie me ayudará a deshacerme de tu cuerpo.

—¿De quién tenemos que deshacernos y cuándo? —preguntó el interpelado desde el fondo—. Hoy tengo cena formal.

Escuché los tres reír de buena gana y Will cortó la llamada. Siempre había conectado muy bien con él porque tenía un sentido del humor parecido al mío, y parecía que Carol no le iba a la zaga. Ni Richie.

Me acordé de que, de un tiempo a esta parte, no encontraba tantas ocasiones para bromear ni gente con la que me apeteciera hacerlo. Pero es que la falta de Cass en mi vida me había privado del optimismo que me movía a diario. Se había llevado mi chispa con ella.

Cuando volví al trabajo y Petrie me dijo que la habían trasladado por petición propia, el mundo se me cayó encima. De repente, me sentí perdido. Estuve a punto de ponerme en contacto con ella muchas veces, con las excusas más estúpidas, tantas como me eché atrás. Si se había ido era porque no me necesitaba en su vida, como yo la necesitaba a ella.

Pero eso, como muchas otras cosas, nunca se lo había dicho cuando pude hacerlo.

La base de datos que me proporcionó Carol resultó toda una sorpresa. ¡Ya me gustaría disponer de semejante fuente de información actualizada en mi trabajo diario! No obstante, me guardé la curiosidad y fui directo al grano: Misty Jones.

Por desgracia, las personas grises como ella, pasaban desapercibidas, y este también era el caso. Tenía su expediente del instituto, que superó con notas medias, tirando a bajas. Por eso se dedicó a aprender peluquería durante un tiempo y luego pasó a los masajes estéticos. Los cursillos eran gratuitos, y los certificados, válidos para todo el país.

Prácticamente, era toda la información que se conocía de ella, hasta la explosión de la caravana en la que se fabricaba meta. Después de eso, estuvo en un hospital público donde le realizaron injertos de piel y luego la trasladaron a un centro privado, especializado en quemados.

Después, se le perdía la pista durante unos años, hasta que reaparecía en San Francisco, con cierta cantidad de dinero, puesto que se demostró que el accidente en el laboratorio de meta se debió al defecto de una de las bombonas de butano. La empresa distribuidora, temiendo un juicio mediático, resarció a la familia del cocinero de meta con medio millón y a ella con doscientos mil dólares. Suficiente para abrir un gabinete de masajes en cualquier sitio, aunque no tanto como para resolverle la vida por completo.

Sin otra información relevante, aparecía en el contrato de alquiler de un local y un piso en Los Ángeles años después.

Había dejado de tener contacto con su familia. Sus números habituales eran los de varios restaurantes de comida a domicilio y el de un médico especializado en quemaduras, que le recetaba calmantes para sus dolores, que debían ser muchos. Eso, junto con un listado de clientes de su negocio, era toda la información que había sobre ella.

Cerré la sesión en Tor.

Me escocían los ojos y prácticamente no había conseguido averiguar nada nuevo. Misty seguía siendo una incógnita que no sabía cómo resolver.

Volví a acurrucarme en el sofá de Cass para dormir, con cierta sensación de derrota. Misty seguía fuera de mi alcance.

El café que me preparé al despertar no me despejó y la ducha, tampoco. Sin embargo, la llamada que recibí a continuación, resultó un estimulante incomparable. Se trataba de Frank Keaton, el padre de Cass.

CAPÍTULO 27

Cass

Cuando me trasladé a Nueva York para trabajar con Vic McPherson, no sabía que estaba embarazada. De hecho, estuve casi tres meses sobre el terreno, operando con sus equipos especiales. En una misión me enfrenté a un hombre que blandía un cuchillo del tamaño de mi antebrazo. Esquivé sus ataques hasta que lo reduje, pero no antes de que me hiciera un buen corte en el muslo.

En el hospital en el que me pusieron puntos para cerrar la herida, me dieron la feliz noticia. Y no es ironía, fue una noticia feliz, aunque al principio me asusté mucho: si no sabía qué hacer con mi vida, ¿cómo iba a responsabilizarme de otra?

Me costó armarme de valor para contárselo a McPherson. Me había hecho el favor de reclamarme a San Francisco y ahora le iba a fallar, por un embarazo inesperado.

—¿En serio? —me dijo él, levantándose de su sillón para rodear la mesa de su despacho y atraparme en un abrazo de oso—. ¡Qué gran noticia! ¡Enhorabuena, Cass!

Gente como McPherson, que siempre me había apoyado, me obligaban a replantearme la desconfianza hacia las personas que adquirí en mi adolescencia. No solo me hizo un hueco en sus equipos cuando lo necesité, sino que me acogió en su casa hasta que encontrase un apartamento en Nueva York, algo nada fácil y más caro de lo esperado.

Él y su pareja, Debra, me alojaron como si fuese un familiar. Y cuando se enteraron de mi embarazo, dejaron de ayudarme a buscar apartamento.

—De eso nada, corazón —me dijo ella—. Quiero ver esa barriga creciendo todos los días. Vic, Cass se tiene que quedar en las oficinas, lo sabes, ¿no?

—Ayer fue su último día con los equipos de campo —respondió él—. Y tiene cita con la obstetra del Southern mañana.

Debra le abrazó.

—Eres un amor.

—Lo sé —replicó McPherson, guiñándome el ojo.

No podía seguir enfadada con él por haber descubierto mi identidad. McPherson era buena persona.

—¿Frank ya lo sabe? —me preguntó algunos días después.

Negué con la cabeza.

—Y no se lo digas tú —le advertí.

Él hizo un gesto de cerrarse la boca con una cremallera y supe que esa vez mantendría el secreto.

Según mis cálculos, mi padre tendría que aparecer un mes después. Me había prometido que vendría a verme cada seis meses y, hasta el momento, no había faltado a una sola cita. Si tenía algo claro es que no iría a buscarme a San Francisco y que no le hacía falta que McPherson le dijera que me encontraba en Nueva York. Me constaba que tenía sus medios para saber dónde localizarme.

—¿Tienes tiempo para comer conmigo?

Me abordó a la salida del trabajo, aunque ya no me sorprendía. Incluso en su silla de ruedas, podía pasar desapercibido y era sigiloso. Debió ser un buen elemento cuando trabajaba con las unidades. Quizá le preguntase por esa etapa de su vida más adelante porque, después de haber trabajado yo misma con ellos, tenía curiosidad.

—Te esperaba —le dije—. Conocí un local donde se come pollo con todo ese picante que te gustaba.

Él recordaba cómo me gustaban las hamburguesas, pero yo también recordaba algunas de las que le gustaban a él. Cuando las cosas aún no se habían torcido del todo en la familia y traía pollo frito, cogía una ración extra de picante porque le encantaba. Mamá, Red y yo no podíamos con tanto.

—Frank, estoy embarazada —le dije, después de la comida.

Fue la primera vez que me miró en silencio durante un minuto seguido, como si no supiera qué decir.

—¿Quieres tenerlo? —me preguntó por fin.

Asentí y él asintió también. Parecíamos perritos de los que se ponían en los coches antaño, que movían la cabeza por inercia y la falta de una buena suspensión.

—Creo que es innecesario decirte que estaré ahí cuando lo necesites y para lo que te haga falta.

Era del todo innecesario. Lo sabía.

Y por eso, cuando tuve a Lily, me presenté en la base donde vivía y trabajaba, con el permiso y la complicidad del jefe de las unidades, Lavick.

Esa vez, quería ser yo la que lo abordara.

—Frank —le dije—, esta es tu nieta, Lily.

Nunca hubiera imaginado su reacción. Se le escaparon unos sollozos tan profundos, que terminamos los tres llorando. Lily acunada en los brazos de su abuelo y yo arrodillada, abrazándole a él como cuando era pequeña y lo necesitaba. Aún lo necesitaba, pero no quería reconocerlo.

Lily cambió nuestras vidas.

Desde ese momento, nos comunicábamos a menudo por mensajes y hablábamos por teléfono por lo menos una vez al mes. No quería dejar de ser Cass Martin, porque Cass Martin me había dado una vida y una historia, pero necesitaba a la única familia que le quedaba a Blue Keaton. Comprendía los errores de mi padre; yo había cometido los míos con mis dos identidades y cada vez me resultaba más difícil separar ambas.

Y precisamente porque sabía que podía contar con él, cuando Brooks me llevó a casa, después de salir del hospital, hice una llamada desde el teléfono fijo de mi habitación para que Mack no la escuchase.

—Frank, ayúdame, han secuestrado a Lily.

—Me enteré por las noticias —contestó mi padre—. Estoy aquí para lo que necesites.

Puede que no se hubiese dejado ver, pero yo sabía que estaba ahí, buscando a Lily por sus medios y velando por mí.

Deseaba volver a llamarle papá, y quizá llegase el día que pudiese perdonarle y contarle qué había ocurrido con mamá y con Red, si es que no lo sabía, aunque ese era un paso que aún no estaba preparada para dar.

CAPÍTULO 28

Mack

El FBI no tenía ningún interés en mí, así que salí de casa de Cass con tranquilidad para reunirme con Frank Keaton en una cafetería cercana.

Él no había llegado. Debía estar por los alrededores, vigilando por si me seguían. No me molesté en intentar localizarle. Puede que fuese en silla de ruedas, pero seguía conservando el instinto de cuando trabajaba con las unidades.

Frank parecía cansado y acudió a mi encuentro en su silla de ruedas, tensando los brazos sin aparente esfuerzo. A diferencia de sus piernas, tenía un tronco superior desarrollado. Nunca había sucumbido al canto de sirena de las sillas de ruedas eléctricas, y se manejaba muy bien con la suya, ligera y plegable, para tenerla a mano en el coche.

—Mack…

—Frank…

—¿Tomas café? —me preguntó.

—Estoy servido. Pide.

Alzó una mano y un camarero se acercó con una taza y una jarra de café.

—Lo sé —me dijo.

No pregunté. A esas alturas, parecía que todo el mundo estaba al tanto de que Lily era hija mía.

—Yo también lo sé —contesté.

Tampoco tuvo que estrujarse el cerebro. Pero puestos a referirse a paternidades…

—Te lo ha contado —supuso.

—¡Qué va! Es que soy muy espabilado.

Cuando Cass quisiera contarme qué había pasado con Frank, si es que le apetecía, yo estaría encantado de escuchar. Pero eso, claro, no se lo iba a decir a él.

—¿Misty? —preguntó.

Y yo me pregunté qué pensaría cualquiera que nos escuchase. Parecíamos hablar en clave.

—Misty, pero no encuentro la relación, ni a ella.

—¿Has investigado al casero?

—Estaba en ello cuando me has llamado.

—Yo puedo decirte algo sobre él —comentó—. El centro de control de unidades dispone de numerosos recursos.

—Sé que puedo contar con vosotros, pero, de momento, no os quiero meter en esto. Lily está a salvo y me quedaré hasta encontrar a Misty o hasta que Cass me eche.

—¿Y tu trabajo en San Francisco?

—Este es mi trabajo ahora —respondí, sin tener que pensarlo demasiado—. ¿Y tu trabajo en la base?

—Este es mi trabajo ahora.

Lo dicho, cualquiera que escuchase nuestra conversación, creería que se nos había ido la cabeza. Lancé una ojeada al móvil, que había dejado sobre la mesa y se iluminó para avisarme de la entrada de un mensaje nuevo.

Era de Cass, con una nueva fotografía en la que aparecían Lily y ella sonrientes y algo adormiladas, para darme los buenos días. Debí poner cara de imbécil, como la noche anterior, porque Frank preguntó:

—¿Buenas noticias?

Le alargué el teléfono y él sonrió al verlas.

—Gracias por encontrar a Lily —dijo.

Había sido un golpe de suerte que ni yo me creía.

—¿Quieres a mi hija?

—Desde hace mucho tiempo.

Bien, otra de las cosas que jamás había dicho en voz alta. En nuestra conversación de besugos, podía haberle preguntado: «¿Y

tú?», pero hubiera sido estúpido por mi parte. No podía imaginar la agonía que tuvo que pasar al creerla muerta.

Frank dio un trago a su café y volvió a mirarme.

—No sabías que estaba embarazada de Lily cuando se fue a Nueva York, ¿verdad?

Negué con la cabeza y él asintió. Lo dicho: ¡vaya conversación tan extraña!

—Has comentado que tenías información sobre su casero.

Sí, había que salir de aquella espiral personal y rara.

Básicamente, Frank sabía lo mismo que yo, según pude apreciar, excepto por algunos datos financieros.

—El padre de Henry los abandonó cuando él tenía unos diez años. Meses después, Henrik Olsen, de origen nórdico y profesión desconocida, figuraba en la lista de pasajeros de un avión accidentado en el que no hubo supervivientes. Se le notificó a su esposa, que recibió la compensación acordada por los abogados de la aerolínea, pero ella se comportó como si nunca hubiera ocurrido. No hizo un funeral ni pidió su certificado de defunción y, por lo visto, los vecinos siguieron creyendo que su ausencia se debía a las responsabilidades de trabajo.

—¿Sabes a cuánto ascendió la compensación? Creo que Henry no trabajaba —le pregunté.

—Trescientos mil dólares. Y sé lo que piensas: incluso sin tener que pagar los impuestos, eso no da para vivir sin trabajar.

—Con una casa en Los Ángeles, en el lugar en el que está, yo diría que no. Quizá con el alquiler de la planta de arriba…

—No sabes cuánto cobraba por el alquiler, ¿verdad?

Tuve que contestar negativamente. No tenía ni idea.

—Cobraba una ridiculez, que no le hubiese llegado ni para pagar el impuesto de recogida de basura.

El camarero se acercó para rellenar las tazas de café y señalar interrogante el menú, olvidado en un lado. Le eché una ojeada rápida y pedí varios platos para compartir. Quería continuar con aquella conversación.

—A la muerte de su madre, Henry heredó la casa, y vendió unos bonos para actualizarla, separar las plantas y poner la de arriba

en alquiler. Madre e hijo vivían de la venta de bonos cada cierto tiempo. Olsen los adquirió por lotes antes de morir y los puso a nombre de su esposa. Como las compras y las posteriores ventas no superaban los límites fijados, pasaban desapercibidos. Los impuestos se pagaban y debían tirar con dinero en efectivo, porque el total de la cuenta nunca superó los cien mil dólares, aunque tampoco disminuyó.

Acababa de caer en la cuenta de que Frank, igual que Cass, sabía mucho sobre finanzas sin haber estudiado una carrera. Ambos se habían visto obligados por las circunstancias. En el caso de él, no solo se ocupaba de invertir el dinero para «emergencias» de las unidades, desconocido para la administración, sino que tenía contacto con peristas de confianza, porque ese dinero salía de la venta de bienes «incautados» en misiones.

—Bien, con esto quiero decirte que Henry no necesitaba el dinero del alquiler —continuó—. Y por eso cabe preguntarse por qué sus inquilinas, todas mujeres, se marchaban con tanta rapidez. He localizado a la primera de ellas: Linda Adams. Se casó y ahora vive en el Valle de San Fernando. La llamé ayer y dentro de un rato iré a verla para que me lo cuente.

—Te puedo ahorrar el viaje.

Elevó las cejas y le conté lo que había descubierto en la habitación disimulada detrás del armario, que fue el detonante para buscar a Misty y encontrar a Lily.

—Quitó las cámaras y dejó solo el audio. No sé si se había cansado o tenía miedo de que le descubriesen.

Nos habíamos mantenido inclinados hacia adelante para hablar en susurros. Nuevos clientes estaban tomando sus desayunos a poca distancia y era un tema de conversación que no le importaba a nadie más.

—Me alegro de que esté muerto —dijo, antes de coger una tostada fría y servirse en su plato huevos revueltos, más fríos todavía—. Si no te importa… Tengo hambre.

—¿Cómo va todo en las unidades? —le pregunté, para dejar el tema de Henry Olsen y Misty.

—Mejor que nunca. Los hombres están contentos con los cambios que introdujo Lavick.

—Hablo poco con él. Está siempre demasiado ocupado.

En rigor, yo había pretextado también un exceso de trabajo las últimas veces que me llamó, porque intentaba evitar todo lo que me recordase a Cass.

—Le costó adaptarse, nunca ha sido hombre de despacho.

—A ver si adivino… ¡Pasa la mayor parte del tiempo en el centro de operaciones tácticas!

Después de un rato de charla insustancial, Frank fue al grano, porque para eso había querido reunirse conmigo, no para intercambiar información sobre Henry.

—Mack, ¿crees que podría ver a Cass y a Lily?

—No creo que haya inconveniente. Preguntaré.

Ante su ceño fruncido, le aclaré:

—Se encuentran en un lugar vigilado.

—Sé dónde están.

Por supuesto, no me extrañó que lo supiera. Ambos habíamos mamado de la teta de las unidades y habíamos aprendido a no ir correteando por ahí como pollos sin cabeza. Frank había acudido a mí ante la imposibilidad de acceder a la fundación por su cuenta y de forma pacífica.

—No creo que nadie te impida visitarlas: son tu familia.

—Y la tuya —replicó.

Antes de volver a la dinámica anterior de «tú también o pues anda que tú…», me despedí.

—Te llamaré por teléfono en un rato. No te vayas al Valle de San Fernando, no merece la pena.

Se me hacía rarísimo pensar en Frank Keaton como padre de Cass. McPherson había hilado fino para meterla en la unidad de Lavick y, por ende, en mi vida.

De vuelta en el apartamento de Cass, llamé a Will.

—¿Estás en la fundación? —le pregunté.

—De camino. ¿Necesitas algo?

—A ver cómo te lo cuento... El padre de Cass, el verdadero padre de Cass, está aquí, y le gustaría ver a su hija y a su nieta.

Will soltó una risotada.

—¡Y yo que creí haberme enamorado de la mujer más complicada del mundo!

—¿A quién le gusta el camino fácil? —repliqué.

—También tienes razón. Estaré por allí. Avísame cuando estéis cerca y saldré a buscaros.

Según me explicó Will, se vieron obligados a poner una estricta seguridad por diversos incidentes con personas muy peligrosas del otro lado de la frontera mexicana, que consideraban a los niños tutelados por la fundación de su propiedad.

Le escribí un mensaje a Cass y otro a Carol. A la primera para avisarle de que llegaría pronto con Frank y a la segunda para hablar de la información sobre Misty que me prometió.

«Te llamo en media hora», contestó Carol enseguida. «Estoy peleándome con mi jefe y necesito valorar las consecuencias de saltarle las muelas de un guantazo».

Rei. Will no tenía que aburrirse con ella.

Aguardé con la página de Tor cargada, buscando los informes policiales sobre la investigación a la que habían sometido a Henry Olsen cuando desapareció su inquilina.

No vi nada nuevo. Sin embargo, la cantidad de información que me proporcionaba el acceso a la página era impagable porque en un anexo figuraba otra investigación que no llegó a nada, pero esa vez sobre la muerte de su madre.

Antes de dar el tema por zanjado, ´la oficina forense recomendó hacer un seguimiento al hijo de la finada. La policía no veía la necesidad, puesto que carecían de pruebas para suponer que Henry abusaba sexualmente de su madre, pero la oficina fiscal tomó cartas en el asunto. Estaba dirigida por una mujer, sensible a la violencia de género, y elevó el informe forense al despacho de una jueza que, antes de archivarlo, exigió un examen psicológico del hijo.

El informe del terapeuta se centraba en las carencias afectivas sufridas por Henry, que suplía con lectura. Adjuntaba un historial de la biblioteca que visitaba dos y hasta tres veces por semana para retirar libros. Indicaba que todas las novelas que se llevaba giraban

en torno al tema romántico, para compensar esa falta de afectividad familiar, y concluía con una negativa firme a cualquier sospecha de agresión sexual.

Ponerse en el lugar de un depredador sexual era complicado, cualquiera que fuera su propósito. Tomé nota del nombre del terapeuta, quizá tuviera a bien explicarme mejor esa conclusión de que Henry no había podido violar a su madre porque lo que buscaba era afecto.

Desvié la mirada de la pantalla hasta el teléfono. Tenía un mensaje de Carol: «estoy libre, sin cargos».

—Espero que tu jefe sea más simpático que el mío —me dijo, como saludo.

—No tengo quejas, me da mucha manga ancha.

—Pues debe ser que a mí me tocan todos los imbéciles… Venga, al tema, me tomo un descanso largo, que me lo he ganado. A ver, ¿por dónde empezamos? ¡Ah, sí! Martin. Martin estaba convencido de que su hija seguía viva y buscó en todos los hospitales de las cercanías del accidente de autobús. Según algunos testigos, parecía haber perdido un poco la cabeza, y más de una vez tuvo que acudir la policía a llevárselo porque se negaba a irse del recinto hospitalario sin información.

—¿Ya había descubierto que Cass no era la que contestaba a sus mensajes?

—Sí. Eso fue tiempo después. Entonces dio con una chica de la edad de Cassandra y a la que no pudo reconocer, ya que se encontraba vendada de pies a cabeza. La llamaban Jane Doe porque había llegado sin documentación y ningún familiar acudió a visitarla.

—Misty Jones —murmuré.

Carol resopló.

—Que sepas que me caes fatal. Pensaba introducir un golpe de efecto y me lo has fastidiado…

—Perdona, se me ha escapado. Adelante con el golpe de efecto, prometo hacerme el sorprendido.

Ahora le tocó reír a ella.

—Vale, vamos a dejarnos de sorpresas. Misty, debido al trauma de sus lesiones, tampoco parecía muy cabal. Le habían hecho

injertos de piel con resultados solo regulares. Vamos, lo que ocurre en los hospitales públicos: ¡bastante suerte que existen! —exclamó —. Entonces, el panorama era que Martin estaba perturbado, Misty estaba perturbada y entre los dos no juntaban una persona cuerda.

Hablar con Carol sin que te arrancase una sonrisa, era misión imposible, según me parecía.

—Durante el siguiente mes ocurrieron dos cosas: Martin se obsesionó con que era su hija y ella se dejó querer. La trasladaron a un centro privado y su relación continuó hasta el punto de que pusieron para él una cama plegable en la habitación. Esto me lo contó una auxiliar que trabajaba en la planta por entonces. Tiempo después, llegó la gran conmoción: Misty, aunque seguía en recuperación, con enormes cicatrices de por vida, había mejorado a ojos vista y llegó su madre para identificarla.

—¿Cuánto tiempo había transcurrido?

—Cuatro meses. Tiempo suficiente para que la empresa distribuidora de la bombona de gas defectuosa, que hizo estallar el laboratorio de meta, decidiese indemnizar a las familias del muerto y la herida en el accidente. Entonces, la madre de Misty echó a Martin y se llevó a su hija, que tenía que cobrar la indemnización en persona.

—¡Cuánto amor!

—Bueno, según el psiquiatra que la atendía, Misty, volvió a la normalidad al cabo de un tiempo. Antes de que las piezas encajaran del todo en su cabeza, presentaba un cuadro clásico de amnesia disociativa y trastorno de despersonalización. Como quiera que sea, salió del hospital, cobró la pasta y se esfumó, dejando a su madre con una mano delante y otra detrás.

—Si no fuese la cabrona que se llevó a Lily, le aplaudiría por ese corte de mangas a su madre —exclamé—. ¿En qué consisten esos trastornos que has nombrado?

—En líneas generales, esa amnesia afecta a recuerdos biográficos propios. El trastorno de despersonalización consiste en periodos persistentes de distanciamiento de uno mismo, o de sentirse como un observador ajeno. Hasta que recuperó algo de memoria, la presencia de Martin había sido esencial. Y luego quiso

continuar la relación porque había encontrado en el padre de Cass el afecto que le faltaba.

—Mucha falta de cariño veo en toda esta historia… Excepto por parte de John Martin, que no dejó de buscar a su hija.

—Por lo que pude ver de la vida anterior de Misty, tampoco se la podría describir como a una niña buena. Salía más noches que el camión de la basura desde que era adolescente. Su presencia en ese laboratorio se podría definir como casual, si consideras casual que el Dalai Lama y yo pudiéramos encontrarnos en una *rave*.

Reí. Seguirle el ritmo a Carol requería de mucha atención, porque usaba la ironía con una soltura espectacular.

—No obstante, Cassandra Martin murió poco después de ese accidente de autobús —aseveró Carol— y su padre se negó a aceptarlo. La decepción cuando Misty salió de su vida, terminó con él. Tenía problemas cardíacos controlados, hasta que un día su corazón dijo: «hasta aquí hemos llegado, amigo».

—Entonces, cabe suponer que la intrusión de Misty en la vida de Cass se debió al periodo que pasó con John Martin.

—¡Quién sabe! No es una persona estable. Quizá se ha arrogado el papel de vengadora de Martin, si él le dijo que había una suplantadora en San Francisco, o vete tú a saber.

—O quiere creer que es Cassandra Martin. Los deseos pueden suplir la realidad, cuando la realidad es demasiado cruel para aceptarla —sugerí.

Carol soltó una pedorreta.

—¡Qué pensamiento más profundo, chico! Voy a tener que tomarme otra hora libre para darle una vuelta.

CAPÍTULO 29

Cass

Tomar decisiones drásticas era mi especialidad, aunque para sostener la siguiente necesitaba la complicidad de varias personas, que ya me habían dado su opinión sobre el error de seguir manteniendo mi actual identidad.

—Te vas a mantener al margen —le dije a Brooks.

—¿Al margen de qué?

Me alegré de ver a mi padre y le confié a Lily, que adoraba tirar de la barba de su abuelo, para llevarme a Brooks a pasear por los jardines que rodeaban la fundación. A esa hora, los niños estaban en las distintas clases y se encontraban vacíos.

—De lo que yo cuente al FBI. —Me lanzó una intensa mirada—. Lo único que te pido es que sigas buscando a Misty.

—No vas a hablarles de ella, ¿verdad?

—Hablarles de Misty es dar pie para una investigación en profundidad de su vida y, por rebote, de la mía.

Vi la comprensión en sus ojos, y también algo de decepción. Él también era de la opinión de que debía abandonar mi identidad, porque cualquier investigador avispado podía tirar de los numerosos cabos sueltos y ponerme en aprietos.

Aunque siempre había mantenido un perfil bajo, el secuestro de Lily colocó un foco sobre mi cabeza. Todos los que guardaban relación conmigo eran investigados, y por eso debía procurar que siguieran buscando a una mujer desconocida.

—Creo que es un error —dijo.

—Entonces, te pido que confíes en mí.

Ese titubeo no lo hubiera percibido tiempo atrás. Ahora sabía demasiado de mí para tener su total confianza.

—Sabes lo que puede ocurrir si…

No le dejé terminar la frase.

—Eso no va a ocurrir, porque yo sí que confío en ti para encontrar a Misty, antes de que el FBI se dé cuenta de que ha desaparecido y decida inmiscuirse —le dije.

—Y luego, ¿qué? ¿La mato para que no hable?

Negué, no quería que Mack la matase, aunque el día anterior, cuando me enteré de que Lily estaba en su local y sola, a mí no me hubiese temblado el pulso.

—Tiene antecedentes de inestabilidad y si cree que es una especie de reencarnación de Cassandra Martin… —dejé la frase inconclusa. Me había contado las novedades antes de salir al jardín y yo había tomado una decisión—. Lo que necesito es que si el FBI la encuentra, te asegures de que disponga de un representante legal que impida su interrogatorio, y que se le haga una evaluación psiquiátrica en base a sus delirios.

Mack me detuvo, cogiéndome del brazo con delicadeza.

—¿Y si la encuentro yo antes?

—Hablaré con ella, porque quiero saber quién es la mujer que se llevó a Lily, puesto que Misty no pudo ser.

—Cass… Si continúa pensando que es la hija de John Martin, podría contarlo.

Suspiré.

—Deja que vaya solucionando las cosas por orden, Mack. Ahora mismo, me cuesta predecir el futuro.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti…

Cerré los ojos. Desde el momento en el que me desperté en el hospital, sabía que los sentimientos de Brooks, igual que los míos, permanecían intactos, como si no hubiese pasado el tiempo. Y, lo mismo que pude apreciar eso, también noté que Lily le había robado el corazón.

Por esa razón, no quería que hiciera cualquier cosa por mí, sino por ella. Y lo mejor para ella era tenerme en su vida.

—Mírame, Cass. —Se puso frente a mí y me colocó las manos en los hombros—. Nunca llegué a conocerte porque tenías un terrible secreto que proteger. Esta es tu oportunidad para salir de la espiral de mentiras que te impide avanzar.

—No puedo hacerlo, Mack.

—Entonces, ¿tu idea es seguir como hasta ahora?

—¿Tengo elección, acaso? —Me irritaba su insistencia.

—Claro que la tienes.

Lo miré, incrédula.

—¿En serio, Brooks? ¿Qué elección? ¿Confesar que he cometido suplantación de identidad durante diez años? ¿Qué piensas que pasará? ¿Que me darán una palmadita en la espalda y dejarán que siga como hasta ahora?

No contestó, pero yo tenía más que decir:

—Si consigo librarme de la cárcel, cosa que dudo, me quitarán a Lily, porque carezco de medios para mantenerla. El FBI rescindirá mi contrato, si no me denuncia también. Mi hija pasará a ser tutelada por el estado y la tendrán dando tumbos entre casas de acogida hasta que pueda recuperarla. Y entonces, ¿qué? Estaré de nuevo en la casilla de salida, pero no estaré sola. ¿Qué futuro crees que puedo darle después de eso? —Me iba sulfurando a medida que hablaba—. No lo entiendes: si no soy Cassandra Martin, no soy nada. ¡Y para poder cuidar a Lily, necesito conservar esta identidad!

—También estoy yo.

—¿Tú? —espeté. Quería mantener la calma, pero a veces me suponía un gran esfuerzo—. ¿Crees que a Mónica le gustaría cuidar de un bebé tuyo y mío? No te ofendas, pero Lily es mi hija y mi responsabilidad. Si debo defender la identidad de Cassandra Martin, lo haré a toda costa. Ayudarme está en tu mano, pero si no quieres hacerlo, prefiero que te apartes a un lado.

No me agradaba lanzarle a la cara semejantes verdades, pero había algo que tenía muy claro: si las cosas se torcían y terminaba en la cárcel de todas formas, Lily no viviría con Mónica. Su custodia quedaría en manos de mi padre. Lo había hablado con él antes de trasladarnos a Los Ángeles y habíamos firmado los documentos pertinentes ante un notario, que certificó nuestra consanguinidad.

Cuando llevabas tanto tiempo como yo imaginando los peores escenarios, terminabas pensando en las mejores salidas. O en cualquier salida.

Siempre había estado preparada para escapar.

Desde que entré en el FBI, tenía otra documentación falsa, por si acaso. Y cuando nació Lily, me procuré una nueva para ella. Ambas estaban ocultas en mi apartamento y quería recuperarlas por si resultaban necesarias.

Brooks se llevó las manos a la cara para frotársela, despejando sus ideas.

—No pretendo decirte qué tienes que hacer; me consta que puedes arreglártelas. Y no voy a hacer valer mis derechos como padre de Lily, a no ser que pierdas su custodia. Pero sería de gran ayuda conocer tus planes, porque por un momento creí de verdad que querías volver a ser Blue.

Elevé los brazos al cielo, exasperada.

—¡Blue murió en un incendio en Nueva York!

—Pero no fue así.

—No entiendes nada, Mack. Blue era una perdedora y Lily necesita una madre mejor. Pero la propuesta inicial era otra. La única viable para que Lily se quede conmigo. Nunca tendrás que hacerte cargo de ella y Mónica no tiene por qué saberlo.

Aún tenía la cara oculta tras las manos. Se las retiré. Quería que me mirase para que viera que iba en serio.

—Es más, si todo sale bien, volveré a pedir un traslado. Después de lo ocurrido, deberían concedérmelo sin problemas.

—No —dijo.

—No, ¿qué?

—No tienes por qué irte.

Parecía estar conteniendo lo que de verdad quería decir.

—Si esos son tus planes, no los secundaré, Cass. Lily también es hija mía y quiero verla cada cierto tiempo, cuando te parezca bien, algo que no podré hacer si os vais lejos.

—Por lo que recuerdo, no querías ser padre.

—Pero lo soy.

Tenía que haberme callado. Lo último que necesitaba era ponerlo en mi contra y era el camino que llevábamos.

—Haz lo que tengas que hacer. Yo haré lo mismo —dijo.

Aquellas palabras me dieron más miedo que tener el aliento del FBI en la nuca.

—Mack… —Le acaricié la mejilla, que nunca conseguía llevar del todo rasurada. Esa vez, tenía la barba crecida, indicativo de que no se había afeitado en bastantes días.

Él puso su mano sobre la mía y cerró los ojos, disfrutando del contacto tanto como yo.

—Cass sabes que… —Tragó saliva—. Sabes que te quiero desde hace mucho tiempo. No lo uses contra mí, por favor.

Saberlo era distinto a escucharlo en voz alta. Mi intención de tocar su fibra sensible se volvió en mi contra porque yo también sentía lo mismo.

—Mírame, Mack —le pedí.

Tenía los ojos enrojecidos, pero enlazó mi cintura con uno de sus brazos y me pegó a él.

—Yo también te quiero.

Brooks era apasionado y no me defraudó. Se pegó a mí y nuestras bocas se encontraron en un choque violento, protagonizado por lenguas, dientes y alientos candentes. Puede que la explicación racional de nuestro mutuo deseo estuviese en una reacción química, pero no cambiaría esa reacción por nada.

Su otra mano abandonó la mía y me sujetó por la nuca, acariciando mi piel, enredando los dedos entre mi cabello. Le correspondí porque lo necesitaba. Mack era el único hombre capaz de provocarme de esa forma.

—¿Va todo bien, chicos?

Mi padre se acercaba, dirigiendo con movimientos diestros su silla de ruedas. Llevaba a Lily en el regazo y la había sujetado con su propio cinturón para evitar que se cayese. Me reí y agradecí la interrupción, porque el lance con Mack podía haber terminado en una sesión para adultos que hubiese vulnerado la confianza que Will había depositado en nosotros.

CAPÍTULO 30

Mack

Su alusión a Mónica me hizo caer en la cuenta de que no le había hablado de nuestro divorcio, por lo que ella nunca estaría a cargo de Lily. Y tampoco hubiese aceptado.

En cualquier caso, lo mejor para la pequeña era quedarse con su madre. Y creía que se podría solucionar, si ella accedía a retomar su identidad de Blue Keaton, para mayor seguridad. Porque lo creyese o no, solo quería lo mejor para Cass.

—Déjame pensar en esto, seguro que se pueden hacer bien las cosas… —le susurré al oído, mientras nos dirigíamos hacia los edificios de la fundación, detrás de Frank y Lily.

—No hay tiempo para pensarlo, Mack.

—De acuerdo. De momento, lo dejaremos así, pero prométeme que si encuentro una solución, la tendrás en cuenta.

—Deberías volver a San Francisco.

—No hay nadie que me espere —le dije, por fin—. Mónica y yo nos divorciamos hace tiempo.

—Lo siento, no lo sabía —se apresuró a decir, aunque creí percibir un atisbo de complacencia en ella.

—Es agua pasada. Lo que me recuerda que Joakim sigue por aquí. ¿Te ha llamado?

Ella asintió.

—Aunque no he hablado con él. Tengo otras prioridades.

—Me extraña que no se presentase en Nueva York cuando le dijiste que estabas embarazada…

Me detuvo, sujetándome del brazo. Frank se dio cuenta, pero continuó hacia el edificio, dándonos intimidad.

—Le hice mucho daño, Mack —dijo, mirándome de frente—. Además de abandonarle sin dar la cara, tuvo que enterarse meses después de que esperaba un hijo de otro hombre. Me rogó que volviera, me prometió hacerse cargo del bebé y yo volví a asestarle otra puñalada. Me avergüenza haber sido tan cruel con él porque nunca dejó de llamarme y repetirme que estaría para cualquier cosa.

—Y aquí está, ofreciéndote dinero para un rescate.

Asintió con gesto serio, encaminándose de nuevo a la fundación. Esta vez la detuve yo.

—¿Por qué estabas tan segura de que el bebé que esperabas no era suyo?

Se me escapó sin pensarlo demasiado. No era el momento de hablar de eso, y yo lo sabía.

—No es asunto tuyo, Mack.

Bien, me había ganado esa contestación. Efectivamente, no era asunto mío, pero me suscitaba curiosidad.

Sabía que tenían problemas en su relación, como Mónica y yo, aunque por diferentes motivos, supuse. Y jamás pude imaginarlos en la misma cama. Cass era apasionada, impulsiva, según había podido comprobar en carne propia, mientras que Joakim… No sé, me sentía incapaz de verlo a su altura. Aunque quizá eran los celos los que hablaban por mí.

Cuando nos reuníamos para cenar las dos parejas, había una tirantez subterránea, oculta bajo capas de educación. Mónica y Cass no se soportaban, Joakim y yo tampoco. Mónica y yo teníamos problemas, Joakim y Cass también. Sin embargo, Joakim y Mónica parecían entenderse, lo mismo que Cass y yo. Daba la sensación de que estábamos con la pareja equivocada.

Desde que hirieron a mi compañera, las cosas fueron peor. La hostilidad entre unos y otros emergió, como si por fin nos hubiéramos quitado las máscaras.

Joakim pasó a odiarme abiertamente y yo a mostrarle el desprecio que me producía, cuando tenía ocasión.

Por su parte, a Mónica, que sospechaba de mis sentimientos por Cass, le divertía sugerirlo para forzarme a entrar en su terreno de perpetuo enfrentamiento.

Mi silencio alimentó el tornado que se cernía sobre nuestras cabezas desde hacía tiempo.

Tenía que haber sido consecuente y haberme divorciado de Mónica al saber que había mentido en lo de su embarazo.

Además, tendría que haberle hablado a Cass de mis sentimientos por ella.

*****

Cass prefirió que Will las llevase al hospital.

—No te lo tomes a mal, tu labor es encontrar a Misty —me dijo ella en voz baja, cogiendo a Lily de mis brazos.

—Parece que aquí ya no hacemos nada —dijo Frank—. Tengo el coche ahí, ¿quieres que te lleve?

Asentí, pensativo. Había alquilado un coche, pero habíamos llegado en el suyo.

—¿Me acompañas a un sitio? —le pedí.

Frank miró la hora.

—Claro. Pero quiero estar en las inmediaciones del hospital en un par de horas —dijo.

—¿En las inmediaciones?

—Puede que no estuviese cuando mi hija me necesitó en el pasado. Pero eso es el pasado.

—Nos arrepentimos más de lo que no hemos llegado a hacer que de los errores cometidos por lo que hemos hecho.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó, lanzándome una mirada extrañada.

—Pensaba en voz alta. Hace un rato he caído en la sabiduría de esa frase hecha.

—Pues mantén los pies en el suelo, muchacho. En modo zen no ayudas a nadie.

—Cass… Blue es tan borde como tú, cuando se empeña.

—Te aconsejo que vayas acostumbrándote. Cuando crezca, Lily puede llegar a ser un monstruo.

Ambos soltamos una carcajada.

—Oye, ¿por qué llamaste a tus hijas Blue y Red?

Él sonrió.

—El encargado del registro se equivocó. Lark[2] Blue Keaton tenía que haberse llamado la mayor, como mi abuela irlandesa, pero la inscribieron como Blue L. Keaton. Como ya estaba hecho, me pareció buena idea ponerle color a la pequeña; en su caso, uno tan vibrante como era ella: Red.

Pude ver que le entristecía hablar de ello y lo dejé estar.

—Zimmer, este es Frank, el padre de Cass.

El aeródromo a esas horas era todo actividad. Varias personas atendían a los clientes, en un hangar destinado a tal uso, mientras que en el de «andar por casa», los mecánicos se afanaban en el cuidado de motores y limpieza.

Bob Zimmer y sus socios se habían quedado con uno propio, donde recibían a clientes de confianza y se dedicaban a lo que querían. Zimmer disponía de un espacio lleno de pantallas y ordenadores. Richie, el otro socio que trabajaba en el negocio, prefería trastear en los motores y probar aparatos, y dejaba el papeleo para el que quisiera terminar con el culo plano, según me dijo en nuestro viaje a Boise. No podía estar más de acuerdo con él, tampoco me gustaba el trabajo de oficina.

Frank estrechó la mano que le alargaba Zimmer, acariciando con la otra al perro del aeródromo, un gran danés blanco con manchas negras, como un dálmata, tan grande como juguetón y baboso.

—Tírale la pelota y vamos dentro —le dijo Zimmer—. Si te ve receptivo, estará buscándote toda la tarde para jugar.

Nos precedió hasta la habitación que usaba para sus «cosas» y nos ofreció café.

—Gracias, pero prefiero que vayamos al grano —le dije—. Sigo buscando a Misty y quiero ir al hospital cuando Cass me diga que han terminado de hacerle las pruebas a Lily.

—¿Qué va a contar Cass sobre el secuestro?

Inspiré.

—Que la secuestradora la llamó para decirle dónde podría encontrar a Lily. Sin exigencias. Solo tenía que ir a buscarla a Echo

Park. Desde allí, ha cogido un taxi al hospital y por el camino ha llamado al FBI para dar las explicaciones oportunas.

Zimmer asintió, aunque meneó la cabeza. Tenía tantas dudas como yo sobre que el equipo del FBI se lo tragase.

—Acordonarán la zona, comprobarán cámaras y todo eso.

—Will la acompañaba.

—Bien, entonces no hay problema. Él sabe dónde están las cámaras y las habrá evitado —comentó—. Yo te he llamado por algo más complicado.

—¿Más? —resoplé.

Frank había dejado su café sobre una mesa y estaba atento a nuestra conversación.

El dueño del aeródromo se frotó la nuca, como si soportara una tensión excesiva.

—Cuando me dijiste lo de esa habitación de vigilancia, descargué los planos de la propiedad y me fui para allá.

—Con un metro, supongo —intervino Frank.

—Exacto. El espacio de esa habitación había sido restado a los metros dedicados a la cocina. Y todas las habitaciones tenían las medidas adecuadas, menos…

Sus pausas me mataban e hice un gesto de exasperación.

—El sótano —continuó—. Le faltaban cuatro metros cuadrados o poco más.

—¿Y? —le alenté.

—Que Cass y tu hija han estado conviviendo con un… No sé si pervertido, asesino, o ambas cosas.

Frank y yo nos miramos.

—He avisado al FBI hace un rato. Estarán registrando el sótano, espero —terminó Zimmer—. No sé si estará relacionado con lo que ha ocurrido con Lily, pero lo está con otras mujeres desaparecidas y tenía que ser investigado.

—El FBI registró la propiedad cuando atacaron a mi hija y se llevaron a Lily —dijo Frank—. ¿Cómo pudo pasar desapercibido semejante detalle?

—Buscaron rastros en el apartamento de Cass, que es donde ocurrieron los hechos, no en el inmueble entero. Y tampoco

indagaron en el historial de Henry, porque era una víctima colateral. El secuestro era el delito; el homicidio, la consecuencia de una mala planificación —razoné.

—Sí, pero imagino qué quiere decir Zimmer —intervino Frank —. A raíz de esto, van a investigar la vida de Henry Olsen a fondo. Y también la de su hermana.

Ya. Eso suponía un contratiempo porque algún espabilado podría relacionar a Misty con el padre de Cass Martin y si el FBI la encontraba antes que yo…

CAPÍTULO 31

Cass

Seguí el guion que yo misma había escrito, y Brooks me secundó, aunque a regañadientes.

—Hay un detalle que has olvidado por completo —me dijo, antes de terminar la conversación en el jardín de la fundación—. Había micrófonos en tu apartamento y me contaste lo de Nueva York y lo que pasó con Cassandra Martin cuando tomaste su identidad. ¿Y si Misty lo grabó y sale a la luz?

—Ya pelearé con eso, si llega. Espero que antes de que ocurra, encuentres a Misty.

Nunca debí contarle a Mack lo de mi pasado. Yo misma podía haber cavado mi tumba. En ese caso, no tendría más remedio que usar la documentación falsa y salir del país. Lo principal era seguir teniendo a Lily conmigo. Y por ese motivo, tenía que volver a mi apartamento a la mínima oportunidad. Si tenía que irme, sería a mi manera.

El personal de rastros del FBI llegó poco después que nosotras al hospital. Despidieron al personal sanitario, que se había cerciorado de la buena salud física de Lily, y se dedicaron a raspar bajo sus uñas, a pasarle hisopos por todas las cavidades y, en fin, a la consiguiente batería en busca de rastros que ambas soportamos con más o menos paciencia.

Por supuesto, no encontraron nada reseñable. Cualquier rastro de Misty era justificable, porque acostumbraba a estar con ella, pero yo me sulfuraba cuando pensaba que aquella hija de puta había colaborado en su secuestro y, además dejaba a Lily sola durante horas en su gabinete.

La había cuidado bien, sin embargo. Y Lily era una niña feliz y tranquila. Acostumbrada a su presencia, no le habría dado mucha guerra. Pero ¿dejarla sola?

La estrangularía, si llegaba a tenerla delante.

Para mi desazón, lo que descubrió Zimmer al acceder al equipo del cuarto de Henry, era preocupante: la señal de los micrófonos se emitía a dos teléfonos móviles distintos y provistos de tarjetas prepago, así que eran ilocalizables, a no ser que estuvieran encendidos.

—Supongo que se deshicieron de los móviles en cuanto se percataron de que los micros habían sido descubiertos —comentó—. Tampoco hay que ser muy listo. Aunque creo que el último en desconectarse debió ser el de Misty, puesto que su ubicación la sitúa a pocas manzanas de su casa.

Eran malas noticias. Misty no actuaba sola.

—Quizá se trataba del móvil de Henry —sugerí—. No figuraba entre los objetos que se llevaron de mi apartamento.

Brooks vino al hospital a contarme lo del hallazgo de la habitación secreta de Henry, puesto que se suponía que mi móvil estaba en manos del FBI y que lo recuperaría cuando se hubiese terminado la investigación.

Había una agente en la habitación con Lily y conmigo. En teoría, para protegernos, así que Brooks no pudo ser muy específico. Se sentó en la cama, al lado de Lily, que dormía después de todo el trajín al que la habían sometido y le retiró un mechón de la frente con dulzura. Resultó un gesto tan tierno que no pude dejar de preguntarme cómo hubiese sido enfrentar las cosas de otra forma.

Pero ese era otro tren que había pasado.

CAPÍTULO 32

Mack

Sentía ser portador de más malas noticias, pero alguien tenía que decírselo a Cass, así que me fui al hospital.

—¿Puede darnos unos minutos, por favor? —le pedí a la agente que custodiaba a Lily.

Ella me miró como si fuese transparente.

—No puedo perderlas de vista —gruñó.

—Ya, bueno, supongo que desde la puerta también puede vigilar para que no las degüelle, ¿no?

Cass me puso la mano en el antebrazo.

—Lo siento —dijo a la mujer, en tono conciliador—. Solo queremos hablar unos minutos en privado.

Ella pareció pensarlo. Al final accedió y se dirigió a la puerta. La dejó abierta de par en par y se apoyó en el marco, sin perdernos de vista.

—¿Qué ocurre, Brooks? —la voz de Cass había bajado hasta ser casi un susurro.

—Henry no solo era un depredador sexual. Es muy posible que también fuese un asesino en serie.

Ella se llevó la mano a la boca, acallando una exclamación de sorpresa auténtica. Sin duda, una reacción muy conocida por los vecinos de asesinos, consternados por que alguien tan cercano tuviese algo tan oscuro en su interior. Todos hablaban de lo normal que era su vecino, incluso amable. ¿Quién lo hubiera imaginado? Pues sí. Ella reaccionó igual.

—¿Qué es lo que han encontrado?

—Había un espacio en el sótano, que parecía estar preparado para sus… Sus sueños. —No sabía cómo explicárselo.

Era una habitación tan cursi y al mismo tiempo tan macabra, que resultaba difícil expresarlo. Zimmer había recopilado toda la información que llegaba al departamento del FBI, y nos la mostró, a Frank y a mí. La habitación estaba insonorizada y dominada por una gran cama con sábanas y cobertor rosa. Los muebles, una cómoda y un sillón, eran del mismo color. La madera del armario, la cortina que ocultaba una falsa ventana, las lámparas, las alfombras…, todo en varios tonos de rosa, desde el suave pastel al llamativo fucsia.

Incluso los grilletes de la cabecera de la cama y de los pies estaban pintados del mismo color.

El olor que salió de aquella habitación cuando la abrieron tampoco debió ser agradable y algún agente había tenido que abandonar el lugar para no contaminar el escenario. La cama estaba cubierta de sangre seca, amarronada y cuarteada. Había salpicaduras por los muebles, por la alfombra y por la pared.

Lo único que se había salvado eran las prendas del interior del tocador y del armario, aunque estas estaban sucias de sangre y fluidos, que los científicos identificaron enseguida como semen y flujo vaginal.

Sobre las sábanas, además de orina y excrementos, encontraron dos dientes.

Por lo visto, hacía tiempo que la habitación había quedado en desuso, pero debió tener bastantes inquilinas. En el laboratorio seguían trabajando. Durante la primera hora ya habían identificado tres donantes distintas.

A Cass le conté la versión suave. Yo todavía tenía el estómago revuelto después de echar un vistazo a las fotografías.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Cass, y se dobló sobre sí misma en el sillón que ocupaba—. ¿Han registrado la casa?

—Están en ello, pero llevará tiempo.

Por un momento, pensé que iba a llorar, pero sus ojos estaban secos y tan llenos de ira que me asustó.

Inspiró profundamente varias veces y levantó la cabeza. Una vena pulsaba en su sien, al ritmo de su corazón.

—¿Va todo bien? —preguntó la agente desde la puerta.

Cass asintió.

—No quiero volver a vivir en esa casa, Mack.

—No podrías, aunque quisieras —le contesté—. Sacaré lo que os vaya a hacer falta.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que ir yo. Además, he de buscar un hotel para cuando dejen que me lleve a Lily.

—Podemos quedarnos en la fundación hasta que…

Me callé. Había usado el plural, incluyéndome.

—¿Te quedarás con nosotras?

Asentí. La verdad es que esperaba que me lo ofreciera. Prefería quedarme cerca mientras Misty estuviera suelta.

—¿Podrías quedarte ahora un rato con Lily? Iré a buscar nuestras cosas y mi coche, que también está allí.

—Creo que no deberías ir sola.

—Tardaré lo menos posible —dijo, levantándose y dándole un beso en la frente a la pequeña dormida.

Luego se inclinó de nuevo para besarme en la mejilla.

—Gracias, Mack —me susurró—. No sé qué hubiera hecho si no la hubieses encontrado.

La agente intentó cerrarle el paso, obteniendo una mirada sesgada de Cass, que la apartó a un lado.

—¡Cuide de mi hija! —espetó—. Yo no lo necesito.

La mujer llamó por su móvil. Sin duda, pidiendo refuerzos, debatiéndose entre quedarse o seguir a Cass. Al final, se quedó. Volvió a entrar y cerrar la puerta tras ella.

Yo ocupé el sillón que acababa de dejar Cass y contemplé el rostro dulce de mi hija. Se me hacía raro pensar en ella en esos términos, pero me sonaba cada vez más natural.

Apagué la luz para dejar la habitación en una suave penumbra. No sé qué haría la agente, pero yo pensaba dormir un rato. Acerqué el sillón a la cama, cogí una de las manitas de Lily entre la mía, me recosté, estirando las piernas, y me dormí.

CAPÍTULO 33

Cass

En el ascensor casi me di de bruces con Joakim. Nos miramos ambos, sobresaltados.

Llevaba un traje sin corbata, un ramo de rosas blancas en una mano y un peluche en la otra.

—Oh, ¡vaya casualidad! —exclamó—. Me he enterado de que has recuperado a tu hija sana y salva y venía a…

Señaló los regalos.

Había pensado en llamar para darle las gracias y recomendarle que volviera a casa y me había olvidado de hacerlo.

—Tengo que irme, Joakim.

—¿Puedo acompañarte? Venía a verte, de todas formas.

—Voy a casa a recoger las cosas de Lily, el FBI no te dejará entrar. —Y a mí tampoco, me faltó añadir.

Por suerte, Carol conocía al encargado del equipo de inspección de la casa de Henry, y prometió hablar con él.

—Bien, te esperaré fuera y te ayudaré.

Iba a perder más tiempo explicándole lo poco que me apetecía aquella propuesta que dejando que me acompañara.

—De acuerdo. Pero luego tienes que irte.

Me siguió casi a la carrera hasta el exterior del hospital, donde abrí la puerta de un taxi y le hice pasar primero.

Él no hizo ningún intento por darme las flores y no sabía qué hacer con ellas y el peluche.

Estaba conmovedoramente ridículo. Y entonces recordé que había sentido ternura hacia él durante un tiempo. Nada que ver con el amor, pero Joakim parecía tan desvalido como yo, y creo que eso

es lo que nos llevó a estar juntos. Nos apoyábamos en el otro para sentirnos menos vulnerables.

—¿Tu hija está bien?

Asentí.

—¿Por qué está en el hospital, entonces?

—Es el protocolo. Las victimas de cualquier tipo de violencia tienen que someterse a una evaluación médica y a un examen completo por la oficina científica —contesté, un poco fastidiada por que no supiera algo así.

—¿Han encontrado algo?

—Creo que no. Estaba bien cuidada, limpia y alimentada. Físicamente se encuentra bien.

—¿Creen que ha sufrido algún tipo de trauma?

Nunca había sabido disimular. Su interés por Lily era impostado, estaba usando el método que le pareció mejor para romper el hielo entre nosotros.

—No, Joakim. Se encuentra bien.

—Pero no han cogido a la mujer que la secuestró. ¿No crees que pueda correr peligro sola en el hospital?

Me giré hacia él.

—¿Crees que la hubiese dejado sola?

Debió notar la irritación en mi tono, que no me molesté en ocultar, porque musitó:

—Lo siento, es solo que….

—Hay una agente del FBI custodiándola y además está su padre con ella.

Lo dije para hacerle daño y él acusó el golpe.

Asintió y se calló.

Me arrepentí enseguida. Joakim era buen tipo, pero en cuanto tenía ocasión, dejaba caer su opinión sobre mi desliz con Mack, de forma encubierta. Y enseguida pasaba a abordar su otro tema favorito, de manera tan sutil como el anterior: la posibilidad de retomar nuestra relación.

Rebusqué en mi bolso y le di las llaves de mi coche, aparcado cerca de la casa de Henry.

—Espérame dentro, si quieres. Luego te llevaré a tu hotel antes de volver al hospital.

No esperé su respuesta.

Caminé hacia la casa acordonada. En el jardín, habían aparcado varios furgones que se llevarían las pruebas, después de que estuviesen convenientemente documentadas.

Enseñé mi identificación y alguien buscó al amigo de Carol, un agente veterano y muy agradable, que me facilitó la entrada para que pudiese coger ropa para Lily y para mí.

—Te acompañará Winters.

—No es necesario —le dije.

—Sí que lo es, agente Martin. Tu piso es parte de la finca y cuando terminemos abajo tenemos que registrarlo por si hay espacios ocultos, como abajo.

—Ya me he enterado de la sorpresa que guardaba el propietario en el sótano.

—No imaginas de la que te has librado.

Asentí gravemente. ¿Qué se podía decir?

Winters, un novato a todas luces, me acompañó hasta el piso superior. Recogí rápidamente las cosas de Lily en una maleta y luego entré en mi dormitorio.

—¿Puedes ir sacando esa maleta mientras me cambio de ropa, por favor? —le pedí, empezando a desabotonar mi camisa.

Winters se puso colorado, cogió la pesada maleta de Lily y se fue hacia la puerta. Yo cerré la de mi dormitorio.

Corrí hacia el vestidor y saqué un cajón con tal violencia que se cayó al suelo, sobre mis pies. Ahogué un gemido, pero me rehíce y le di la vuelta al cajón. Pegado al fondo estaba la documentación falsa y tres mil dólares.

Lo metí todo en mi bolso y coloqué el cajón en su sitio, amontonando la ropa interior que había caído al suelo.

Si el FBI hubiese registrado a fondo mi apartamento, lo hubiesen encontrado y tendría que dar muchas explicaciones por estar en posesión de dos pasaportes falsificados

Ya con más tranquilidad, me cambié de ropa e hice una maleta con la que consideré esencial. Al final resultó más voluminosa y

pesada de lo que pensaba.

Winters, deseoso de ser útil, bajó las dos maletas por la escalera y las abrió delante del responsable de la investigación.

—Disculpa —dijo, examinando el contenido de las maletas—. Te he dejado entrar como deferencia, pero tengo que cerciorarme de que no te llevas alguna prueba, sin querer.

—Por supuesto. Y te lo agradezco mucho. —Sonreí para controlar el temblor de mis labios. Si registraba mi bolso…

Tras inspeccionarlo todo, incluidos los bolsillos laterales, cerró las maletas y se las volvió a entregar a Winters.

—He oído que tu hija está bien —me dijo.

—Es muy pequeña, no se ha enterado de nada.

—Me alegro —asintió, despidiéndome con una palmada en el hombro.

Me despedí de él, agradeciendo su ayuda, y le indiqué al porteador donde se encontraba mi coche. Le di las gracias cuando dejó los bultos en el maletero y me senté al volante.

Joakim estaba en el asiento contiguo, tan inmóvil como un muñeco de cera.

—Bien, ¿dónde te dejo? —le pregunté.

—Te acompaño al hospital. Ya cogeré un taxi luego.

—No voy al hospital todavía, Joakim. Puedo dejarte en cualquier sitio, donde te apetezca.

—Me puedo quedar aquí, si te molesta mi compañía.

Suspiré porque quería tener la fiesta en paz.

—No podrás entrar conmigo, nos alojamos en una fundación privada y sin el permiso de la dirección, no dejan entrar a nadie. Luego volveré al hospital y tampoco podrás entrar en la habitación. La agente que custodia a Lily no te dejará.

—Solo quiero acompañarte un rato. Me puedo quedar en la entrada de esa fundación y ya llamaré a un taxi.

Conduje en silencio durante un rato, esperando que abordase alguno de los temas de los que yo no quería hablar. Pero él tampoco dijo nada.

—¿Te gusta la ciudad? —le pregunté, cuando el silencio se me hizo demasiado opresivo.

—Un poco grande para mi gusto, pero me encanta la variedad de gente que corretea por ahí. Es como estar en un circo. ¿Y tú? ¿Estás cómoda aquí?

—No sé si cómoda sería la palabra. También pienso que es una ciudad demasiado grande, aunque me gusta.

—Entonces, ¿no te has planteado volver a San Francisco?

Aquella pregunta me cogió por sorpresa.

No, no me lo había planteado nunca. Ni aun en el caso de que…. No, no me lo había planteado.

Adelanté a un camión de recogida de basura.

—No voy a volver. No se me ha perdido nada allí.

—¿Y a Boise?

—¿A Boise? ¿Por qué iba a volver allí?

—Porque es el lugar donde creciste, ¿no quieres que tu hija conozca tu lugar de nacimiento?

—La nostalgia no es algo que tenga en mente, Joakim.

—Tampoco sé lo que tienes en mente. ¿Has hecho algún plan de futuro para vosotras?

Aquel tercer grado me estaba empezando a fastidiar.

—Mi plan ahora mismo es que cojan a la mujer que se llevó a Lily y la internen en una institución mental durante muchos años. O que pierdan la llave y no vuelva a salir.

Se giró hacia mí.

—¿Por qué en una institución mental y no en la cárcel?

Me di cuenta de mi metida de pata, pero ya era tarde.

—Es largo de contar, Joakim.

—No tengo que ir a ningún sitio. De hecho, solo he venido por si necesitabas mi ayuda.

En realidad, no le escuchaba. Llevaba un rato sospechando que me había equivocado de salida. Mi trabajo en la oficina me había impedido conocer más la ciudad. Cogí la siguiente salida y me detuve, para encender el GPS.

—Perdona, es que no conozco bien el camino y creo que me he confundido de salida. Dame un segundo.

Introduje el nombre de la fundación y el aparato trazó dos rutas alternativas.

—No me has dicho por qué crees que tienen que mandar a la mujer que se llevó a tu hija a un centro mental —me dijo, cuando volvimos a incorporarnos a la 101.

—Porque hace poco me he enterado de que Misty tenía problemas mentales —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿No se llamaba así la hermana de tu casero? ¿Fue ella la que secuestró a tu hija? En la televisión no han dicho nada…

Me maldije. Debía haberle dado su nombre alguna de las veces que hablábamos por teléfono.

—Y tú no debes decírselo a nadie —le advertí.

—¿Cómo…?

—¡Prométemelo!

—Claro que no lo voy a divulgar, ¿qué concepto tienes de mí? Sabes que sé guardar secretos.

—Estamos llegando a la fundación. Deberías pedir un taxi ya para que no tengas que esperar.

Estaba enfadada conmigo misma por haberme visto arrastrada de nuevo al victimismo de Joakim. Tuve que recordarme que, aunque no hubiese salido con prisas de San Francisco, había estado dispuesta a romper nuestra relación.

Si no habíamos perdido el contacto del todo era por su perseverancia al llamarme cada poco tiempo y ya no sabía si era porque quería otra oportunidad o porque carecía de amigos. En cualquier caso, me prometí ser paciente con él. Ya le había hecho suficiente daño.

—Me quedaré todavía unos días en la ciudad, Sandra, por si me necesitas.

Le di las gracias cuando lo dejé a la entrada del camino que llevaba a la fundación de Will, en la que dejé el equipaje.

Desde que me había enterado del «secretito» de Henry, no dejaba de darle vueltas. ¿Hubiera terminado siendo una de sus víctimas si Misty, con ayuda de otra mujer no hubiera secuestrado a Lily y lo hubieran matado? Y Misty, ¿nos había engañado a ambos por sus propios motivos? Nunca me dio la impresión de ser tan calculadora y, sin embargo…

De regreso al hospital, la agente que custodiaba a Lily me dedicó una clara expresión de reproche.

Por supuesto, no pensaba ofrecerle explicaciones. Yo había hecho lo que tenía que hacer y esperaba no tener que usar la documentación falsa porque me conmovió ver a Mack dormido en el sillón, con la mano de Lily perdida dentro de la suya.

¡Ojalá pudiese encontrar la forma de contentar a todos y no tener que usar nuestros nuevos pasaportes!

CAPÍTULO 34

Mack

Estaba a punto de amanecer, pero Cass no quiso esperar para salir del hospital. En cuanto la enfermera del turno le dijo que ya no le harían más pruebas a Lily, se dirigió a la agente que las custodiaba y esta se lo confirmó, dijo que nos íbamos.

Los médicos y los científicos habían quedado satisfechos: Lily estaba sana y ahora solo había que esperar los resultados del laboratorio sobre evidencias, que no las habría, puesto que Cass la había bañado en la fundación.

Para mi satisfacción, la pequeña se empeñó en que yo la cogiera en brazos para salir del hospital. Había entre ambos algún tipo de conexión que no entendía, pero que me encantaba.

—¿Estaréis bien?

—Claro, vete.

A pesar de sus palabras, Cass pareció un poco decepcionada cuando las dejé en la habitación de la fundación.

—Coge mi coche —me sugirió.

—Alguien ha traído el que alquilé.

Era tan patético como cierto. Estaba tan inmerso en lo que ocurría alrededor de Cass, que solo recordaba que lo había dejado en los alrededores de su apartamento y Will envió a alguien del personal de la fundación a buscarlo. Mi antiguo jefe de unidad me hubiese despedido por estar tan disperso.

—¿Me mantendrás al tanto?

Lily se había dormido en la cama y Cass estaba colocando un par de almohadas, flanqueándola, para que no se cayese si se movía demasiado.

—Te llamaré —le prometí.

Me detuvo cuando estaba a punto de abrir la puerta y se abrazó a mí, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Ten cuidado, por favor.

—Descuida —le di un beso en la coronilla y me fui con prisas, porque cada vez me apetecía menos separarme de ellas.

Recorrí el comedor en busca de Will que, para mi sorpresa, se encontraba desayunando con una vieja amiga y un desconocido. Ella hizo girar su silla de ruedas y me abrió los brazos. Me incliné y la abracé, recibiendo a cambio un par de besos en las mejillas.

—¡Qué ganas tenía de verte, Mack!

Diana Sherman, la hermana de Miller, a la que mi antiguo compañero quiso interrogar por tráfico de drogas, era una mujer muy cariñosa. Se me hacía difícil conciliar su pasado de agresiva abogada, adicta al trabajo y a cualquier estupefaciente que le permitiera seguir funcionando durante días seguidos, con la mujer dulce y paciente de ahora. Debía rondar los cincuenta años y era hermosa en su madurez. Poseía una larga melena rubia, ojos castaños y vivaces, y un auténtico bronceado californiano por el que muchas matarían.

—Este es mi prometido, Einar Erickson —dijo, presentándome a su acompañante y pareja.

El hombre, fornido, rubio y de piel muy blanca, debía tener una edad similar a la de Diana. Aunque su nombre no me hubiera dado una pista de sus orígenes nórdicos, su aspecto hablaba por sí mismo. Me alargó una mano, sonriente.

—¡Por fin nos conocemos, hombre! —exclamó él, sin el más leve acento, mientras sacudía mi mano con fuerza.

—Siempre que vengo a Los Ángeles es por trabajo —me disculpé—. Aunque añoro pasar a tomar el té con esta dama.

—Siéntate unos minutos. Ya sé que no es el mejor momento, pero tómate algo con nosotros —replicó ella.

Will se retiró, alegando que tenía trabajo en su despacho.

Charlar con Diana era fácil, aunque esta vez ella fue al grano y me ofreció asesoramiento legal, si lo necesitaba, y la ayuda de su novio. Erickson era director de la oficina científica de la policía de

Los Ángeles y, aunque siempre estaban colapsados de trabajo, estaba dispuesto a hacerme un informe de paternidad, que ningún tribunal familiar podría rebatir.

—Lo que necesites, Mack —dijo ella, cogiéndome de la mano en gesto cariñoso.

—Os lo agradezco, pero no hace falta.

—Me alegro, y sabes que lo digo de corazón —respondió ella con una de sus luminosas sonrisas—. Y quiero conocer a tu hija y a su madre. No ahora, ya sé que no es el momento. Ahora solo quería verte a ti.

Diana no había venido a hacer una visita de cortesía.

Tenía una estrecha relación con su hermano, que estaba al tanto de todo lo que ocurría a través de Will, así que ella también sabía lo de la suplantación de identidad de Cass.

Además de ofrecerme ayuda, me propuso algo que podía ser una puerta abierta a un futuro cercano.

*****

En el aeródromo me esperaban Carol y Zimmer.

—¿Tú no trabajas? —le pregunté a ella.

—Estoy indispuesta —contestó, con desparpajo.

—¡Y pensar que pagamos tu sueldo con nuestros impuestos! —exclamó Richie, asomando la cabeza para saludar.

Llevaba un mono manchado de aceite y se limpiaba las manos en una toalla que estaba para tirar a la basura.

Ella le dedicó un corte de mangas.

—He indagado un poco más en el historial de Misty —dijo Carol —, porque me extrañaba que una persona tan gris hubiera planeado lo del secuestro. Según Cass, a veces tenía reacciones casi infantiles, como si padeciera algún grado de trastorno del desarrollo intelectual. No tanto como el que sufría su hermana, Red, pero ella conocía los síntomas.

—Son síntomas que pueden causar las drogas —intervino Zimmer—. Por eso nos hemos puesto en contacto con su madre. En

el informe de la DEA sobre el accidente en el laboratorio de meta, apenas se hace mención a Misty.

—¿Habéis encontrado a la madre?

—¿Dudas de nuestra eficiencia, tío? —preguntó Carol, con los brazos en jarras.

—¡Ya me cuidaría!

—¡La madre de Misty sí que está chiflada! —rio Zimmer—. Nos ha costado dar con ella, porque vive a salto de mata. Los servicios sociales de Garden City, en Boise, la conocen bien y los albergues no la dejan pernoctar en sus instalaciones. Pero en uno aún le permiten acudir por las mañanas a asearse y han accedido a pasarle la llamada.

—Todo un personaje —reconoció Carol—. Entre tacos y promesas de pagarle por la información, he logrado convencerla de hablar conmigo. La tía es escurridiza a más no poder. La trataron en un centro de salud mental, donde estuvo internada un par de meses, hasta que se escapó, con la ayuda de una amiga que hizo en la institución.

—Menudos antecedentes los de Misty… —resoplé.

—Los replicó muy bien. Misty se drogaba desde su temprana adolescencia, aunque su punto de inflexión lo culminó un altercado, que causó el accidente de seis coches, al irrumpir en plena interestatal desnuda y bajo el efecto de las drogas. Debió ser todo un espectáculo.

—Tuvo que ser duro crecer en un entorno así —comenté.

—Pues no le tengas demasiada lástima —intervino Zimmer, revolviendo entre unas notas—. Según el informe, aparte de las secuelas de la droga, que le provocaban brotes psicóticos, su coeficiente estaba por encima de la media. Pero, a la vez, era vulnerable a ciertos estímulos. Dada su baja autoestima, resultaba fácilmente manipulable cuando recibía atención.

—Esa mujer sufría de carencias emocionales, pero no todos los que crecen con falta de cariño se convierten en asesinos y secuestradores —argumentó Carol.

—Para el caso, seguimos igual —dije—. Ella no fue la que entró en casa de Cass porque estaba en San Diego y, si tenía una cómplice

viviendo en su apartamento, como sospechamos, no hay forma de verificarlo.

—A no ser que siga por allí —sugirió Carol.

—Coloqué una pequeña cámara —dijo el interpelado—. Si alguien entra en ese apartamento, lo sabré.

Carol elevó los brazos en un gesto teatral.

—¿Por qué no tengo compañeros tan espabilados en el FBI? ¡Por favor, vamos a abrir una agencia propia, chicos! Sigo queriendo hacerme rica.

—Tienes compañeros espabilados, Carol, pero están obligados a cumplir la ley y yo no —respondió Zimmer.

—Estoy de acuerdo. La ley, a veces, es un auténtico fastidio —intervine—. Gracias, Zimmer. Voy a pasar por el apartamento de Misty y me daré una vuelta por el vecindario. Aún tengo mi placa del FBI, que sigue impresionando a la gente.

—¡Llévame a la oficina, si no te importa! —exclamó Carol.

—¿Vas a hacer como que trabajas? —le preguntó Zimmer.

—Voy a recoger mis cosas y a comer con Will.

Zimmer rio y se despidió de nosotros con un gesto.

—¿En serio que vas a ir preguntando puerta a puerta? —me preguntó la agente.

—¿Qué otra cosa puedo hacer para saber si Misty tenía compañera de vivienda? —respondí.

Ella suspiró.

—Me pareces un tío legal, Mack, y mereces saber que el equipo que investiga el secuestro de Lily no se cree que la devolvieron sin una compensación —dijo Carol.

—Yo tampoco lo creería, de encontrarme en su lugar —asentí —. Cass quería alejar la atención de Misty y lo único que va a conseguir es que la examinen a ella bajo el microscopio.

Mi acompañante chasqueó la lengua y me indicó que cogiera la próxima salida, mientras buscaba su móvil en el bolso.

—Will, cariño, hoy no voy a comer contigo. Me ha salido un plan mejor. —Escuchó lo que le decía su marido y rio—. Mack y yo vamos a patearnos la calle. Si te apuntas, busca tu placa del FBI

para ir a juego con nosotros y consigue unos burritos de camino; tengo antojo de burritos y me muero de hambre.

Mientras ella hablaba con Will, a mí se me estaba ocurriendo algo.

—Hoy he conocido al prometido de Diana Sherman. Creo que también lo conoces.

—¿Einar? Hombre, claro, es un amor. —De repente, se llevó la mano a la boca—. ¡Joder, a ver si es verdad que los embarazos interfieren las conexiones neuronales…! ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí?

—Si le llevamos alguno de los vestidos que no casan con la personalidad de Misty, ¿crees que podrá buscar ADN ajeno al de ella?

Carol chasqueó la lengua y volvió a coger su móvil.

—Einar, cielo, ¿cómo estás? Liado, ya sé. ¡Ah, es tu día libre! Pues me lo pones a huevo. ¿Te apetecen unos burritos?

La agente del FBI embarazada soltó una carcajada.

—No. Te necesito en plan mono de papel y todo eso. Y los burritos nos los comeremos en el coche. ¡Un planazo, ya lo sé, pero a ver quién te hace una oferta más interesante!

Pasó a contarle a grandes rasgos el tema y cortó la comunicación, sonriente.

—Tenemos al director de la oficina científica del centro de Los Ángeles a nuestra disposición durante un par de horas. Vamos al apartamento de Misty, se reunirá con nosotros allí. Por cierto, ¿qué tal se te dan las ganzúas?

*****

Einar Erickson no se presentó solo.

—Es Sam, la mejor en rastros. —Nos presentó a una atractiva mujer que le acompañaba—. ¿Habéis tocado algo?

—Con el boli —contesté.

—Pues salid de aquí para no contaminar más. Sabemos dónde buscar —dijo él—. Y quiero esos burritos cuando terminemos de peinar esto.

Le apreté el hombro para darle las gracias.

Empezamos a preguntar a los vecinos antes de que llegase Will, que se unió a nosotros media hora después.

—Señora, ¿es que nunca ha visto a una agente del FBI embarazada? —dijo Carol, en el piso de abajo—. Dígame su nombre, ahora tengo curiosidad y creo que puedo perder unos minutos en investigar si tiene algún «asuntillo» pendiente…

Will, que estaba subiendo al piso superior, se giró a mirarme y abrió los brazos, mientras alzaba los ojos al cielo.

—¡Y dejé la DEA para vivir sin sobresaltos! —exclamó.

—¡Te he oído, Will! —dijo Carol en voz alta—. No hablo con usted, señora. Dígame cómo se llama y conteste a mis preguntas, que hoy tengo un día regular…

Después de pasar por todos los apartamentos y las tiendas cercanas mostrando la foto de Misty, solo Will había obtenido una respuesta positiva de un vecino. Había visto salir del apartamento a otra mujer que no era la inquilina habitual. Solo una vez y de noche. No pudo dar detalles, excepto que era alta y estilizada, y que su pelo brillaba como si llevase purpurina.

Erickson y su experta en rastros se reunieron con nosotros en un restaurante cercano. Se habían despojado de sus monos azules y habían guardado lo recogido en la furgoneta en la que llegaron.

—A mí Carol me ha prometido burritos y no pienso irme sin comer —dijo el científico.

—Yo también me comería alguno más… —añadió Carol.

Se notaba que había confianza entre ellos y la charla fue distendida, sin entrar en detalles sobre lo que habíamos ido a hacer allí.

—Siento que los resultados no sean inmediatos —me dijo Erickson al despedirse—. Tendremos que procesarlos en nuestras horas libres y cuando no haya técnicos curiosos cerca.

—Gracias. Cuando puedas, irá bien.

Al quedarnos solos, decidimos registrar más a fondo el apartamento, ahora que Erickson había recogido muestras de lo que le pareció digno de investigación.

—Creo que no tuviste tiempo de registrar el gabinete —comentó Will, dirigiéndose a mí—. Me daré una vuelta por allí, a ver si hay algo interesante.

—Voy contigo, maridito —se apuntó Carol—. Igual puedo robar algún aceite de masaje caro para que me des friegas.

Will rio.

—Anda, vamos antes de que se haga de noche.

Volvimos a reunirnos en la cafetería un par de horas después. Mi búsqueda en el apartamento de Misty fue infructuosa, excepto por un billete de avión despachado a su nombre desde Nueva York a Los Ángeles, en una fecha aproximada a la llegada de Cass. Will y Carol solo habían encontrado un breve listado de las clientas del gabinete.

—Esto quiere decir que no se mantiene con su trabajo —dijo Carol—. Ocho clientas. Aunque acudiesen todas a diario, no le llegaría para pagar alquileres y facturas.

—Está claro que tiene que mantenerse con la indemnización que le dieron por lo de la explosión del laboratorio, pero me extraña que haya durado tanto —añadió Will—. Vivir en San Francisco, Nueva York y Los Ángeles con ese dinero es optimizar mucho los recursos.

—A no ser que tenga ingresos extra —rebatió ella.

—A eso apunta la ropa de su apartamento, ¿no? Quizá Misty se transformase en otra persona al caer la noche.

—¿Sin cicatrices? —apostillé. El vecino que habló de la amiga de Misty la vio con un vestido, cuyo escote en la espalda llegaba casi hasta sus nalgas y no percibió ninguna.

—¿Y si Misty no tiene tantas cicatrices? —propuso Carol .

—¿Para qué cubrirse tanto, entonces? —refutó su marido, que pasó a darse una palmada en la frente—. ¡Mierda, es posible que para empatizar!

—Una mujer que tuviese que ocultar parte de su cuerpo y su cara por un grave accidente, resultaría menos amenazadora —dije—. Cass es desconfiada, pero la desgracia ajena reduce el nivel de alerta de una persona normal.

—Es cierto —asintió Carol—. Mostrar vulnerabilidad consigue que la otra persona se sienta más segura y confiada.

—En el hospital dijeron que sus quemaduras fueron muy graves —intervino Will—. Ni con todos los avances en cirugía hubiese recuperado su piel.

—Entonces, solo queda la hipótesis aceptable de una cómplice —dije—. Y no sabemos nada de ella.

Will torció el gesto.

—A mí esto no me cuadra… Si Misty fue tan lista para planear el secuestro y conseguirse una coartada, ¿por qué se llevó a Lily a su gabinete en lugar de esconderla en otro lugar?

—¿Porque quería que la encontrasen? —propuso Carol.

Los puzles contenían piezas que parecían no encajar en ningún sitio, hasta que encontrabas el adecuado. Y Carol acababa de mostrarme que yo me había conformado, por conveniencia, al meter la pieza que no encajaba a presión.

—¡Mierda! —exclamé, y salí corriendo en busca de mi coche, sin dar explicaciones.

CAPÍTULO 35

Cass

Llegué a los Ángeles con un par de maletas, una niña de tres meses y un carrito de bebé.

En recursos humanos me buscaron un apartamento temporal mientras conseguía algo por mi cuenta. Me quedaba un mes de baja y quería usarlo para aclimatarnos a una ciudad nueva, a otra forma de vida y a actualizar papeleo. De todo, lo que más miedo me daba era lo último.

No obstante, necesitaba pasar por las oficinas a firmar el traslado. Ese documento, presentado al seguro, me permitiría tener acceso a un buen pediatra, para seguir haciéndole a Lily las revisiones correspondientes a su crecimiento.

Cuando empecé a trabajar, me costaba horrores dejar a Lily en la guardería del bajo de las oficinas. No nos habíamos separado desde que había nacido, pero vi que el personal que atendía a los niños era muy cuidadoso y responsable.

Aun así, en mis horas libres pasaba a verla.

Lily era un bebé encantador y las cuidadoras la querían.

Cuando salíamos de las oficinas, íbamos de compras o nos dábamos un paseo hasta el apartamento.

Solía cruzarme con Misty, y me fijé en ella por su inusual forma de vestir: usaba blusas cerradas hasta el cuello y de manga larga, un poco agobiantes en aquel clima templado. Pero en una ciudad plagada de excéntricos, llamaba yo más la atención con mi traje oscuro.

Un día me paró en la calle.

—Perdona, es que llevo viéndote un tiempo y solo quería decirte que tienes un bebé precioso. ¿Cuántos meses tiene?

Intercambiamos solo un par de comentarios más y luego cada una siguió su camino.

Sin embargo, a partir de entonces, nos saludábamos a diario y, a veces nos deteníamos a charlar un poco.

—Voy a esa cafetería de ahí. —Me indicó un día especialmente ventoso, en el que el paseo no era muy agradable—. ¿Te apetece tomar algo?

Estuve a punto de negarme. Después de todo, no la conocía más que de vernos en la calle, pero acepté porque me apetecía charlar un poco de algo que no fuera trabajo.

En aquellas semanas, trabamos una relación de amistad. Misty sentía predilección por Lily y a mí me hacía feliz que alguien se diese cuenta de lo maravillosa que era mi hija.

Cierto día, nos acompañó a un parquecito. Lily era todavía pequeña para jugar, pero le gustaba ver a los demás niños.

—¿Puedo? —me preguntó Misty, indicándome a Lily.

Se la puse en brazos y Misty se sentó con ella en un banco.

—Dios, ¡es tan bonita y tan pequeña!

Vi que le asomaban lágrimas a los ojos.

—¿Estás bien?

Se sorbió la nariz y me miró con una triste sonrisa.

—No puedo tener hijos por…, bueno, por el accidente.

—Pensaba que te habías quemado.

—Ya, bueno, ese fue uno de los accidentes. Ya me he acostumbrado a mis cicatrices, pero tuve otro accidente de tráfico en el que tuvieron que extirparme…

Su tono se hizo casi inaudible.

—No puedo tener niños. Y siempre quise niños a mi alrededor. Lo malo es que mi hermano tampoco tiene hijos, así que ni sobrinos a los que mimar me ha dado la vida, a pesar de que me hubiese encantado cuidar de uno de estos milagros.

—Lo siento mucho.

Nunca más volvimos a hablar del tema; debía resultarle demasiado doloroso. Cuando surgió el de la paternidad de Lily, yo

tampoco hablé de Mack porque me resultaba doloroso a mí.

Acostumbrábamos a tomar un café todas las tardes que yo no tenía compras que hacer, ni citas a las que acudir.

—En los próximos días no tendré tiempo, Misty.

El periodo de alquiler de cortesía del FBI se estaba terminando y tenía que ponerme en serio a buscar algo.

Se lo expliqué y a ella se le iluminó el rostro.

—¡Deberías habérmelo dicho antes! Mi hermano vive en una casa de dos plantas. ¡Alquila la superior y ahora está libre!

Se mostró muy excitada y llamó a su hermano.

—¡Vamos ahora mismo, está a veinte minutos a pie!

—¿No será demasiado precipitado?

—¡Qué va! Y además, te gustará.

A medida que nos acercábamos, el entusiasmo de Misty crecía a la misma velocidad que el mío se evaporaba. Aquella zona parecía cara. La casa ante la que nos detuvimos era vieja, aunque no descuidada. Se encontraba en un montículo, de forma que el primer piso quedaba a unos metros sobre la calle. Unos setos separaban el jardín de la acera y el césped se veía cuidado, con solo algunas calvas bajo los árboles.

Un caminito de losas de piedra llevaba hasta las escaleras del porche, donde nos esperaba un hombre, cercano a la cincuentena, muy delgado y de pelo ralo. Vestía pantalones chinos con un polo azul oscuro, y lucía una sonrisa que le añadía años a su rostro.

Misty lo besó en la mejilla y nos presentó.

—Esta es mi amiga Cass, de la que ya te he hablado, Henry.

Él me tendió la mano y yo se la estreché. Me dedicó un apretón flojo que, de encontrarme con los ojos cerrados, hubiese atribuido a una mujer escrupulosa. Por lo demás, fue muy amable y se interesó enseguida por mi hija.

—¿Y esta señorita?

—Es Lily —exclamó Misty.

—He oído hablar de las dos —dijo Henry—. Sois el único tema de conversación de Misty desde que os conoció.

Su tono era risueño y nos hizo pasar al interior de su casa.

—Arriba los muebles son más nuevos, pero estos son antigüedades heredadas y no me decido a venderlos, aunque sé que debería porque me comen mucho espacio.

Era cierto. El salón aparecía atestado de muebles, incluso había varios baúles apilados unos sobre otros.

—Requieren de constante conservación y yo me di por vencido hace años. Pero siéntate y os preparo un café.

—Ya lo hago yo para que vayáis hablando —se ofreció Misty, más entusiasmada que yo.

Ella desapareció por una puerta que, imaginé, sería la de la cocina y Henry y yo tomamos asiento en sendos sillones individuales, de recargada tapicería.

—Bueno, Cassandra. No sé si Misty te habrá explicado las condiciones, que son pocas, pero importantes para mí.

Negué con la cabeza.

—Básicamente, se reducen a una sola: tranquilidad. —Movió las manos, como borrando lo dicho—. Me refiero a que no permito dar fiestas ni que haya ruidos fuertes, ya sea de música o de peleas. Ya sé que no está del todo en mis manos y es por eso que solo alquilo el piso superior a personas tranquilas.

—Llevo apenas un mes aquí, Henry, y solo conozco a un par de compañeros de trabajo. Como comprenderás, no tengo mucho tiempo para dar fiestas —le dije, señalando a Lily—. De todas formas, seré franca contigo: no creo que pueda permitirme pagar el alquiler en una zona como esta.

—De eso hablaremos luego. A mí me interesa más la calidad de la persona con la que comparto espacio que su estado financiero. Trabajando en el FBI, no creo que seas una delincuente que se dedique a dejar facturas de alquiler impagadas por ahí, y el gobierno es puntual remunerando a sus funcionarios. Créeme, para mí eso son referencias más que suficientes.

Henry me explicó que había sido su hogar familiar hasta que su madre murió y su hermana se marchó. Sin embargo, me hizo muchas preguntas que, en aquel momento, con Misty a su lado, me parecieron de lo más normales. Ahora veo que su propósito era cerciorarse de que Lily y yo carecíamos de familia.

Cuando se dio por satisfecho, subimos a conocer el apartamento, que era más un piso, por las dimensiones.

La planta superior había sufrido una reforma total y tenía un aire más moderno que su vivienda. Los espacios eran diáfanos, con los muebles justos, pero dispuestos de forma estratégica para crear un ambiente cálido. Se habían sacrificado dos habitaciones para dar espacio al salón y la cocina. Las otras dos estaban también completamente remodeladas. La principal disponía de baño propio, además de vestidor, y en el pasillo había conservado un pequeño aseo para las visitas en tonos pistacho, igual que las paredes del salón.

El suelo era de madera pulida y barnizada tan finamente que casi no se notaban las junturas de los tablones. Henry me explicó que había conservado el suelo original y completado la zona remodelada con tablones conseguidos en edificios de la misma época en proceso de modernización.

—No puedo permitirme… —comencé, pero Henry me cortó, levantando una mano.

Me dijo un precio, similar al de cualquier apartamento de los que había visto y que tenían solo una habitación, además de mucho peor aspecto.

Misty miró sonriente mi expresión de sorpresa.

—Ya te he dicho que el dinero no es problema para mí —comento Henry—. Prefiero tener a alguien de confianza. Mi madre me dejó, además de esta casa, un buen legado en metálico.

Me tendió la mano y se la estreché. De nuevo resultó un apretón blando, flojo, ¡pero estaba encantada con mi suerte!

—¡De acuerdo pues! Por mí, puedes comenzar a trasladarte mañana mismo.

—Mi traslado será breve, solo tengo las cosas de Lily y nuestros efectos personales.

Henry se ofreció a ayudarme. Tenía una furgoneta vieja, que usaba para cargar los fertilizantes para el jardín y que servía también para transportar los aperos de las obras, que seguía haciendo en su casa.

No le importó que estuviéramos a mitad de mes.

—Estos días serán para ir acostumbrándonos.

La furgoneta vino bien para la cuna, el cambiador y algunas cosas de Lily que no hubiese podido cargar en mi coche.

Dos días después, estábamos instaladas y encantadas, porque el paseo hasta las oficinas apenas nos llevaba media hora a pie y eso también me lo ahorraba en combustible.

Al principio, Misty pasaba por casa de Henry solo un par de días a la semana, pero luego alargó las visitas y terminó viviendo abajo casi a tiempo completo. Paseábamos a Lily juntas y Henry se unía a nosotras cada vez más. Ambos estaban encantados con ella, que no era una niña ruidosa ni llorona.

Excepto aquella única vez que Henry me preguntó por mi familia y amigos, nunca más volvió a surgir la cuestión.

—¿Te gusta el vino, Sandra?

Los dos me llamaban así.

Misty subió por primera vez pocos días después de instalarnos. Llevaba una botella de vino tinto y dos copas.

La hice pasar.

Le estaba agradecida por haberme facilitado aquel alquiler, y pensaba ya en ella como una amiga.

—¿No despertaremos a la pequeña?

Negué con la cabeza.

—No te preocupes, ahora duerme casi toda la noche seguida y yo me siento muy aliviada porque era una verdadera tortura no dormir más de tres horas seguidas.

Misty sirvió el vino y nos sentamos en el salón.

—¡Pobrecita! ¡Tuvo que ser agotador!

—Lo fue, pero es una etapa que se pasa.

—Ya. ¿Todavía le das el pecho? La leche materna…

—Tengo que trabajar, Misty.

Puede que hubiera usado un tono demasiado cortante, pero odiaba que la gente se creyera con derecho a opinar sobre mis decisiones. ¡Ni que pudiésemos mantenernos de aire!

Misty bajó la vista y me arrepentí de haberle contestado con semejante brusquedad. Ella era tímida y sentía gran debilidad por mi

hija. Le hacía fotos a diario, que enlazaba en un vídeo todos los meses para que viera cómo crecía.

Henry era algo taciturno. Dedicaba mucho tiempo a la lectura, a las reparaciones de la casa y al cuidado del jardín. No obstante, manteníamos un trato cómodo, que terminó convirtiéndose en confianza. Alguna vez venía con Lily y conmigo a pasear y se empeñó en enseñarme a cocinar, a pesar de que sus platos no eran tan exquisitos como él pensaba.

Visto en la distancia y con la información que poseía ahora, tenía que haberme extrañado la relación que mantenían Misty y él. Parecían evitarse y Henry se refería a su herencia, no a la que ambos debían haber compartido.

Carol fue una novedad muy bienvenida en nuestras vidas. A veces, me arrollaba con su exceso de entusiasmo, pero resultaba agradable dejarse arrastrar por su salvaje franqueza.

Sus continuas invitaciones me obligaron a recapacitar en que mi mundo era demasiado pequeño y me presentó a gente optimista, que reía mucho y preguntaba poco.

Esas salidas con Carol fueron motivo de alguna desavenencia con Misty, que parecía celosa de mis nuevas relaciones de amistad. Supongo que se había acostumbrado, como yo, a nuestro pequeño universo diario, pero tanto a mí como a mi hija, nos convenía relacionarnos, y los amigos de Carol tenían niños pequeños. Lily pronto andaría y querría estar rodeada de otros niños con los que correr y jugar.

Resuelta a darle un cambio a mi vida, incluso me permití salir a cenar con el hermano de una compañera de trabajo, un banquero tan insulso que no me quedaron ganas de repetir. No obstante, volvimos a quedar para hacerle un favor: tenía que acudir a un evento con sus jefes y me pidió que fuese su acompañante, sin otra intención. Se comportó y no volvió a insistir. La experiencia me sirvió de lección: no estaba preparada para una relación romántica; Mack seguía demasiado presente.

Lily cada día se parecía más a su padre y en vez de que su recuerdo se fuera desvaneciendo, me ocurría lo contrario, que cada vez lo echaba más de menos.

CAPÍTULO 36

Mack

Misty seguía manipulándonos.

Le di un puñetazo de frustración al volante. El guardia de la puerta de la fundación me acababa de decir que Cass había salido del recinto al anochecer, hacía más de una hora.

Entré en su habitación, esperando encontrar alguna nota, puesto que no respondía al móvil. No había nada y se notaba que habían salido con prisas.

Llamé de nuevo al móvil de Cass, que parecía apagado y me puse en contacto con Zimmer.

—¿Hay forma de conocer su ubicación a través del teléfono? —le pregunté.

—Dame un segundo. Estoy en casa.

—Perdona que te haya molestado, es que Cass no contesta y con Misty suelta…

—No te disculpes.

Tardó unos minutos, que se me hicieron eternos.

—Su último contacto es una llamada recibida desde el hospital Cedars-Sinai —dijo, intrigado—. Voy a escuchar la conversación, no cuelgues.

Me paseé de un lado a otro con ganas de destrozar algo, de salir corriendo, de matar…

—Ha entrado un paciente de urgencias con conmoción cerebral, cuyo número de contacto en caso de accidente era el de Cass. Y según la documentación del accidentado, eras tú.

—¡Será hija de puta! —gruñí.

—Su teléfono está apagado, pero puedo localizarlas, aunque me lleve un rato —prometió Zimmer—. Los aparcamientos del hospital están bien vigilados con cámaras y los alrededores también disponen de gran cantidad de ellas.

—¡Salgo hacia allí!

El corazón me latía tan rápido que jadeaba para respirar. ¡Maldita sea, no debería haberlas dejado solas!

Encontrar a Lily había sido demasiado fácil.

Misty sabía que no me fiaba de ella y que, tarde o temprano, entraría en casa de Henry. Debió dejarse la luz del cuarto secreto encendida para que lo encontrase y fuese a buscarla para pedirle explicaciones. Su objetivo real debía ser Cass, que había sobrevivido al secuestro y a la que yo no dejaba sola. Pero yo la había dejado sola para buscarla a ella.

A punto estuve de no contestar al móvil de Frank Keaton. ¿Cómo iba a decirle que le había vuelto a fallar a su hija?

—Mack, ¿dónde estás?

—En la fundación.

—Pues mueve el culo. Te envío mi ubicación.

—Frank, este no es buen…

—¡La hija de puta esa tiene a Cass y a Lily y las estoy siguiendo! ¡Ven echando leches!

Salí con tanta prisa que, para no entretenerme en la barrera, toqué el claxon y puse las luces largas antes de alcanzarla, esperando que los vigilantes entendieran mis prisas, porque no pensaba detenerme.

Los Ángeles era muy grande y me daba la impresión de que la flecha que señalaba la ubicación de Frank se alejaba, en vez de acercarse.

Centrarme en superar el tráfico, en saltarme todos los semáforos rojos que pude, sin poner en peligro a ningún otro conductor, y rezar para que no me detuviese una patrulla de tráfico, ocupó gran parte de mi atención los minutos siguientes. Cuando me metí en una autopista, llamé a Zimmer para contarle las novedades y me pidió el número de Frank. Luego, nos puso a los tres en contacto.

—¿Qué ha pasado, Frank?

—Me sentía menos optimista que Mack sobre lo de localizar a mi nieta con semejante facilidad. Si esa mujer esperaba que encontrásemos a Lily, era porque le convenía. No la quería a ella, sino a mi hija.

Frank había llegado a la misma conclusión que yo, pero con un día de antelación. Puede que hubiese perdido la movilidad en las piernas, pero me daba mil vueltas en experiencia y sangre fría para afrontar la situación. ¡ Y ojalá su calma fuese contagiosa porque yo estaba acojonado!

—Acabáis de pasar el aeropuerto de San Bernardino, Frank —le advirtió Zimmer al padre de Cass—. Poco más adelante entraréis en zona deshabitada, con numerosa vegetación. Si es el caso, intenta detener su coche o las perderás.

CAPÍTULO 37

Frank

No era, ni mucho menos, el hombre que fui antes de empezar mi declive, pero conservaba algunas de las habilidades que mis años de trabajo con las unidades me habían dejado de recuerdo. Entre ellas, todavía era capaz de seguir un vehículo sin ser detectado.

A pie era improbable que pudiera pasar desapercibido mucho rato, pero al volante de un coche solo hacía falta habilidad y cierta visión predictiva sobre el tipo de conductor al que seguías. Mi hija no se sentía cómoda conduciendo en Los Ángeles, se notaba en sus titubeos a la hora de cambiar de carril y en la baja velocidad a la que circulaba.

Según me había dicho, pocas veces salía de su circuito habitual porque no necesitaba el coche para ir a trabajar y solo lo movía los fines de semana o cuando tenía que hacer la compra semanal de víveres.

Mientras Mack se sumergía en la vida de Misty, yo era partidario de esperar su siguiente movimiento. Y supe que había llegado el momento cuando Cass salió de la fundación a horas intempestivas. Lily tenía que estar acostada, pero iba en su sillita del asiento trasero, por lo que tenía que ir apurada de tiempo o hubiera encontrado a alguien que se quedase con ella.

Había salido con prisas y lo que fuera, tenía que haberla impactado como para llevarse a la niña con ella.

En el aparcamiento del Cedar-Sinai, entendí que había caído en una trampa, porque Misty no la dejó siquiera apearse. Apuntó con una pistola a mi nieta y mi hija solo pudo reaccionar como cabía: siguiéndole la corriente para protegerla.

En ese momento, eché de menos mis piernas porque la hubiera interceptado antes de que pudieran moverse del aparcamiento. Pero llorar por lo que no tenía remedio era una pérdida de tiempo y mi familia me necesitaba centrado.

Volví a seguir el coche conducido por Cass y probé a adelantarla para que supiera que no estaba sola. Me vio y negó imperceptiblemente con la cabeza, manteniendo la vista al frente. Lo entendí. Sería capaz de abatir a Misty de un disparo, pero Lily podía resultar herida. Lo único que cabía hacer era no perderlas y pedir refuerzos.

—Mack, ven echando ostias.

La ayuda de Zimmer fue bienvenida porque me permitía asegurarme de no perderlas cuando me quedaba varios coches por detrás. Aunque contaba con que Misty estuviera pendiente de Cass, un giro brusco me hubiera delatado. Sin embargo, me preocupaba que se dirigieran a algún Parque Nacional. En esas carreteras y a esas horas, el tráfico sería escaso y mi presencia detrás de ellas no pasaría inadvertida.

—Puedes quedarte rezagado unos kilómetros —dijo Zimmer—. Tengo su coche localizado a través de un satélite y no lo perderé hasta dentro de tres horas.

No irían tan lejos, leí entre líneas. Si Misty quería matar a Cass, lo haría en el bosque.

Misty, sin embargo, logró sorprendernos al cabo de diez minutos, cuando obligó a Cass a desviarse, para dirigirse a Moreno Valley y adentrarse en el dédalo de calles flanqueadas de casitas de una planta y aspecto pulcro. Después de varias vueltas, se metieron en una calle sin salida. Las casas allí estaban sin terminar. Plásticos opacos ocultaban entradas, cintas perimetrales alertaban de obras y las aceras estaban delimitadas solo por zanjas poco profundas.

A la luz del escaso alumbrado público, vi en que casa se habían metido, puesto que me había quedado atrás para que Misty no se percatara de mi presencia. El coche de Cass estaba vacío y yo aparqué a cien metros. Nuestros vehículos eran los únicos aparcados en la calle sin salida.

—Acabo de llegar —dije, para que los otros me escuchasen—. Voy a entrar.

—Espérame, Frank —me pidió Mack Brooks.

—¿Cuánto tardas?

—Está a media hora —susurró Zimmer, remiso a dar tan malas noticias.

Los Ángeles era una ciudad desparramada, demasiado grande en extensión para mi gusto, y acababa de recibir la confirmación. ¡Media hora era demasiado tiempo!

—No voy a esperar tanto.

Agarré la silla de ruedas y la pasé sobre mí para desplegarla al lado del coche, cuando el sonido de un disparo me paralizó y el corazón se me encogió.

Nunca me perdonaría haberme ausentado mientras mi familia sufría y moría, pero no podría vivir habiéndole fallado a mi hija de nuevo, cuando más me necesitaba.

CAPÍTULO 38

Cass

Tuve tiempo suficiente para maldecirme por mi estupidez. Debería haberme detenido a pensar que, aunque Mack hubiera sufrido un accidente, yo no sería su persona de contacto. Lo lógico es que fueran sus padres o alguno de sus hermanos.

—No sé qué tienes contra mí, Misty, pero podemos solucionarlo entre nosotras. Dejaremos a Lily en el coche y…

El culatazo en un lado de mi cabeza, donde todavía tenía puntos, terminó con la discusión. Durante unos segundos, vi estrellas negras ante mis ojos y creí que me desmayaría, pero me mordí el labio hasta hacerlo sangrar, esperando que el dolor se impusiera al mareo. No podía permitirme tener un accidente en el que Lily pudiese salir herida. O algo peor.

—Tira el bolso por la ventanilla. ¡Ahora!

Mi teléfono estaba en el bolso, pero mi arma no y, a poco que pudiera, le metería una bala en la cabeza a aquella cabrona. Ya no me importaban sus motivos. Estaba loca y tenía a mi hija de rehén por segunda vez. La mataría.

—Sigue por la I-10 hasta que te diga.

Lily conocía a Misty y se mostraba tranquila. Tenía más sueño que necesidad de atención y, pasado el primer momento de la tensión que percibió en el ambiente, los ojos se le empezaron a cerrar.

—Misty…

—He dicho que te calles.

No levantó la voz, así que supuse que quería a Lily tranquila. A mí, de momento, me valía. Me concentré en el tráfico, intenso a esa

hora. Acabábamos de superar la salida del aeropuerto de Ontario, al oeste de San Bernardino cuando me ordenó que cogiera la I-15.

Desconocía esa parte del condado. Mis obligaciones me habían impedido salir de excursión, aunque pensaba hacerlo en el futuro, con Lily.

—Vuelve a la I-10 —me dijo en el último momento.

Creí que estaba cerciorándose de que nadie nos seguía, pero no se encontraba pendiente del tráfico, sino de mí.

Yo, en cambio, tenía la adrenalina por las nubes y percibía cualquier movimiento de Lily y los cambios de postura de Misty, recostándose en el asiento, aunque sin terminar de relajarse. La extraña lucidez de la química corriendo por mis venas, esperando el momento ideal para alcanzar mi arma, me llevó a percatarme del coche que intentaba adelantarnos.

Mi padre apenas me dirigió una mirada, pero vi el destello del cañón de su revólver. Negué con la cabeza apenas. Puede que tuviese buena puntería, pero Lily se encontraba en el asiento trasero con Misty, y un disparo desde un coche en movimiento carecía de seguridades. No obstante, su presencia me reconfortó. No estaba sola.

Poco antes de llegar a Riverside, cogimos la 215 hacia Moreno Valley. Estaba perdida, aunque gracias al GPS me hice una idea del rodeo que habíamos dado, porque me indicó vueltas y revueltas hasta detenernos delante de una casa sin terminar. Ella sabía a dónde íbamos en todo momento, pero me dio mala espina. La zona estaba habitada, excepto esa calle sin salida, con casas en diversas fases de construcción, cuyas obras se habían detenido hacía muchos meses, según pude apreciar.

—Baja después de mí y saca a Lily. Recuerda que la voy a tener a tiro en todo momento, no hagas tonterías.

Claro que iba a hacer una tontería, o lo que era lo mismo: fingir que se me habían caído las llaves y coger mi pistola de debajo del asiento, porque en algún momento tendría la ocasión de pegarle un tiro en la cabeza y no lo desaprovecharía.

—¿Qué haces? Baja ya.

—Se me han caído las llaves…

Solo me dio tiempo a meter el arma debajo de mi chaqueta y sujetarla a mi costado con el codo, esperando que no se me escurriera. Me apeé y le enseñé las manos, para mostrarle que en la derecha solo llevaba las llaves del coche.

—Coge a Lily.

—Está dormida, podríamos dejarla aquí y solucionar esto entre tú y yo.

—¿No sabes que los niños no pueden quedarse solos en el coche? Cógela con la sillita.

¡A buenas horas se mostraba civilizada, la muy puta!

Había confiado en que mi padre recogiera a Lily y ahorrarle a mi hija presenciar lo que fuese, porque tenía el pálpito de que una de las dos, Misty o yo, no veríamos otro amanecer.

Mientras soltaba la sillita de su soporte, aproveché que Misty se encontraba a mi espalda para remeterme el arma en la cinturilla, por debajo de la camiseta. Tendría que tener cuidado porque no era el lugar idóneo y ella se mostraba desconfiada. Hacía bien. Yo no solo era una agente del FBI entrenada, sino una madre protectora y, de las dos, la última faceta era la que más le convenía temer, aunque no lo supiera.

Me señaló la entrada de la casa más próxima en construcción, cuyas puertas y ventanas se hallaban cerradas con plásticos hechos girones, degradados por la intemperie y los vientos de Santa Ana, que azotaban la costa californiana, elevando las temperaturas y reduciendo la humedad ambiental.

Cargada con la sillita en la que dormía Lily, estratégicamente colocada para que Misty no descubriera mi arma, nos adentramos en el edificio, iluminado solo por la claridad de las escasas farolas del alumbrado público. Antes de detener la obra, solo se habían levantado los cimientos y las paredes exteriores; el resto era un espacio abierto, apenas el esbozo de un futuro hogar familiar.

Deposité la sillita en el suelo, con cuidado para que mi hija no se despertase, y me quedé en cuclillas.

—Bien, todavía no sé qué quieres, Misty.

Ella rio entre dientes. Se mantenía a varios metros, los suficientes para darle tiempo a disparar, en caso de que intentase

abalanzarme sobre ella. Y, en último extremo, es lo que pensaba hacer. Para un inexperto con las armas, la cercanía no constituía una ventaja, sino todo lo contrario, por eso fallaban más de la mitad de las veces. El peso y el retroceso de un arma sorprendían, y eran bazas que podían jugar a mi favor.

—Quiero justicia y que devuelvas lo que robaste.

—¿Y a ti qué te importa? John Martin no era tu padre; era un hombre enfermo que no aceptaba la muerte de su hija. Y yo no la maté, murió en un accidente.

—Martin sufrió mucho y me trató como si fuera su hija, pero ya sé que no lo era. No estoy loca, si es lo que piensas para calmar tu mala conciencia. Es injusto que disfrutes de una vida que no te corresponde, de una fortuna robada y de una hija…

—¿Fortuna? He trabajado muy duro, nadie me lo ha regalado. Y mi hija no tiene que ver con la familia Martin. —Quizá elevé la voz demasiado, porque Lily abrió los ojos. Misty la miró y la dirección del arma cambió, para apuntarla a ella—. De acuerdo, esto es entre tú y yo, apúntame a mí…

Lily alargó los brazos para que la cogiera, pero, en vez de eso, le acaricié la frente, apartándole los rizos morenos y le susurré muy bajito:

—Vuelve a dormir, cariño. Shhhhh

Pero no iba a ser el caso. La conocía demasiado para saber que el entorno y la situación suscitaban su interés. Se revolvió, pidiendo que le soltase los ajustes de seguridad.

—Suéltala —me ordenó Misty.

—Escucha… Dejaré de ser Cassandra Martin.

—Has robado más que un nombre —espetó.

—De acuerdo, dime qué quieres…

—¡Suéltala! —exclamó, molesta por las protestas de Lily, que estaba contrariada porque no la dejaba bajar al suelo.

Solté el cinturón de seguridad y mi hija se giró para bajar de la sillita con precaución. Buscando mostrar sus nuevas habilidades motoras a Misty, pretendió encaminarse con su bamboleo decidido hacia ella y la sujeté del pantalón.

—Ven, cariño —la llamó Misty.

Me asqueó la untuosidad con la que se dirigía a Lily.

—Si vas a matarme, no lo hagas delante de ella —le pedí.

—Se asustará, pero se olvidará, es muy pequeña. Y yo la cuidaré mejor que tú —dijo en un tono frío—. Ven conmigo, Lily. Enséñame cómo caminas.

Lily, delante de mí, que seguía en cuclillas, le sonrió y echó a andar. Yo la volví a retener por la cinturilla del pantalón, al tiempo que buscaba mi pistola con la derecha. Aparté a mi hija de un empujón decidido para mantenerla fuera de la línea de tiro y, aun sabiendo que tenía un ángulo muy malo, creí que podría darle a Misty en algún punto del cuerpo.

Disparé. Aunque no fui la única.

CAPÍTULO 39

Mack

Supe que llegaba tarde antes de alcanzar el punto que indicaba la posición de Frank, porque este llevaba sin responder al teléfono casi diez minutos.

Los tres coches de policía de Moreno Valley, con las luces de emergencia encendidas, se encontraban casi al fondo de una calle sin salida. Varios vecinos se habían asomado a la entrada de la calle deshabitada y estuve a punto de atropellarlos, al igual que a los policías uniformados que empezaban a rodear la zona con la consabida cinta perimetral.

Frené y, sin hacer caso de las voces que me conminaban a detenerme, corrí para atravesar la maltrecha cortina de plástico de la entrada.

Habían colocado un foco en el interior de la casa, en fase de construcción, apuntando a un bulto en el suelo, cubierto por una lona impermeable.

Me fallaron las rodillas cuando llegue hasta él.

Unos brazos intentaban detenerme, pero alcé el plástico. Tenía que ver lo que había provocado mi estupidez.

Solté el grito que me atravesaba la garganta y dejé que me tumbasen en el suelo y me esposaran las manos a la espalda.

Ya no me importaba.

CUARTA PARTE

Mamá y él estaban bien solos, no necesitaban a nadie más. Pero el bebé nació cuando Junior acababa de cumplir dieciséis años, tras un embarazo estresante para ambos.

—¡Tienes que aprender a retirarte, Junior! ¿Ves lo qué pasa si no lo haces?

El muchacho terminaba frustrado y cansado de sus remilgos. ¡A buenas horas! Las tonterías románticas hacía mucho que habían terminado y tampoco quería escuchar consideraciones sobre su estado de salud. Ella había empezado con aquello y él era un adolescente con las hormonas en ebullición.

El bebé nació en el domicilio familiar y el mismo doctor que había firmado la supuesta enfermedad de Junior para librarlo de ir al instituto, se avino a certificarlo.

Para mayor desconcierto del muchacho, su madre puso en el registro un nombre femenino y el apellido de su esposo.

La situación resultaba complicada para Junior, aunque tenía claro que debía ocultar su paternidad, o encerrarían a su madre, y él iría a parar a una institución tutelar de menores.

Todo aquello sirvió para que el muchacho se mostrase más alerta de lo habitual. Había contado a las pocas personas con las que hablaba que su padre, el CEO de una gran empresa internacional, volvía de vez en cuando, aunque sus negocios lo mantenían lejos la mayor parte del tiempo, por lo que a nadie extrañó la presencia de un recién nacido en la familia.

Debían aparentar normalidad, incluso con un bebé en casa. Junior lo paseaba y lo llevaba de compras, por expreso deseo de su madre, aunque aborrecía hacerlo.

—¿Cómo está tu madre, Junior? —le preguntaban algunos vecinos con los que se cruzaba—. Supongo que agotada, los bebés dan mucho trabajo.

Otra cosa que aborrecía era que lo llamaran Junior, aunque asentía y esbozaba una sonrisa que podía significar cualquier cosa, al gusto del inquisidor, porque nunca se entretenía en hablar con ellos. Todos sabían de la delicada salud de su madre, complicada con un severo cuadro de agorafobia, por lo que llevaba años sin salir de casa, aunque, como la veían a través de la ventana, suponían que todo estaba bien.

Para evitar visitas inesperadas, como la de la tutora de Junior, este se matriculó en un instituto online, donde se graduó con una nota media, tirando a baja. Eso bastaba para alejar a los curiosos bienintencionados, ansiosos por meter la nariz en asuntos ajenos.

Por las noches le subía la cena a su madre y luego leían juntos. El sexo ya no era diario, pero sí habitual, porque llegó un momento en que Junior lo exigía, sin ningún tipo de pudor y sin negociaciones. Había descubierto que el sexo a la fuerza también era de su agrado y si su madre ponía objeciones, una mordaza y unas ligaduras la convencían. Después de un día castigada sin sus libros y orinándose en la cama, volvía a mostrarse como la madre dulce que era.

El tercer miembro de la familia solo estorbaba y daba mucho trabajo. Más, a medida que crecía.

Cuando cumplió los cinco años, lo llevaba al colegio vestido como una niña por expreso deseo de su madre. Al principio todo fue bien. Pero duró poco. Podía haberse criado como una niña, pero no lo era.

Incluso a Junior le costaba asignarle género. A veces, se hacía un lío.

En previsión de problemas posteriores, se encargó de vestirlo como a un niño, después de cambiarlo de colegio. Alegó que en el registro se habían equivocado con el nombre, pero que lo estaban arreglando y no se volvió a hablar del tema.

La relación de los dos fue un tira y afloja constante. Junior le exigía que, de puertas afuera, se comportase como un niño, pero

una vez en casa, le obligaba a vestir ropas de niña para tener la fiesta en paz con su madre.

El retraimiento de ambos no era impostado. Aprendieron a mentir con soltura, a aparentar normalidad, en contraposición al caos mental, digno de estudio, en el que vivían inmersos. Odiaban y querían a su madre de una manera enfermiza.

Y los años pasaban.

Junior seguía siendo el cabeza de familia y el niño había cumplido los diecisiete cuando la madre murió.

Las desavenencias entre los dos aumentaron, despojados ambos de sus máscaras. Sin el nexo de una madre en común, solo les quedaba matarse o separarse. Junior reunió parte de la herencia y se la entregó, con la condición de que se fuera de casa. El otro accedió y solo se mantenían en contacto mediante alguna llamada ocasional.

Muerta su madre, Junior recuperó el nombre al que tenía derecho y del que le habían privado al nacer por llamarse igual que el padre: Henry, el equivalente en inglés del Henrik sueco de su progenitor.

CAPÍTULO 40

Cass

Lily lloraba a gritos, impresionada por mi empujón y por el súbito estruendo de los disparos. Estaba tan asustada como yo asombrada de seguir viva.

Misty no había llegado a disparar. Se encontraba en el suelo, con una bala en el estómago y otra en la nuca, de las que manaba abundante sangre. Detrás de ella, Joakim acababa de soltar la pistola con la que le había disparado, como si fuese una serpiente venenosa, y me miró, sin saber qué hacer.

Yo me encontraba más sorprendida, pero alcancé a Lily y la abracé, para tranquilizarla. Entonces, Joakim se unió a nosotras y nos envolvió en un abrazo apretado.

Lily se revolvió, molesta por ser estrujada de esa forma, pero yo estaba tan aliviada y sorprendida que me abracé con más fuerza a él. Después de unos instantes, Joakim se puso en pie y me tendió la mano para ayudarme.

Yo todavía tenía las piernas temblorosas, pero apreté la cabeza de Lily contra mi pecho para que no viera el macabro espectáculo, y salimos al aire libre.

Las sirenas de policía se oían muy cerca y las luces rojas y azules intermitentes nos bañaron enseguida, confiriendo movimiento al entorno.

Vecinos y curiosos se reunían al principio de la calle sin salida, a cierta distancia, por si empezaban a volar balas por todos lados. Esa actitud, que ya había observado antes entre los angelinos, me fascinaba: el morbo de la gente era mayor que su sentido de la

supervivencia, que empujaría a cualquiera a salir corriendo en dirección opuesta al peligro.

Mi padre se encontraba algo más cerca, con su silla de ruedas detenida a treinta metros y su coche aparcado detrás. Había querido ayudarnos, pero Joakim se había adelantado. Y, desde luego, tuvo que ser muy discreto porque no lo había detectado siguiéndonos.

Mi padre giró su silla de ruedas y regresó al principio de la calle para unirse a los mirones. Entendí su discreción, fruto de su entrenamiento con las unidades, e imaginé que él había dado aviso a la policía. No cabía duda de que Misty me vigilaba, así que había estado acertado al no dejarse ver a mi lado o hubiese perdido el factor sorpresa. Ella podía haberlo visto cuando nos seguía y haber precipitado los acontecimientos.

Su presencia era reconfortante y conmovedora. Quizá en el pasado hubiera tomado malas decisiones, pero no era el único. Yo estaba pagando por las mías ahora.

La policía nos trasladó a sus dependencias de Moreno Valley para tomarnos declaración. El FBI no tardaría en llegar y hacerse cargo, pero la policía cubriría el expediente porque, al fin y al cabo, el delito había sido cometido en su jurisdicción, con independencia de que yo fuese agente federal. Por desgracia, mi hija había acaparado las noticias días antes y todos querían parte del protagonismo de su segundo rescate, aunque ese mérito le correspondía a Joakim, al que se llevaron esposado en un coche diferente hasta que se aclarase su participación en el incidente con resultado de muerte.

Pedí un teléfono para hacer una llamada, mientras una de las agentes me conseguía un pañal limpio para Lily y una sillita de bebé para que descansara, porque la suya había quedado en el lugar de los hechos, formando parte de la escena.

No solo yo estaba estresada, Lily, que no solía llorar, gemía de agotamiento y por la extraña situación.

Llamé a Mack, pero me saltaba su buzón y le dejé un mensaje neutro. ¿Para qué preocuparlo? Seguramente no tenía ni idea de lo ocurrido y ya había pasado.

Lily se durmió antes de que me hiciesen pasar a una oficina para tomarme declaración, y para que un técnico cogiera muestras de mis manos con la ayuda de un bastoncillo, para cerciorarse de que había disparado y tenía rastros de pólvora en la piel. Mi arma y la de Joakim estaban embolsadas, listas para que el laboratorio del FBI hiciera las pruebas pertinentes, cotejando las balas del cuerpo de Misty con ellas.

En base a mi declaración y a la de Joakim, le quitaron las esposas y lo dejaron con nosotras en la sala de espera, aguardando a los agentes del FBI. Él se sentó a mi lado y me cogió de la mano. La suya estaba temblorosa.

—¿Cómo nos has encontrado, Joakim?

Aun no habíamos hablado de aquello. Cuando salimos de la casa, yo me encontraba bastante conmocionada y solo quería tener a Lily entre mis brazos y respirar.

—Te vas a enfadar.

Le miré y negué.

—No lo haré —le aseguré—. Puede que Lily o yo estuviésemos muertas de no haber intervenido.

Agachó la cabeza, pero no soltó mi mano.

—Te seguí. Es que pensaba que podías estar en peligro y tenía el pálpito de que Brooks no iba a estar allí para ayudarte —dijo, en voz baja.

Y ahí estaba de nuevo el reproche. Por si no había quedado claro antes. Estuve a punto de decir algo, pero me callé en el último instante, dándole pie para continuar.

—Os seguí, ¡aunque estuve a punto de perderos un par de veces en esta maldita ciudad! Hay demasiado tráfico y la gente conduce como si tuviesen que acudir a una urgencia. —Negó con la cabeza y me miró de reojo para ver mi reacción.

Yo estaba perpleja. El Joakim que conocía jamás hubiera hecho algo así. Hubiese llamado a la policía y facilitado todos los datos del coche; no se hubiese lanzado a una persecución. Claro que tampoco sabía que tuviera un arma.

Y me preguntaba qué más sorpresas escondería.

Me recriminé por esas sospechas. Solo quería ayudarme y se había saltado todas sus reglas para hacerlo. Aunque no pudiera corresponder a sus sentimientos, me los había dejado claros: quería una nueva oportunidad.

—¿Y el arma? ¿Desde cuándo usas armas?

—Desde hoy —confesó, con un hilo de voz y apartando la mirada de nuevo—. Los Ángeles es una ciudad muy peligrosa y cuando vine a verte…, bueno, me hice con una licencia y me compré una. En la tienda había una galería de tiro y me dejaron practicar un poco porque yo nunca he sido amigo de las armas. —Se mordió los labios—. Y, de no haber podido acercarme tanto a esa mujer, no le habría dado.

Agradecí que Misty hubiera estado tan centrada en mí, porque podía haberlo matado a él también. Me pasó la mano sobre los hombros y le abracé.

—Gracias, Joakim. Eres un gran amigo.

La tensión en su cuerpo me indicó que no había escogido las palabras adecuadas.

—Después de esto, voy a necesitar terapia intensiva otra vez —comentó, con una sonrisa triste.

Le apreté la mano. Joakim había sido carne de psicólogo toda su vida, y lo que acababa de hacer le aseguraba una nueva ronda intensiva en el sillón de un profesional. Cuando fuese consciente de que había matado a una persona, igual se daba cuenta de que mi compañía era tóxica.

—¿Sigues acudiendo a terapia? —le pregunté.

Asintió lentamente.

—Y estaba a punto de dejarla porque, según mi terapeuta, ya estoy preparado para una relación completa.

Así que se trataba de eso...

—Me alegro por ti, Joakim.

Callé de repente. Dos agentes llevaban a Brooks esposado por el pasillo. Me levanté de un salto y corrí a abrazarle. Me olvidé completamente de Joakim y sus sentimientos hasta que los policías nos separaron.

—Señora…

—Joder, Cass, me has asustado de verdad —dijo Brooks, con los ojos enrojecidos.

—¿Qué has hecho, Mack? ¿Por qué estás detenido?

—Da igual, lo solucionaré en un momento, no hay de qué preocuparse. ¿Estáis bien las dos?

Asentí antes de que los policías lo empujasen a una habitación, que cerraron de un portazo.

Joakim tenía la mirada clavada en la puerta que acababa de traspasar Brooks. Había aversión en esa mirada.

El agente especial del FBI encargado del caso de Lily llegó mostrando su placa en alto. Le abrieron paso, como las aguas a Moises. Me hizo un gesto con la cabeza para que me acercase y le conté a grandes rasgos lo ocurrido, tras lo cual preguntó por el comisario y se encerraron en su despacho. Cinco minutos después, salieron ambos y se estrecharon las manos en la puerta. Asunto zanjado con la policía.

Brooks fue puesto en libertad y un coche del FBI nos llevó a las oficinas para prestar nueva declaración.

La agente que me había dejado la sillita me dijo que me la llevase. Tomé nota para devolverla al día siguiente con un buen regalo. Me senté en la parte de atrás del coche que conducía otro agente, poniendo a Lily a mi lado.

Joakim iba a subirse por el otro lado cuando Brooks lo detuvo, sujetándolo del brazo.

—Ve delante.

Y se sentó a mi lado mientras Joakim, a todas luces molesto, lo hacía en el asiento del copiloto.

Mack pasó el brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia sí. Suspiró y me besó la frente. Luego me besó en los labios. Un beso dulce, suave, cariñoso.

Acababa de darme cuenta de la confianza que me proporcionaba su presencia, en esa época tormentosa donde todo parecía amenazante para Lily y para mí.

—Siento mucho no haber llegado…

Le hice callar poniéndole un dedo sobre los labios.

—Ella hubiera esperado su momento, pero me gusta saber que puedo contar contigo.

Me abrazó más fuerte y alargó una mano para retirarle un rizo de la frente a Lily, que dormía plácidamente.

—Es preciosa, como su madre —murmuró.

—Y tiene el cabello rebelde, como su padre.

Hundí mis dedos en su pelo y lo atraje de nuevo hacia mí. Había estado demasiado tiempo queriendo hacerlo.

CAPÍTULO 41

Mack

En algún momento tendría que tener unas palabras con Joakim. Desconocía los pormenores de lo ocurrido en esa casa y poco me importaban. Me bastaba con saber que Cass y Lily estaban a salvo, porque creí morir de angustia al alzar esa lona. Era una experiencia que no quería repetir.

Ahora estaba seguro de que él era el pasado de Cass y que yo podía ser parte de su futuro, según creí interpretar por su recibimiento en comisaría y su actitud en el coche que nos llevó a las oficinas del FBI.

Ella y yo nos turnamos para quedarnos con Lily mientras prestábamos declaración de nuevo. Joakim se sentó a cierta distancia, ensimismado en sus pensamientos. No intercambiamos palabra y, aunque estuve a punto de tenderle la mano cuando me enteré de que había disparado a Misty, su mirada aviesa me disuadió.

Él quería a Cass y estaba allí por ella. Yo también.

Y esta vez, pensaba hacerlo bien, aunque tuviera que pedir el traslado para estar cerca de ellas.

Eran casi las cinco de la mañana cuando nos llevaron de vuelta a la fundación. Cass acostó a Lily a su lado en la cama y me invitó a tumbarme con ellas. Yo no deseaba otra cosa.

Al cabo de un rato, noté que se levantaba y enseguida, que me sacudía un hombro.

—¿Duermes?

—No.

—Ven.

La habitación estaba en penumbra, iluminada por la luz quitamiedos, por si Lily se despertaba. Cass me cogió de la mano y me llevó al cuarto de baño, donde se giró para besarme.

Si esto fuese una novela romántica llena de clichés estúpidos, diría que nuestras bocas se fundieron… bla, bla, bla. Pero ni ella ni yo éramos así. Nada fue suave, sino rápido y duro, porque nos deseábamos demasiado.

Yo besaba y me dejaba besar, y luego la mordía y ella me mordía a mí. Le enredaba los dedos en el pelo, y sus manos me desnudaban hasta que nos encontramos piel contra piel, queriendo borrar la distancia de casi dos años de separación.

Y, por alguna razón, la necesidad de ser silenciosos para no despertar a Lily, resultó más excitante. Aunque esta vez solo tuviésemos que rendir cuentas ante nosotros mismos.

*****

—¿Por qué no os quedáis en mi apartamento? Yo vivo en el de Einar y tengo el mío vacío —dijo Diana.

Cass se apresuró a darle las gracias y asegurarle que no era necesario, aunque lo era. Al menos, hasta que decidiera qué hacer, porque yo iba a insistir para que no solicitase el traslado.

—¡Tonterías! Claro que lo vas a aceptar —insistió Diana—. Esta preciosidad necesita cierto orden en su vida.

Desde que Einar Eriksen y ella habían llegado, apenas tenía ojos más que para Lily. Y el flechazo fue recíproco.

—Perdona, Cass, pero es clavada a Mack. Va a ser una belleza cuando crezca.

—Gracias por lo que me toca —le dije, sonriente.

—En todo caso, me alegra mucho saber que esto ha terminado y que las dos ya estáis a salvo —dijo, apretándole el antebrazo a Cass, que se lo agradeció con un asentimiento.

Yo no tenía esa seguridad. Quedaban cosas sin explicar y, con Misty muerta, no había nadie que respondiera a las incógnitas, excepto Erikson, si es que había sacado algo de lo que se llevó de su apartamento.

Carol, con su enorme barriga, se unió a nosotros poco después y, mientras saludaba a Diana, reprochándole que no se dejase ver más, yo aproveché para llevarme a Erikson aparte.

—Creo que tenías los resultados de la ropa de Misty…

—Encontramos un par de residuos interesantes, aunque, en verdad, es poca cosa.

Debió ver mi desánimo porque continuó enseguida:

—Uno de los vestidos tenía una mancha residual de sangre. Poca, pero suficiente para saber que pertenece a un varón.

—Un hombre que se viste de mujer…, interesante —murmuré —. Pero es un lugar extraño para una mancha de sangre.

Él asintió.

—Es lo que le dije a Sam. ¿Te acuerdas de ella?

Asentí. Era la experta en rastros que le había acompañado a procesar el apartamento de Misty.

—Pues ella solucionó el acertijo —continuó—. Hay muchas mujeres que aun usan la cuchilla de afeitar para depilarse las axilas si tienen una cita inesperada. E igual que los hombres cuando nos rasuramos sin cuidado, es habitual hacerse algún pequeño corte. Nada grave, pero sí molesto.

—¡Tampoco se me hubiese ocurrido a mí! —exclamé.

—Bien, pues eso, junto con un cabello sintético que encontramos pegado al interior del forro, me llevan a pensar que el vestido se lo puso un hombre.

—Un hombre que se disfraza de mujer, por eso un vecino de Misty dijo haber visto a su amiga saliendo del apartamento.

Erickson alzó una mano.

—Encontramos, además, muestras biológicas de varios donantes, también masculinos y en lugares… no sé cómo decirlo… poco habituales.

—¿Semen?

—Semen a la altura del muslo, por la parte exterior —confirmó —. Por eso digo que no estaban donde debían, si se mantuvieron relaciones sexuales.

—Pero se encontrarían en el lugar correcto, si hubo masturbación y eyaculación.

—Exacto. Así que buscas a un varón caucásico, diestro, que se viste de mujer para salir de fiesta. No tiene por qué ser homosexual, puede ser transgénero y usar la apariencia que le resulte cómoda. ¡Ah, y su ADN no figura en la base de datos de la policía de Los Ángeles!

—¡Joder! Acabas de convertir en sospechosos a la mitad de hombres de la ciudad.

—Menos mal que el vecino os dijo que la amiga de Misty era de raza caucásica, porque si no…

Nos reímos. Mejor tomárselo con humor. Por dentro, sin embargo, seguía inquieto. Según Zimmer, el micrófono que recogía las conversaciones del piso de Cass enviaba la señal a dos móviles distintos. Henry estaba muerto ya, por lo que quedaba descartado. Contaba con que uno era el de Misty y el otro podía ser de su amigo, el que había matado a Henry, herido a Cass y secuestrado a Lily.

Me hubiera gustado tener la confianza de Diana y creer que esto ya había pasado con la desaparición de Misty. Lo que acababa de decirme Erickson, en cambio, indicaba lo contrario.

Saludé a Frank, que acababa de llegar. Él sacó la silla del coche, se sentó en ella con agilidad y se acercó. Le presenté a Erickson y nos encaminamos al interior del comedor de la fundación, donde nos habíamos reunido esa mañana.

—A ver, encanto… —decía Carol a Cass—. Tú haces lo que quieras, yo te digo lo que hay: con el caso cerrado, la próxima semana podrás disponer de vuestras cosas. Por eso te pregunto si necesitas un guardamuebles.

—Se va a mi apartamento —dijo Diana—. ¡Y no hay más que hablar! En cuanto te lleven todo, os podéis trasladar.

—Diana, yo…

—Tú vas a aceptar, aunque si te quedas más tranquila, formalizamos la transacción con un contrato de alquiler. Mi precio es ver crecer a esta preciosidad.

Lily, sentada en su regazo, jugaba con los botones de su camisa, que parecían gominolas rosas.

¡Cualquiera le decía que no a Diana! Yo dejé de intentarlo hace años, cuando sacaba a relucir su lado de abogada agresiva, capaz de

darle la vuelta a cualquier argumento.

—De todas formas, tengo otra propuesta para ti, si es que tienes intención de volver a San Francisco y ganas de probar nuevas experiencias.

—De momento, no lo he contemplado —respondió Cass.

—Tiene que ver con transformar mi casa familiar en un pequeño hotelito, pero ya lo iremos hablando… Mack te puede ir adelantando los pormenores.

Cass se dio cuenta de la presencia de Frank y se inclinó para abrazarlo.

—Papá… —dijo, y rectificó enseguida—. Frank, gracias por estar atento anoche.

Se le escapó ese «papá», que no pudo hacer más feliz a Frank, según dejó traslucir su expresión.

—Hubiera deseado ser más rápido.

—¿Y este caballero es…? —preguntó Diana.

Los presenté y se quedaron charlando, mientras Carol me cogía del brazo y enlazaba el de Cass.

—Disculpad un momento —les dijo a los demás.

Carol nos llevó al despacho de su marido, atiborrado de papeles y escaso en espacio.

—Toma —me dijo, entregándome las llaves del coche de alquiler. Se había quedado en la calle donde Misty había intentado matar a Cass cuando la policía me detuvo por invadir la escena del crimen—. Will lo ha traído esta mañana, pero se le ha olvidado decírtelo.

—¡Qué desastre, es la segunda vez que lo pierdo! Luego le daré las gracias a Will en persona.

—Pues sí. Cass pierde los teléfonos, pero tú pierdes los coches… En fin, espero que no os ocurra mucho porque os vais a arruinar a este paso.

—Lo suyo es peor —intervino Cass, riendo.

—Lo tuyo también es preocupante, guapa —respondió Carol, alargándole otro móvil—. Zimmer me ha dado esto para ti, con la recomendación de que te lo ates a la muñeca.

—Lo siento mucho —musitó, hasta que nos vio reír a Carol y a mí—. Gracias, sois encantadores…

—Por otra parte, como ya te he dicho, el FBI da el tema del secuestro de Lily y el asesinato de Henry por solucionados. Su hermana legal no da señales de vida, así que el condado se hará cargo de la casa durante un año y si, transcurrido ese plazo sigue sin aparecer, se venderá en subasta pública.

—¿Henry tenía una hermana? No lo sabía —dijo Cass.

—Es la única heredera por parentesco directo y ni ha aparecido, ni parece existir. Como si se la hubiese tragado la tierra desde que salió de la casa familiar —contestó Carol.

—¿Se cambiaría de nombre? —pregunté a mi vez.

—Desaparecida… —musitó Cass, pensativa—. ¿No sería una de las víctimas de su hermano?

Podíamos ver por la ventana que Frank y Diana habían salido con Lily al jardín.

La pequeña andaba de una silla de ruedas a otra, queriendo apresurarse y cayendo, más de una vez, de bruces en el césped. Pero eso no la detenía, se ponía en pie con un giro muy gracioso y continuaba, como si no hubiese pasado nada. Era cabezota y no se rendía fácilmente, como su madre.

Cogí la mano de Cass y se la apreté. Me sonrió, igual que lo había hecho por la mañana cuando insistí en acompañarlas al comedor para calentar el desayuno de Lily.

Le cogí el biberón de la mano a Cass, que cargaba con la niña, mientras preparaba la leche con la otra.

—Dime cómo hago esto.

Lily me sonrió y me tendió los brazos.

—Luego, Lily. Mack te va a preparar el biberón esta mañana —le dijo Cass.

Por primera vez, le hice el biberón a mi hija y se lo di mientras Cass se daba una larga ducha. Me sentí tan cerca de mi hija en esos minutos como jamás lo había estado de nadie. No dejó de mirarme mientras bebía. Al principio muy seria, luego sonriendo, pero sin dejar de tragar.

¿Cómo era posible hacer eso?

Lily podía.

De repente, me acordé de mis padres.

No había hablado con ellos desde antes de salir de San Francisco y tenía estupendas noticias, que les harían felices. Aunque ya eran abuelos, por cortesía de mis hermanos, sabía que adorarían a Lily. Mi padre gruñiría por haberse perdido sus primeros meses de vida, pero luego se olvidaría.

Mónica había solicitado su intervención ante mi falta de interés en crear una familia. Y ellos habían tenido una charla conmigo en ese sentido. Ni qué decir tiene que se pusieron de mi parte. Mónica resultaba encantadora, pero no podía competir con el cariño que me tenían mis padres.

Por esa relación tan especial que tenía con ellos, deseaba que Cass perdonase a su padre, porque Frank era buena persona y estaba deseoso de ganarse su afecto.

—Vale, a ver si nos centramos —exclamó Carol—. Dejad de hacer manitas y de mirar a vuestra niña con arrobo. Yo también he pensado que la hermana de Henry podía ser otra de sus víctimas. Los límites de un violador y asesino en serie nunca están claros, si es que los tienen.

—No lo veo tan descabellado —contesté—. Si mantuvo relaciones sexuales con su madre, ¿qué le impediría hacer lo mismo con su hermana?

—¿Sería su hermana o…? —propuso Cass, pensativa.

Carol abrió la boca.

—¡Joder! ¡No se me había ocurrido! —exclamó, arrugando la nariz con repulsión.

—¿Que fuera su padre, además de su hermano? —intervine, no menos asqueado que Carol—. Tampoco había caído.

—¡En fin, yo también quiero zanjar esto! —exclamó Cass.

—Tú tienes que zanjar otros asuntos —le dijo Carol.

—¿Qué asuntos?

Carol me miró, cediéndome la palabra. Habíamos hablado de ello a espaldas de Cass y nos pareció una medida imprescindible, que no podía demorarse.

—Borrar cualquier rastro del pasado en Boise de Cassandra Martin —contesté, aun a sabiendas de que le desagradaría mi insistencia—. Es necesario.

Retiró su mano, que hasta entonces había estado enlazada con la mía.

—¿Podemos hablar en privado? —me preguntó.

Hubo un intercambio de miradas y Carol nos dejó a solas.

—No quiero repetirme —me dijo, con el ceño fruncido.

—¿Dónde comenzó todo esto, Cass?

—Sí, ya sé que comenzó por la obsesión de Martin por encontrar a su hija. No obstante, necesito seguir siendo Cassandra. Deberías entenderlo.

—Y lo entiendo —le dije, intentando abrazarla.

Ella se desasió.

—Me prometiste tener en cuenta una alternativa, si la encontraba —le recordé.

—No te prometí nada, Mack. Solo quiero saber si lo que sea que inició Misty ha terminado o si hay alguien más que pueda resultar un peligro para Lily.

—Tú eres el peligro para Lily —respondí—. Si estás dispuesta a seguir siendo Cassandra Martin, tendrás que borrar su pasado. Y si no, también.

—¿A qué te refieres con lo de borrar su pasado?

—A que tienes que tomar una decisión sobre el testamento de su padre. Liquidarlo y borrar las huellas de la familia.

—No me interesa el dinero…

—No hablo de dinero, Cass —la corté—. Hablo de que tanto el abogado de Martin como los detectives que contrató en su día, murieron en circunstancias extrañas, y esas muertes han ocurrido en el periodo de pocas semanas. Imaginamos que fue cosa de Misty, pero sigue siendo una suposición, por lo que conviene que te distancies en lo posible de Boise y liquides cualquier lazo que te una a Martin.

—No me contaste nada de eso.

—Lo supimos antes de encontrar a Lily.

—Tendrías que habérmelo dicho… —me reprochó.

—Te lo digo ahora. Sea lo que sea, debes ponerle punto final. Ya conoces mi parecer, pero si insistes en seguir con esa identidad, tienes que dejar Boise atrás, porque no podemos estar el resto de nuestra vida mirando por encima del hombro.

Así, sin pensarlo, me acababa de incluir en su futuro. Y ella se dio cuenta porque se acercó a abrazarme.

No sé si interpretó que yo me conformaría con esa solución, pero yo también era cabezota y no me rendiría.

Seguía pensando en la mejor forma de que volviese a ser Blue Keaton, sin que sintiera que era una perdedora.

CAPÍTULO 42

Cass

Mack tenía razón y debía ocuparme del patrimonio de Martin, porque no tenía otros familiares. Zanjar el pasado, aunque no fuese mi pasado, me proporcionaría cierta tranquilidad. Todo lo que se sacase, iría a la fundación de Will; yo solo quería de Cassandra su identidad.

Esa madrugada volveríamos a Boise.

Hubiese preferido no separarme de mi hija, pero quería terminar con aquello cuanto antes y sabía que en la fundación, y con mi padre velando por ella, estaría a salvo.

En la caja de documentos sin abrir, estaban los pormenores del testamento de Martin, con su hija como única heredera universal. En su día, y por insistencia del abogado, me limité a remitírselos firmados. Nunca me había preocupado de los detalles, pero el notario lo hizo a conciencia.

La casa y las antigüedades del almacén de su propiedad, saldrían a subasta, en cuanto un tasador las revisara.

Todo el importe iría a parar a la cuenta de Martin que liquidaría cuando se hubiese realizado la venta total.

Me constaba que la fundación que dirigía Will disponía de bastante capital, pero si ese dinero servía para que los niños estuviesen mejor cuidados aún, lo daría por bien empleado.

Richie volvió a poner a nuestra disposición un *jet* y nos acompañó de nuevo, junto con Carol y Will, que también se apuntaron a la excursión.

—Tienes horas más que suficientes para pilotar uno de estos —le dijo Richie a Brooks—. ¿Te atreves a llevarnos o eres tan cagón

como Will?

El interpelado le dedicó una peineta. Mack, con ojos brillantes, no tuvo que responder: estaba deseando.

—Básicos… —comentó Carol, haciéndome reír.

Esta vez, ella vino conmigo al domicilio de Martin, donde registramos una vez más la casa de arriba abajo.

Ellos se marcharon a indagar un poco sobre las muertes del abogado y los detectives privados, por si encontraban indicios del paso de Misty por sus vidas.

Me entrevisté con el dueño de una inmobiliaria, interesado en poner en venta la casa y el almacén de Martin. Él se encargaría de enviar a un equipo de limpieza y luego valorarían los daños producidos por la humedad y la falta de cuidados.

Un restaurador comprobó el estado de las antigüedades y dio una valoración por encima. Se haría cargo de trasladar todo a su taller para un repaso y posterior subasta.

Al terminar, nos reunimos para almorzar.

—¿Cómo ha ido lo del abogado y los detectives? —pregunté a Brooks.

Se encogió de hombros.

—Según el informe policial, muertes accidentales. La viuda de uno de los detectives lo ha corroborado y después nos ha cerrado la puerta en las narices. Por lo visto, no ha quedado en muy buena situación financiera. Nos falta visitar a la otra.

—¿Crees que Misty se dedicó a borrar huellas? —pregunté—. No entiendo por qué.

—Puede que, a pesar de lo que te dijo, quisiera tomar la identidad de la hija de Martin. La tuya —dijo Will—. Y eso, además, le daría derecho a su herencia.

—¿Por una casa vieja y unas antigüedades, por las que se sacarán cuatro cuartos una vez restauradas? —negó Carol—. Mucho esfuerzo para tan poca recompensa.

—Depende de que quieras dinero o… —intervino Richie.

—O justificar una identidad —terminé yo—. El abogado no me conocía, solo hablamos por teléfono.

—Quizá por eso lo mató, porque intentó suplantarte y el otro no se lo creyó —propuso Will—. Y los detectives conocían tu aspecto por haberte investigado años antes. Tampoco los hubiese engañado.

—A ellos no hacía falta engañarlos. A todos los efectos, terminaron el trabajo que les encargó Martin hace años.

Todos me dieron la razón.

—Aun así, es demasiada coincidencia que sufrieran accidentes en tan corto periodo de tiempo —terminó Brooks.

—A ver, chicos —intervino Carol—. ¡Que mi bebé y yo no nos alimentamos de conspiraciones!

Mientras Will y Mack visitaban a la segunda viuda, Carol y yo nos fuimos al banco. Con un poco de suerte, los trámites solo nos llevarían un par de horas y, antes de anochecer, podíamos estar de vuelta en Los Ángeles. Echaba de menos a Lily.

—¿Has llamado a ver que tal la pequeña? —me preguntó Carol en el taxi, observando que no dejaba de jugar con el teléfono, desbloqueándolo cada poco para cerciorarme de que no tenía mensajes nuevos.

—Dos veces —confesé—. Sé que soy una pesada, pero no puedo evitarlo.

—Bueno, entre tú y Mack, parece que habéis tenido a Frank al teléfono toda la mañana.

La miré, interrogante.

—Mack también le ha llamado varias veces, según Will. Parece que se le ha desbloqueado el instinto paterno —rio.

Mentiría si no reconociera que me sentí complacida. Había contemplado con mis propios ojos el inmediato apego de Lily por Mack, y que fuera recíproco hacía que me sintiera mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Ya no solo éramos Lily y yo. Estaban Frank y Mack y, aunque pretendía no hacerme demasiadas ilusiones, tampoco podía evitar pensar en los cuatro como en una familia de verdad. Y, olvidando la parte práctica, me preguntaba cómo sería dejar renacer a Blue Keaton y olvidarse de Cass Martin.

El director del banco se mostró muy amable cuando le expliqué mis planes respecto a los bienes de Martin. Naturalmente, omití que

mi intención era vaciar la cuenta cuando la inmobiliaria y el anticuario hubieran ingresado el importe de las ventas. Eso ponía de mal humor a cualquier banquero. Pero la noticia de que pronto habría nuevos ingresos, le encantó. Y necesitaba su colaboración para no tener que volver a Boise.

—Mis labores profesionales me han impedido hacerme cargo hasta ahora de la herencia de mi padre, pero he aprovechado un par de días libres para organizarlo todo. Me consta que tuvieron buena relación mientras vivía…

Dejar las frases inconclusas era una técnica un poco burda para sacar información, pero que funcionaba.

—Así es, señorita Martin, ¿o debo llamarla agente?

Asentí, que lo tomara como quisiera.

—Su padre confiaba en la solvencia y agilidad del banco para sus trámites. Recuerdo que mantenía relaciones comerciales con personas de todo el país, e incluso de Canadá y Europa. Compraba y vendía antigüedades de diversas procedencias. Incluso una vez tuve que conseguir un traductor para acordar una transacción desde Hong Kong. El hombre chapurreaba inglés, pero no lo suficiente para entendernos. Ni qué decir que yo no tengo ni idea de chino.

Carol y yo sonreímos.

—Visto desde fuera, parecía un negocio a pequeña escala, pero su padre tenía muchos contactos en todo el mundo y conseguía piezas que, a decir de los expertos, eran únicas y especiales, de ahí su éxito. Aunque también he de decir que nunca buscó protagonismo, como otros comerciantes. No participaba en congresos ni tenía relación con otros anticuarios, si no era necesario, y siempre lo hacía a través del correo.

Eso cuadraba con la imagen de llanero solitario que tenía de él. Por lo que sabía, su hija y su trabajo eran los pilares de su vida. Y buscar a la que había suplantado a Cass, claro.

El director me proporcionó una clave para acceder a la cuenta a través de internet y prometió ponerse en contacto conmigo si tenía dudas sobre alguna transacción.

Nos despedimos con un apretón de manos.

—Agente Martin. —Me detuvo en el último momento, cuando ya salíamos del despacho—. Respecto a la caja de seguridad, supongo que quiere seguir manteniéndola.

Se me había olvidado aquella caja, pero ya que estábamos y no pensaba volver, quizá pudiera cancelar ese contrato.

Después de rebuscar la llave que me había mandado el abogado, que se encontraba en un rincón de mi bolso, el director nos precedió a la bóveda acorazada y nos dejó solas, tras decirle que Carol se quedaría conmigo.

La caja, no demasiado voluminosa, pesaba lo suyo y su contenido era cualquier cosa menos lo que esperaba.

La mayor parte del espacio lo ocupaba un álbum, sin pistas en su portada. Sobre él, reposaba un paño de terciopelo negro, enrollado sobre sí mismo. Al lado, un tubo alargado y, al fondo, ocho lingotes de un metal brillante, apilados hasta completar la altura de la caja de seguridad.

—¿Qué coño…?

—¡Hostia! —exclamó también Carol.

—¿Esto es lo que pienso que es? —pregunté, sacando con cuidado el paño de terciopelo y extendiéndolo sobre la mesa de cristal arañado donde habíamos depositado la caja.

Lo desenrollé con el mismo cuidado que puse cuando Brooks me enseñaba a desactivar bombas. Efectivamente, el interior estaba dividido en departamentos de tres centímetros y cada uno de ellos contenía un diamante. Había diez. Enormes, brillantes y fríos al tacto.

—¡Joder! —jadeé.

—¡Joder! —me coreó Carol.

Parecíamos haber entrado en bucle.

—¿Serán falsos? —pregunté, cogiendo uno.

Ella negó con la cabeza.

—No, a no ser que haya perdido el olfato… —contestó, tras examinar uno de ellos a la luz brillante del techo—. ¿Quién iba a querer falsificar unos huevos de Pascua como estos? Lo que quieren los falsificadores es que pasen desapercibidos, y estos no son lo que se dice discretos.

Saqué el cilindro de cartón duro, que contenía una pintura enrollada en su interior.

—¿Será alguna obra famosa? —dije, pensando en las búsquedas de internet de Martin.

Se trataba de un corazón trazado a pinceladas multicolores con pequeñas mariposas en el interior, como atrapadas en el espacio del órgano.

Ella contempló la pintura que yo mantenía estirada.

—No entiendo mucho de arte, pero visto el resto, tiene que valer lo suyo —contestó.

Volví a guardar la pintura y saqué uno de los lingotes.

—Mira el símbolo. Es rodio —silbó Carol—. Uno de los metales más caros.

Dejé el lingote sobre la mesa.

—¿Y qué hacemos con todo esto?

—Pues llevárnoslo, ¿qué otra cosa podemos hacer? Sería conveniente identificarlo, verificar que no son falsificaciones e investigar de donde han salido.

Abrí el álbum, pensando que serían fotos familiares, y su contenido casi me hace reír. No esperaba encontrar sellos, monedas y billetes, cada uno en su respectiva hoja, bien protegidos entre láminas plásticas.

—Pues si de diamantes sé poco y de pintura menos, ¡no te digo ya de filatelia! —exclamó mi compañera, tan impresionada como yo—. Pero creo que este es el verdadero legado de Martin; no la casa ni los muebles antiguos.

Cuando me disponía a meter los objetos de la caja en mi bolso, me detuvo.

—Espera aquí, voy a pedirle al director una de las bolsas para clientes.

Por lo visto, estaba más al día que yo en esos menesteres, porque a mí ni se me hubiera ocurrido.

—El señor Martin dejó unos objetos personales a su hija y se los quiere llevar, pero ha sido una sorpresa y necesita una bolsa para transportarlo.

Carol detuvo al director, que pretendía entrar, doblándole el brazo hacia la espalda, como si fuera a esposarlo.

—Uy, perdone. Deformación profesional —dijo, soltándolo, tocándose la barriga y sonriendo como si se encontrase azorada—. También soy agente del FBI, aunque de baja.

Él se masajeó la muñeca y no le devolvió la sonrisa.

—La señorita Martin está emocionada y necesita unos minutos para reponerse. Yo le llevaré la bolsa —le dijo Carol.

Él le señaló una estantería con bolsas para clientes, ella cogió una y entró.

Guardamos dentro la pintura, el álbum y cuatro lingotes de rodio. El resto lo repartimos entre nuestros bolsos. Al terminar, Carol me dio un pellizco en el interior de la muñeca.

—¡Ay! —protesté.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, por el rápido gesto, que no debería haber sido tan doloroso.

—Me lo enseñó Gali, que es una maestra —dijo, sin inmutarse —. Lo siento, pero necesitamos alguna lágrima para que el director crea que estás emocionada.

—¡Gracias! —espeté—. No te la devuelvo porque estás embarazada, pero esta me la guardo.

—Guarda las fuerzas para llevar esa bolsa como si no pesara; veo que empiezas a sudar —contestó ella, riendo.

El director se despidió, volviendo a estrecharme la mano y desentendiéndose de Carol. Sin duda, aún molesto con ella por haberle negado el paso a la sala.

—Le has causado gran impresión —le dije a ella, riendo.

Carol me guiñó un ojo.

—Y si se descuida, un esguince de muñeca, por curioso.

CAPÍTULO 43

Mack

—¿Las investigaciones de mi marido? No tengo ni idea. Gary no hablaba de eso en casa. Lo único que sé es que la filial de Las Vegas vino a recoger sus documentos cuando falleció. No son algo que pueda dejarse por ahí.

La viuda de Gary Manson, uno de los detectives privados que había contratado Martin, vivía con su hijo pequeño en una casita coqueta, con la fachada pintada de color salmón, en las afueras de la ciudad.

Los hijos mayores de los Manson habían volado ya del nido, pero quedaba el pequeño, un muchacho de dieciséis años con una grave enfermedad neurológica, que seguía al cuidado de su madre. Y lo seguiría el resto de su vida.

Michele Manson nos había invitado a pasar en cuanto me identifiqué y le enseñé mi documentación. Pareció bastarle, porque Will hizo el gesto de echarse la mano al bolsillo del pantalón, pero ella lo atajó con un gesto.

—¿Y por qué está el FBI investigando a mi marido?

—No lo investigamos a él, señora, sino un caso en el que trabajó hace tiempo. Parece que en su día, su esposo y su compañero recibieron el encargo de seguir a alguien que ahora está en el punto de mira del FBI.

—No sé nada de eso —volvió a repetir ella—. Pero pasen, por favor, les serviré un café ahora que mi hijo está durmiendo y nos dejará hablar.

—No quisiéramos molestarla…

—No es molestia, agentes —dijo, precediéndonos hacia un saloncito de muebles viejos, pequeño pero muy limpio.

Nos invitó a sentarnos y se fue a la cocina.

Will alzó las cejas y me encogí de hombros. Seguramente no sacaríamos nada, pero no había otra cosa que hacer mientras esperábamos que Cass y Carol terminaran en el banco.

La mujer sirvió los cafés en unas tazas de porcelana tan fina que casi daba miedo cogerlas.

—Pensaba que tenían una agencia de detectives independiente —dijo Will.

—¡Oh, no! No podíamos permitirnos vivir a salto de mata con tres hijos. Necesitábamos ingresos fijos. Por eso la agencia era una sucursal de la central, ubicada en Chicago. Verán, mis hijos mayores se han independizado y tienen sus trabajos y sus vidas, pero el pequeño sigue a mi cargo.

—Tendremos que ir a las Vegas y preguntar allí… —comenté, siguiendo con el papel.

Tomé un sorbo de café malísimo en aquella taza tan fina con dibujos de rosas y pájaros. Seguramente había sido un regalo de boda, que usaba solo en ocasiones especiales.

—Entonces, quizá podrían hacerme un favor y preguntar qué debo hacer con una investigación que Gary y su socio llevaban desde hacía tiempo. Esas cajas no estaban en la oficina, sino aquí, y me molestan en el garaje, pero no me atrevo a tirarlas, por si es algo importante.

—¿Una investigación aparte? ¿Sobre qué?

Michelle volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé exactamente, pero hay muchas fotografías de piedras preciosas, de sellos y de pinturas abstractas. Gary me dijo que intentaban especializarse, pero mi marido no tenía cabeza ni gusto para el arte.

Capté la mirada de Will. Pensaba lo mismo que yo.

—Si quiere, nosotros mismos podemos llevarnos a Las vegas esos archivos. Saldremos esta misma tarde —me ofrecí, tomando otro trago de café.

—¿Y les van a dejar embarcar con tres cajas llenas de papeles viejos? —preguntó, asombrada.

—Viajamos en un jet privado de la agencia, señora Manson —contestó Will.

Aquello impresionó a la mujer.

—Ah, bien. En ese caso, me harían un favor, porque cada vez que meto el coche tengo que perder tiempo en pegarlo bien a la pared o, de lo contrario, no puedo salir.

Richie apareció poco después con un coche alquilado. Will le había enviado un mensaje mientras yo mantenía a la señora Manson entretenida.

Quizá lo que había en esas cajas no fuera nada interesante, pero se ajustaba tanto a las búsquedas de Martin por internet que no podíamos dejar pasar la ocasión.

—¿Qué contienen esas cajas? —preguntó Richie, cuando nos alejábamos de casa de la viuda.

—¡Ni idea! —dijo Will, riendo—. Estamos en plena campaña de llevarnos todos los papeles viejos de Boise a casa.

—A una mala, podemos venderlos al peso —contesté, riéndome también porque Will tenía razón. Quizá estuviese equivocado y entre los papeles de Martin y los de Manson, había para organizar una buena fogata.

Cuando estábamos llegando al aeropuerto, me llamó Cass para decirme que venían de camino, cargadas.

—Espero que no sean más papeles. Nosotros hemos aumentado la colección con tres cajas.

—Hay papeles… pero hay más, ya verás.

—Perfecto, porque lectura tenemos para una buena temporada y nos sobra.

Cargamos cada uno con una caja para subirlas al jet y esperamos impacientes a Cass y Carol, que llegaron minutos después en un taxi.

Cass llevaba una bolsa de lona gris en una mano y parecía excitada. Salí a su encuentro.

—¿Qué…?

Carol me empujó hacia el aparato.

—No seas impaciente.

—Pero ya que estás, toma. —Cass me entregó la bolsa, que pesaba lo suyo y me tenía intrigado.

Ambas me precedieron por las escalerillas y Carol desplegó una de las mesas entre los asientos, después de soltar su bolso con un gruñido.

—¡La madre que lo parió, cómo pesa! —dijo.

Will se acercó y le dio un beso en la sien.

—¿Has robado los pisapapeles del banco?

—Debería haber robado también una carretilla... Saca eso de mi bolso, yo necesito un respiro y una cerveza bien fresca —contestó, dejándose caer en un asiento y palpándose la barriga—. O un trago de agua fría, en su defecto.

Richie le entregó una botella pequeña.

—Toma, llorona...

Calló de repente al ver lo que Will depositaba en la mesita. Los lingotes relucían con un brillo blanco, más intenso que el de la plata.

—¿Qué coño…? —exclamé.

—Yo tengo más —dijo Cass, sacando los suyos de su bolso—. Y en la bolsa hay el doble.

Abrí la pesada bolsa y puse en un asiento varios lingotes más, puesto que la mesita de separación amenazaba con romperse, debido al peso que soportaba con los que habían sacado Carol y Cass de sus bolsos.

Lo demás también supuso una sorpresa.

Richie y Will estaban tan asombrados como yo.

—Y esto. —Cass extrajo de un tubo la tela que extendió sobre un respaldo, antes de sacar el paño con los diamantes.

—¡Joder! —exclamó Richie.

—¡Ostia! —dijimos al unísono Will y yo.

—Rodio —señaló Carol los lingotes—. He consultado mientras veníamos: cada lingote vale un pastón. La pintura no creo que sea una baratija y los diamantes son de los que lucen los más ricos, pero la estrella es… ¿Dónde está el álbum? ¡Ah, aquí! Una colección de sellos, monedas y demás. Son absolutas rarezas, valoradas en cientos de miles de dólares.

Me acerqué a Cass, que parecía excitada. Sus mejillas estaban sonrosadas y tenía los ojos muy brillantes, compitiendo con el fulgor de las piedras preciosas.

—¿Martin pudo reunirlo con su trabajo? —me preguntó de manera retórica, porque todos intuíamos la respuesta.

—Esto es robado, cariño —dijo Richie.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—No sé mucho de diamantes, pero hay algo que cualquiera que se haya preocupado un poco conoce: cada diamante tiene un certificado. Si hasta la más diminuta gema lo tiene, ¿cómo iba a carecer de él uno de diez quilates?

—Pueden ser falsos —apuntó Will.

—¡Pues son unas falsificaciones de primera! —contestó Carol—. Pero tranquilos, ya me quedo yo con las falsificaciones. Vosotros seguid discutiendo sobre lo demás.

—¿Y si continuamos con esto en casa? —intervino Cass, que me había pasado una mano por la cintura, como si necesitara contacto con algo menos frío que lo que habían traído.

—¡Podemos cenar en casa si los pilotos se ponen las pilas! —exclamó Richie, mirándome.

Me incliné para besar a Cass en los labios y me dirigí a la cabina. Will estaba calentando motores y me indicó que me pusiera los auriculares para contactar con la torre.

Nos demoraron diez minutos el despegue porque un avión de línea llegaba con retraso.

Eché un vistazo hacia atrás. Cass estaba sentada al lado de Richie, conversando animadamente. Carol, de espaldas, parecía dormitar, con la cabeza sobre el respaldo.

Richie me vio y me guiñó el ojo. Cass siguió su mirada y me sonrió. Esa sonrisa valía mucho más que todos los diamantes, el rodio y la pintura que habían encontrado. Había complicidad en ella, y promesas.

Will me dio un codazo para que estuviera atento porque ya habíamos empezado a rodar por la pista de despegue.

—Espero que yo no ponga esa cara de idiota cuando miro a Carol —dijo, riendo.

No le contesté, pero era cierto que Will tenía una expresión especial cuando se acercaba a Carol.

Will me dejó realizar la maniobra de despegue y luego me confió los mandos, cuando alcanzamos la altura de crucero.

—¿Quieres un poco de agua? ¿Un refresco? —me preguntó, estirando los brazos por encima de su cabeza.

—Estoy bien, gracias.

—Deberías mantenerte hidratado porque vas a sudar cuando lleguemos al aeródromo.

—¿Y eso?

—Deberías estar preparado para tomar tierra. ¡Richie no te firmará las horas extra si te estrellas!

Se fue hacia la parte trasera riendo a carcajadas.

Desconecté el piloto automático, prefería estar pendiente del rumbo y corregirlo manualmente. Al fin y al cabo, era yo el que decidía.

Quizá en otras circunstancias me hubiera sentido abrumado de responsabilidad. Sin embargo, ahora estaba bien. Sabía que podía hacer aterrizar el *jet* y lo haría bien porque Cass estaba ahí y Lily nos esperaba.

Richie se sentó a mi lado mientras atrás ojeaban algunos de los papeles de una de las cajas.

—¿Algo nuevo en esos papeles? —le pregunté.

—Me da la impresión de que los detectives se extralimitaron en su celo profesional —comentó él—. Sabían más de Martin de lo que nosotros hemos sabido hasta ahora, pero hará falta un buen rato para ojear todo ese montón de documentación.

—Su mujer dijo que había muchas fotografías de gemas y de arte. ¿Sabían lo que Martin guardaba en su caja fuerte?

—Eso parece –contestó—, pero no sé cómo lo supieron, a no ser que el propio Martin se lo contase y no es algo que compartas a la ligera.

Estábamos llegando al aeródromo y Richie se colocó el cinturón de seguridad.

—Recoged por ahí atrás, vamos a aterrizar. —Alcé la voz para que me oyeran.

Hice las comprobaciones y reduje la velocidad y la altura, a indicación de la torre de control de LAX.

Tuvimos que dar vueltas a media altura hasta que nos concedieron un pasillo para tomar tierra en el aeródromo.

Will me ofreció el puño cuando detuve el *jet* frente al hangar, donde sería revisado por el equipo de Richie.

—¡Bien hecho, Mack! —rio el dueño del aeródromo—. Si no te matas la primera vez, es un vuelo más al que has sobrevivido. Ahora hay que repetirlo muchas veces.

Carol le dio un manotazo en la espalda.

—¡No seas agorero, Richie!

Cass me esperaba, mientras el resto bajaba del avión.

Cuando desconecté todos los controles y me levanté del asiento, se puso de puntillas y me dio un beso.

—Me apetecía saborear los labios de un piloto.

Entonces, fui yo quien la besé.

Un carraspeo nos interrumpió.

—¡A ver si buscáis hotel, que este no es el sitio! —exclamó Richie desde la escalerilla.

Cass se separó, algo sonrojada y descendió del *jet*.

Zimmer, que aguardaba nuestra llegada al aeródromo, silbó al ojear el interior de la bolsa donde habían guardado los lingotes de rodio.

—¡Si habéis atracado un banco, habéis escogido bien!

Will, que había traído un carrito hasta la escalerilla, nos ayudó con las cajas.

—¡Eh, cabrones! ¡Me habéis dejado la bolsa de los lingotes y cabe en lo alto del carrito! —exclamó.

—Venga, ¡que estás echando culo de tanta inactividad! —se rio Richie—. Lo hacemos por el bien de Carol.

Las tres cajas apenas entraban en el carrito portaequipajes y, mientras Richie lo arrastraba, yo me aseguraba de que no perdíamos ninguna de camino al hangar.

—Alguien tiene que escuchar mis novedades, así que no tengáis tanta prisa, que yo he estado aquí todo el día mientras os divertíais —dijo Zimmer.

—¡Me lo contáis luego, que tengo una esposa a la que mimar! —exclamó Will.

—¿Me lleváis? —le preguntó Cass—. También tengo una hija a la que abrazar.

Me hubiese ido con ellos de buena gana, pero me parecía mal dejar a Zimmer con la palabra en la boca. Estaban haciendo todo aquello para ayudarnos, sin pedir nada a cambio, así que lo seguí a su oficina. Richie llegó enseguida con una botella de whisky y tres vasos.

—¡Hay que remojar tu primer aterrizaje! —exclamó.

—Ponme solo un dedo, Richie —le pidió Zimmer.

Luego me enteré de que bebía en contadas ocasiones y jamás tomaba más de una copa.

Agradecí el trago, que me revitalizó. Acababa de darme cuenta de lo cansado que estaba.

—Bueno, ¡al lío! —exclamó Richie—. Cuéntanos las novedades para que podamos marcharnos todos.

Zimmer, que había dado solo un sorbito a su vaso, se giró hacia su portátil.

—Según Carol, la mayoría de los diamantes de la caja eran transparentes, pero hay uno que le ha llamado la atención por su tono rosado. No sé qué sabes de diamantes, pero los que tienen coloraciones se supone que son los menos puros, puesto que el color lo proporcionan las impurezas. Hay excepciones a esa regla, como son el diamante Hope, azul marino y uno de los más famosos y caros del mundo.

—Al grano, Bob, que queremos terminar hoy —le recomendó Richie.

—Bien, he rastreado algunos de esos diamantes rosados, aparecidos el siglo pasado, y he encontrado algo muy interesante: un diamante de las características que me ha mencionado Carol fue robado de un domicilio particular hace cuarenta años. Y John Martin no existía antes de eso.

—¿Cómo que no existía? —pregunté, perplejo.

—Había, por entonces, tres John Martin en el país, pero no este John Martin.

—¿Apareció de la nada? —indagó Richie.

—Si tengo que aventurar una teoría, me decantaría por la de que le crearon, o se creó, una identidad a partir de la nada. Apareció en Boise, pero carecía de antecedentes fiables. Su origen texano era tan falso como su trayectoria profesional de anticuario. John Martin nació en Boise con cuarenta años.

—Su madre estaría deseando… —comentó Richie, irónico.

—Parece que en esta historia hay algo más que identidades cambiadas —dije—. Si los diamantes son robados, es bastante probable que el resto de los objetos lo sea también.

—Dilo claro, Mack: todo apunta a que John Martin era un ladrón de guante blanco, o lo fue en algún momento de su vida —asintió Zimmer.

CAPÍTULO 44

Cass

Mi padre estaba a punto de bañar a Lily cuando llegué. La silla de ruedas dificultaba sus movimientos, puesto que no podía acercarse bien a la cama para desvestirla y ella no ayudaba porque tenía ganas de jugar y se le escapaba de las manos una y otra vez, gateaba para ponerse fuera de su alcance y se acercaba cuando él se daba por vencido.

Me asomé por la puerta de nuestra habitación sin hacerme notar. Mi padre me vio y su rostro de decepción me obligó a retroceder. Entendí que le hacía ilusión encargarse de Lily, así que me retiré y les di espacio.

Bajé al comedor, en plena ebullición para la cena, y me senté en una mesa alargada, con bancos corridos a ambos lados, ocupada por niños recién llegados a la fundación. Tenían las miradas fijas en sus platos y no hablaban.

Varios cuidadores ayudaban a los más pequeños a cortar la carne, animándolos a intentarlo ellos mismos y yo me dispuse a imitarles, a pesar de que no hablaba español.

A mi derecha había un niño de no más de cinco años, con una expresión tan triste que me sobrecogió. No comía, tenía las manos en el regazo y enseguida me fijé en sus dedos retorcidos, como si se los hubieran partido y los huesos no hubieran soldado bien.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

No me entendió, pero me lanzó una mirada fugaz.

—Yo te ayudo.

Corté la carne en su plato y le ofrecí un trozo con el tenedor. Al principio no aceptó, pero insistí, al tiempo que hablaba de naderías

en tono tranquilo. No me entendía, pero quería que se sintiera seguro.

Cuando empezó a comer, le conté uno de los cuentos que le contaba a mi hermana para dormir.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó una de las cuidadoras —. ¿Quieres que siga yo?

No me había dado cuenta de que se me habían saltado las lágrimas, como siempre que Red invadía mis pensamientos.

—No, no es nada —le dije, secándome las mejillas—. Hacéis una labor magnífica aquí.

De repente, el niño me rodeó la cintura con sus escuálidos brazos. Un gesto tan inesperado que dejé de respirar.

—Ha terminado y esa es su forma de agradecértelo —me dijo la cuidadora, con una sonrisa.

El niño se marchó de la mano de uno de los mayores.

—Alfonso está esperando su primera intervención quirúrgica para recomponerle, en lo posible, los huesos de los dedos —continuó ella.

—Están muy mal.

—Se encargará de él uno de los profesionales más reputados de su campo. Aseguró que Alfonso podría volver a usar las manos al 90% de su capacidad, y confiamos en él.

Si había tenido alguna duda en poner en manos de la fundación la herencia de Martin, en ese momento se desvaneció.

A mi alrededor había muchos niños necesitados no solo de cariño y protección. Sus cortas vidas habían estado llenas de dificultades y en la fundación de Celia Cárdenas trataban de proporcionarles las herramientas necesarias para defenderse en la vida. No solo requerían de cuidados y educación, sino de estabilidad emocional.

Vi entrar a Mack y levanté la mano para que me viera.

—Has dejado a Frank acostando a Lily —dijo, ocupando el lugar libre a mi lado.

—Es su abuelo.

Esa breve frase contenía mucha información, porque cada vez me planteaba más en serio la opción de enfrentarme a otros

cambios, pero no sabía cómo podría empezar de cero esta vez. Blue Keaton era una auténtica desconocida para mí y con Cass Martin morirían todos los esfuerzos de los últimos años: estudios, dedicación, profesión… Blue Keaton no se había graduado en la escuela secundaria siquiera.

—Vayamos despacio, ¿vale? —me dijo como si me hubiera leído la mente.

Me apoyé en él y me rodeó los hombros con el brazo.

—Estoy cansada y más confusa que en toda mi vida, Mack. Quiero irme a casa y no tengo casa a la que volver…

—Sí que la tienes, si quieres.

Aunque mis sentimientos por Mack eran muy fuertes, también lo era mi autoestima. Jamás había deseado una vida en la que mi papel fuera solo el de esposa y madre y, además, tenía el deber de darle ejemplo a Lily.

Un mensaje de mi padre me sacó de ese círculo de pensamientos tan dañinos.

—Lily está dormida —dije—. ¿Subimos?

Cuando estábamos llegando al ascensor, recibí una llamada de Joakim, que parecía carecer del don de la oportunidad. Pulsé el botón de ignorar por octava vez ese día. Había estado demasiado ocupada para hablar con él, y ahora no me apetecía.

El aparato zumbó en mi bolsillo de nuevo y Mack me invitó a contestar.

—Quizá sea importante —dijo—. Voy subiendo para que Frank pueda marcharse.

Le di las gracias con una sonrisa y salí al jardín.

—¿Sandra?

—Dime, Joakim.

—Oh, te he llamado varias veces hoy, pero….

—He estado ocupada —le dije, en tono cortante.

—Lo siento, si te molesto….

Realmente me molestaba, pero no debía olvidar que también me había salvado la vida.

—No me molestas, Joakim, ¿estás bien?

—Ha sido un día de locos, pero me apetecía hablar contigo. ¿Cenarías conmigo?

—También para mí ha sido un día largo.

Hubo un suspiro al otro lado del teléfono.

—Vale, no pasa nada. Te he llamado porque no conozco a nadie más en la ciudad, pero entiendo que quieras descansar.

Contuve un resoplido y miré el cielo, cubierto por una capa de nubes que presagiaban lluvia.

—De acuerdo. Nos vemos en Carrots dentro de una hora —le di la dirección y corté la comunicación.

Mi padre salió del ascensor, impulsando la silla de ruedas con sus musculosos brazos.

—Mack se ha quedado con Lily arriba. ¿Ha ido bien el día?

Asentí y me agaché para darle un abrazo.

—Gracias por cuidarla —le dije.

—Gracias por dejarme cuidarla —contestó.

—¿Vas al centro?

—Pensaba que te irías a dormir…

—He quedado a cenar con Joakim.

Ignoré su mirada interrogante que contenía, además, cierta expresión alarmada. Consideraba que se lo debía. Y era una compensación muy pequeña, porque mi disparo solo no hubiese impedido que Misty me disparase a mí.

—¿Lo sabe Mack?

—Le estoy enviando un mensaje ahora.

—De acuerdo, te llevo.

No quería más dramas sobre el tema. Joakim era problema mío y una cena era una recompensa muy pequeña por lo que él había hecho por mi hija y por mí.

Mack leyó mi mensaje y contestó con un pulgar en alto. Ni preguntó ni añadió nada y yo lo agradecí.

Joakim se marcharía pronto y me estaba comportando como una maleducada al no responder a sus llamadas. Dada su naturaleza sensible, puede que lo estuviera pasando mal. Matar a una persona no era fácil y cuando lo hacías, te preguntabas si en verdad había sido necesario.

Nadie conocía los secretos de Joakim como yo. Quizá la excepción era su terapeuta, pero este no contaba.

Le había costado más de quince años empezar a superar su trauma y, cuando parecía haberlo conseguido, ocurría esto. Jamás le conté a nadie la naturaleza de nuestra extraordinaria relación porque no le interesaba a nadie más que a nosotros.

Lo que para mí fue una suerte en principio, se convirtió pronto en una necesidad que él no podía satisfacer.

Joakim y yo nunca hicimos el amor de la manera que todo el mundo pensaba.

Nunca lo vi desnudo y jamás me dejó tocarle.

Al principio me resultó desconcertante, aunque también satisfactorio. Joakim era el amante perfecto para un harén. Tenía unas manos suaves, que sabían explorar el interior de una mujer, y una lengua hábil y pronta. Sabía proporcionar placer, pero no quería ser correspondido. Por esa razón, estaba segura de que Mack era el padre de Lily, aun antes de que naciera.

Después de la segunda cita, Joakim me confesó que acudía a terapia para superar los abusos en su infancia, que le impedían tener una relación completa con una pareja.

En ese momento no le di importancia, me satisfacía y era una persona culta y agradable. Además, me sirvió para un propósito egoísta: mantener alejados de mí a los detectives, que veían en sus homónimas femeninas un coto de caza abierto.

Egoístamente, me dejé querer.

Lo sentía por Joakim. Nunca me enamoré de él, solo lo usé como escudo. Me dolía que siguiera insistiendo en que volviéramos a estar juntos, porque eso no iba a pasar, pero tampoco quería hacerle daño.

Joakim me esperaba en el abarrotado restaurante, sentado a una mesa para dos. El local no era especialmente bonito, ni remotamente romántico. Lo había escogido por eso, no por la calidad de su cocina, porque esa noche, él y yo tendríamos que aclarar ciertas cosas y el ambiente del local no debía dar lugar a equívocos.

Él alzó un brazo para llamar mi atención y se levantó para retirarme la silla.

—Gracias por venir —me dijo, sonriente—. Es agradable tener compañía en una ciudad desconocida, Sandra.

El camarero se acercó con sendas cartas.

—Tienes cara de cansada.

—Lo estoy —respondí.

—Yo también. He tenido que contar tres veces lo ocurrido en las oficinas del FBI, me han interrogado y pedido toda la documentación. Han incidido en el permiso de armas. Supongo que lo están verificando todo.

—Es lo que se suele hacer, no debería preocuparte.

—No estoy preocupado, Sandra. Todo está en orden.

Consultó la carta e hizo una mueca.

No había esperado otra cosa. En ese restaurante primaba la abundancia sobre la calidad. Y lo había escogido adrede.

El camarero tomó nota de nuestro pedido y luego se dirigió a la barra para pedirlo a gritos a la cocina.

No, no era un sitio donde Joakim pudiera estar cómodo. Él era más sibarita. Prefería los restaurantes pequeños donde la luz era tenue y en cuya carta se incluyera, al menos, alguna *delicatessen* como *foie* o quesos franceses, además de vinos con precios escandalosos.

Saqué el móvil del bolso y lo dejé en la mesa.

—Por si mi hija me necesita —le expliqué, y él asintió.

—¿Muy ocupada? —volvió a recordarme donde habíamos dejado la conversación antes de la interrupción del camarero.

—Ultimando cosas pendientes —le respondí, lacónica.

—¿Del trabajo?

—Personales. Me han dado un permiso indefinido hasta que se aclare el asunto de Misty.

Joakim cogió un tenedor y se puso a sacarle brillo con la servilleta. Aquel gesto había sido el origen de una de nuestras discusiones, en las que primaban las palabras ácidas, porque nunca había gritos. Él nunca levantaba la voz y a mí me ponían enferma

algunas de sus manías, como la de repasar los cubiertos al sacarlos del lavavajillas.

Pusiera el programa que pusiera, en cuanto abría el lavavajillas repasaba vasos y cubiertos con un paño de algodón para dejarlos impecables.

—Nos ahorraríamos una pasta si lavases a mano —le comenté una vez, en que estaba especialmente irritada —. Es absurdo poner el lavavajillas si luego tienes que repasarlo todo.

—Los detalles son importantes, Sandra. A cualquiera le gusta beber agua en un vaso sin salpicaduras y lo mismo pasa con los cubiertos. Son detalles que hacen la vida más agradable.

Yo me había retirado de aquella discusión. Me parecía absurdo gastarse dinero en un aparato que cumplía una función si luego había que supervisar su trabajo.

Él era un maniático de los detalles, y eso no había cambiado en el tiempo que llevábamos separados.

—¿No te han dicho cuando puedes volver a casa? —le pregunté, olvidando el proceso de limpieza del tenedor.

—De hecho, podría marcharme en este momento, según mi abogado. Pero lo cierto es que no quiero irme todavía.

—Pensaba que estabas deseando regresar.

Alzó los ojos del cubierto.

—Tenía la esperanza de no volver solo.

Y ya estábamos metidos en materia, antes incluso de que llegase la cena.

—Somos amigos, y me gustaría que siguiera siendo así. Mi vida ahora está aquí, y aquí voy a quedarme.

Me sonrió con cierta tristeza. Esperaba que lo entendiese porque no me apetecía tener que presenciar una escenita con lágrimas y súplicas, después de un día tan largo.

—¿Qué es lo que más quieres en el mundo? —me preguntó, sorpresivamente.

—Supongo que es una pregunta retórica.

El camarero llegó con los platos, que colocó frente a nosotros murmurando un «buen provecho», antes de marcharse corriendo hacia otra mesa donde era requerido.

Él comenzó a revolver las verduras salteadas de su plato, como intentando dar con algo especial.

Yo me concentré en el mío: un filete que tendría que haber sido cocinado a la plancha, flotaba sobre una capa de grasa. Y las patatas fritas se encontraban en el mismo apuro.

—No me has contestado —me dijo, mientras le quitaba la piel al muslo de pollo que, claramente estaba recalentado.

—Porque pensaba que no era necesario —levanté los ojos del plato para mirarlo.

No sabía a dónde quería llegar. Sentía una tensión comparable a cuando tenía que entrar en una casa con el arma por delante. Nunca sabías cuándo podías encontrarte con un despliegue de sorpresas mortales para ti y tus compañeros. Y, a veces, la imaginación de aquellos tipos era asombrosa.

—Me gustaría oírtelo decir.

—Mi hija es lo que más me importa en este mundo.

La pantalla de mi móvil se encendió, tenía un mensaje que, aunque no era de Mack, llamó mi atención. Pude leer el principio de la primera frase de Zimmer sin necesidad de desbloquear el teléfono, y Joakim también:

«Tengo algo sobre el amigo de Misty que…»

—Disculpa… —le dije a mi compañero de mesa, cogiendo el móvil para leer el mensaje completo y responder.

«Tengo algo sobre el amigo de Misty que os va a encantar. Ni más ni menos que una foto tomada en un club de WeHo».

«¿Qué amigo de Misty?» —escribí.

—Un segundo —le pedí a Joakim. Según la aplicación, Zimmer me estaba respondiendo.

«Pensaba que Mack te lo había contado: Misty tenía un amigo que se vestía de mujer, así que supusimos que colaboró con ella para secuestrar a Lily».

Me sentí como si el techo del restaurante se hubiera desplomado sobre mi cabeza. Joakim, que no había apartado los ojos de mí, alargó la mano para ponerla en mi brazo y yo me retiré tan rápido de su alcance que casi se me cae el móvil.

—Uy, vaya —dijo él—. Me han chafado la sorpresa, Blue.

Creo que la sangre abandonó mis extremidades y que incluso mis neuronas hicieron un mutis nada heroico. Tendría que haberme marchado en ese momento, pero no conseguía moverme, ni responder a un nuevo mensaje de Zimmer.

—Guarda el teléfono. Ahora vamos a hablar de verdad y dejarnos de tonterías ¿te parece?

Lo escuché como si me hubieran embutido algodones en los oídos, lejano, opaco.

—Si sales de aquí o llamas la atención, tendrás que atenerte a las consecuencias, Blue —me dijo—. Soy muy organizado y puedo desaparecer sin dejar rastro. En cambio, tú tendrías que dar muchas explicaciones que te llevarían a la cárcel.

Clavé mis ojos en los suyos por la sorpresa, sintiéndome como una auténtica idiota. Conocía mi identidad, sabía mucho más de mí de lo que imaginaba ¡Y yo que me jactaba de conocerle, y saber sus secretos más íntimos!

Nunca se me hubiera pasado por la cabeza que pudiera ser el cómplice de Misty, pero ya no quedaban dudas.

¡Claro que no nos había seguido hasta la casa deshabitada. Sabía dónde nos llevaría Misty! Él había escuchado las grabaciones de mi casa, había matado a Henry y secuestrado a Lily y yo me creí que estaba en la ciudad para apoyarme. Lo que se me escapaba era el por qué, porque ese comportamiento no tenía que ver con sentimientos heridos.

Entonces, recordé la grabación en la que se veía el secuestro de Lily. Me hubiera dado de cabezazos contra la pared. Lo tuve delante y no supe verlo, a pesar de que Joakim nunca me hubiera ocultado sus «peculiaridades». Siempre se había sentido confundido con su género y necesitaba desarrollar su otra faceta. Vestía de mujer y daba el pego. Desde el principio, me había avisado de que daba rienda suelta a su personalidad femenina, visitando locales de ambiente de San Francisco en horas nocturnas, las más animadas. Y lo acepté, por egoísmo y conveniencia propia. Por tanto, acordamos una relación abierta. Él salía cuando quería y yo también, cuando necesitaba algo más que un juguete sexual en mi cama. La única regla era volver a casa sin cargas emocionales.

Y el acuerdo funcionaba bastante bien, hasta que Joakim empezó a pasar demasiado tiempo en mi casa y yo me agobié por mi falta de intimidad, y porque ese no era el trato original. De cara a los demás, debíamos parecer una pareja normal, pero empezar a vivir como una estaba fuera de mis planes.

Me daba igual que saliera y entrara cuando quisiera, pero no quería que se quedara. Lo que hiciese fuera era asunto suyo, no me concernía y esperaba la misma cortesía.

Pero esto sí que me concernía.

Y quizá no conociera a Joakim tanto como había supuesto, pero él tampoco me conocía a mí.

CAPÍTULO 45

Mack

Me desperté y miré la hora en el móvil.

Las dos y media de la madrugada y Cass no había regresado ni había dejado ningún mensaje. Tenía, en cambio, uno de Zimmer, que no leí porque mi primer impulso fue llamar a Cass, hasta que me di cuenta de que los celos pensaban por mí.

Comprobé que Lily dormía profundamente, me puse el pantalón y la camisa y salí al pasillo, iluminado por las luces de emergencia y la luz de la luna.

Al final, le mandé un mensaje a Cass, preguntándole si estaba bien. Casi una hora después le mandé otro y esperé.

Eran casi las cinco cuando me decidí a llamarla con el mismo frustrante resultado de su silencio.

Aguardé una hora más y estaba a punto de llamarla de nuevo cuando Will se acercó a mí por el pasillo, iluminado ahora con la luz del amanecer.

—Te has levantado temprano —me dijo.

—Tú también —le respondí.

No quería hablarle de la ausencia de Cass.

Ya me había ayudado más de lo esperado y, ahora que Misty no resultaba una amenaza, pretendía mantenerle al margen y dejar de ser un incordio.

Si Cass no había regresado era porque no quería. O porque quizá siguiese albergando sentimientos hacia Joakim.

—Suelo acudir a la fundación temprano, para tomar el relevo a los que hacen guardia nocturna. Me gusta empezar el día desayunando con los chicos mayores, los que están a punto de

empezar en la universidad. Les estresa salir del caparazón de la fundación. Necesitan oídos atentos y toda la confianza que puedan acumular. Su futuro depende de que empiecen con la moral alta y con la tranquilidad de saber que tienen una familia respaldando cada paso que vayan a dar.

—¿Son muchos los que van a la universidad? —le pregunté con interés y por egoísmo, porque eso me distraía de pensar en la ausencia de Cass.

—Este semestre empezarán catorce. El primer año vuelven a la fundación a dormir si lo desean, pero el siguiente tienen que haberse desligado. Naturalmente, cada caso es un mundo que hay que tratar con delicadeza, pero la experiencia nos ha enseñado que cuando aprenden a volar por su cuenta, son capaces de salir adelante sin problemas.

—Tiene que ser muy gratificante.

—Lo es —contestó—. Mi trabajo con la DEA me había hecho perder la fe en la humanidad. Ya ni me alteraba lo crueles que podemos ser unos con otros. Pero estos chicos se merecen una oportunidad y suelen aprovecharla. Es mucho más que gratificante, porque siento que cada uno que sale adelante es un logro personal.

Dio una palmada y se dirigió a las escaleras.

—¡Vamos a tomar un café, me parece que lo necesitas!

—Más tarde. Lily está sola.

Asintió, como si lo comprendiera.

—Ya estás tardando en llamar a Zimmer —me dijo, antes de desaparecer escaleras abajo.

Su discreción estaba a la altura de mi temor a que Cass quisiera volver con Joakim.

Entré a ver si Lily seguía dormida.

Lo estaba. Boca arriba, con los brazos flexionados sobre su cabeza, que tenía girada hacia un lado.

Era, con diferencia, la cosa más bonita que había visto en mi vida. Comenzó a removerse, como si supiera que la estaba observando, y me senté en la cama, pasándome las manos por la cara para despejarme y alejar mis temores.

Cass tomaría la mejor decisión para las dos.

Eso esperaba.

Dejé el teléfono boca abajo sobre la mesilla, para no volver a consultarlo, y cogí en brazos a mi hija, que ya se había despertado y me miraba con ojos somnolientos.

Le cambié el pañal y bajamos al comedor para calentar la leche de su biberón con cereales.

En la habitación había un microondas, pero a ella le gustaba desayunar rodeada de otros niños, de los que aprendía a manejar cubiertos, con poco atino aún. Cada intento de comer cereales como los demás era una puerta abierta a un nuevo baño y a otro pijama en el cesto de la ropa sucia.

Cuando terminó su biberón la dejé en el suelo, donde gateó hasta la pata de una mesa, que usó para ponerse en pie, tiró de la pierna de un niño pequeño y este le ofreció su cuchara, cargada de leche y trocitos de cereal reblandecido, que perdió su carga antes de llegar a la boca de Lily.

—¡Me parece que tu hija está coqueteando con Juan! —dijo una de las cuidadoras, riendo.

—Espero disfrutar unos años, antes de que empiece a darme disgustos de ese tipo, porque luego no hay vuelta atrás.

La mujer volvió a reír y limpió la cara de Lily.

—¿Tu mamá aún duerme? —le preguntó a la pequeña.

—Sí —contesté yo—. La estamos dejando descansar.

—Ve a asearte, si quieres. Yo la cuido.

—No hay prisa…

—Ve. Tenemos para un buen rato hasta que terminen de desayunar todos los pequeños, y somos ocho para cuidarla.

Acepté porque me había dejado el móvil en la habitación para no consultarlo y quería cerciorarme de que Cass no había llamado mientras estábamos en el comedor.

Y no lo había hecho.

El que sí había llamado, de forma insistente, era Zimmer.

—¿Tienes algo que contarme, Mack?

—Iba a preguntarte lo mismo —respondí, extrañado.

Chasqueó la lengua y lanzó un suspiro.

—Me lo temía.

—¿Qué te temías? ¿Qué pasa, Zimmer?

—Me temía que Cass no te hubiera hablado de sus planes. Acaba de marcharse con lo que sacó de la caja fuerte de Martin, excepto los lingotes.

Me quedé tan sorprendido que no supe qué decir.

—¿Estás ahí, Mack?

—Disculpa. Si, sigo aquí. Es que no me lo esperaba.

—Ya he imaginado que no estabas al tanto. Y oye, no la juzgo, quizá haya cambiado de opinión, porque eso le solucionaría la vida si decidía volver a su anterior identidad. Nadie más va a reclamar la herencia de Martin.

Puede que no conociera a Cass lo suficiente, pero ese cambio repentino me extrañaba. Le hubiera bastado con quedárselo sin dar explicaciones, que ninguno le hubiésemos pedido. Sin embargo, cuando llegamos al aeródromo se marchó, confiando los objetos a Zimmer, sin volver la vista atrás.

—Voy al aeródromo y me lo cuentas todo.

Me vestí a toda prisa mientras llamaba a Frank para que se quedase con Lily. Después de varios intentos infructuosos, busqué a Will, que se encontraba al teléfono, discutiendo una contrata para la ampliación de un ala de la fundación.

—¿No tendrás una sillita de coche para prestarme? —le pregunté, en un susurro.

Me lanzó una mirada ceñuda, le dijo a su interlocutor que volvería a llamarle en breve y colgó.

—Deja a Lily aquí, tenemos personal cualificado de sobra, y muy responsable —me dijo—. Ve a hacer lo que tengas que hacer, ella estará mejor con nosotros.

—Gracias, Will, es que no encuentro a Frank y Cass aún no ha regresado.

—Te dije que llamaras a Zimmer, él puede rastrear su teléfono para que te quedes tranquilo.

—No quiero espiarla.

Durante el trayecto tuve demasiado tiempo para pensar y lo único que se me ocurría es que le hubiese hablado a Joakim de esa herencia y él la hubiese convencido para quedársela.

¿Podía haber sucumbido Cass, después de todo, al brillo de la fortuna? Me costaba admitirlo. Ella era la que había insistido en donar todo a la fundación de Will, sin dudarlo.

Estuve a punto de colisionar con un vehículo que había reducido la velocidad y solté un resoplido. Odiaba el tráfico de Los Ángeles en horas punta. Y a cualquier hora, de hecho.

En el aeródromo, Zimmer y Richie me esperaban con cara de circunstancias.

—Algo ha cambiado desde ayer, ¿tienes alguna idea de qué puede ser? —me preguntó Richie.

Les conté lo que yo creía que había cambiado: Joakim.

—Cass se ha deshecho del móvil —comentó Zimmer—. Ya he intentado localizarla a través de él, pero su última ubicación es de ayer , hacia las doce de la noche, en Tweedy Street. Y opino lo mismo que Richie, por si te lo preguntas. No sé qué relación tiene con ese Joakim, pero no te deshaces del teléfono, por mucho que quieras emprender una nueva vida.

—Y no hubiese dejado a Lily —añadió Richie—. Así que te repito que te pongas las pilas porque algo pasó anoche en esa cena o después, algo que la impulsó a obrar de forma distinta.

Se me pasó el aturdimiento.

—Lo que ocurrió desde ayer es Joakim —repetí.

—Vale, dime su nombre, cuéntame todo lo que puedas de él y vamos a destriparlo —dijo Zimmer, crujiéndose los nudillos frente a su ordenador.

¿Qué era lo que sabía de Joakim? Caí en la cuenta de que lo único que sabía de él eran generalidades: que había sido la pareja de Cass, que tenía una librería con un apartamento encima, donde vivía, que en los últimos tiempos de su relación no mantenían relaciones sexuales, puesto que ella sabía que no era el padre de su hija antes de que naciera… Y que a Joakim le había sentado mal la noticia, pero ¿hasta qué punto?

—¿Es violento ese tipo? —preguntó Richie.

Negué con la cabeza.

—Es callado y observador. Nunca le he visto alzar la voz.

—Lo que no es respuesta suficiente —contestó Richie.

—Vale, Joakim Harding –dijo Zimmer, llamando nuestra atención—. Tengo aquí algo que…

—¿Qué? —preguntamos Richie y yo al mismo tiempo.

—¡Que en esta historia hay muchos fantasmas con identidades dudosas, Cass no es la única!

—Explícate —le pedí.

—La documentación más antigua de Joakim Harding data de hace trece años. Igual que John Martin, brotó de un día para otro, como las flores en primavera.

—¿Y si aparcas esos arranques poéticos y vas al grano? —le pidió Richie.

—¡Nadie aprecia mi creatividad!

—Bob…

—A ver… ¿A ninguno os suena el apellido Harding?

Su socio negó con la cabeza y yo caí en la cuenta.

—¡La madre de Henry Olsen era Harding de soltera! —exclamé, dándome un golpe en la frente.

—¡Premio para el federal! Richie, estás descalificado.

—¡Oye, que yo desconocía ese dato! —se quejó su amigo.

Apreciaba su humor, pero yo quería saber más, porque esa conexión no podía ser fortuita.

—Entonces, ¿Joakim puede tener algún grado de parentesco con la madre de Henry o con él? —recapitulé.

Mientras lo decía, recordé otro aspecto de él que me había llamado la atención antaño: siempre me pareció muy femenino. Entonces lo había achacado a los celos de imaginarlo en la cama con Cass, pero Mónica también había hecho un comentario al respecto una vez que los vimos alejarse juntos:

—Parecen hermanas —dijo—. Y si me apuras, diría que Joakim tiene más estilo para moverse que Cass.

¿Podía ser…? Sí, claro que podía ser, porque eso explicaba mucho, aunque no todo.

—Es la hermana desaparecida de Henry Olsen —dije.

Zimmer y Richie se giraron para mirarme.

—¡Joder, qué culebrón! —exclamó Richie—. Si esto se lleva al cine, me pido producir la película.

CAPÍTULO 46

Cass

Sopesé mis posibilidades y comprendí que eran escasas. Él parecía saberlo todo de mí, sin embargo, yo acababa de percatarme de que nunca le había conocido de verdad.

—¿Qué quieres, Joakim?

Él soltó una carcajada sincera.

—No, Blue, no quiero que vuelvas conmigo por la fuerza, si es lo que crees. Siempre pensé que habíamos mantenido una relación perfecta en su esencia, y tuviste que fastidiarlo. Y con lo de estos días has vuelto a demostrarme que tu autosuficiencia es impostada. Hubieses recuperado a Lily nada más salir del hospital, pero tuviste que llamar a Brooks…

Preferí seguirle la corriente porque ahora que sabía quién, quería conocer el por qué.

—¿Qué pretendías? —le pregunté, en cambio.

—Saldar cuentas pendientes.

Alargó la mano y cogió la mía por encima de la mesa. Intenté apartarla, pero me la sujetó con fuerza.

—Creíste que habías tomado prestada una identidad segura ¡y no imaginas lo equivocada que estabas!

—¿Qué pasaba con Cassandra? ¿Por qué te importa?

Soltó una risita.

—Sigues sin entenderlo, a pesar de lo que has encontrado hoy, ¿verdad? —Meneó la cabeza, decepcionado—. Pensaba que eras buena investigadora, pero ni te has acercado, Blue. Debería haber dejado que mi hermano se ocupara de ti.

—¿Tu hermano?

Se me agolparon un montón de datos en la cabeza, cosas que no había tenido en cuenta hasta ese momento. Se refería a Henry. Pero Henry había tenido una hija, a la vez hermana… ¿Por eso nunca me dejó tocarle? ¿Seguía siendo una mujer?

—Veo que vas atando cabos —dijo, descifrando mi expresión—. Y, por si se te ha ocurrido, no soy una mujer, aunque mi madre, que ya estaba bastante loca cuando nací, se empeñó en que lo era. Incluso me inscribió en el registro como Kimberly. Y es que la muy cabrona nos jodió la vida a Henry y a mí para tener compañía en sus demenciales desvaríos.

—¿Y qué tenía que ver Martin contigo?

Joakim alzó la mano para pedir la cuenta.

—Busquemos un sitio más privado para hablar.

—Prefiero que nos quedemos —respondí de inmediato.

Su mirada acerada era desconocida para mí, jamás la usó mientras estábamos juntos. Incluso con su físico, que seguía pareciendo poco peligroso, esa nueva faceta suya asustaba más. Entendí entonces que ni se le había acelerado el pulso al matar a Misty, aunque su actuación fue digna de la Academia de Artes Cinematográficas.

Nuestras pistolas seguían embolsadas en el depósito de pruebas, pero ahora no dudaba de que él debía tener alguna de repuesto. La que me encontraba inerme era yo, porque nunca lo había considerado una amenaza.

Puede que tuviera que revisar ese concepto que tenía de mí misma sobre mi poder de deducción.

—Vamos a tomar una copa a algún sitio tranquilo para que escuches atentamente mi propuesta. Luego decides si te quedas o te vas.

Por alguna razón, me pareció que no tendría elección, sino que ya sabía mi respuesta, fuera la que fuera, porque no tenía ni idea de qué quería contarme.

Puso unos billetes sobre la bandejita donde habían traído la cuenta y se levantó.

—Además, te contaré una historia —me dijo, abriendo la puerta de su coche alquilado para que me sentase—. Una historia

antigua. A ti te gustan las historias, creo recordar. Le contaste una buena a Brooks hace poco.

Cerró la puerta y dio la vuelta al vehículo para sentarse al volante y ponerlo en marcha.

—Te aprovechaste de su inestabilidad emocional —dije.

—¿La de quién? ¿De Misty? —preguntó.

Conducía despacio, lo que me indicó que no íbamos lejos.

—Es posible —se respondió a sí mismo—. Pero yo diría que en el trato que hicimos, ambos teníamos intereses. En su caso era una cuestión emocional…, pero estamos adelantando la historia y quiero que la escuches entera. De momento, tira tu móvil por la ventanilla. Prefiero que nuestra conversación sea privada y no me fio de tus nuevas amistades.

Le obedecí, en vez de aprovechar la baja velocidad para abrir la puerta y tirarme en marcha. Además de que tenía curiosidad, imaginaba que no me libraría de él tan fácilmente. Quería algo de mí y yo quería saber qué era.

—¿Puedo saber qué trato hiciste con Misty? —le pregunté, al cabo de un momento.

El giró el cuerpo para retroceder con el coche hasta un aparcamiento que acabábamos de dejar atrás.

—Ya llegaremos a eso y verás que es fácil. Solo debes concentrarte en una cosa: si quisiera mataros a ti y a tu hija, ya estaríais muertas. —Me cogió una mano y se la llevó a los labios—. Me gustaría que hubieses sentido lo mismo que yo llegué a sentir por ti, pero me conformo con terminarlo a mi manera.

—Aún no me has dicho lo que quieres —le recordé.

Me volvió a besar la mano y me la soltó.

—Todo a su tiempo.

Salió para abrirme la puerta desde el exterior, como hacía siempre. Le esperé porque se cabreaba cuando abría yo y salía por mi cuenta. Esos cabreos suyos de antaño, compuestos de miradas reprochadoras y silencios dolidos, que se habían convertido en su marca personal y que ahora sabía impostados. Esta vez no quería irritarle.

Me tendió la mano, como si fuese una frágil damisela que no pudiera alzarme sola del asiento y cerró la puerta a mi espalda. Luego me ofreció el codo para que le enlazara del brazo y caminamos hasta un local con un letrero de neón en lila, que era casi la única iluminación de la calle, puesto que las farolas estaban, la mayoría, fundidas.

Mi instinto me impulsaba a alejarme lo más posible de Joakim, pero mi curiosidad era superior.

Nos sentamos en una mesa separada de los pocos parroquianos que bebían en la barra o bailaban en una pista tan diminuta como un plato de ducha. Era un local sin pretensiones, que debía mantenerse con los vecinos de la zona.

—¿Cerveza? ¿*Whisky*? —me ofreció Joakim.

—Cerveza, gracias.

Me hubiera venido bien algo más fuerte, pero quería tener los sentidos alerta. Joakim no parecía una amenaza, pero sin duda lo era. Como esas ranas pequeñitas de colores vivos de la selva, preciosas a la vista, pero portadoras de una cantidad de veneno capaz de matar a diez personas en minutos.

Depositó frente a mí una jarra de cerveza y puso a un lado dos vasos de whisky.

—Por si te apetece luego.

Se sentó, cogió su vaso y dio un largo trago.

Intenté no parecer sorprendida, Joakim no bebía más que vino y si podía ser blanco y en pequeñas cantidades, mejor.

Pero eso era antes.

Evidentemente, no tenía ni idea de quién era el hombre frente al que estaba sentada.

—Voy a contarte todo, porque creo que mereces saberlo. Y te diré lo mismo que tú a Brooks: esto jamás se lo he contado a nadie. A estas alturas, ya sabes que la gente suele enterrar su pasado después de reinventarse, en un intento de ocultar su procedencia. Yo, en cambio, descubrí que en el escabroso pasado de mi familia estaba mi futuro.

QUINTA PARTE

No me consideraba mejor ni peor que cualquier otra persona. Intenté dañar lo menos posible a los que me rodeaban, pero, aun poniendo especial cuidado, resultaba imposible contentar a todos. Y conmigo, había mucha gente descontenta.

Sin embargo, estaba a tiempo de aprender que no era a los diferentes a los que había que temer, sino a los que aparentaban normalidad, pese al monstruo que llevaban dentro.

Y eso podía aplicarse también a mí.

CAPÍTULO 47

Joakim

No puedes imaginar cuánto daño puede hacer una madre, y la confusión que te crea al cambiarte el género.

Siempre pensé que era una niña y no entendía que los niños en el colegio se riesen de mí, llamándome cosas feas que les decían sus padres cuando les hablaban de mis peculiaridades.

Estas consistían en que tenía algo entre las piernas que me hacía diferente a otras niñas. Se levantaba cuando me sentaba para hacer pis y terminaba mojando el suelo. Los baños para niños pequeños carecían de puertas que procurasen intimidad, así que imagina el panorama.

En casa, a todos los efectos, yo era una niña y crecí vistiendo y comportándome como una. Mamá, aunque no salía de su habitación, era inflexible con Henry cuando trataba de defenderme. Pero él ponía poca energía, estaba absorto en otros temas y yo era un estorbo para todos.

Henry no me quería, pero me cuidaba, lo mismo que cuidaba a mamá, siempre enferma y metida en la cama.

Ella nunca acudió a recogerme al colegio ni a una reunión con mis profesores. Era Henry el que se ocupaba de todo.

Un día, mi hermano me vistió como a un niño y me llevó a otro colegio.

—Te llamas Joakim, ¿me oyes? Y eres un niño —me advirtió—. Si te comportas como una niña, se reirán de ti.

Se rieron, claro. Henry no me había explicado que debía usar el baño de los niños y que no tenía que sentarme para hacer pis. Yo

sabía que no era una niña, pero no sabía comportarme como un niño.

Algo muy confuso, que no recomiendo a nadie, créeme, Blue. Aprendí por imitación y nunca terminé de asimilar mi género. A cualquiera podría parecerle una ventaja, pero para mí resultó siempre muy frustrante.

En casa había un clima tenso que me alteraba bastante. Mi madre perdía la cabeza por momentos y se mostraba colérica si me veía vestido de niño. Ni Henry conseguía calmarla.

Acostado por las noches en mi cama, podía escucharlos hablando, leyendo, jadeando.

Durante mucho tiempo, pensé que Henry era mi padre, y él me pegaba cuando lo comentaba. ¡Somos hermanos!, gritaba, enfurecido. Era solo una verdad a medias, porque luego supe que yo llevaba razón.

Algo demencial y repulsivo, lo sé. ¿Por qué crees que llevo tantos años necesitando terapia?

Pero eso es algo que piensas cuando creces y sabes de normas sociales. En aquel momento, mi vida era un puto caos. Fantaseaba con un padre ausente por negocios, que regresaría en cualquier momento y me prestaría una atención distinta a la que me prestaba mi madre.

Ella acostumbraba a llamarme cuando regresaba del colegio y Henry había salido a comprar o a hacer algún recado.

Me abrazaba y me apretaba fuerte contra sus flácidos pechos mientras suspiraba. Debía tener unos diez años cuando me cogió la mano y la puso entre sus piernas. Me asusté tanto que salté de la cama y salí corriendo.

Pero un niño necesita del abrazo de su madre y volví.

Es algo que no puedo expresar. Quería que mi madre me quisiera y me enseñó a quererla como a ella le gustaba y, aunque me repugnaba, me encontraba bien entre sus brazos.

—Oh, mi pequeño Henry, si, así…, despacio, deja que yo me mueva, ahora mueve la mano.

Henry se enfadaba mucho si nos encontraba así. Me echaba de la cama de mamá, le gritaba a ella y la castigaba.

Yo corría a lavarme las manos que estaban cubiertas de un flujo pegajoso y que tenían un olor entre dulce y ácido.

—¡No vuelvas a acercarte a mamá! —me gritó un día Henry, después de darme un bofetón, echarme de su habitación y poner un candado en la puerta.

Tenía doce años y seguía perdido. Carecía de referencias ni masculinas ni femeninas, y tampoco familiares… Y continuaba siendo un inadaptado social en el colegio, por lo que Henry me buscó un entretenimiento: me compró un ordenador y me enseñó a usarlo.

Los ratos que no dedicaba al estudio, los pasaba frente al ordenador. Horas. Días, a veces.

Me abrió un mundo nuevo y me olvidé de que necesitaba los abrazos de mamá. Internet satisfacía mi curiosidad, que era más acuciante que las extrañas muestras de afecto familiares.

La red me proporcionó mucha información, más de la que quería, a veces, porque me abrió la puerta a la historia del que siempre me habían dicho que era mi padre: Henrik Olsen.

Resultó que no era un hombre de negocios.

Henrik Olsen nació en Suecia y vivió por toda Europa durante su juventud. Procedía de una familia modesta, pero tenía un don que le proporcionó fortuna: una habilidad innata para abrir cajas fuertes. Esto no lo supe de inmediato, sino que fui atando cabos mientras investigaba en la red y rebuscaba en las cajas viejas del altillo, donde mamá había guardado sus cosas.

Cumplió dos condenas cortas en Francia y en Inglaterra. Entonces decidió que Europa se le estaba quedando pequeña y saltó el charco.

Trabajó sobre todo en el este, por eso vino a vivir a Los Ángeles, lejos de donde daba los golpes.

Aquí conoció a mi madre, se casaron y firmaron un documento de separación de bienes. Henrik transformaba sus ganancias en bonos al portador y los guardaba en una caja de seguridad a nombre de mi madre. Él solo poseía una cuenta con sus tarjetas. Había aprendido, por las malas, a asegurar su patrimonio a través de otra persona.

Tras muchos años tomándole el pulso a ese mundillo, descubrí que Henrik formaba parte de una banda de ladrones de guante blanco, autores del robo de muchas obras de arte en la zona de Virginia, Nueva York y Filadelfia. Debían tener buenas fuentes de información porque siempre robaban joyas, obras de arte muy valiosas, y algo menos espectacular, pero tan único como todo lo anterior: piezas filatélicas.

Por tu expresión, veo que ya sabes por dónde van los tiros, Blue, y tienes razón: el padre de Cass era Henrik Olsen.

Me costó bastante encontrar esa relación, no creas. Y no te voy a aburrir con los pormenores. Solo te diré que Olsen testificó contra sus compañeros y que, a cambio, recibió una vida nueva en protección de testigos. Así nació John Martin.

Los miembros de su banda, que tenía cierta fama, estaban cabreados. En la relación de bienes confiscados que guardaban para vender, todos producto de golpes bien planeados, juraron que faltaban ciertos objetos. Las sospechas recayeron en Olsen, por supuesto. Durante unos años estuvo sometido a vigilancia, no solo por el mismo programa de protección de testigos, sino por el departamento correspondiente del FBI. De haber puesto en circulación los objetos robados, hubiera ido a la cárcel, anulando todos los tratos anteriores acordados con el departamento de justicia.

¿Ves la luz ahora, Blue? Cassandra Martin era hermanastra de Henry que, a su vez, era mi padre. Retorcido, ¿no?

¡Puta familia de tarados!

Pero no voy a ponerme a despotricar contra ellos ahora, no merece la pena.

No obstante, me convenía que centraseis vuestra mirada en Misty y su pasado de drogadicción, y en Henry y sus cositas.

Henry fue el producto de una educación basada en los abusos. Y, como muchos otros que han sufrido violencia continuada, consideraba de derecho ejercerla a su vez. Sabía fingir, porque no era tonto, pero carecía de control sobre sus deseos y, cuanto más espiaba a sus inquilinas, más le costaba mantener vacía su

«habitación secreta». La verdad, me extraña que no lo cogiesen antes, porque era muy descuidado.

Pero no he terminado la historia y veo que miras de reojo el reloj. Tranquila, Lily está bien. Está con su padre, ¿verdad? Ahí sí que te mentí. Un poquito. Me cabreó mucho lo que hiciste, y no porque no lo viera venir. Se te aflojaban las piernas cada vez que mirabas a Brooks, no vayas a pensar que engañabas a nadie. Pero, a diferencia de mi hermano, yo nunca me he creído con derecho al amor de una mujer, ni he matado a ninguna por no ser correspondido por ella.

Otra cosa en la que te he mentido es que jamás he acudido a un terapeuta porque, aunque nuestra madre nos dejó bien jodidos y confundidos, yo he aprendido a aceptarme y hago mi vida sin dañar a nadie.

Ya veo, estás pensando que a algunos los he dañado. A mi padre, Henry, por ejemplo. Pero créeme, las mujeres de este mundo están más seguras sin él.

En cuanto a Misty… Eso también fue necesario. Ella te hubiera matado, no solo por la justicia que la impulsaba en un principio, sino por Lily.

Misty idealizó a Martin porque la trató bien, sin conocerla siquiera, al contrario que su familia, y llegó a obsesionarse contigo por haberle abandonado.

Al principio ella no sabía nada de la historia de fondo, de que no eras Cassandra Martin, sino una impostora. En realidad, Misty se había creado su propia cruzada, aunque no sabía cómo abordarte cuando la descubrí siguiéndote.

Entonces, fui yo el que la abordé y me di cuenta de que podía manipularla, usando los sentimientos adecuados en su contra. Ella necesitaba un guía y le proporcioné un propósito de mi invención. A mí me vendría bien como chivo expiatorio llegado el momento, pero también podía ser útil entre tanto.

De hecho, fue mis ojos y mis oídos durante un tiempo, porque te siguió a Nueva York y luego vino contigo a Los Ángeles. Y se me fue de las manos por Lily…

Pero me estoy adelantando y así no se cuentan las buenas historias. Esta te sorprenderá, lo prometo.

CAPÍTULO 48

Mack

—Es fácil comprobar si estamos hablando de la misma persona —dijo Zimmer—. Anoche te envié un mensaje y, como supuse que estabas dormido, se lo mandé también a Cass. Ella me contestó y me hizo una pregunta. Por lo visto, no le contaste lo del amigo de Misty…

Negué con la cabeza. No le había contado todo lo que íbamos descubriendo de la familia de Henry porque, de forma egoísta, pretendía que se centrara en los beneficios de abandonar la identidad de Cassandra Martin.

El informático chasqueó la lengua, contrariado.

—Vale, los remordimientos no sirven para nada. Te diré lo que le dije a ella: tengo una fotografía, de baja resolución, del amigo de Misty, tomada en uno de los clubes nocturnos de WeHo. No es magia, es cabezonería mía. Le pedí a Erikson fotografías de los vestidos que se llevó de casa de Misty y había uno muy llamativo de lentejuelas rojas. Supuse que si le gustaba vestirse de mujer, se encontraba en el lugar adecuado para salir a dar una vuelta por los clubes de ambiente.

—Te cuesta mucho dar el golpe de efecto, Bob —se quejó Richie—. Lo completo yo: los habituales de esos clubs suelen etiquetar las fotos y subirlas a sus redes.

—Y a ti te falta paciencia para escuchar una buena historia —contestó su amigo, sin acritud—. Pero así fue. Me dediqué a ver cientos de fotos hasta que localicé el vestido rojo.

Pulsó una tecla del ordenador y apareció la fotografía en una de las pantallas que se encontraba frente a él.

—¿Lo reconoces? —me preguntó.

Asentí. La peluca y el maquillaje despistaban, pero los rasgos eran los de Joakim.

—Yo también lo he reconocido, aunque no ha salido del coche en el que ha llegado con Cass esta mañana.

—¿Lo tienes grabado? —le pregunté—. ¿Puedo verlo?

Zimmer buscó las grabaciones de las cámaras adecuadas del aeródromo y las reprodujo en otro monitor.

—Cass parecía muy resuelta… —comenté, desanimado.

—Eso solo quiere decir que tiene mucho aplomo —intervino Richie—. Me juego algo a que la han coaccionado.

Con Lily a salvo, solo había otra cosa con la que Joakim pudiera hacerle chantaje: su identidad prestada, según ella. Yo consideraba que los préstamos se devolvían, pero no era yo el que tenía que decidir.

En todo caso, sin poder hacer un seguimiento al coche y sin su teléfono para poder rastrearla, solo quedaba esperar, algo que se me daba francamente mal.

—¿Habéis pensado la de tiempo que ahorraríamos poniéndole a Cass un microchip? —exclamó Carol desde la puerta—. Cada vez que me doy la vuelta ha desaparecido.

—Sabemos con quién está, pero no si está con él de forma voluntaria —le explicó Zimmer, girando la pantalla para que Carol viera la fotografía de Joakim, vestido de mujer.

—Interesante…

Zimmer puso otro fotograma, en el que se le veía por los alrededores del aeródromo, cuando acompañó a Cass.

—¡Caramba! Menudo cambio.

Mientras la poníamos en antecedentes, ella se entretuvo en frotar con el dorso de la mano una pantalla que tenía a su alcance, donde se veía el fondo de la pista, ahora vacía, que grababa los aterrizajes y despegues, por seguridad.

—¿Qué haces, Carol?

—Me estaba poniendo nerviosa esta pantalla. Creía que estaba sucia, pero está rayada.

Zimmer se levantó y la observó desde un extremo. Luego la apagó y exclamó:

—¿Quién coño ha escrito en mi pantalla con un boli?

—¡Espera! —exclamé, porque también podía ver que no eran rayas al azar sino un código alfanumérico—. Sé qué es.

Me había aprendido ese número hacía mucho tiempo. Era del localizador que todos los del departamento llevábamos, por si acaso. Porque cuando investigabas células terroristas, el riesgo era extremo. Se podía disimular en cualquier objeto pequeño y Cass había pegado el suyo a un llavero. Al llavero donde tenía las llaves de su apartamento en San Francisco, el mismo que usaba aquí y que, seguramente, usó en Nueva York.

Les conté de qué se trataba.

—Estará desactivado —dijo Carol.

—Todos lo están. Se activan con una clave individual, en el caso de que un agente desaparezca.

—Lo que yo decía, para alguien que se pierde tanto como Cass, lo mejor es implantarle un chip o, en su defecto, pegárselo —apostilló Carol—. ¿Sabes cómo acceder?

—Sí. ¿Qué ordenador puedo usar? —le pregunté a Zimmer—. Tengo que entrar con mi clave del departamento.

Puede que me ganase una amonestación, porque estaba de baja, pero ya lidiaría con eso. Ahora, quería localizar a Cass y, como decía Carol, esta vez le pondría un chip si era necesario.

CAPÍTULO 49

Joakim

Me costó mucho tiempo juntar todas las piezas, no creas.

Y también mucho dinero.

Ese dinero que Henrik Olsen había ganado ilícitamente y que heredamos Henry y yo.

Cuando me fui de casa, Henry me dio mi parte de la herencia, aunque sé que me timó porque solo él manejaba las cuentas. En todo caso, era un buen pico y me conformé. No obstante, con el tiempo y, a base de pagar información y mantener un negocio ruinoso, se esfuma.

La librería, como sabes, nunca fue una fuente de ingresos significativa. La mayoría del tiempo, me costaba más mantenerla abierta que haberla cerrado, pero era un capricho.

Tuve que viajar al este varias veces hasta dar con los *marshals* que se habían encargado de Henrik.

Uno estaba muerto y el otro retirado.

El vivo, al que le quedaba poco para reunirse con su compañero porque le habían diagnosticado cáncer de estómago inoperable, se alojaba en un motel. Cuando lo abordé con mi petición, se negó a proporcionarme la información. Pero debió pensarlo mejor porque me llamó al día siguiente.

Me pidió cien mil por esa información y por una suplementaria, que me interesó todavía más . Y no era negociable. El tipo quería pegarse la buena vida, aunque fuese el poco tiempo que le quedaba, y dejar a sus dos hijos un pico para que lo recordasen con algo de cariño.

Así llegué a Martin.

No fue tan sencillo, claro, pero no voy a aburrirte.

El antiguo *marshall* me dio un nombre y una ciudad, advirtiéndome que Martin podía haberse largado, porque el seguimiento de los testigos protegidos no era de por vida.

Resultó todo un reto, pero al final lo encontré, porque, efectivamente, se había trasladado.

Vivió en Boise y creó otra familia. Le sobrevivía una hija, que trabajaba en San Francisco. ¡Toda una casualidad!

Me trasladé durante unos meses a Boise e indagué en su vida, así di con la investigación a la que te había sometido. Y con los investigadores que contrató y que, con la debida recompensa, dejaron la ética profesional de lado.

Como no podía ausentarme tanto tiempo de mi negocio y de mi vida, los contraté.

Necesitaba información sobre los socios de Olsen que terminaron en la cárcel y que, por separado, coincidieron que, entre el botín recuperado por el FBI, faltaban ciertas piezas muy valiosas, que solo Olsen podía haberse llevado.

Por sus cuentas y su forma de vida, deduje que Martin no las había llegado a vender. Su negocio funcionaba bien y no le había hecho falta tirar de esos recursos extra. Así pues, imaginé que los guardaba para su querida hija, a la que no desheredó, o no le dio tiempo, aun después de saber que si moría, la suplantadora lo heredaría todo. Por lo tanto, tú tenías acceso a esa fortuna, pero ni siquiera te molestaste en pasar por Boise, lo moviste todo a través de su abogado.

El abogado que llevó los asuntos de Martin tras su muerte casi me echa de su despacho cuando le pedí una copia del testamento. El hombre tenía su ética, al contrario que los detectives, por lo que tuve que recurrir a su pasante, que me lo proporcionó por tres mil dólares. Una ganga.

Ya estaba pensando en la forma de acceder a esa caja de seguridad, a la que ni te habías asomado en todos esos años cuando te conocí. No por casualidad, naturalmente, pero, para mi sorpresa, hicimos buenas migas enseguida.

Me preguntaba si llegaría el momento en que te abrieras a mí, como yo me abrí a ti para contarte mis escapadas nocturnas como mujer. No lo hiciste, pero tampoco hiciste otra cosa: abrir la caja de seguridad de Martin.

Como te digo, llegué a sentir algo por ti y, durante un tiempo, me olvidé de esa caja. Pero como todo lo bueno se acaba, tuve que conocer a tu compañero para saber que jamás corresponderías a mis sentimientos.

Volví a mi búsqueda activa de la documentación y, sobre todo, de la llave. Registré tu apartamento varias veces, de arriba abajo. Golpeé las paredes, por si había algún escondite, miré en la cisterna del baño, en los huecos de detrás del lavabo, en el exterior de las ventanas… nada.

Entonces me fijé en que alguien te observaba de cerca.

La reconocí porque había fotografías suyas en los informes que me dieron los detectives: se trataba de Misty, la chica que Martin había confundido con su hija durante unos meses.

Al poco te hirieron, y nuestra relación entró en una espiral cuesta abajo. Pero ya lo sabes.

Un día volaste y contigo, la fortuna de Olsen.

Me sentí herido cuando me abandonaste, en especial cuando me contaste lo de tu embarazo.

Tenía los pies en el suelo y sabía que te había perdido, pero no perdería el contenido de esa caja que me permitiría vivir como me diese la gana en cualquier lugar, el resto de mi vida. El dinero que dejó Olsen a su familia, a mi hermano Henry y a mi madre, me hubiera dado para unos años más, pero no muchos. Y, francamente, me parecía que tenía derecho a toda su herencia, ya que a mi hermano no le hacía falta. Vivía en su mundo y había invertido una cantidad con acierto.

Misty y su obsesión podrían servirme para mantenerte vigilada en el este. Pero bueno, ya sabes, empezaba a ir corto de fondos y tendría que idear algo.

Entonces, tuviste a tu hija y te trasladaste a Los Ángeles.

Me costó mucho frenar a Misty, que empezaba a cansarse de que no cumpliera mis promesas, pero más frustrado estaba yo. No

quería hacerte daño y, a la vez, necesitaba el contenido de esa caja con urgencia. Por cierto, para financiar tu vigilancia, terminé vendiendo la librería y me trasladé aquí.

Conozco esa mirada de incredulidad. Crees que me lo jugué todo en una apuesta de rojo o negro, pero yo estaba seguro de que tú tenías esa llave de la caja de seguridad. Nunca se me ocurrió algo tan simple como que hubieras alquilado un trastero para guardar lo que no querías en casa, como lo de Martin.

¡Menudo fallo!

Hace un montón de tiempo que podía haberla localizado. Misty tenía que hacerse pasar por ti en el banco y su contenido estaría en mi poder. Esto nunca tenía que haber llegado tan lejos. Y hasta puede que no hubieses vuelto a reencontrarte con Mack porque, créeme, no te conviene. Un hombre infiel, volverá a serlo a la mínima oportunidad.

Vale, no me mires con ese ceño fruncido: entiendo que es tu vida. Y yo me estoy saliendo del tema.

Como te decía, me trasladé aquí, al apartamento de Misty, que pagaba yo, igual que su gabinete, que no servía más que para distraerla porque, si hubiese sido por ella… Además, su papel era crucial: hacer de gancho para atraerte a casa de mi hermano y comprobar si habías traído contigo la dichosa llave. ¿Que cómo se metió él en esto? Pues muy fácil: no le di opción. Al principio se negó a ayudarme, pero yo sabía dónde no había buscado la policía cuando registraron su casa tras la desaparición de una de sus inquilinas, así que colaboró. Primero, de mala gana, pero luego me enteré de que Misty había hecho sus propios planes con él.

¡Sí, has acertado! Mi hermano se quedaba contigo y Misty con tu hija. Ya te digo que eran tal para cual. Aún no me explico que llegaras a creer que eran tus amigos.

Oye, no llores, lo siento. De verdad que no les hubiera dejado salirse con la suya. Ambos estaban condenados porque, si algo he aprendido en estos años de búsqueda, es que los cabos sueltos se pueden volver en tu contra.

El abogado murió porque se negó a validar a Misty en el banco como legítima heredera de los bienes del anticuario. Los detectives

sospecharon de mi interés por Martin, llegaron a una conclusión parecida a la mía, y me ofrecieron repartir el contenido de la caja de seguridad a partes iguales entre los tres. ¿Ves lo que te digo? Cabos sueltos.

Quedaba presionarte. Y eso es lo que tenía que haber ocurrido la noche en la que me llevé a tu hija. Escogimos ese día porque Misty tenía que estar en San Diego, y tú trabajando. Yo iba a matar a Henry y a llevarme a Lily. Por si no habías caído en la cuenta, soy el único familiar de mi hermano y su heredero. En caso de no poder acceder a la caja de seguridad de Martin… En fin, hay que pensar en todo.

Tenía que haber sido un golpe rápido y te hubiera llamado al día siguiente para hablarte del intercambio: tu hija por el contenido de la caja. Pero estabas allí y tuve que tomar una decisión rápida. Te disparé por la espalda. Solo quería herirte y que no pudieras reconocerme. Henry se giró y a él sí que lo sorprendí porque no esperaba verme vestido de mujer.

En fin, lo demás ya lo sabes, excepto que tardaste en despertar y Misty no quería oír hablar de devolverte a Lily. La persuadí de que la única forma de que pudiera quedarse con ella sería matándote, pero teniendo a Mack cerca, dudaba de que pudiera hacerlo. Entonces le expliqué cómo solucionarlo, aunque para ello tuviera que separarse de Lily un par de días. Quedaría al descubierto, pero como su intención era irse lejos con la pequeña y cambiar de nombre las dos, no le importó.

Una vez me llevó a esa urbanización inacabada. Fantaseaba con comprarse una de las casas cuando su negocio despegase, y criar a Lily allí. Pero claro, los sueños, sueños son y como eso ya no sería posible, le pareció el lugar ideal para una despedida, la suya y la tuya.

En fin, fue la suya y tenía que ser yo, para que te sintieras en deuda conmigo y poder tener la oportunidad de charlar a solas para pedirte, sin rodeos, que fuésemos juntos a abrir esa jodida caja. Pero mira, te has adelantado a mis deseos, así que esto terminará antes de lo esperado.

Ya sabes lo que quiero, que, además, me pertenece, porque soy el único familiar vivo de Henrik Olsen.

¿Qué me dices?

Me parece un precio razonable por tu tranquilidad, porque si trasciende tu suplantación de identidad, se acabó para ti.

CAPÍTULO 50

Cass

Joakim se pasó la noche hablando y yo escuchando y pensando que Cassandra Martin, la auténtica, la chica que conocí en un autobús, hubiese tenido que enfrentarse a esto y quizá no hubiese sobrevivido, porque ella adoraba a su padre. Y su padre le había mentido durante toda la vida, dejándola, además, en manos de depredadores como el que estaba conmigo.

Tenía curiosidad por saber qué había impulsado a Joakim a organizar semejante trama. Primero lo escuché en el bar, hasta que llegó la hora de cerrar, y luego en el coche. Y cuanto más hablaba e intentaba tranquilizarme, más tensa estaba yo y más ganas tenía de soltarle una buena hostia al muy cretino.

Porque había que ser muy necio, o estar muy mal de la cabeza, para perseguir una incertidumbre durante más de diez años. Los objetos robados en la costa este podían haberse perdido o vendido. O podía habérselos llevado cualquier otro miembro de la banda de los Fantasmas.

Aunque me temía que Joakim no había perseguido esos objetos por codicia, sino en busca de una identidad propia, de la que había carecido toda su vida. Y no solo por la confusión de géneros; era por todo: una madre que abusaba de sus hijos, un hermano que, al mismo tiempo era su padre, fue su carcelero y un asesino de mujeres, y un padre «oficial» que había abandonado a la familia sin volver la vista atrás, y había formado otra por la que sí se había preocupado.

Y él había crecido en medio de todo aquel ambiente de abusos, rechazos y abandonos.

Su promesa de desaparecer y dejarnos en paz a Lily y a mí, me sonaba hueca. Quizá lo hiciera durante un mes o un año, pero luego, ¿qué? Además, no había incluido en el salvoconducto a Brooks y me temía que esa exclusión era intencionada.

—Como comprenderás, no llevo encima lo que saqué de la caja de seguridad de Martin. Lo dejé en la oficina del aeródromo donde aterrizamos ayer cuando llegamos de Boise.

—¿Te llevó Mack?

Una pregunta rara. Yo hubiera preguntado cómo se me ocurría dejar objetos tan valiosos a cargo de desconocidos, pero él estaba obcecado con Mack.

—Los dueños del aeródromo me llevaron y me trajeron. Son amigos.

—Es bueno tener amigos en todas partes —comentó, de forma críptica—. Supongo que no habrá ningún inconveniente en que lo recojas.

—No tiene por qué haberlo. Es mío.

—No, Blue, no es tuyo —matizó—. Es mío.

Asentí. No quería discutir sobre eso porque era algo que no me importaba. Acababa de caer en la cuenta de que la identidad que había tomado prestada era una amenaza contra mí más efectiva que una pistola. Nunca viviría tranquila siendo Cass Martin. Mack tenía razón.

—De acuerdo. Te lo daré, no te preocupes.

—Eso está mejor. Veo que has entendido la idea: soy el heredero legítimo y quiero disfrutar de esa herencia.

—Pero te marcharás, ¿no?

—No tengo más remedio. Tarde o temprano me buscarán por algunos cabos sueltos que me obligó a dejar Misty y, desde luego, no voy a ir a la cárcel por ella.

No había nadie en el aeródromo. Tuvimos que esperar hasta que vi a Zimmer llegar con su coche.

—Si entras conmigo, va a sospechar. No te conoce.

Pareció pensarlo.

—Sabes lo que te juegas.

—No voy a hacer nada que ponga en peligro a mi hija, Joakim. Tendrás que confiar en mí.

Y, de verdad esperaba que lo hiciera. Y que todo estuviera como lo había visto la tarde anterior.

—Mantén este teléfono abierto, quiero oír lo que hablas con ese hombre. —Me alargó un móvil—. Sonará en un minuto. Pulsa contestar y guárdalo en el bolsillo.

No había contado con eso.

De camino al hangar que servía de oficinas me estrujé la cabeza: no podía decirle nada a Zimmer, pero sí que podía hacer algo. Solo esperaba que nadie se diera cuenta de mi jugada demasiado rápido, porque quería resolverlo a mi manera.

Zimmer no preguntó para que quería los diamantes y lo demás, cosa que le agradecí porque no merecía una respuesta cortante. Ya se lo explicaría cuando pudiera.

Me quedé en su oficina mientras él sacaba de la caja fuerte de la empresa lo que le había confiado el día anterior. Colocó la bolsa del banco sobre la mesa y me enseñó que estaba todo. Yo no lo había puesto en duda en ningún momento.

—Pensaba que querías…

—Solo quiero llevarme esto, Zimmer. —Impedí que continuase con un gesto brusco, separando el álbum de filatelia y el paquetito con los diamantes del resto, que Joakim no quería, ya fuera por peso o por la complicación de vender una obra de arte en el mercado negro sin disponer de contactos—. ¡Gracias!

Sentía ser tan borde, pero no podía explayarme. Me detuve un momento en el pasillo, lejos de miradas indiscretas. Tenía que recuperar el resuello, porque estaba jadeando como si hubiera corrido dos kilómetros a toda velocidad, y me temblaban las manos cuando me cercioré de que llevaba el llavero en el fondo del bolso.

Zimmer no entendería el mensaje, pero esperaba que Mack lo recordara. Al menos, tenía que intentarlo porque, a esas alturas, ya sabía que jamás me libraría de la amenaza de Joakim. Era astuto, paciente, y letal.

Caminé hasta el coche y corté la llamada por el camino. Me senté en el asiento del copiloto, le entregué el móvil, el álbum y

saqué el paquete de diamantes de mi bolso.

—Esto —dijo, levantando el álbum con una sonrisa de satisfacción—. Esto es muchísimo más valioso que los diamantes.

—Has dicho que me dejarías marchar en cuanto tuvieses…

—Necesito un poco de tiempo, Blue. Si te dejo aquí y das el aviso a los federales, no llegaría ni al próximo semáforo.

Arrancó el coche.

—Hemos hecho un trato —protesté.

—Y debería fiarme de ti, tienes mucho que perder, Blue. Pero mi libertad es más importante y vas a venir conmigo un rato. Luego te dejaré y podrás volver con tu hija.

—No voy a decir nada, Joakim. Me juego mucho.

—Ya. Pero yo voy a hacer las cosas a mi manera.

Siguió conduciendo hacia el sur por la autopista abarrotada de conductores que acudían a sus trabajos.

—Podríamos haber tenido una buena vida juntos —dijo, al cabo de un rato—. Los tres. No te mentía cuando dije que trataría a Lily como si fuera mi hija.

Preferí no contestar a eso.

—Y dime, ¿qué planes tienes ahora que has conseguido la atención de Brooks? ¿Hará de papá y marido cariñoso durante un par de años? ¿Y luego?

—Carezco de tu visión de futuro.

Emitió un gorjeo incrédulo . Y a mí me dolió lo indecible porque puede que llevara razón y Mack volviera a romperme el corazón. Pero ahora contaba con un soporte emocional del que carecía en Francia, donde me enamoré de él: ahora tenía a Lily.

—Aún estás a tiempo de venir conmigo, Blue.

—Sabes que no lo voy a hacer. No insistas.

Joakim asintió.

—Entonces, quédate con esto. —Sacó un par de diamantes del paño de terciopelo y me los puso en la mano, sin perder de vista la autopista—. Nunca se sabe qué puede pasar.

—No los quiero. No sabría qué hacer con ellos.

Se negó a cogerlos.

—Como bien has dicho, no puedes predecir el futuro. Guárdalos. Tal vez en algún momento…

—Me conformo con saber que respetarás nuestro trato.

Se revolvió como si le hubiera abofeteado.

—¡Suelo cumplir mis promesas! —exclamó—. Te he dicho que Lily y tu estaréis a salvo.

—¿Y Brooks?

—También, por lo que a mí respecta.

Asentí, como si me complaciera su respuesta, pero la realidad era que, en conjunto, Joakim suponía un problema que me obligaría a vigilar mi espalda, y la de las personas a las que quería, toda la vida.

—Te dejaré en esa gasolinera. —Buscó algo en la guantera y me lo entregó—. Un móvil prepago, para que llames a Mack. Se alegrará de tener noticias tuyas y vendrá a buscarte.

Me quedé entre los surtidores, suspirando de alivio. Aunque ese alivio solo era momentáneo. Sabía que la única forma de deshacerme de él sería matándole.

CAPÍTULO 51

Mack

Cass estaba a la entrada de la gasolinera, indemne.

La abracé, notando que todos mis músculos se relajaban.

—¿Entendiste el mensaje? —me preguntó, después de besarme, colgándose de mi cuello.

—Por eso he llegado tan pronto, estaba solo a treinta kilómetros de vosotros. Vamos, sube, pareces agotada.

—Tengo mucho que contarte.

—Hay más de una hora hasta la fundación. ¿Te dará tiempo o nos detenemos a tomar café?

—Quiero abrazar a Lily.

—Entonces, vamos a la fundación. Pero dame un segundo que llame a Richie. Venía detrás de mí, por si acaso.

Cuando me senté detrás del volante, ella se acercó y me puso la cabeza en el hombro.

—¿Estás bien? Podemos esperar. Ya me contarás luego lo de Joakim —le sugerí.

—No es eso. Esta noche, además de escuchar una historia demencial, he pensado mucho.

—Me da miedo preguntarte. Eres la persona más imprevisible que conozco…

—Voy a aceptar la propuesta de Diana.

Tragué saliva porque no había esperado eso, pero ella no había terminado y me puso un dedo en los labios.

—Yo también te quiero desde hace mucho tiempo y debo empezar a arriesgar —continuó.

Seguí en silencio. Estaba tan emocionado como impresionado por lo que eso implicaba.

—Lily y yo nos iremos a San Francisco, con la condición de que vivamos los tres juntos en la casita de invitados, mientras se remodela el interior de la casa de Diana para convertirla en hotel. Si no funciona…

—Funcionará —aseveré, porque nada podía hacerme más feliz, excepto un pequeño detalle.

—Y voy a recuperar mi nombre.

Ese detalle.

—Ahora ¡vámonos de una vez! —exclamó, y arranqué de vuelta a Los Ángeles, con el ánimo tan alto que hubiese podido llegar levitando.

Cass… Blue se puso el cinturón y giramos en el primer cambio de sentido para regresar a la ciudad.

—¿Qué es eso? —pregunté, al cabo de cinco minutos.

La secuencia de tres pitidos y una pausa, era molesta.

—Es el móvil. Voy a silenciarlo. Le he puesto volumen por si me enviabas algún mensaje.

Blue se giró para recuperar el bolso, que había dejado en los asientos traseros.

—¿Qué móvil?

—El que me dio Joakim para llamarte —contestó, sacándolo del bolso y frunciendo el ceño.

Frené en el arcén con un largo chirriar de neumáticos.

—¡¡¡¡Salta!!!!! —grité.

La explosión me chamuscó las cejas y me salvé por poco de ser atropellado, pero me levanté raudo para ver dónde estaba Blue, con el corazón en un puño.

CAPÍTULO 52

Blue

Richie había llegado enseguida al lugar de la explosión porque seguía a Mack y, cuando se cercioró de que ambos estábamos bien, le recomendamos que se fuese. La policía estaría a punto de llegar y era mejor que nos encontrasen solos.

—Sabes que, después de esto, no vas a poder alquilar un coche en tu vida, ¿verdad? —le dijo Richie a Mack, riendo y despidiéndose con la mano, mientras se incorporaba al tráfico.

Empezaba a ser una constante terminar en una comisaría, de la que nos sacaba el FBI, para declarar dos veces lo mismo. En este caso, el trabajo de Brooks en la división de antiterrorismo de San Francisco, nos libró de inventarnos explicaciones, porque era probable que algún fanático hubiera querido darle un buen susto, por no decir otra cosa.

A estas alturas, con todas las mentiras que llevábamos a cuestas, ¿qué importaba una más? Eso sí, convenía tener cuidado; estábamos llamando demasiado la atención.

Mack había llamado a Zimmer para pedirle que no perdiera la señal de Joakim, que llevaba mi localizador de emergencia disimulado en el álbum de filatelia, hasta que saliéramos de las oficinas del FBI.

Mi jefe de departamento estuvo encantado de que firmase un documento de baja indeterminada. A nadie le gustaba tener un agente, aunque fuese uno de oficina, metido en un lío detrás de otro: un secuestro con asesinato… Dos, en realidad, pero la segunda muerte había sido en defensa propia, así que no era lo mismo, pero contaba. Y, por si fuera poco, una bomba casera en un coche.

Estaba implicada en todos esos conflictos, y daba igual si era la víctima: los agentes debían estar capacitados para evitar situaciones semejantes.

¡Ja! ¡Como si las hubiera buscado!

Bañé a Lily, le di la cena y la acosté.

—¿Te quedas con ella? Tengo algo que hacer…

—No.

Me sorprendió su tajante respuesta, como pudo ver por mi mirada interrogante.

—Salgamos al pasillo para no despertarla —me dijo, cogiéndome de la cintura.

A esas horas, los niños de la fundación correteaban a los baños para lavarse los dientes y prepararse para dormir. Había cierta algarabía controlada, ya que se trataba del ala de los niños más pequeños, capaces de enzarzarse en una competición de carreras a la mínima oportunidad. Estaban cansados, aunque tenían una vitalidad arrolladora, así que no daban la jornada por concluida hasta caer agotados en la cama.

—Sé a dónde vas. Y no vas a ir sola.

—Tengo que hacer esto, Mack, o jamás podremos vivir tranquilos —le dije, posando mi mano sobre su barba crecida—. Me quería muerta. Nos quería muertos a los dos.

—Lo sé. Y he de reconocer que el muy cabrón estaba atento cuando hablábamos del trabajo.

Sí que había estado atento. Quizá demasiado. El truco del móvil emparejado con la bomba estática lo había aprendido de un caso que tuvimos Mack y yo, y que habíamos contado durante una sobremesa, en la que la conversación de Joakim y Mónica había decaído. El receptor, la bomba, se mantenía inactiva hasta que el emisor, el teléfono móvil, se encontraba en un radio determinado, que podían ser unas decenas de metros o uno solo. Cuando el receptor reconocía la señal emisora, comenzaba una cuenta atrás, que el emisor recibía. Y la bomba quedaba armada y lista para detonar en el tiempo previsto. Bastaba algo de explosivo plástico y un detonador por radiofrecuencia , que podían encontrarse en la

dark web sin problemas, y cualquier descerebrado se convertía en un terrorista.

Suerte que Mack era artificiero y había reaccionado con rapidez, o ambos estaríamos muertos en un coche, con dos diamantes robados tiempo atrás. Porque los diamantes no se calcinaban como las personas y podían ser identificados.

—Por eso me dio los diamantes —mascullé.

—¿Qué diamantes?

—Los que hubiesen iniciado una investigación en toda regla para descubrir que Martin era el testigo protegido Henrik Olsen y yo había heredado parte de sus joyas robadas. Porque, que yo sepa, nadie tenía noticias de su anterior familia. Cualquier investigación, por muy exhaustiva que fuera, terminaría ahí. No queda nadie para afirmar lo contrario.

—Pero esos objetos robados… El seguro los cubriría cuando las investigaciones llegaron a callejones sin salida.

—A nadie le importa, solo al FBI para archivar los casos, dándolos por resueltos: supondrán que Martin vendió todo lo demás y solo quedaron los diamantes que debían encontrar en mi poder, en el de Cass Martin, mejor dicho.

—Es mucho suponer… —dijo Mack.

—Joakim es muy retorcido. Nunca contempló la posibilidad de dejarme viva. Y a ti tampoco.

—¿Por eso te contó toda la historia de su búsqueda?

—Estaba alardeando de su astucia.

Unos niños pasaron a nuestro lado corriendo, descalzos y con los pies mojados, intentando no resbalar sobre las baldosas húmedas. Mack sujetó a uno que estuvo a punto de estamparse contra la pared y le guiñó un ojo.

—¡Eh, revisa el líquido de frenos, chaval!

El niño sonrió y salió corriendo otra vez.

Mack me miró y su sonrisa se esfumó.

—No va a haber negociaciones, ¿no?

—No voy a negociar con alguien que nos quiere muertos.

Me pidió mi teléfono, puesto que había vuelto a tener que deshacerse del suyo e hizo una llamada. Al cabo de un momento,

chasqueó la lengua.

—Yo tampoco sé dónde se ha metido Frank. Dame unos minutos para encontrar a alguien que se quede con Lily y nos vamos, antes de que Joakim se largue del país —dije.

—Tranquilo, no pretende irse.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Para qué iba a hacerlo? Él no es persona de interés para nadie y, además, se quedó con los diamantes restantes. Nadie mete en una maleta diamantes sin certificar; es la manera más rápida para que te detengan en una aduana.

Él rio y me atrajo en un abrazo.

—A veces, me das miedo —dijo.

A veces, me daba miedo yo misma: nunca me había encontrado con el dilema de tener que matar para sobrevivir. Hasta ahora. Pero me sentía capaz de terminar con esa amenaza porque todos somos capaces de hacerlo, si existe una buena razón para mantener a la gente que queremos a salvo.

Yo tenía tres buenas razones para matar a Joakim.

CAPÍTULO 53

Mack

Le pedí a Zimmer que se mantuviese al margen, por si algo salía mal. Tenía en la pantalla del móvil la posición del localizador que Blue le había puesto en el álbum de filatelia a Joakim y, por tanto, sabíamos que se encontraba alojado en un hotel de Los Ángeles, en la calle octava oeste.

Blue y yo nos trasladamos allí en un coche prestado por Will que se ocupó, además, de poner un cuidador para Lily en la fundación sin hacer preguntas, solo señalándome su teléfono por si necesitábamos ayuda.

Las familias, a veces, se encontraban en lugares inesperados, pero en los más oportunos. Porque esas acciones trascendían la amistad.

De mi paso por la unidad de Lavick, destacaría los buenos momentos. Los malos los asumía y los peores los guardaba a buen recaudo, al fondo de mi memoria.

Lo mejor que había sacado de la experiencia, y que me hacía recaer cuando su equipo necesitaba ayuda, era la camaradería incondicional. Fiarte por completo de la persona que tenías al lado no tenía comparación.

A pesar de no pertenecer a la unidad, seguían siendo mi familia y las familias, igual que la que formaban Zimmer, Richie, Carol y los suyos, nunca fallaban.

Aparcamos detrás del 7-Eleven del West Olympic Boulevard y nos acercamos andando. Me había dejado el móvil en el coche para que no pudieran ubicar mi posición, si es que algo se torcía, aunque enseguida me percaté de que eso no iba a ser suficiente. El centro

ofrecía numerosas ventajas para pasar desapercibido, pero un sinfín de problemas para el que deseaba ser invisible. Nosotros pretendíamos no dejarnos ver, pero los cientos de cámaras de tráfico, protección de edificios y comercios, convertían el corto trayecto en un campo minado.

—Sigue en el hotel —dije, consultando el GPS del coche de Will, al que había introducido el localizador.

El aparato tenía el tamaño de dos teléfonos, pero me cabía en el bolsillo y nos garantizaba que el álbum seguía en la habitación de Joakim. Y estaba seguro de que, si salía, no lo dejaría. Se había tomado muchas molestias para conseguirlo.

—Vamos a esperar a ver si sale. Nunca le ha gustado el servicio de habitaciones y tendrá que cenar —dijo Blue—. Me encantará darle una sorpresa cuando vuelva a su habitación.

Para no alarmar a la población, el FBI había minimizado el atentado contra nosotros, achacándolo a una aparatosa avería con resultado de incendio y explosión, por los gases acumulados en el depósito de combustible del vehículo. El incidente ni siquiera había aparecido en una nota en la prensa local, ante el chorreo informativo que merecían los numerosos escándalos políticos que estaban saliendo a la luz esos días.

—Nos quedaremos en esta esquina. Lo veremos salir.

—Deberíamos entrar en la cafetería del hotel, estaríamos más cerca —propuso ella.

—No lo hemos preparado —negué—. Dentro también habrá cámaras que no queremos que nos graben.

—En esta esquina también llamamos la atención.

—Depende —respondí, rodeándola con los brazos—. Una pareja besándose en la calle no resulta sospechosa.

—¿Y si no sale esta noche? Quizá no pretenda irse del país, pero se puede marchar a cualquier otro lugar y no voy a perder tiempo siguiéndole.

—Si no sale en una hora, entraremos —aseveré—. Pero tendrás que hacerme caso porque nadie debe fijarse en nosotros.

La besé y ella me correspondió con la misma ternura. Incluso estoy por decir que nos habíamos olvidado de Joakim hasta que

algunos clientes salieron a la puerta del hotel, despavoridos, lanzando exclamaciones e imprecaciones.

—¿Qué…? Espérame, voy a enterarme…

Una mano me sujetó con fuerza cuando me encaminaba hacia el hotel, me hizo girar y volver con Blue. Lavick me sonreía, guiñándome el ojo.

—Muchacho, nos vamos en la otra dirección. ¡Muévete!

Blue estaba tan sorprendida como yo de la presencia del director de unidades allí, pero nos siguió sin preguntar.

—¿Habéis venido en coche? ¿Dónde lo tenéis?

Le fui indicando, ya que nos precedía.

—La cabeza gacha, señores, estamos siendo grabados por un montón de cámaras.

—Gracias, papá —murmuré, irónico.

—¿Decías?

Aunque éramos amigos, la autoridad de Lavick sobre el terreno no se cuestionaba. Se encontraba en una misión que nosotros ni sospechábamos hasta hacía un minuto y él mandaba, aunque nosotros no tuviésemos noticias de ella.

Blue, con mejor criterio, se mantuvo callada hasta que nos subimos al coche.

—Has venido a parar a la ciudad más caótica —le dijo a Blue desde los asientos traseros donde se había instalado—. Yo que tú, pediría otro traslado.

Ella sorteó el obstáculo a su manera. Por lo que yo sabía, durante su segunda estancia en el este, Blue había hecho las paces con él, olvidando la trampa que le tendió, junto con McPherson, para volver a reunirla con su padre. Lo habían hecho de buena fe, porque ninguno podía sospechar lo mal que lo habían pasado, su hermana y ella, cuando su madre se las llevó a Nueva York y les dijo que su padre había muerto.

—Te ha llamado mi padre, ¿no? —le preguntó, sin andarse por las ramas—. ¿Por qué no está contigo?

—Porque tenía algo que hacer, aunque, por la reacción de los clientes, creo que ya ha terminado. Pero tendrá que esperar a que

desalojen el hotel para reunirse con nosotros.

Mientras me incorporaba al tráfico, ella se giró para mirarle de frente.

—Lavick, no soy una cría. Dime qué ha pasado ahí y qué pintas tú en esta historia.

—Tranquila, muchacha —Levantó los brazos en gesto de rendición—. Frank me llamó porque no le cuadraban algunas cosas de las que estaban pasando aquí. Necesitaba ayuda para seguir a un personaje que le resultaba sospechoso y a mí me apetecía un poco de acción. Lo demás, le corresponde contártelo a él cuando nos encontremos.

—¿Llegará el día en que puedas contarme algo sin dar tantos rodeos, Lavick? —le preguntó Blue.

—Puede —rio él.

Blue me lanzó una mirada a espaldas de Lavick. Me preguntaba sin palabras si yo sabía algo. Negué con la cabeza. Ella tenía menos experiencia que yo sobre familias extracurriculares, pero ya iría aprendiendo, porque había sido adoptada por la unidad, pero también por la familia de Carol, Will, Zimmer y Richie. Ellos se consideraban una manada y me parecía de lo más apropiado: proteger a los que queríamos era un honor.

En la unidad también ocurría un fenómeno parecido y Frank, a pesar de que llevaba mucho tiempo retirado de la acción sobre el terreno, recibiría la ayuda que necesitase, y, sin duda, había sido más listo que yo al suponer que el problema no había terminado con la muerte de Misty, igual que en su momento pensó que encontrar a Lily fue demasiado fácil. ¡Ojalá un día dispusiera de su claridad!

—Por cierto, Cass: Hossen y Meir se hubiesen apuntado, pero había una misión urgente que sacar adelante, ya sabes…

Me reí. A estas alturas, sabía que Lavick tenía ojos en el cogote. Y si no los tenía, parecía poder leer las mentes. Sin duda, había interpretado bien nuestro diálogo silencioso.

—Y Sully se ha quedado renegando, pero si yo me voy tengo que dejar a alguien con el látigo.

Con Sully hablaba a menudo y lo conocía lo suficiente para saber que ese «se ha quedado renegando» estaba muy lejos de la

realidad. Por su cojera, debida a una trampa del anterior director de unidades, ya no podía operar sobre el terreno, y estaba deseando algo de acción.

Me sentí muy orgulloso porque esa familia, esa «manada», era la mía y también la de Blue.

CAPÍTULO 54

Blue

Cuando sonó el teléfono de Mack, consultó la pantalla de un vistazo y conectó el manos libres.

—¡No se os puede dejar solos! —exclamó Zimmer, resoplando —. ¿Por qué no podíais quedaros un rato en la fundación sin asomar la cabeza?

—¿Porque el antiguo novio de Cass por poco nos vuela el culo con una bomba? —propuso Mack.

—Vale, ya está todo arreglado. Por suerte, ha bastado con crear interferencias en las cámaras de la zona, pero me dais mucho trabajo cuando os lanzáis a la aventura.

—¿Te ha pedido ayuda Frank? —le pregunté.

—Ya te lo contará él mismo. Policía y bomberos están desalojando ahora el hotel.

—¿Habéis quedado en el aeródromo? —preguntó Mack.

—Aquí mismo.

—Vamos de camino y llevamos un invitado.

—¿Lavick? Ya me ha dicho Richie que ha ido a buscaros para traeros de las orejas —rio Zimmer.

—Me siento como una estrella de cine con tanta gente cuidándome las espaldas —dije.

—Lo que sea por la chica de Frank —intervino Lavick desde el asiento trasero.

Mack sonrió y me apretó la mano.

—Hay mucha gente que te aprecia —dijo, besándome los nudillos—. Y otros que te quieren.

—Uff, ¡Oye, si queréis cojo un taxi! —exclamó Lavick—. Soy demasiado viejo para esto.

—Ya te avisaremos cuando sobres, Lavick —le dije, provocando la risa de ambos.

A pesar de las rencillas que hubiésemos tenido después del trabajo en Marsella, respetaba mucho su criterio. Ninguno de mis jefes del FBI había sido tan protector como lo era él con los suyos. Les exigía mucho, pero los cuidaba más.

Un todo terreno negro se situó a nuestra altura y Richie gritó desde la ventanilla:

—¡Federal, deja los arrumacos para más tarde y sígueme. No conoces los atajos de mi ciudad!

Por supuesto, Richie tenía razón. Abandonamos las vías principales, congestionadas a esas horas, y en menos de media hora llegamos al aeródromo.

—¿Cuándo dices que vuelves a San Francisco? —preguntó Richie a Mack, dándole una palmada en la espalda—. Me caes bien, federal, pero desde que llegaste esto es un no parar.

—Dice mi cuñada que somos unos campeones para meternos en líos… Y tiene razón —intervino Zimmer, dándome un abrazo—. ¿Estás bien?

—Mejor ahora que hace un rato.

Era cierto. Saber que Joakim ya no era una amenaza para nosotros suponía un alivio.

Quizá, y solo quizá —y esto jamás lo confesaría a nadie, ni siquiera a Mack—, me quedé con las ganas de ver su expresión antes de dispararle. Él no me creía capaz de matarle a sangre fría, pero eso es solo porque no sospechaba hasta donde podía llegar la ferocidad de una madre para proteger a su hija.

—¿Todo bien, Lavick? —le preguntó Zimmer.

—De primera. Un accidente limpio, excepto para los que tengan que raspar los restos del hueco del ascensor…

—No dejes nada para la imaginación, hombre —rio Richie.

Sin duda, Frank los había presentado y parecían tener confianza. Me maravillaba esa facilidad para conectar que poseían, porque tenían que conocerse, como mucho, desde hacía un par de

días. O es que no llevaba yo bien la cuenta, porque se me habían echado los acontecimientos encima. Lavick, desde luego, parecía estar a sus anchas.

—Esto se merece un trago —dijo Richie—. ¿Qué decís?

—Yo me alineo con Zimmer en el club del agua —exclamó Carol, levantándose con dificultad de la silla para abrazarme—. Chica, como me siga creciendo la barriga a este ritmo, voy a tener que abrazar a la gente de lado.

Richie rio y le alargó una botella de agua.

Echaría de menos a Carol, su tremenda franqueza y su optimismo incombustible, porque había tomado una decisión, que creía correcta. Sobre el terreno tenía que ser todo un personaje. McPherson, del FBI de Nueva York, ya me había advertido de su contagioso entusiasmo, pero jamás imaginé que no me daría otra opción que ser su amiga. Y me alegraba. A través de ella conocí a todos los que tanto nos habían ayudado desde que secuestraron a Lily.

Lavick me abrazó, sorpresivamente.

—No he venido solo porque seas hija de Frank, que ya es una razón poderosa. Estoy aquí porque eres parte de la unidad y yo siempre he cuidado a la gente de mi unidad.

—Me puteaste mucho en la Riviera, Lavick —contesté—. Igual te has olvidado, pero yo lo tengo muy presente.

—Nunca he puteado a los míos; los he cuidado, que no es lo mismo. A ti te cuidé algo más, pero eso fue por necesidad. Si le hubiera dicho a Frank Keaton que te había pasado algo estando bajo mi mando, me hubiese estrangulado y mi familia me necesitaba vivito y coleando.

A pesar de su tono jocoso, yo hubiese tenido mucho que debatir en torno a esa afirmación, pero había asuntos que me preocupaban más, como el paradero de mi padre, que llegó un rato después. Salí a recibirlo y me puse en cuclillas para poder darle un gran abrazo, sin reservas. Tenía que dejar atrás del todo el pasado, que me había envenenado durante años.

—Gracias, papá.

Me secó las lágrimas con los pulgares y le correspondí, enjugando las suyas.

—No soportaría volver a perderte, pequeña —dijo.

—Yo tampoco quiero perderte a ti otra vez. Pero quiero que me cuentes en detalle qué ha pasado.

CAPÍTULO 55

Frank

Hay cosas que se pueden contar y otras que no. Porque no se puede racionalizar la intuición.

Nunca conocí a Joakim, pero sabía que salía con mi hija en San Francisco y terminaron casi conviviendo. ¿Cómo lo sabía? Porque por entonces, Blue desconfiaba de mí, pero yo sentía que tenía que velar por ella, conocerla, porque nunca la había conocido, y ofrecerle mi ayuda, aunque no la necesitara. Incluso aunque no lo supiera.

Saberla viva era suficiente aliciente para seguir viviendo.

Nada de lo que hiciera devolvería la vida a mi otra hija, pero cuidaría de esta, lo quisiera ella o no.

Joakim sería su pareja, pero no era la persona que la hacía feliz. Cualquiera podía verlo. Solo era necesario observar el brillo que adquiría su mirada cuando estaba con Mack Brooks.

En ese aspecto, yo no podía hacer gran cosa. Tenía bastante con que quisiera verme cada seis meses para comer o cenar juntos. Los devaneos nocturnos de Joakim me escandalizaron hasta que supe que ella los aceptaba. Me intrigaba esa componenda, pero, ¿quién era yo para juzgar?

Cuando se trasladó a Nueva York a trabajar con McPherson, me alegré. Primero porque estuviese más cerca. Me daba la oportunidad de verla a menudo, pero también porque hubiera salido de esa espiral de nada en la que giraba: no amaba a su novio y Mack estaba casado.

El corazón de un padre que quiere lo mejor para su hija y ve que lleva mal camino, sufre mucho, por impotencia.

Nuestra relación mejoró y mi alma se fragmentó un poco más cuando me dijo que habían aceptado su traslado a las oficinas del FBI en Los Ángeles.

De nuevo al otro lado del país. Y ahora no solo era ella, también estaba mi nieta, a la que amé desde el primer minuto.

Blue y yo hablábamos más por teléfono y me contaba cosas de la pequeña. Sus avances eran tan celebrados por ella como por mí. Recibía fotografías en el móvil, y la veía crecer, sonreír, ponerse en pie y balbucear sus primeras palabras…

Y cuando todo parecía ir mejor que nunca, se llevaron a mi nieta y casi matan a mi hija.

¿Qué padre no hubiese acudido de inmediato?

No quería ser un obstáculo y contacté con ciertas personas que podían ayudarme, aunque todo fue en vano.

Hasta que ella despertó en el hospital y Mack acudió en su auxilio, yo seguía investigando a todas sus nuevas amistades, conocidos, y hasta al casero que había resultado muerto durante el secuestro.

La aparición de Joakim me desconcertó por varias razones: él no quería a mi hija y tampoco era el padre de Lily. Por lo tanto, no pintaba nada en la ecuación.

No obstante, le resté importancia hasta que apareció, de forma muy oportuna, para matar a Misty.

En la versión que me contó Mack por teléfono, Joakim había visto a Misty llevarse a mi hija a punta de pistola y las había seguido con cautela.

Yo no me lo tragué, como la policía. El que había seguido el coche de Blue fui yo y hubiese detectado a cualquier otro vehículo perseguidor, por muy sigiloso que fuese.

Eso quería decir que Joakim mentía y yo había estado acertado al no dejarme ver cerca de ella en la calle, excepto cuando la llevé a cenar con él. A todos los efectos, el antiguo novio de Blue no me conocía, así que podía vigilarlo sin temor.

No obstante, en cuanto me cercioré de que Blue y Lily estaban a salvo con Mack en las oficinas del FBI para hacer su declaración, llamé a la caballería.

Lavick lo organizó para reunirse conmigo y ayudarme en el seguimiento de Joakim.

Él se encargó de no perderlo de vista mientras yo cuidaba a mi nieta en la fundación, y cuando Blue me dijo que había quedado a cenar con él, estuve a punto de desvelarle mis sospechas. Solo me callé porque ella lo consideraba inofensivo, o porque podía ponerse a la defensiva diciéndome que me metiese en mis cosas. Pero estas eran mis cosas también, así que los seguimos durante toda la noche, y por la mañana Joakim desveló sus auténticas intenciones: quería los objetos que Blue había traído de Boise y que se guardaban en la caja fuerte del aeródromo de Zimmer.

Me decepcionó un poco porque pensé que su propósito era más retorcido y cayó en el más corriente de todos: dinero.

Mientras llevaba a Blue a su cita, me había hablado de lo de Boise y de su intención de donar lo que se sacara de las propiedades de Martin, incluidas las de su caja de seguridad, a la fundación. Me pareció lo correcto. Eso quería decir que Joakim pronto sería víctima de un atraco.

No obstante, cambié pronto de opinión, justo después de que el coche con Mack y Blue dentro explotase. Por un momento perdí los nervios, creyendo que el muy cabrón había tenido éxito, pero Zimmer me llamó enseguida para decirme que Richie los acababa de ver, indemnes.

Antes del incidente, ya sabía que tendría que tomar medidas contra Joakim para que no volviera a acercarse a mi hija, pero el incidente me reveló que tendría que matarlo, porque no era de los que se retiraban, asumiendo sus derrotas.

—Tiene reserva en un hotel del aeropuerto a su nombre —dijo Lavick a través del teléfono, al volante de otro vehículo.

—Pues no va camino del aeropuerto.

—Claro. No se va. Es lo que todos tienen que creer.

—No te descubras y espérame. Tengo planes.

Mis planes habían pasado por un largo proceso. Había valorado pegarle un tiro en su habitación, lanzarlo por una ventana o darle una paliza mortal. Unas ideas de padre vengativo. Pero a mí me habían entrenado para pensar con detenimiento en todas las

consecuencias y Joakim tenía que ser víctima de un desgraciado accidente.

Hablé largo rato con Meir, actual jefe de una de las unidades y el más adecuado para darme información al respecto, y tuve que descartar una caída en ascensor, que es lo primero que se me ocurrió. Los ascensores tenían varios sistemas de frenado de emergencia, difíciles de sabotear, puesto que eran mecánicos, además de que los cables de sujeción se revisaban con frecuencia. Y, por si todo eso fallaba, había un último sistema amortiguador en el fondo.

—¿Sabes que hay muchos accidentes por mal funcionamiento de las puertas de los ascensores? —me dijo Meir.

—Explícate —le pedí.

Y me lo explicó. Los ascensores tenían frenos de emergencia difíciles de manipular, pero las puertas eran otra cosa. Los fallos de los sistemas informáticos de los edificios podían afectar a las cámaras de los pasillos, pero también a los dispositivos automáticos como telefonillos internos, sistemas de alumbrado y apertura de puertas de ascensores.

Con esa información, solo necesitaba ciertas interferencias para hacer plausible un accidente. Y Zimmer estuvo dispuesto a ayudarme cuando le conté mi plan.

—Ese hombre no solo es una amenaza para mi hija, también lo es para mi nieta —le dije, y no le mentí—. Puedo pedir ayuda a la unidad, y sé que no me fallarían, pero ahora necesito inmediatez y tú puedes hacer magia; lo he visto.

Puede que un accidente me hubiese dejado paralítico en el pasado, pero mi mente seguía muy activa y había encontrado el problema. La forma de solucionarlo no era la violencia, porque eso daría lugar a investigaciones, pero los accidentes…

Los accidentes se consideraban actos de mala suerte.

Joakim iba a tener mala suerte ese día.

Lavick y yo nos registramos en el mismo hotel, en habitaciones distintas. Zimmer, según lo previsto, interfirió en cámaras y señales eléctricas durante todo el día, dando lugar a numerosas protestas y a una en especial: la de Lavick quejándose por que casi se cae por el

hueco del ascensor cuando la puerta se abrió, sin que la cabina hubiese llegado a su piso.

Aguardé un par de horas, llamé por teléfono a Lavick para que bajase a recepción, según habíamos quedado, y luego a Zimmer, para asegurarme de que las cámaras de varios pisos quedaban a oscuras.

—Tu hija está de camino. No te demores —me dijo.

No pensaba hacerlo porque ya sabía por qué venía Blue, y no le dejaría cargar con más peso del que ya llevaba.

Subí al ático, donde Joakim había alquilado una *suite,* y me cercioré de que Lavick había dejado una rendija abierta en la puerta del ascensor de servicio.

Había tenido que contar con su ayuda porque, aun disponiendo de la llave de emergencia, la cerradura se encontraba en la parte superior del marco, fuera de mi alcance.

Preparé la picana eléctrica y la pistola con silenciador.

No necesitaba nada más para vérmelas con el cabrón que había secuestrado a mi nieta y quería matar a mi hija. No necesitaba ni las piernas.

Como muchos otros antes que él, vi que no me consideraba una amenaza cuando abrió la puerta. Un hombre mayor y en silla de ruedas, ¿qué peligro podía representar?

Lo aprendió enseguida, a la primera descarga de picana, ajustada para que doliera, no para dejarlo inconsciente.

Porque lo quería lúcido para que asimilara algo antes de morir: el error que había cometido al meterse con los Keaton.

EPÍLOGO

Blue

—¡Quita, estoy llena de polvo! —exclamé cuando Mack me atrapó por la espalda para retirarme el cabello y besarme el cuello—. Te vas a manchar el traje.

—Estás aún más guapa que la noche de casino en Marsella, ¡y eso es mucho decir!

—Pues con el casco gano mucho —respondí, sonriendo y girándome para besarle, ya sin importarme el traje. Para eso estaban las tintorerías y todo el mundo tenía que ganarse la vida.

—Mi sueño erótico era tener sexo con una trabajadora de la construcción, sudorosa, polvorienta, con guantes de protección, cinturón de herramientas y casco —rio él—. ¿Te pones el casco para mí?

—¿Vamos a tener sexo?

—Sin casco, no.

Yo sonreía mucho desde hacía un año, pero es que la vida no podía ser mejor. Nunca imaginé que volver a ser Blue Keaton me proporcionase tal sensación de bienestar, de que no tenía nada que esconder, y que podía partir desde cero con una perspectiva de futuro tan enorme que me mareaba.

Acepté la propuesta de Diana Sherman para supervisar la transformación de su casa familiar, una enorme finca centenaria con vistas al Golden Gate, en un pequeño hotel. Hablábamos a menudo por videollamada para enseñarle los avances y, a esas alturas, después de un año, la consideraba una buena amiga. Y creo que el sentimiento era mutuo.

Seguía en contacto con las personas que me habían acogido con cariño en Nueva York y en Los Ángeles. Acudimos a conocer a la niña de Carol y Will, y me sorprendieron con la inauguración de un ala nueva de la fundación, que habían subvencionado con el patrimonio de Martin, además de lo que dejó en su caja de seguridad, y mi padre vendió a través de peristas de su confianza. La llamaron ala de Cass Martin y me emocioné por ella. Puede que su padre no hubiese sido trigo limpio, pero Cass había sido una chica simpática y confiada, capaz de entablar conversación con una desconocida en un autobús, sin imaginar que esa desconocida tomaría su identidad prestada durante años y basaría su futuro en ella.

Mack, Lily y yo vivíamos en la casita de invitados del jardín, a cierta distancia de la casa grande, que estaba en plena fase de remodelación interior. Él se llevaba a la pequeña a la guardería por las mañanas, cuando se iba a las oficinas del FBI, y yo me ponía mi mono para trabajar con los obreros. Y me iba a trabajar, no a supervisar, que tenía que haber sido mi única función, porque descubrí que me gustaba derribar paredes, levantar otras nuevas, pulir techos y hacer revoques.

El trabajo manual me permitía pensar y repasar el temario, porque aprovechaba las horas de descanso para terminar los estudios esenciales que nunca acabé siendo Blue Keaton en Nueva York. La próxima semana tendría mi entrevista online para acceder a una plaza en la universidad a distancia y quería bordarla. Sabía que podía hacerlo.

Por las noches, Mack me ayudaba si tenía algo atragantado y yo le correspondía, escuchando los casos en los que trabajaba, y dándole mi punto de vista, porque no había perdido mi instinto y quería regresar al FBI cuando estuviera de verdad preparada, sin sentir que engañaba a todo el mundo.

*****

Un día terminé temprano y me fui a recoger a Mack a la oficina, porque tenía un asunto sin resolver. Él se levantó de la mesa

donde se peleaba para introducir información del caso que llevaba y le pedí que me esperase.

Petrie frunció el ceño, pero me hizo una seña para que pasase a su despacho.

—Siento haberle presionado, Petrie… No hubiera usado esa información…

—Sí que la hubieras usado, agente. Aún sé leer a las personas. Pero acepto tus disculpas, porque ambos lo hicimos mal. —Se levantó de su sillón y me alargó la mano—. Y sigue redactando los informes de Brooks. ¡Son legibles, por primera vez!

Mack me interrogó con la mirada cuando salí y, de camino a recoger a Lily de la guardería, le conté cómo había logrado que Petrie aceptara mi traslado tan rápido, rogándole discreción. No me enorgullecía haberme aprovechado de su debilidad, porque había sido un buen jefe para mí, y me lo acababa de demostrar una vez más con su amabilidad.

*****

Los padres de Mack adoraban a mi hija y yo los amé a ellos por eso y porque nos acogieron en la familia con un cariño que me conmovió. Pasamos las primeras navidades juntos e invitaron a mi padre para darme una sorpresa.

Frank ya no venía a vernos cada seis meses, sino cada tres, y se quedaba una semana o más, si no tenía trabajo. Él y los padres de Mack se disputaban, en broma, el cariño de Lily, y terminaban pasando fines de semana con ella, dejándonos la casita de invitados para Mack y para mí.

Eran unas vacaciones tan inesperadas para nosotros como calculadas por parte de ellos, porque todos tenían un objetivo: que aceptase la propuesta de matrimonio que llevaba sobre la mesa un año entero.

Yo no quería gafar el nirvana en el que nos encontrábamos, así que iba posponiendo la respuesta. Aunque, a veces, pensaba demasiado en lo que me había dicho Joakim sobre la falta de compromiso de Mack. Lo hizo con malicia, pero se me quedó

grabado en la mente y me resistía a pensar en mí como la próxima ex señora Brooks.

Aún me costaba confiar por completo en las personas. Había estado demasiado tiempo a la defensiva. Pero hoy iba a dar ese salto de fe que esperaba Mack.

Esa tarde, Lily se encontraba con sus abuelos y no la recogeríamos hasta el día siguiente, así que nos pudimos permitir un poco de sexo «sucio», por lo polvorienta que estaba yo y porque ambos éramos demasiado apasionados para contentarnos con encender una bengala, teniendo a nuestro alcance un espectáculo de fuegos artificiales.

Luego nos bañamos juntos, dedicándonos caricias dulces, un poco perezosas, sin prisa.

—¿Aún tienes por ahí ese anillo?

Detuvo el deambular de sus dedos rozando mi brazo.

—Habrá que quitarle las telarañas, pero sí.

Me encontraba echada sobre él y, aunque le daba la espalda, sabía que sonreía.

Se removió y exclamó:

—Mierda, me he dejado la ropa… No sé dónde he dejado la ropa, ¿en la entrada de la casa?

—Entre el coche y la entrada —aseveré, riendo.

—Vale, no te muevas, no respires y, sobre todo, no cambies de opinión, tardo un minuto.

—Si se te ocurre arrodillarte o alguna chorrada así, lo dejamos —le advertí—. No me gustan las cursiladas.

Salió corriendo, dejando un reguero de agua por toda la casa. En algún momento derrapó porque oí un golpe y un juramento, pero tardó menos de un minuto en volver a colocarse debajo de mí en la bañera.

—¿Segura?

—Sí.

Levanté la mano, más emocionada de lo que quería reconocer y, después de que Mack me ajustara el anillo en el dedo, me giré para besarle.

Durante todo el año, había temido que la magia entre nosotros se disolviera, pero fue al contrario: se había multiplicado. Mack seguía haciéndome reír, me hacía vibrar y era el mejor padre y compañero que hubiera podido desear, excepto cuando me llevaba la contraria. Bueno… también cuando me llevaba la contraria, porque eso nos permitía conocernos mejor y aceptar nuestras imperfecciones.

—¿Salimos a cenar? —me preguntó—. Hay que celebrarlo.

—Tenemos nuestra propia forma de celebrarlo, y no pienso cambiarla por champán —respondí, frotándome contra él, provocándole y sabiendo que se dejaría seducir.

Pedimos cena y la tomamos en el salón, viendo una comedia en la televisión, acompañados por el cachorro que mi padre había regalado a Lily, que era su mejor amigo y al que Mack llamaba «Perroflauta» porque tenía la garganta dañada y solo sabía ladrar en clave de sol.

—¿Dónde y cuándo te parece que lo celebremos?

—El próximo fin de semana —propuse—. Frank estará aquí y tus padres y hermanos podrán escaparse un rato.

—¿Y los demás?

—¿Quiénes?

Mack suspiró y detuvo la película.

—A ver… Carol me dijo que en cuanto tuviésemos fecha, contase con todos los que os reuníais en las barbacoas: unos treinta y cinco, según sus cálculos. Richie necesita tiempo para buscar un avión en el que trasladarlos —dijo, elevando un dedo.

—¿Qué? ¿No iba a ser una ceremonia íntima?

—Y lo será. Solo familia y amigos. —Elevó un segundo dedo—. McPherson y su gente tiene que venir desde Nueva York y necesitarán una fecha que no sea en seis días. Espera, tengo una lista por aquí…

Cogió su teléfono y me leyó:

—McPherson y su novia Debra. Gina, Hari, Kim, Dev, Josh y Charlie, que quería llegar un par de días antes para prepararte, junto con Carol, una despedida de soltera.

—¡Qué miedo me dan esas dos juntas! —exclamé, riendo.

—Y de las unidades —dijo, elevando un tercer dedo—. Lavick, Sully y Emma, Meir y Hossen.

—Con sus familias —imaginé.

—¡Por supuesto!

Entonces me di cuenta del propósito de Mack.

Quería hacerme ver que mi familia no se limitaba a ellos y a Frank, sino que en esos años me había ganado el cariño de muchas personas, que no me apreciaban por ser una agente del FBI, ni por ser Cass Martin. Me constaba que todos ellos estaban al tanto de las circunstancias de mi cambio de identidad y en ningún momento me habían juzgado.

Yo era la que me juzgaba más duramente.

—Nos vamos a arruinar para darles de comer a todos —exclamé, fingiendo no estar emocionada.

Mack me limpió la comisura de los labios con una servilleta, y aprovechó para enjugarme las lágrimas y darme un beso en los labios.

—Me ha dicho un pajarito que la remodelación del hotel puede estar terminada antes de las navidades… ¿Hacemos una inauguración a lo grande? —propuso.

—¿Navidad y boda?

—Boda y Navidad —asintió.

No añoraba mi identidad de Cassandra Martin.

Había conocido la cara oscura de la luna y esta era la iluminada, la que me hacía feliz.

Aunque, como cada noche antes de acostarme, me cercioré de que los diamantes que me había dado Joakim seguían en su sitio: en el fondo de una caja de tampones, en el estante superior del armario del cuarto de baño. Eran hermosos, pero ni la mitad de significativos que el que lucía en la mano ahora.

Mack no volvió a preguntarme por esos diamantes y yo sospechaba que entendía mi necesidad de disponer de una salida. Porque ya no volvería a empezar desde cero nunca más.

Ni quería.

FIN

¿Me ayudas con una reseña?

Si la novela ha sido de tu gusto, te agradecería que escribieras una breve reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

[1] El Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos (**ICE**, por sus siglas en inglés), es la agencia de investigación más grande dentro del Departamento de Seguridad Nacional. Se ocupa de hacer cumplir una gran variedad de leyes penales relacionadas con la seguridad fronteriza, incluyendo las de contrabando humano y trata de personas.

[2] Alondra en inglés.

AGRADECIMIENTOS

A mis hijos, **Aisha y Pepe,** tengo que agradecer su contagiosa vitalidad, así como su humor ácido y rápido, mejor que cualquier juego para mantener las neuronas ágiles.

La labor de los lectores cero es impagable y cada vez les meto más prisa por mi indecisión, por lo que les pido disculpas:

Margot González Benavides. Me vuelve loca. Si fuese por ella, esta novela tendría 100 páginas más y algún que otro personaje añadido. Pero me gusta conocer su punto de vista.

Andreu Purroy Giribet. Ya me gustaría organizar mi tiempo como él. Estudia, lee mucho, muchísimo, viaja con su familia y tiene un sentido del humor envidiable. Además de ser lector cero de varios escritores noveles, siempre tiene una palabra amable y un ojo atento para lo que no le cuadra.

Elena de la Cruz. Es una prolífica novelista y lectora empedernida, que siempre acoge mis novelas con entusiasmo. Nos tiene enganchados con su última serie «Héctor Laska», que recomiendo a todos los lectores de thriller y romance.

Sawyer, el gato de la familia. No es cariñoso y no soy su favorita, pero siempre se echa a dormir cerca de donde estoy escribiendo. El resto del tiempo lo dedica al *parkour* extremo y a pedir chuches de gato.

Y por último, a ti **lector**, por estar siempre ahí.

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Soy MariaL Pardos, aragonesa de nacimiento y de corazón. Mi relación con la lectura viene de lejos, de cuando en mi casa los Reyes Magos se empeñaban en traer una caja de *cómics* en lugar de muñecas y trastos varios. Crecí en un pueblo, un campo de aventuras sin igual para una mente inquieta, y siempre estaba viajando en diligencia y disparando a los malos, o montando en bicicleta explorando nuevos mundos.

Desde que tengo memoria, he inventado mis propias historias, esas que cambian el color a la vida y la convierten en algo sublime, memorable, que todos los que tenemos el alma aventurera queremos experimentar.

Hace unos años probé a poner una de mis «películas mentales» por escrito y me lo pasé tan bien que aún no he parado.

erethcl@gmail.com



amazon instagram facebook

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

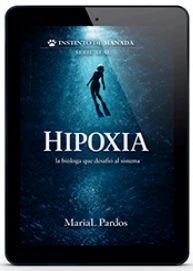
serie DESDE CERO







serie INSTINTO DE MANADA



















NOVELAS INDEPENDIENTES

